D. SERTILLANGES, O.P.

el ORADOR CRISTIANO

P. SERTILLANGES, O. P.

EL ORADOR CRISTIANO

TRATADO DE PREDICACION

PROLOGO DEL

R. P. Fr. ANTONIO ROYO MARIN, O. P.

Profesor de Oratoria en la Pontificia Facultad de Teología del Convento de San Esteban, de Salamanca



EDICIONES
STVDIVM
MADRID
BUENOS AIRES

NIHIL OBSTAT:

FR. ANTONIO ROYO, O. P.
Doctor en Sagrada Teología.

FR. PEDRO ARENILLAS, O. P.
Doctor en Sagrada Teología.

IMPRIMI POTEST:

FR. ANICETO FERNÁNDEZ, O. P.
Prior Provincial.

IMPRIMATUR:

† FR. FRANCISCO, O. P.
Obispo de Salamanca.

Salamanca, 31 de octubre de 1954.

Este libro ha sido traducido del original francés
titulado «L'Orateur chrétienne»
por el
R. P. FR. JESUS GARCIA ALVAREZ, O. P.

IMPRESO EN ESPAÑA

1954



PROLOGO A LA EDICION ESPAÑOLA

El libro que tienes en tus manos, querido lector, es una verdadera obra de arte. Su ilustre autor—una de las figuras más relevantes de la intelectualidad mundial de nuestros días—ha recogido en él las preciosas experiencias de una larga vida dedicada enteramente al apostolado de la palabra y de la pluma. Las tribunas principales de Francia y sus mejores púlpitos sirvieron de pedestal a la figura prócer del gran orador, al mismo tiempo que las librerías llenaban sus escaparates con las nuevas producciones del genial y fecundísimo escritor. Pocos hombres han ejercido entre sus contemporáneos una influencia tan honda y bienhechora como el ilustre dominico francés.

El P. Sertillanges fué un consagrado, *un hombre que vivió exclusivamente para difundir la verdad cristiana por todos los medios a su alcance. La muerte le sorprendió con la pluma en la mano, instantes después de haber escrito estas emocionantes palabras:*

> Y después, rogaremos los unos por los otros, a fin de cancelar nuestras mutuas deudas y para que Dios nos conceda aprovecharnos mejor de sus beneficios, para acercarnos más y más a El y encontrarle un día en su Paraíso.

El Dios de toda bondad atendería sin duda este último deseo del gran apóstol acogiendo en el seno de su infinita

misericordia a aquel bravo soldado que moría con las armas en la mano (1).

No conocemos, entre los libros dedicados a adiestrar teórica y prácticamente al orador sagrado en su difícil ministerio, obra alguna que pueda compararse a la del P. Sertillanges, que hoy tenemos el gusto de ofrecer al público de habla española. Su estilo inconfundible, sus pensamientos originales, sus observaciones agudísimas, su larga experiencia adquirida directamente en contacto con la vida real, su intención y finalidad apostólica, el lenguaje persuasivo y paternal con que habla al joven orador, a quien trata de formar en su doble aspecto técnico y moral..., todo encanta y maravilla en estas páginas admirables. ¡Cuánta sensatez rezuman sus consejos, qué dominio de la materia cuando habla de las cualidades técnicas del orador, qué profundo conocimiento del corazón humano cuando analiza las reacciones del mismo orador ante sus propios triunfos o fracasos, qué conocimiento tan cabal de la psicología de las masas y del ambiente y exigencias de la época moderna! Sin estridencias, sin afán revolucionario de demoler todo lo antiguo, sin el vano prurito de presentar una obra del todo nueva y original, ¡cuánta novedad hay, sin embargo, en estas páginas!, ¡qué de hoy *resulta este enfoque modernísimo de la oratoria sagrada, de acuerdo con los gustos y exigencias de nuestro tiempo, que fuera insensato desconocer o despreciar! El orador que aspire a ponerse al día y practicar una oratoria eficaz en el ambiente que nos rodea hoy, no acertará a prescindir de estas sabias orientaciones sin condenarse de antemano a la esterilidad y al fracaso.*

Pero lo que llama más poderosamente la atención del lector al recorrer este libro es la suave unción religiosa y

---

(1) Murió el P. Sertillanges en Sainte-Anne de Sallanches el 26 de julio de 1948. Había nacido en Clermont-Ferrand el 16 de noviembre de 1863.

sobrenatural que embalsama casi todas sus páginas. El P. Sertillanges se propone formar al orador sagrado *y no pierde nunca de vista este adjetivo fundamental. A cada momento salta el consejo ascético, la llamada a la vida de oración, a la unión íntima con Dios, al espíritu de fe vivísima que debe animar en todo momento al orador sagrado si quiere ser fiel a su altísima misión de propagandista del Evangelio. El orador sagrado es nada menos que un continuador de la misión divina del Verbo Encarnado:* «Yo para esto he nacido, para dar testimonio de la verdad» (Jn., 18, 37). *Su palabra es también un* verbo *encarnado, que únicamente llenará su finalidad salvadora cuando se convierta en mera resonancia y eco fidelísimo de la voz augusta del Verbo de Dios hecho hombre.*

Para ello se impone, como condición absolutamente indispensable, una triple correspondencia entre el orador sagrado y su divino Modelo: de corazón, de inteligencia y de finalidad. De corazón, mediante una vida de intensa oración y de unión íntima con Cristo, bien persuadido de que la palabra del hombre, aunque sea la del orador más elocuente del mundo, no pasa de ser una cosa entitativamente natural *y es imposible, por consiguiente, que pueda producir efectos* sobrenaturales *si Dios no la eleva instrumentalmente a producir esos efectos que rebasan y trascienden infinitamente sus posibilidades naturales; y es evidente que esta elevación se verificará de manera más fácil y sencilla a medida que el instrumento sea más dócil y manejable por la causa principal que es el mismo Dios. Este es el secreto de la eficacia extraordinaria de la palabra de los santos, a pesar de estar desprovistos muchas veces de toda cualidad oratoria, como apareció claro en el santo Cura de Ars.*

En segundo lugar, se requiere una perfecta correspondencia intelectual entre las ideas del orador y las de Cristo en el Evangelio. La predicación ha de ser eminentemente evangélica, *limitándose el orador sagrado a ser*

el altavoz de Cristo que sigue anunciando al mundo de hoy su mensaje evangélico de hace veinte siglos, que no ha perdido ni perderá jamás su palpitante actualidad. ¡Qué pena da oír a tantos y tantos oradores sagrados (?) lanzando desde el púlpito altas disquisiciones de filosofía, de historia, de literatura o de arte, que no tienen ni pueden tener otra finalidad que halagar los oídos y la imaginación del pobre auditorio al mismo tiempo que se le deja la inteligencia vacía y frío el corazón! Gracias a Dios, este lamentable abuso y profanación de la cátedra del Espíritu Santo va disminuyendo de día en día, aunque no con el ritmo y velocidad que fuera de desear. Es preciso acabar cuanto antes con esa manera absurda de predicar y volver al estilo sencillo y familiar, prodigiosamente sugestivo, del Evangelio de Jesucristo. El pueblo de hoy, cansado ya de tanta palabrería vacua, de tanta piroctenia tan brillante como inútil, tiene sed de Dios, de doctrina verdaderamente evangélica, de sana y auténtica espiritualidad cristiana, servida a través de un lenguaje sencillo y transparente que no tenga otra razón de ser que presentar la verdad misma en todo su esplendor, para que brille ella, no él.

Se impone, por último, una perfecta correspondencia de finalidad entre el orador sagrado y Cristo. El Verbo Encarnado fué el gran misionero de la Humanidad que descendió del cielo a la tierra para enseñarnos a todos el camino de nuestra eterna salvación. Con más razón todavía que de su santo Precursor podríamos decir de Cristo que vino a enseñarle al pueblo la ciencia de la salvación y del perdón de sus pecados: ad dandam scientiam salutis plebi ejus, in remissionem peccatorum eorum (Lc., 1, 77). *Toda predicación que no lleve este enfoque y no persiga esta finalidad es indigna del orador sagrado y supone un verdadero abuso y profanación de la cátedra del Espíritu Santo. Por eso, como reacción saludable contra estos abusos tan frecuentes en tiempos no demasiado ale-*

jados de nosotros, se advierte en la oratoria moderna una tendencia francamente misionera, no sólo cuando se predican misiones populares o tandas de ejercicios, sino incluso en los llamados grandes púlpitos y en novenarios «de campanillas», donde solía servirse al pueblo cristiano mercancía deslumbrante de oropel en vez del oro puro del Evangelio sin mezcla ni argamasa de elementos bastardos.

Estamos firmemente persuadidos de que el presente libro del P. Sertillanges prestará incalculables servicios a los jóvenes clérigos que se preparan para la sublime misión de anunciar al pueblo la palabra de Dios, en orden a esta triple finalidad que acabamos de recordar. Todo cuanto acabamos de decir, y mil cosas más, lo expone magistralmente el autor en las páginas de este libro.

No queremos entretenerte más, querido lector, con nuestras pobres observaciones. Abre el libro, lee despacio, piensa, medita, asimila... Y si después de todo esto tienes el coraje de olvidarte por completo de ti mismo y con el alma encendida de amor a Cristo y celo devorador por la salvación de las almas te decides a hablar con la unción y sencillez evangélica que aquí se te recomienda tan sugestivamente, estoy bien persuadido de que agradarás a Dios, salvarás muchas almas y obtendrás tú mismo la recompensa espléndida que Cristo tiene reservada a sus legítimos apóstoles (Mt., 19, 27-28).

FR. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P.

PROLOGO

PARA atreverme a hablar de predicación, no debería ser yo predicador. Una gran confusión cae sobre mí, cuando tengo que decir a mis hermanos: Hablad así. Por el contrario, desearía gritarles: ¡Perdonadme, olvidad!, pero, sobre todo, procurad no obrar como yo; porque únicamente sé ahora, cuando ya es demasiado tarde, qué sería necesario hacer.

Pero, aunque sea demasiado tarde para el que estas líneas escribe, para el que ha olvidado cultivarse a sí mismo, antes de instruir a los demás, ¿qué importa? Aún es tiempo para vosotros, jóvenes, y quizá por eso no ha de ser del todo inútil este libro.

Por otra parte, hay algo que me embaraza cuando pienso en una obra de este género. ¿Por qué decidirme? ¿Por qué repetir lo que otros han dicho, y ciertamente bien dicho? ¿No es fastidioso esto? O bien, ¿decir por cuenta propia, brevemente, lo que se cree poder añadir de la propia experiencia? Pero esta eventual aportación estará difundida en muchas páginas: ¿cómo ofrecerla sin plantear y discutir de nuevo los problemas? En todo caso, la obra constituirá un libro más, que no podrá reemplazar a los otros. Si todos hubieran hecho otro tanto, no ya sería un volumen, sino una biblioteca lo que necesitaría el principiante para instruirse. ¿Cómo desenvolverse así?

Así, pues, una de dos: o no se espera aportar nada

nuevo, y en este caso más vale callarse; o se espera aportar algunos elementos útiles y entonces uno llega a decirse: empecemos. Y es que cada uno repetirá a su manera la lección, porque hay distintas familias de espíritus y cada autor se dirige a la propia; sin duda alguna se hará una obra práctica al ofrecer a esta familia espiritual un sumario de todo lo que le interesa saber, de acuerdo con toda su tradición. Más tarde, cuando los puntos de vista o las necesidades hayan cambiado, otro volverá a empezar de nuevo.

Alguien irónicamente ha dicho: «No basta saquear a nuestros predecesores, es preciso asesinarlos.» ¡Lejos de mí tal pretensión! Muchos de los que han hablado de predicación están ya aureolados de inmortalidad, mientras que nosotros somos simples pasajeros. Pero sus tesoros nos pertenecen; saquearlos, más que un derecho, es para nosotros un deber. Por eso, se han de encontrar aquí sus máximas, y con ellas, preceptos, observaciones, sugerencias, ejemplos tomados de otras disciplinas: prueba de que el arte es único, y de que, al trazar reglas en una de sus ramas, todas las demás nos alientan y un concierto de voces diversas y unánimes se eleva pronto para decirnos: está bien.

LIBRO PRIMERO

LA PALABRA DE DIOS EN SI MISMA

Su grandeza.-Eficacia.-Fuentes.

Apoyos en nosotros.

CAPITULO PRIMERO

LA PALABRA DE DIOS

I. Qué es la palabra de Dios.

INAUGURAR un curso de elocuencia religiosa con un capítulo intitulado: *La Palabra de Dios*, es afirmar desde el principio que, en cuanto a lo principal, no se trata de nada humano; que el fin es superior a los medios y superior también a las miras ordinarias de nuestros discursos de hombres. Se trata exactamente de una palabra de Dios.

La Palabra de Dios, en su sentido más alto, es el Verbo. «*En el principio era el Verbo*—es decir, la Palabra—, *y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios.*»

Por el contrario, en un sentido más derivado se podría extender indefinidamente el alcance de este término y decir que toda palabra saludable y verdadera es una palabra de Dios, en cuanto que expresa por medio de las cosas creadas el pensamiento creador. Pero este sentido es demasiado general y sólo indirectamente se relaciona con nuestro objeto. La palabra humana no se reduce a expresar las cosas creadas en su relación de verdad con la inteligencia, ni siquiera se limita, por medio de su naturaleza más profunda, a descubrir a su Autor; este Autor se ha manifestado; ha hablado de sí mismo y de su obra.

Existe, pues, una Revelación. Por consiguiente, todo el que exprese las verdades reveladas, las esclarezca, las defienda, las inculque a los demás y concurra así a hacerles cumplir su fin, pronuncia, ahora en su sentido más propio, una palabra de Dios.

Para nosotros, sacerdotes, la palabra de Dios es una palabra revelada, sea directamente, sea por razón de relaciones más o menos próximas y de naturaleza diversa. Repetimos lo que hemos oído, y no añadimos más que lo que pueda servir para su mayor esclarecimiento, para garantizarla contra las oposiciones del mundo, para ganarle los corazones y someterle la vida individual y colectiva.

Para esto es necesaria una misión. El primer misionero de la palabra revelada es Cristo. Antes que El se oyó la voz de los profetas; pero los profetas no eran más que una anticipación de Cristo; le anunciaban y comunicaban ya una parte de su mensaje, como el embajador hace presentir en los preliminares las intenciones y decisiones últimas de su soberano.

La Revelación es única y es la revelación de Cristo. Toda verdad tiene su fuente en El, como también toda gracia, cualquiera que sea la forma y la época, porque «*de su plenitud todo lo hemos recibido, gracia sobre gracia*». Por eso, la palabra de Dios, en su sentido más propio, es, ante todo, el Evangelio, con su antecedente el Antiguo Testamento. Pero el Evangelio—aparte la inspiración—tiene también su prolongación, que es la enseñanza de la Iglesia en todos sus grados, incluída la palabra cristiana.

Porque si Cristo es el misionero por excelencia, el enviado, el Ungido, el Angel de la Buena Nueva, también El obra a su vez por comunicación. «*Como mi Padre me ha enviado, así Yo os envío a vosotros.*» El mismo se ha llamado Luz del mundo, pero también ha dicho: «*Vos estis lux mundi*». Vosotros, mis discípulos, en mi nombre y colectivamente, sois la luz del mundo.

Y digo colectivamente porque este poder de representación ha sido conferido primariamente al grupo organizado de los Doce y a su auténtica sucesión, es decir, a la Iglesia docente, a la Igelsia unida a Cristo por el Espíritu divino. De tal suerte que, únicamente como miembro autorizado de la Iglesia y deputado por ella, podrá el hombre portador de las verdades reveladas y de sus anejos útiles llamarse portador de la palabra de Dios.

Esta delegación del ministerio, que pertenece a la Iglesia y a Cristo, es el efecto propio de la ordenación. La ordenación nos hace subordinados en materia de palabra, como en todo lo demás. Subordinados en tanto que propuestos, entre otros oficios sacramentales, para el sacramento de la palabra.

Porque, en el sentido más general de este término, la palabra cristiana es un sacramento. Se olvida demasiado esto y ciertamente no realza su prestigio entre los fieles. Está a la altura de lo que se llama *sacramentales*, ritos que expresan a su manera el carácter sacramental de la Iglesia. La palabra cristiana es una piadosa ceremonia cuyo objeto, como el del resto de las acciones religiosas, no es otro que el de acercarnos a Dios a través de Cristo, y, por tanto, se relaciona naturalmente con el rito central, que es la Misa, y con el sacramento de los sacramentos, que es la Eucaristía.

La palabra sagrada es un servicio del altar. También aquí es cuestión de transubstanciación: se trata de transformar las almas y de hacer de los hombres «miembros de Cristo». Para ello, en ambos casos se prepara un alimento celestial. La palabra es pan, como la Eucaristía. Es memorial y aplicación de la Pasión, como la Misa. Por eso, San Pablo predicador se gloría de no saber más que a Jesús, y a Jesús crucificado, es decir, sacrificado sobre la cruz y sobre nuestros altares.

La palabra santa tiene por prototipo la plática u homilía en el transcurso de la misa; prolonga la parte de la

misa que se llama *Instrucción*, y que comprende la *Profecía*, la *Epístola* y el *Evangelio*.

Todo esto se puede notar en ciertas prácticas que la acompañan: el texto del sermón, a falta de la lectura íntegra del Evangelio;—la señal de la cruz al principio y el *amén* al final, como después de las *oraciones*;—el cirio que se enciende en algunas iglesias (como en París) durante el sermón;—el crucifijo del púlpito, pilares o bancos;—la sobrepelliz, que es una vestidura de altar;—el momento mismo en que se pronuncia el sermón, plática u homilía, a saber, durante la misa, como si la palabra fuera parte integrante del rito, como si Jesús esperase antes de renovar su encarnación en el altar y en los corazones a que su ministro haya preparado su venida y haya dispuesto las almas.

Aun en otros momentos y aun fuera de la iglesia todo esto queda sobreentendido, sea cual sea la materia de que se trate, porque el sacerdote, hombre de Dios, desempeña siempre su ministerio. Aunque trabaje en ciencia, filosofía, historia o en sociología, desde el momento en que habla como enviado de la Iglesia, es un hombre de Jesucristo, y de Jesucristo *crucificado*, es decir, salvador. Tiene una misión que cumplir; es una voz (*vox clamantis*) y toda su actividad verbal está regulada por estas palabras de la segunda epístola a los Corintios (5, 18): «*Nos ha sido confiado el ministerio de la reconciliación... Dios mismo ha puesto en nuestros labios la palabra de reconciliación. Es, pues, por Cristo por quien desempeñamos función de embajadores y Dios mismo os exhorta por medio de nosotros*».

He aquí, pues, «la palabra de Dios». Por eso, el predicador, en cuanto tal, participa de aquello que dijo el Salvador: «*Quien a vosotros oye, a Mí me oye; quien os desprecia, a Mí me desprecia*». Y San Pablo hace su aplicación formal al concluir: «*Quien desprecia la palabra del*

apóstol, no desprecia a un hombre, sino al mismo Dios». (1 Tes. 4, 8).

Ocupamos el lugar de Cristo predicador, del Cristo del Sermón de la Montaña y de las parábolas. Dios ha elegido entre los tiempos históricos la hora de su Enviado. «El que había de venir» ha venido cuando más necesario era para el bien general de la obra. Mas esta hora hubiera podido adelantarse o retrasarse, y si hubiera coincidido con nuestro tiempo, El mismo hablaría y arrastraría al mundo con su palabra. Pero Dios creyó más conveniente hacerle venir antes; por tanto, somos nosotros los que humildemente hoy le reemplazamos, los que le resucitamos, primero en nuestro corazón por la fe y la caridad, y después, por nuestra palabra. Somos prolongación de Cristo, el Cristo de nuestros contemporáneos, *el Cristo resucitado y que ya nunca muere,* gracias a la perpetuidad de la Iglesia y del ministerio; prolongación de Cristo, como los profetas fueron su anticipación. Por unos y otros, Cristo se extiende a todas las edades y se propone a todos los hombres. Es como un rayo de luz y de gracia que se desliza vibrante para arrastrarnos a todos. Por tanto, el humilde predicador católico debe sentirse respaldado por la Iglesia universal, como una ola se siente empujada por todo el mar.

Pero entiéndase bien: se trata siempre del predicador en cuanto tal; es decir, hablando en nombre de su poder, sin salirse de sus límites, y conforme a la verdad. Quien no dice la verdad, no puede pronunciar una palabra de Dios; ha salido de la corriente que creía transmitir. Quien habla en nombre propio, tampoco habla palabras de Dios, aunque sea un hombre de Dios, como Lacordaire al leer su discurso académico o el P. Scheil dando cuenta de sus excavaciones en Susa. Se trata del mensaje y del mensajero como portador de ese mensaje; no del hombre y, menos aún, de sus errores o pecados.

He ahí la palabra de Dios.

Al describirla así, podría parecer que nos hemos salido de los límites trazados con pretexto de introducirnos dentro de ellos y que estamos ya en el campo de la pura mística. Pero no dejaría de ser una ilusión. Queremos trazar las reglas de la palabra sagrada, y ¿se pueden dar reglas donde nada se ha definido? ¿Se pueden dar reglas independientes de la definición? Todo lo que tenemos que decir está condicionado por la naturaleza del ministerio cuyo ejercicio queremos dirigir, y si alguna cosa se nos impone es precisamente el mantenernos siempre ante esta noción de un ministerio espiritual y sagrado por oposición a un ministerio humano.

Sin duda alguna que hay reglas de la elocuencia en general; mas lo que es general, con pretexto de servir para todo, para nada sirve finalmente. Las generalidades no son útiles más que cuando son aplicadas y no se las puede aplicar sino en relación con aquello a que se aplican. Los datos matemáticos aplicados a la construcción de un puente deben tener en cuenta la resistencia de los materiales, su peso, coeficiente de dilatación, naturaleza del terreno, etc. Lo mismo pasa en elocuencia. La elocuencia del foro, la parlamentaria, la militar y la religiosa tienen leyes distintas. También tienen medios comunes, pero se aplican diferentemente y es la naturaleza específica de estas disciplinas la que determina qué reglas deben mantenerse, cuáles desecharse y cómo deben ser utilizadas todas con vistas a un fin especial.

Y esto se puede sostener hasta en sus menores detalles. No basta un momento, es preciso tener presente siempre lo que uno es, el fin que persigue y el carácter de la palabra que anuncia. Sin esto, ninguna regla adoptada o aplicada conservará su carácter propio, ni se podrá juzgar de su valor, ni siquiera hará sentir su eficacia.

Supongamos que se trata de pronunciación. Todo profesor os hablará de pronunciar distintamente, lentamente,

correctamente, etc. Pero las razones no son siempre las mismas y la obligación del precepto también varía casi infinitamente. Que en un foro no oigan las últimas filas de la sala por un defecto de pronunciación del orador, bien molesto es; pero si junto a la pila de agua bendita de una iglesia está un alma, que ha venido empujada por la gracia a buscar una gracia suplementaria, una gracia de conversión quizá, y vuestra mala pronunciación se la niega, ¡ved qué diferencia! Con mayor razón pasará otro tanto en reglas de un orden más elevado, más espirituales.

Todo en la palabra sagrada es sagrado, con un contenido sagrado que es preciso no olvidar nunca; pensemos siempre en esta realidad, que es el sostén del trabajo, su inspiración, su salvaguardia y la garantía misma de su belleza. Olvidadlo por un momento; quizá obtengáis valores parciales, bellezas aisladas; pero estas bellezas dispersas y como desorientadas impedirán que la palabra de Dios obedezca a su estética propia, y el panorama de Dios quedará frustrado.

Julio Lemaître enumeraba un día los errores de esta clase, que él creía haber notado entre los predicadores, y señalaba el tono de tribuna, las maneras teatrales, la estructura artística, el estilo de arenga política, etc. ¡Y no hablaba más que de la forma!... ¡Qué se podría decir de un discurso sin fidelidad doctrinal, sin caridad, sin humildad, sin celo, de una palabra ligera, caprichosa, cómica o huraña! Todo esto es feo y antiestético; la armonía que exige una exacta adaptación ha quedado tan mal parada como la edificación de los fieles.

He aquí por qué—permítaseme hacer aquí esta observación, que dirijo al lector, después de habérmela dirigido a mí mismo—un curso de elocuencia sagrada debe ser, por parte del profesor y del alumno, una obra del espíritu de fe.

II. Dignidad y eficacia de la palabra de Dios.

Al definir la palabra de Dios, hemos ya indicado suficientemente su grandeza.

Santa Catalina de Sena llama al ministerio sagrado «la administración del Sol», y verdaderamente así es. Pues si el ministerio de la verdad por la ciencia goza ya de un tal prestigio, es porque Dios está detrás de la ciencia. Más allá de la verdad expresada se presiente el misterio; más allá de una verdad, la Verdad.

De ninguna otra fuente recibe la palabra su dignidad, sea cual sea su objeto. Hay aquí, sin duda, un hecho de sociabilidad, el interés que nos tomamos por el hombre, el encanto de la comunicación de los espíritus; pero la razón fundamental es otra: se espera, y en los mejores casos se gusta ya, como el atractivo de una revelación y de una comunicación con un mundo superior. «*Conversatio nostra in coelis*», nuestra conversación, nuestro comercio está siempre en el cielo, puesto que la verdad nos une a la Verdad primera, al «Verbo que contiene todo espíritu».

Con mucha mayor razón ha de tener una excelente dignidad la palabra cristiana que contiene los misterios propiamente dichos, que expresa la revelación en su sentido propio y que no aporta nuevas del cielo. «*Novissime, diebus istis, locutus est Deus*»; de nuevo, en nuestros días, Dios habla por sus hijos adoptivos, como habló en otro tiempo por su Primogénito. Nos descubre sus secretos, y los descubre por medio de nosotros.

Los oradores más sublimes son los que en algún momento han sido el órgano de todo un pueblo, la voz misma de la patria, como Demóstenes cuando pronunciaba las Filípicas, como Cicerón en el momento de las Catilinarias, Mirabeau en la Constituyente, O'Connel en Irlanda o Pitt en Inglaterra. Y he aquí que el orador cristiano, mirado

con espíritu de fe, es siempre esto, y ciertamente de una manera más sublime; pues es el representante de la patria eterna, el representante de la Iglesia de todos los tiempos y de su divino Jefe.

Por eso, queda revestido de una autoridad que su persona, por miserable que sea, no puede disminuir. Es un ministro, una voz, y goza, con las restricciones ya indicadas, de la autoridad del Dios verdadero y verídico, del Dios docente y legislador, del Dios que impone preceptos. La corriente que por él pasa es a la vez iluminadora y motora, con la única condición de que la canalización sea perfecta. No es imprescindible el genio; basta la fidelidad. Es verdad que la fidelidad supone el desarrollo del genio, cuando se tiene, del talento, del saber o del celo; pero todo esto, por importante que sea, no hace más que ampliar y multiplicar el hecho inicial de la concesión de un ministerio divino a un pobre hombre, el hecho del ejercicio de una autoridad que pide y obtiene el silencio como un derecho del cielo, que se expresa en su nombre y que, en la medida en que el hombre desempeña auténticamente su papel, hace de él un oráculo y le permite reivindicar para sí el imperio sobre los corazones.

¿No es algo conmovedor el hecho de que una asamblea se vuelva hacia un hombre para recibir de él en nombre del Señor una palabra de vida? Y si se miran las cosas desde otro punto de vista, ¡qué impresión la de oír la propia voz llenando una iglesia, deslizándose sobre las cabezas, penetrando en los corazones para depositar allí pensamientos divinos! Muy inconscientes han de ser los que no se den cuenta de estas cosas. Motivos hay para que el orador se cubra de confusión y se penetre del sentimiento de la propia responsabilidad ante una tal confianza de sus hermanos y de su Dios.

Decíamos que esto es cierto aplicado a cualquier hombre; mas también lo es cualquiera que sea la asamblea ante la cual habla, por superior que humanamente sea o

pretenda ser. Todos son iguales delante de Dios; todos son iguales ante su palabra. Junto al púlpito, como en el comulgatorio, las clases desaparecen, y aunque se esté delante de una familia de reyes, no se dirá con menos propiedad: *hermanos míos, hijos míos* o simplemente *cristianos,* según la edad y las circunstancias. San Juan Crisóstomo no se cohibía delante de Eudoxia ni San Ambrosio ante Teodosio. Bossuet usaba en presencia de Luis XIV formas delicadas, pero no temía decir terribles verdades al Rey-Sol; Bourdaloue, todavía más; se sentían en su derecho, y este derecho era por todos reconocido.

La impresión de grandeza se confirma todavía cuando se considera el contenido de la palabra cristiana. La palabra de Dios no significa solamente una palabra que nos llega de parte de Dios, sino también una palabra que trata del mismo Dios. Por lo demás, los dos sentidos se completan. Dios habla, pero, a fin de cuentas, Dios no puede hablar más que de Sí mismo. ¿De qué podría hablar? Una sola cosa cuenta para El, porque una sola es también la cosa que cuenta en realidad: El mismo, sea personalmente, sea en sus prolongaciones, en su historia, de la que también forma parte la nuestra. Interiormente, Dios pronuncia su Verbo; exteriormente, habla de la obra de su amor.

¡Extraña y magnífica suerte la del orador cristiano! No tiene por qué temer, como el abogado, verse reducido a querellas entre vecinos o, como el orador parlamentario, a vulgares interpelaciones; él debe decir únicamente cosas grandes. «Omnia magna quae dicimus», dice San Agustín (1). La «gran causa» y la «gran sesión» son raras; pero para nosotros se dan siempre. La sesión es la

(1) *De Doctrina Christiana,* IV, 35.

Misa, o una ceremonia litúrgica relacionada con ella: un drama eterno. La causa es la del cielo, la causa de las almas en cuanto ciudadanas del cielo, y nosotros somos los encargados de defender esa causa.

El más sublime de los discursos profanos se verá siempre coartado por la exigüidad de su argumento; se trata de muy poco, para un tiempo determinado, y, después de todo, la muerte impone sus límites. Por el contrario, el más sencillo de los discursos sagrados se agranda con toda la inmensidad, universalidad y eternidad de su tema. El cielo y la tierra pasarán, pero el objeto de esta palabra no pasará jamás.

Y ¿a qué sentimientos se dirige el hombre de Dios? ¿Qué intenta hacer surgir en sus oyentes? Nada de atracción coloreada por un interés inmediato, ni siquiera curiosidad pasajera o simpatía humana, por noble y amplia que sea; se trata de lo que hay de más profundo y de más permanente: el sentido de lo infinito, el instinto del bien sin limitación de influencias extrañas; se trata de la conciencia y de la Voz secreta que la inspira; de aspiraciones incoercibles, que todo lo temporal no hace más que despertar, prefigurar o servir. Hasta esas profundidades penetra la palabra de Dios y en ellas obra; porque *«la palabra de Dios es viva, eficaz y más acerada que una espada de dos filos, tan penetrante que llega a la separación del alma y del espíritu, hasta las junturas y las medulas: la palabra de Dios separa los sentimientos y pensamientos del corazón»*. (Heb. 4, 12).

Y, naturalmente, lo que se intenta al remover así el alma en sus fondos más íntimos, al recurrir a sus sentimientos más elevados y más secretos, es igualmente el fin más alto y decisivo. Se trata de nuestro todo. Y ¿no se tratará también para Dios de su todo, si se considera, no su vida íntima, que de nada depende, sino la vida temporalizada y azarosa que El mismo se ha dado en sus criaturas?

Nuestra misión es formar cristianos, santos si es posible, elegidos para más tarde, Cristos en participación, Cristos que reciben, como el predicador es un Cristo que se entrega. Nuestra misión es poblar el Reino de Dios terreno y después el reino del cielo; secundar el esfuerzo redentor y ayudarle a alcanzar su fin. «*Dei adjutores*», operarios de Dios, eso es lo que somos en un mismo espíritu y según las mismas aspiraciones. Es demasiado bello esto. Otros han dicho: es absurdamente bello; «la predicación es un género falso», que no trata sino de quimeras. Mas, a través del espíritu de la fe, ¿no es verdad que llevamos una palabra de vida, un secreto de inmortalidad, un tesoro de alegría para todo el dolor del mundo, un remedio para toda enfermedad, un bálsamo para toda herida, un sosiego para todos los terrores? ¿No es verdad que llevamos con qué llenar todos los deseos, con la única condición de que se nos escuche y que no se impida al Espíritu que habita en todo hombre decir al Espíritu que anima nuestra palabra: heme aquí?

Sepamos ofrecer este testimonio y habrá llegado la salvación de nuestros contemporáneos de buena voluntad, como llegó la salvación de toda la tierra cuando apareció Cristo con su mensaje. Sepamos luchar contra la tentación del mundo, y por Cristo, que nos ha enviado, será vencida. ¿No es lo suficientemente fulgurante el discurso que se pone en nuestros labios y, respaldado por todos los hechos que lo autorizan, no será capaz de inflamar tanto como de deslumbrar? «Hermano, hermano, he aquí el Camino, la Verdad y la Vida; he aquí la salvación, he aquí la dirección, he aquí la respuesta. No más oscuridades, he aquí la luz; no más duda, he aquí la certidumbre; no más indecisión, he aquí el camino; no más sufrimiento, sólo una prueba; no ya trabajo, sino un glorioso servicio: no decepción, sino espera; no monotomía para el corazón cansado de miserias, sino esperanza; no separación, sino un piadoso adiós. Hermano, hermano, no ya

la muerte, sino la vida, la vida común e inmortal que mi mensaje te anuncia». ¿Cuándo sabremos gritar todo esto? El Evangelio lo anuncia; las Epístolas lo gritan. Y ¿nosotros...? Al menos, ¿no tendremos el sentimiento de esta grandeza?

Es demasiado bello, decía antes: se pregunta si será también una bella realidad. Pues bien; a pesar de la facilidad con que aquí se puede caer en el pesimismo o en la ironía, tenemos que decir, mirando bien las cosas: ¡así es! Sólo la predicación evangélica ha cambiado al mundo; luego, si lo ha cambiado una vez, ¿no debe estar constantemente transformándolo? El mundo siempre tiene necesidad de ser transformado, y ciertamente lo es sin cesar, ya que, de por sí *«puesto en malicia»*, contínuamente, a pesar de todo, se está haciendo de él una sociedad santa: la Iglesia de Dios.

La predicación ha creado la Iglesia y en Ella realiza o facilita todo lo grande que se hace, especialmente las grandes almas. Sin la palabra apostólica no habría santos, y, sin embargo, los hay en abundancia; la mayor parte ocultos, pero el juicio supremo los revelará a la vista de todos, y los que están ya sobre los altares testimonian suficientemente la eficacia del santo ministerio, dentro del cual la palabra desempeña un papel capital.

Hombres de Dios hay que han transformado países enteros. San Vicente Ferrer removió la Europa de su tiempo. Santo Domingo hizo todavía más. Todos conocen las maravillas realizadas por un Francisco Javier; y antes que él, San Pablo. Basta un pobre misionero para trasformar una parroquia o un pueblo, muchas veces para largo tiempo; y un buen párroco con modestas charlas protege a sus gentes como con una red que no pueden fácilmente romper perversas influencias.

Es preciso, sin embargo, confesar que la influencia del púlpito ha bajado mucho en nuestros tiempos. Hay muchas causas para ello: la fe es menos viva; la indepen-

dencia, más amenazadora; la vida se ha complicado, se ha hecho totalmente laica; muchos edificios profanos hacen hoy competencia al templo, donde antes se concentraba toda la vida social, y la liturgia se halla dificultada por muchos espectáculos; muchas otras voces cubren la voz del predicador. Pero no importa: el oficio a cumplir es inmenso y se desempeña más de lo que se cree. Esto depende de los hombres. «Basta un rüiseñor para animar un parque dormido» (2). Hoy se cree menos en la institución eclesiástica, pero se cree más en el hombre: al hombre, pues, toca hacer llegar a la institución.

Y, en segundo lugar, ahí están las almas individuales. «Más de un alma recibe en silencio lo que la muchedumbre no puede comprender» (3).

Aun aquellos, a quienes se cree recalcitrantes porque ellos mismos lo proclaman con todo desenfado, quedan más de una vez heridos en lo más sensible y algún día se habrán de acordar. «Y muchos falsos sabios reirán muy fuerte al oír tus palabras, pero quedarán meditando en lo más profundo de su corazón» (4).

Ninguna palabra humana tiene tales efectos. Estos sólo se pueden explicar por una influencia más alta, unida a nuestros medios personales; por eso, el predicador es recibido, como dice San Pablo, *«como un ágel de Dios, como otro Cristo»* (Gál. 4, 14), y su palabra es para el auditorio, no solamente su palabra, sino una palabra de por sí irresistible, irrefragable, decisiva, creadora. Lo dice también San Pablo: *«Habéis recibido* (la palabra divina) *no como una palabra de hombres, sino como una palabra de Dios, pues en realidad lo es, y ella desarrolla todo su poder en vuestro corazón creyente»* (I Tes. 2, 13).

---

(2) Jacques des Gachons: *M. de Buffon sur ses terrasses.*
(3) Víctor Hugo: *Les Rayons et les Ombres.*
(4) *Ibíd.*

Es muy natural que el predicador católico, consciente de tanta grandeza en el oficio que se le ha asignado y de tanta posible fecundidad, espere de él algo para sí mismo. Es un inmenso beneficio haber sido elegido; no es sólamente una gloria, sino también una gracia; porque Dios, al prepararnos para los demás, nos prepara también para nosotros mismos. Al predicar, yo mismo me predico; al prepararme para instruir, me instruyo; al tener que ser su entrenador, yo también marcho. «Como soy su jefe, es preciso que les siga». El pastor sigue al rebaño. ¡No siempre, por desgracia! Muchas ovejas nos darán ejemplo. Pero siempre habrá un recurso admirable. Normalmente la autosugestión del bien es una especie de fatalidad para el apóstol; se impresiona a sí mismo y casi se ve obligado a pensar lo que dice. He ahí su ganancia. Porque, no sólo en sentido material, sino también en el espiritual se puede decir que el fuego se agranda al consumir en primer lugar su propia materia.

Ya Sócrates en el *Gorgias* definía la retórica como «el arte de inculcar la justicia no solamente a la muchedumbre, sino a sí mismo», y cuando San Pablo propone a Timoteo el objeto de su predicación, le escribe: «Al enseñar a los hermanos *estas doctrinas..., te salvarás a tí mismo y salvarás a los que te escuchan*» (I Tim. 4, 6 y 16). Finalmente, se cita muchas veces la frase de Daniel (12, 13), que expresa tan magníficas esperanzas en favor del predicador: «*Los que enseñaron la justicia a la muchedumbre brillarán como estrellas, eternamente y siempre*».

CAPITULO II

FUENTES DE LA PALABRA DE DIOS.

I. La Sagrada Escritura.

Es muy importante, si se quiere llegar hasta el fondo de los problemas y evitar la banalidad de una palabra sin raíces humanas y sobrenaturales, mantenerse constantemente en contacto con las fuentes. Ahí está, en ese recurso permanente, el secreto de la fuerza y de la verdadera originalidad en todo arte.

Beethoven inauguró su tercer estilo, el más profundo y personal, cuando volvió a empezar su educación musical desde los mismos fundamentos y se puso a estudiar apasionadamente las composiciones gregorianas, a Palestrina, Bach, Haendel, él que tanto había trabajado y tantas deudas confesaba ya. Todos los maestros han hecho otro tanto. Solamente los fanfarrones y los necios se creen capaces de sacarlo todo de sí mismos. Pero entonces todo es ampulosidad; lo poco que se ofrece es fruto de un psitacismo inconsciente. Se repiten lugares comunes creyendo haberlos inventado, cuando en realidad se han captado en el aire sin haberse dado cuenta. En estas condiciones nunca se llegará a nada. Una vocación intelectual y un ministerio apostólico tienen otras exigencias, sobre todo, en nuestro tiempo.

La fuente por excelencia de la palabra de Dios es la Sagrada Escritura y, en primer lugar, el Evangelio, ya que es el objeto esencial y el todo de nuestra predicación. Por otra parte, en la liturgia podemos encontrar citas de la Escritura que la renuevan y enriquecen al contacto con los misterios cristianos. Además, tenemos el comentario, el desarrollo ideológico y la aplicación práctica de la Escritura y de la liturgia en los Padres de la Iglesia, sus testigos; en todos los grandes hombres que siguieron y que hoy son nuestros guías naturales, al formar la tradición que nos envuelve; en la vida de los santos y en la historia de la Iglesia, modelo de obras e ilustración de pensamientos; en la Naturaleza y en el arte, su intérprete; finalmente, en nuestra experiencia general y particular, experiencia del ambiente, de los hombres, de los hechos y, para terminar, del auditorio a que nos dirigimos.

Todo esto normalmente queda presupuesto en nuestra acción apostólica; son nuestros apoyos exteriores, lo mismo que más tarde hablaremos de apoyos interiores. Esto es muy amplio y hasta podría parecer indefinido y, por tanto, inaccesible; pero cada uno tome lo que le conviene para su caso y lo que la Providencia le destina. Mostrar todo el tesoro no es invitar a apoderarse de él enteramente.

La Sagrada Escritura, nuestra fuente principal, es como el repertorio de las palabras principales que tenemos que pronunciar. La Escritura habla nuestra lengua, la lengua de Dios, la lengua de la *palabra de Dios*. Todo lo que le podemos añadir ha de serle homogéneo, como la pieza secundaria a la pieza principal; ha de formar con ella un mismo todo, en un mismo estilo sobrenatural, con el mismo fin y en el mismo tono divino.

Con esto se ve lo importante que es para nosotros frecuentarla, la conveniencia de que nuestros discursos se

refieran a ella, la citen y hagan permanentes alusiones, con la única condición de no salirse de la naturalidad. Pero ¿por qué nos hemos de salir si el Autor mismo de la Escritura nos inspira y alienta? El espíritu de fe, al penetrarnos íntimamente de los misterios, puede hacer de la Escritura nuestra propia riqueza, el lenguaje espontáneo de nuestro pensamiento religioso. Entonces, como San Bernardo, como San Juan Crisóstomo, como San Agustín, haremos un discurso esmaltado de flores bíblicas, impregnado de su perfume, sin que por eso deje de ser personal, libre y auténtico, no teniendo nada que ver con esos mosaicos de textos de algunos oradores o autores.

Precisando más, esta fuente nos ofrece: 1) la materia principal del discurso, hechos o doctrina; 2) su propio vocabulario; 3) su más rica expresión figurada; 4) ejemplos prácticos que constituyen para nosotros el mejor de los modelos y el más eficaz de los ejercicios.

Es evidente que los textos fundamentales en que se expresa nuestra fe, las máximas que rigen la vida, los testimonios de los sentimientos de Dios hacia nosotros, todos sus deseos y promesas se encuentran en la Escritura como en su edición original, sin interposición humana, con el vigor, la energía y la eficacia de los primeros momentos. Y no nos dispensa de ir a beber a la fuente misma el encontrar el agua en otras partes. En lo más profundo del río la corriente es más fresca, el agua es más pura. La doctrina que se ve nacer, que se recibe de la boca misma de los personajes sagrados, en circunstancias que la ilustran y comentan, recibe una fuerza sugestiva, que ulteriores repeticiones no podrán ofrecer. Fórmulas como éstas: *Haec dicit Dominus... In illo tempore dixit Iesus...*, que se suponen en toda predicación, vale mucho más oírlas y hacerlas oír que sobreentenderlas; un efecto de segunda mano no puede compararse al efecto original. Las

palabras de la Escritura son por sí solas autoridades, mientras que las palabras de los hombres no son más que testimonios. Cuanto más se aleje uno de las fuentes, más se debilita; se disipa el sentido profundo de las realidades y desaparece la fuerza original de los sentimientos. El *Panorama de los Predicadores* nos podrá ofrecer todos los textos, pero los da muertos, como una preparación anatómica. Frecuentad ante todo la vida, esa milagrosa vida que irrumpe de toda la Escritura y que puede vivificarlo todo a su contacto.

Un predicador que no recurre constantemente a la Biblia se parece al artista que desprecia la Naturaleza, que trabaja a base de fotografías y museos, que pinta y traza sus cuadros «de memoria». Para lo esencial de nuestro apostolado, que nos llega de la Revelación, la cual para nosotros equivale a la naturaleza inspiradora de las artes, he ahí la palabra revelada, la Biblia, «el jardín cerrado», «la fuente sellada», que solamente se abre a la meditación y a la oración. No hacer de la Escritura nuestro libro de cabecera, no rumiar constantemente los escritos proféticos, los salmos, los libros sapienciales, los cuatro Evangelios, los Hechos y las Epístolas es condenarse a ser un predicador flojo; flojo no sólo religiosamente, sino también literariamente, como diremos en seguida. Esto no puede ser sustituído por nada y, si fuera necesario, esto solo podría reemplazar a todo lo demás.

Claramente se ve en los maestros. Todos los grandes oradores cristianos—y los más originales como los demás—se alimentaron de la Biblia, y sus discursos brotan de ella como el tallo del tronco; jamás se alejan demasiado y a cada instante hacen referencia a ella, como la rama y la yema hacen absorción de savia. La yema es original, nace en cada estación; pero el tronco es antiguo, es original, en el sentido etimológico, como dando el origen, el carácter auténtico de vida y, por eso, debe intervenir siempre, estar cercano siempre, aunque lejos en aparien-

cia, a fin de que haya allí vida, y vida según la especie, que para nosotros es lo revelado sobrenatural, propiedad esencial de los libros santos.

Hablaba hace un momento de hechos, que con la doctrina son la materia de la predicación apostólica. La religión no se funda únicamente en ideas; radica en hechos. Los Apóstoles son testigos y, por ellos, nosotros también lo somos, porque existe continuidad de ellos a nosotros, gracias a la Iglesia universal y al espíritu, que es el gran «testigo» y el que por institución da testimonio en nosotros. Pero no es menos cierto que los hechos, objeto de ese testimonio, están relatados en la Escritura e inspirados por el mismo espíritu, que después los testificará y utilizará. Allá, pues, es preciso ir a buscarlos.

La Iglesia, que nos presenta en la Escritura su código doctrinal y su norma de conducta, nos relata aquí también una historia, su propia historia, que es la historia de Dios en sus relaciones con los hombres. Bien extraño sería que el hombre de Dios no lo tuviera constantemente ante los ojos, dispuesto siempre a sumergirse en esa corriente de vida sobrenatural que atraviesa el mundo y envuelve a los hombres que debe salvar.

Nuestra religión tiene sus fundamentos en el pueblo judío; la historia de Israel es un rico arsenal de anticipaciones, de ejemplos, de hechos que permiten fundamentar nuestros discursos sobre una materia muy real, preferible a todas las elucubraciones.

Sabemos que toda la historia judía era un símbolo; San Pablo nos lo ha dicho: «*Omnia in figura contingebant illis.*» Frecuentemente, sin embargo, se toman estas palabras en un sentido demasiado restringido: se piensa en símbolos particulares, el macho cabrío con los pecados del pueblo, el cordero pascual, Amán y Mardoqueo, la serpiente de bronce, etc. Pero no es sólo esto. Sabemos que toda la parte histórica de los libros sagrados es una religión en acción, una ocasión permanente de encuadrar

nuestras creencias, nuestra ley, nuestra concepción del destino individual y colectivo. He ahí la experiencia humana en toda su plenitud absorbida por el pensamiento religioso. No es, pues, de extrañar que se puedan extraer, como lo han hecho los Padres y nuestros mejores oradores, sugerencias e ilustraciones de una riqueza y plasticidad inagotables. Pero es preciso saber explotarlos. Cuando se ha llegado al secreto, se maneja como se quiere, porque estamos constantemente en presencia de lo esencial, y precisamente lo esencial es lo más apto para encarnar distintos aspectos. La *esencia*, al encarnarse, da lugar al *individuo*, que es lo original por excelencia.

En segundo lugar, ahí está la historia del Evangelio, que no es ya sólo una anticipación, sino nuestro mismo fundamento gracias a la Encarnación, y que no sólo nos presenta figuras, sino realidades de las que tenemos que vivir.

La doctrina de Jesús no es todo, ni siquiera lo es su ley; es su persona lo que principalmente nos interesa: su vida y su muerte, de las que dependen la ley y la doctrina. «*Ego sum via, veritas, et vita.*» *Ego, Yo,* es el principio de todo. Por tanto, las relaciones personales con Jesús, el contacto con su persona, será para nosotros la fuente esencial de santidad.

Y ¿no es esto decir que los Evangelios y, una vez más, toda la Biblia, en cuanto está impregnada de Jesús anunciado o prolongado, debe ser el *vademecum* del predicador? Lo debería ser de todo cristiano: que al menos lo sea de su doctor, de aquél que ha sido encargado de recordar a todos de dónde viene el cristiano, quién es y adónde va.

Durante la guerra, en todas partes se empezó a evocar, sin previo acuerdo, toda la historia de Francia. Clodoveo se hizo contemporáneo nuestro, y San Luis, y Juana de Arco, y todos los grandes antepasados. El peligro despertaba el sentido de nuestra vida y el instinto nos advertía que la vida de un pueblo es única, como su alma,

de suerte que acercarse a sus orígenes y a las épocas de su historia es para él el medio más poderoso de vida ardiente y de regeneración.

Nosotros, los cristianos, siempre en guerra también, siempre en crisis mortal, tenemos nuestra historia, y nuestra historia es la Encarnación y todas las fases de su aplicación a la vida universal; nuestra alma común es el Espíritu del Salvador. El representante de la vida cristiana en medio del pueblo no puede dispensarse de estar siempre en contacto con estos hechos, tenerlos constantemente en la boca, y para ello, no puede dejar de ser un lector incansable, un rumiante, me atrevería a decir, de los sagrados textos.

No hay por qué inquietarse por las repeticiones. Nuestros oyentes jamás se cansarán; ¡es tan encantadora la persona de Jesús! Además, hablando en general, es tan preponderante el poder del hecho concreto para nosotros, espíritus encarnados, seres de imaginación y sentimiento, que siempre se nos agradecerá sustituir los hechos abstractos por nuestras historias divinas.

Ved lo que sucede en Viernes Santo. Algunos, para evitar repeticiones, creen más oportuno presentar una tesis en vez del relato evangélico esperado por todos. La decepción del auditorio es segura. Todos, aun los filósofos, si estuvieran presentes, quisieran ver desarrollarse el drama: la misteriosa cena de la noche, la llegada a Getsemaní, Judas, Malco, Caifás, Pilatos, sin olvidar siquiera el gallo y la criada. Se puede añadir todo lo que se quiera; pero, en primer lugar, el hecho.

Evidentemente, se trata de un día especial, pero es todo un símbolo. No sólo para el Viernes Santo San Pablo ha dicho no saber más que una cosa, Jesús, y Jesús crucificado. Es preciso recordar esto siempre y, por tanto, pensar siempre en ello.

Es inútil disimularlo: en el mundo la impresión del Evangelio desaparece; a la ignorancia doctrinal se añade

una ignorancia y un olvido tremendo de los hechos religiosos. A nosotros toca hacerlos revivir; para esto, vivir siempre de ellos.

Añadamos finalmente lo que todo lector inteligente habrá ya comprendido por sí mismo: los libros santos solos no bastan; los trabajos de los exégetas nos están ofreciendo tesoros de materia predicable. Para no poner más que un ejemplo, abre *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo,* del P. Lagrange, con la Sinopsis, y encontrarás en él casi a cada línea sugerencias a tratar, indicación de una prueba, esquema de un desarrollo; todo da la impresión de una inmensa riqueza. El gran trabajo de trituración de las Escrituras hecho en nuestro tiempo no puede ser inútil; el texto sagrado ha sido esclarecido, enriquecido con multitud de notas y de hechos, y es, por tanto, más asequible y más útil para nuestros oyentes que piensan a través de nosotros.

Decía también que, además de la materia de nuestros discursos religiosos, se puede encontrar en la Sagrada Escritura su propio vocabulario. Y este vocabulario no son sólo expresiones de tal manera exactas y adecuadas que no nos podríamos apartar de ellas sin una alteración del carácter de los pensamientos y de los hechos religiosos, sino que es también una atmósfera verbal, una inspiración que invita a nuestro lenguaje a una acomodación, para expresar según el cielo los pensamientos del cielo, para impregnar de Dios la palabra de Dios.

Pero esto no quiere decir que se nos impida totalmente la libertad de expresión; la espontaneidad es indispensable a una palabra viva. Mas en todo arte se exige unidad. En pintura, el color debe responder al plan, y ambos al argumento. Luego, para que nuestras expresiones religiosas estén verdaderamente en consonancia con los temas que tratamos, es necesario que el timbre de la voz de los profetas, de los apóstoles y, sobre todo, el timbre

de la voz de Cristo resuene sin cesar en nuestros oídos. Y es que estas voces fueron las primeras que expresaron los pensamientos y sentimientos que hoy nosotros debemos transmitir; debemos, pues, hacerles eco, conservando su tono, y no pasarse al campo de muchos predicadores, cuyo estilo mundano a todos extraña y no solamente a las almas religiosas; únicamente ellos pueden estar satisfechos, demasiado necios para darse cuenta de la ironía o de la injuria de las felicitaciones que reciben.

Tenemos una herencia intelectual; algo tendremos que heredar de nuestros antepasados religiosos cuando los frecuentamos; una impregnación bíblica puede comunicarnos, sin perjudicar en modo alguno nuestra originalidad, la unción evangélica, la energía y la fuerza de la persuasión paulina y esa grandiosidad del estilo profético, cuyo énfasis podría ser un peligro, pero que, regulado por el gusto, contribuye a nuestra acción elevando a las almas al nivel de los temas divinos.

En tercer lugar, he dicho que la Escritura ofrece a la palabra de Dios su más rica expresión figurada. Si los hombres de Dios pudieran olvidar esto, se lo recordarían los escritores profanos, sobre todo los poetas. Se ha escrito un libro sobre las citas bíblicas de Víctor Hugo; y Alfredo de Vigny, Lamartine, Chateaubriand, y antes Malherbe y Ronsard en ella se inspiraron. Es sabido todo lo que ha tomado de la Biblia Racine en su *Athalie* y *Esther*.

Aun cuando estos escritores nada hubieran tomado literalmente, vemos que la Biblia ha sido para ellos una fuente de inspiración maravillosa. Porque en ella está la vida como en un segundo ejemplar, asimilada ya al espíritu y revestida de las formas más grandiosas, más extrañas, más delicadas y, por encima de todo, más verdaderas. Sí; en ella está esa verdad de las expresiones y de la pintura, ese realismo superior, que es el carácter más excelente y admirable de su conjunto. La Biblia está siem-

pre en contacto con la vida, porque nunca abandona el contacto de Dios, y da siempre su fórmula exacta, muchas veces en formas magníficas, dando la impresión de que nos paseamos entre estrellas o bajo los arcos de la vía láctea; otras veces, en su estado desnudo, terriblemente desnudo; pero no es entonces menos encantadora la impresión.

Pascal se extasiaba ante esos relatos de la Pasión tan trágicamente desnudos, escuetos, tan extraños a toda sensibilidad aparente, a toda cólera o invectiva contra los verdugos. Los autores parecen decir: ¡he ahí!, ¡no perdamos el camino, no nos entreguemos a sentimientos profanos, no turbemos con nuestros gritos estos acontecimientos! Es Dios quien obra, y obra en Sí mismo; la eternidad presenta los sucesos sin mezclarse en su tumulto: presentémoslos también nosotros así; después, entraremos en el tiempo que los utiliza, y entonces, con San Pablo, San Esteban y con todos los ardientes apóstoles, estallaremos en apasionados comentarios, en gritos de ternura y admiración. Ahora, bajo la impresión inmediata de estos hechos sobrehumanos, no es el momento propicio.

He ahí una sublime lección. Podemos sacar gran utilidad de esta sencillez provisional, y siempre debe quedar una cosa: el contacto con lo real, que nunca hay que ahogar en comentarios. La Biblia es el breviario de lo real. Y este realismo bíblico es el que mejor nos puede enseñar a dar cuerpo a la verdad, a animarlo todo con su propia vida, con su calor nativo, a dramatizar lo que es dramático, a ejecutar prontamente todos los sentimientos del alma, pasando de uno a otro con esa presteza de que el estilo profético ofrece tantos ejemplos.

Ved si no hay en Jeremías, «el más elocuente predicador de la antigua ley», según San Agustín, los suficientes motivos para enfervorizar al alma, comunicarle la amplitud, el vigor, la penetración, el ardor, y sugerirle ese poderoso realismo que impregna en ese mundo divino la

creación entera, ese color que anima las líneas del pensamiento y las hace vibrantes como las líneas góticas y, lo repito una vez más, esa admirable movilidad, parecida a los animales de Ezequiel, que transporta al espíritu inspirado de una extremidad del horizonte a otra como un relámpago.

San Pablo, con menos énfasis oratorio, tiene las mismas virtudes formativas. Se reconoce en seguida a los que se inspiran en él. Tienen en cuanto al fondo lo fundamental de la doctrina y esa estrecha intimidad de los misterios de que ningún autor, aun sagrado, puede dar impresión semejante. Y en cuanto a la forma tienen los movimientos del alma más propicios al orador cristiano.

No hay, pues, mejor escuela. Y puesto que no es sólo una escuela, sino un bien de familia del que nos podemos apropiar, no ya sin rubor alguno, sino hasta virtuosamente y con la conveniencia superior de que antes he hablado, ¡qué necios, ingratos, y aun culpables, seríamos si nos privásemos de él! Debemos penetrarnos de la Escritura, tener en la mente un tesoro de expresiones bíblicas, de imágenes y movimientos bíblicos que es preciso adaptar.

¡Ah! Pero es preciso adaptarlos; es preciso asimilarlos libremente, vitalmente, y asimilarlos a la materia de que se trata. ¡Cuidado con el mosaico! Mas la asimilación se hará por sí sola cuando poseamos en nosotros la vida y el Espíritu que jamás se repiten ni copian, sino que tienen siempre palabras vivas y vivificadoras, siempre nuevas en su eternidad y capaces de anticipar el porvenir al momento en que pronuncian una palabra actual o la recuerdan.

Finalmente, además de los elementos dogmáticos, históricos y literarios, la Escritura nos ofrece ejemplos prácticos sin igual. Podemos encontrar en ella modelos a imitar y, lo que todavía es más precioso, hacer del texto sa-

grado nuestro modelo, un medio de exposición de nuestros propios pensamientos, como lo han hecho los Padres en sus homilías y tantos otros después.

Tomemos, en primer lugar, relatos como los del Génesis, los del libro de Rut, de Tobías, de Ester, de Judit; o los del Evangelio: el ciego de nacimiento, el buen samaritano, el pozo de Jacob, la Magdalena, el hijo pródigo, el rico Epulón... ¿Es posible que la virtualidad de estos textos haya sido ya agotada? Sin duda alguna que, a medida que se repiten, es necesario un poco más de arte, al menos, ante los entendidos; pero su fecundidad es eterna.

En segundo lugar, los trozos líricos. El lirismo ocupa en elocuencia un importante lugar, y a este respecto podemos encontrar excelentes modelos en los Salmos, en el cántico de Moisés (Deut., 34), en el *Cantar de los Cantares*, en Job y en los Profetas, sobre todo en Isaías y en Jeremías, preferentemente éste último—no para un poeta, pero sí para un orador—, porque aunque el estilo es en él menos puro y menos alado el lirismo, la elocuencia, en cambio, es más continuada y más utilizable, ya que es menos fulgurante, menos vaticinante y trascendente en acentos y gestos.

Lee los quince primeros capítulos de Jeremías, sobre todo el segundo, y sabrás qué es elocuencia religiosa. Yo añadiría el capítulo 16 de Ezequiel si hoy no hubiera motivos para desconfiar de una crudeza tan trágica. A nadie se permite copiar literalmente, pero ¡qué modelo como movimiento, como lirismo realista y punzante!

En el Nuevo Testamento el relato lírico por excelencia y, al mismo tiempo, el tema fundamental de la elocuencia sagrada es el Sermón de la Montaña. He ahí un modelo de elocuencia objetiva, animada de la más auténtica poesía, la más anclada en lo real, aunque superándolo totalmente. El realismo y el idealismo están en él exactamente equilibrados y reintegrados cada uno a su verdadera naturaleza. El realismo sin ideal es un realismo

falso; también es falso un idealismo en el aire. Por eso, nada da una idea más perfecta de una realidad ideal y de una idealidad real que el Sermón de la Montaña, como los demás discursos del Señor. El sentimiento de la vida se une a las más sublimes inspiraciones. El lenguaje más sencillo sirve de vehículo a los sentimientos más sublimes y a panoramas cuyas perspectivas son inagotables. «El bello latín de Cicerón—dice Guillermo Ferrero—no es más que un infantil balbuceo ante el prodigio de esta palabra desnuda, descuidada de sí, pero llena de perspectivas infinitas» (1).

Se comprende que Jesucristo sea naturalmente sublime ya que en Sí encierra la esencia de lo sublime; y que sea sencillo, pues la sublimidad es su propia sustancia antes de serla de sus discursos. No necesita atormentarse ni apasionarse; le basta abrir el propio corazón. Por eso, si nuestro corazón estuviera lleno del suyo, no tendríamos más que manifestarlo. Por la caridad, que es el alma de la palabra evangélica, Jesús está en nosotros y nosotros estamos en El. De ahí que su elocuencia y las formas de esa elocuencia nos pertenezcan. La palabra sagrada es única. *Unus Deus, unum baptisma.*

Por lo demás, para ayudarnos en estas relaciones, tenemos el ejemplo de los Apóstoles, incluídos también en el Nuevo Testamento. ¡Qué modelos de elocuencia sagrada! Sobre todo, San Pablo. Lee, entre otros pasajes, los capítulos 10 y 11 de la segunda a los Corintios. Cito estas páginas porque ya San Agustín las hizo notar. Nada dará una noción más exacta de lo que es la elocuencia verdadera, fundamentada en todos sus recursos: la dulzura y la vehemencia, la ternura y la indignación, la ironía y la majestad, las más atrevidas figuras y todos los movimientos del pensamiento y del estilo. En esto es incom-

---

(1) GUILLERMO FERRERO: *Discours aux sourds*, p. 45.

parable y de una espontaneidad y sencillez que precisamente constituyen su grandeza.

Pero hay un rasgo que no se puede imitar: ese constante poner en escena la propia persona que, si en San Pablo es tan patética, en los demás no sería conveniente. Las circunstancias eran especiales. San Pablo es para los Corintios la única encarnación de lo que predica; hace bien, pues, en mostrarse, en definirse, es decir, en hacerse brillar para que Jesucristo brille no solamente en la lejanía y en lo abstracto. Pero nosotros no estamos en esas circunstancias; ahí está la Iglesia y ahí están veinte siglos cristianos; toda una vida se ofrece a nuestros oyentes: únicamente hace falta saber exponérsela. En vez de decir: «Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo», tenemos que decir: sed imitadores de los santos como ellos lo fueron de Cristo. Aparte de estos detalles que el sentido común y el buen gusto descubren, San Pablo es un ejemplo oratorio único, después del mismo Jesús. El es el «Apóstol». Pero no podemos excluir a los demás. San Agustín decía colectivamente de los apóstoles: «En sus discursos, en los que los entendidos descubren tanto arte, se trata de tales cosas, que las palabras que las expresan parecen salidas de las cosas mismas y no de la persona que habla, como si la sabiduría, al salir de su mansión, el corazón del sabio, se viese seguida sin haberla llamado expresamente de su inseparable compañera: la elocuencia» (*De Doct. Christiana*, l. IV).

Hay, pues, a este respecto elementos imitables, como los hay para citar o copiar en materia dogmática o moral. Yo diría que la imitación puede beneficiar, al utilizar los textos, con su poder de evocación, gracias al *comentario*, la *paráfrasis*, la *homilía* propiamente dicha y a todo lo que de alguna manera se relaciona con ella en el discurso. He ahí un género eminentemente plástico, flexible en todos los sentidos y que te deja absoluta li-

bertad de movimiento, poniéndote en contacto vivificante con la Escritura; un género apoyado en su autoridad, cuajado de sus imágenes, elevado por sus sublimidades, animado por su interés, fortalecido en cuanto al fondo y en cuanto a la forma. De suerte que si eres fuerte, serás multiplicado; si débil, sostenido, si rico en sensibilidad e imaginación, tus fuerzas serán fecundadas y dirigidas; de lo contrario, reemplazadas. Tu pobreza se enriquece y, si no puedes contar contigo mismo, se te sustituye. Quiero decir que por tu medio la Escritura se abre camino, cumple su función entre tus oyentes, con la única condición de que hayas sabido elegir y adaptar la elección a tu fin apostólico. «Cuanto más pobres nos sintamos, dice San Agustín, más urge hacerse rico con lo que se nos ofrece.» La misma Escritura así lo ha hecho. Se cita de un libro a otro, se repliega sobre sí misma como una ola que va a avanzar. Con mucha más razón es invitado el discípulo, cuando la ocasión le parezca oportuna, a dejar llevar su barquita por la corriente de un gran texto, dejando, si es preciso, sus remos para llegar a donde era menester.

Unicamente faltan por dar algunas reglas prácticas para una más fecunda utilización de la Escritura. La primera regla, sin duda alguna, es el respeto. Se supone, pero hay una manía «literaria» que nos lo podría hacer olvidar. No buscamos en la Escritura adornos simplemente, es decir, palabras con vistas a un efecto, citas que peguen bien, curiosidades más o menos bien tomadas. Acudimos al Espíritu divino; es preciso hacerlo con espíritu de fe, con un sentimiento de seriedad, mediante el cual haremos sentir el peso de la palabra divina, después de haberlo sentido nosotros mismos.

Sin embargo, no ha de ser esto motivo para citar habitualmente en latín, deplorable manía en muchos y procedimiento puramente artificial para oyentes que igno-

ran esta lengua, por lo que se da la impresión de querer tontamente deslumbrar. Esto pronto fatiga y embaraza. Mucho mejor será reservar el latín para el texto inicial, si es que se admite, y para determinadas circunstancias. Siendo el latín la lengua oficial de la Iglesia, un texto latino al principio del discurso te unirá a Ella y dará a tu palabra una impresión de autoridad y de misterio. Pero no es necesario repetir indefinidamente esta indicación. Por consiguiente, podrá reaparecer el latín con vistas a un efecto especial, para dar un aire de autenticidad o porque la idea que se evoca o la palabra que se cita es de todos conocida en esa forma—al menos, del clero—. Pero es un error práctico multiplicar tales intercalaciones que nadie entiende. Otro tanto digo de las referencias a «capítulo tal, versículo tal», que también pueden justificarse, pero cuya ostentación es un poco pueril. Antes gustaban estas ceremonias verbales; hoy molestan. No son tan sumisos y tranquilos los espíritus; el auditorio no es tan paciente. Es preciso avanzar siempre, procurando no meterse entre zarzales.

Segunda regla: la fidelidad. No citar sobre poco más o menos cuando se quiere citar el texto mismo. Traducir exactamente, evitando los contrasentidos, que podían pasar en otros tiempos en que los estudios bíblicos estaban menos adelantados, pero que hoy extrañan a todos. Por ejemplo, el famoso «*quoniam non cognovi litteraturam*», con el que durante tanto tiempo se hizo un elogio de la ignorancia; el «*per stultitiam praedicationis*», que presenta la misma predicación como algo de locura o necedad, cuando ese texto alude a su objeto esencial, la cruz, etcétera. El P. Bainvel, S. J. ha recogido algunos de estos abusos (2). El honor de la palabra de Dios nos obliga a evitarlos, particularmente—y esta vez por sinceridad—

(2) *Les contresens des predicateurs.*

cuando damos al texto un valor de prueba. Todos saben que San Jerónimo acusaba a Orígenes de transformar en dogmas de la Iglesia, por este procedimiento, los frutos de su imaginación.

En tercer lugar, la sobriedad. Evitar el acumulamiento de textos, amontonados por pura artificialidad, curiosidad o piedad mal entendida. Desde el punto de vista oratorio todo exceso es un retraso del movimiento; y por parte del gusto y del sentido común no deja de ser un poco ridícula esta manía de citar sin utilidad alguna.

Además, la sobriedad exige no perderse en sutilezas de interpretación. Es un defecto en el que cayeron con frecuencia los Padres. San Agustín, San Ambrosio y, sobre todo, San Gregorio, no se libraron de él. Quizá aquel siglo lo soportase; hoy repugna. Cuando se ignora el sentido literal es inútil sutilizar: vayamos directamente al fondo de las cosas.

Finalmente, que nos guíe siempre la utilidad, no la curiosidad histórica, arqueológica o literaria. Una constante tentación se esconde aquí; un sacerdote erudito o artista fácilmente olvidará al citar los libros santos que es un apóstol y que, si es justo provocar el interés para mantener la atención, es preciso utilizar esa atención en beneficio de las almas.

Para ello, es necesario abordar los textos con la obsesión interior del tema que se desarrolla y del efecto que se quiere producir. Uno mismo queda sorprendido de lo que entonces constantemente ve surgir. El texto es una semilla; la atención ardiente es como un sol que la hace abrir en la dirección en que la ilumina; el desarrollo será espontáneo y apropiado a las necesidades, porque precisamente es efecto de ellas.

San Francisco de Sales sugiere a este propósito un procedimiento bastante fecundo. Analizad, dice, las me-

táforas constantemente empleadas en la Biblia y en ellas descubriréis casi siempre el germen de felices comparaciones útiles a vuestro objeto. Y pone este ejemplo: leed el salmo CXVIII: «*Viam mandatorum cucurri, cum dilatasti cor meum.*» ¿Qué carrera es esa de que habla el salmo? ¿No es el movimiento de un barco, empujado por el viento cuando ha llenado sus velas? Así, pues, como el soplo del viento lleva el barco al puerto, así el Espíritu de Dios sobre nuestros corazones los hace correr por los caminos de la vida eterna. He ahí la imagen y, si su descubrimiento tuvo lugar bajo la obsesión del tema, formará con él una misma cosa y será su ilustración más oportuna.

Resumiendo, la Biblia es para el predicador la fuente por excelencia con la única condición de saber utilizarla. «El discurso de un sacerdote, escribe San Jerónimo a Nepociano, el discurso de un ministro de la Iglesia debe estar sazonado con la sal de la Escritura.» Y esto se impone al hombre de Dios en los dos sentidos de la palabra: como mensajero de Dios para el pueblo y como guía de pueblo hacia Dios.

II. La liturgia.

Después de la Escritura—nuestra fuente principal—tenemos que mencionar la liturgia que es como una segunda Escritura, como una Biblia eclesiástica, nacida de la otra con vistas a la oración, y que nos ofrece un resumen utilitario de ella y a la vez un comentario.

La liturgia, como resumen de la Biblia, presenta un carácter artístico que la hace más accesible a nuestro propósito y secunda el arte de la palabra. Arte literario, que escoge lo que hay de más bello en la Escritura, añadiéndole sus propios elementos; arte de plegaria de una psicología admirable que la predicación no puede dejar de utilizar en favor de su propio objeto, tan estrechamente

unido a la oración; arte, finalmente, de formación de las almas, que es propiamente nuestro objeto esencial.

Además, la liturgia amplía la Biblia, ya que la vida actual de la Iglesia en ella hunde sus raíces, continuando la historia de Israel y la historia evangélica, puesto que dirige la corriente así formada hacia nuestra propia vida, aun la más cotidiana y especializada, enfrentándose con sus más diversos estados, momentos o necesidades.

Supuesto todo lo que hemos dicho de la Biblia con respeto a la predicación, se ve ya todo lo que podría decirse de la liturgia. En rigor, podría hasta sustituirla, si por una imposible hipótesis aquélla se perdiera. En cualquier caso, nos presenta la misma clase de recursos, mejor caracterizados aun bajo algunos aspectos. Hace desfilar ante nosotros y ofrece a nuestra utilización todos los misterios de la fe, todos los aspectos de la vida cristiana, todo el personal sagrado y, sobre todo, el centro de nuestro culto y la vida de nuestra vida: Nuestro Señor Jesucristo. He ahí la teología en acción, en drama; un espectáculo que enseña, una ley que ayuda, una palabra de orden que arrastra con el concurso reclamado y provocado de todas nuestras facultades sensibles y espirituales, de todas nuestras potencias de vida.

Yo creo que hay tres formas complementarias por las que la liturgia puede ser para nosotros una fuente: 1) como objeto de explicación; 2) como tesoro de preciosas citas, y 3) como inspiradora por razón de su espíritu.

A pesar de la inconsciencia de algunos, la explicación de la liturgia es una de las funciones más fecundas y atrayentes de la palabra sagrada. Los fieles se complacen infinitamente en ella, a condición de que se les refiera a ellos y saquen un serio provecho. La vida cristiana va tomando una conciencia siempre renovada de sí misma; prueba su grandeza y goza de su hermosura; va de descubrimiento en descubrimiento cuando se saben mostrar

todas sus relaciones, naturales y sobrenaturales, gracias a ese maravilloso realismo, totalmente impregnado de idealidad, que la liturgia sin cesar nos revela.

La liturgia nos manifiesta un sistema de amplias relaciones entre todos los seres bajo los auspicios de Dios: sobre todo, hace particularmente encantadoras nuestras relaciones con Dios y nos señala exactamente nuestro puesto, pequeño y sublime al mismo tiempo, en el conjunto de hechos que presenta. Un grandioso cuadro en el que, a la vez, uno se siente humilde por razón de su punto de partida, de sus fuerzas propias y de sus falsos pasos, pero todo lo grande que se quiera en la perspectiva de la esperanza.

El hombre que hable de todas estas cosas y de nuevo las reproduzca aparecerá como un bienhechor, y en realidad lo es. Le agradeceremos aun más esto que el librarnos de pensamientos puramente personales. Y es que nos sentimos satisfechos de ser asociados, todos juntos, a tan grandes cosas, de participar en recuerdos tan solemnes, de encontrar a nuestra disposición tales fuentes de gracia y de tener tal tesoro de alabanzas y oraciones para las necesidades del culto y de nuestra propia plegaria.

Admira que un gran artista haya dicho: «La misa sí que es sublime; *Parsifal* es una mala copia» (3), y otro tanto hayan dicho otros de la señal de la cruz, de las bendiciones rituales, de las procesiones, de todo el drama de las acciones sacramentales, ya que todas, de una manera o de otra, colocan la tierra en las orillas del cielo, bajo su acción, y al alma en el cielo mismo, en contacto íntimo con lo invisible. Hay en todo esto un impulso que eleva la vida cristiana, arrancándola del automatismo, enemigo de los actos más santos.

Se puede relacionar con este género de enseñanza la explicación de las devociones de la Iglesia (ante todo, del

---

(3) RODIN: *Les Cathedrales.*

Rosario), y la de las prácticas piadosas: la oración, el examen de conciencia, el plan de vida, la lectura espiritual, la visita al Santísimo y el retiro mensual, el sentimiento de la presencia de Dios, las oraciones jaculatorias, la oración en común, etc. He ahí temas magníficos cuando se hacen ver en toda su grandeza y perspectiva; el interés psicológico que presentan no es solamente de un orden general, mira personalmente a cada oyente y con él se relaciona.

Además de los comentarios directos que la liturgia permite, ofrece al predicador un tesoro de citas ocasionales sobremanera rico, sea que la ocasión se tome de la liturgia corriente, como cuando se predica sobre la fiesta del día, sea que se busque relacionando los propios pensamientos con la liturgia.

No siempre es oportuno predicar acerca de la fiesta del día y seguir paso a paso la liturgia en la predicación. Muchos motivos legítimos pueden aconsejar lo contrario, por lo menos en cuanto al fondo del discurso. Pero siempre es útil aludir a ello y lleva consigo una gracia especial exponer expresamente lo que la liturgia sugiere cuando la ocasión lo permite o exige. Se penetra así más en la corriente católica; se participa más estrechamente de la vida de la Iglesia y, en vez de encerrarnos en nosotros mismos, nos ponemos en comunión con el universo cristiano. Es verdad que siempre se cumple esto, quizá a pesar nuestro, ya que la predicación forma parte de la liturgia, que de suyo es universal. Mas explicitar esta realidad, haciendo que nuestra predicación tenga por tema la fase litúrgica corriente, es una ventaja que es preciso asegurar cuando las circunstancias lo aconsejen.

Fuera de las fiestas del movimiento litúrgico de la Iglesia, en el transcurso de instrucciones sobre las verdades de la fe, la moral o los sacramentos, siempre estará

bien referirse a la liturgia, donde la doctrina se presenta en forma concreta, se halla probada por hechos, según el axioma: *Lex orandi, lex credendi,* se enriquece en símbolos y se organiza por sí misma alrededor de la persona de Nuestro Señor, que la liturgia jamás pierde de vista.

Puede hacerse esto en formas muy diversas; determinarlas depende de mil circunstancias. Lo que importa saber es que hay ahí una mina siempre abierta, accesible tanto a los sencillos por razón de su contenido positivo, como a los más cultivados espíritus por la poesía que de ella se desprende y por el poder evocador de los más elevados pensamientos.

Esta última observación nos lleva al tercer empleo de la liturgia como fuente inspiradora. Siendo poesía al mismo tiempo que oración, doctrina, estímulo y contacto divino; siendo todo esto en su sencilla unidad, ¿no podrá la liturgia, unida a la Biblia, alimentar nuestro entusiasmo, ofrecernos inspiración lírica, afianzarnos con su naturalismo superior y sus relaciones con la vida universal?

La liturgia lanza sin cesar a través de toda la obra divina como grandes arpegios, pasando en una misma frase de la creación material a la historia de Dios en el hombre y el reino de Dios en el cielo. La naturaleza, la vida, las estaciones, los trabajos, la historia, los sentimientos del alma, los pensamientos y las aspiraciones colectivas, todo está ahí. Son incursiones en todos los sentidos, pero incursiones que naturalmente se ordenan al fin religioso. Entrar en este movimiento es dar alas a la palabra.

Con frecuencia un himno, una prosa, una secuencia te dará el tono de todo el sermón; y siempre, una inspiración de detalle y un estado de espíritu que te sostiene. Todo esto eleva el tono del discurso y lo hace florido.

Mas no son éstas flores artificiales; han nacido en el jardín de Dios, esparcen el buen olor de Cristo y son auténticamente nuestras.

III. Los Padres de la Iglesia, los teólogos y los maestros de elocuencia sagrada.

Sólo a medias dejamos el tema de las fuentes sagradas al abordar a los Padres y a los Maestros de la palabra cristiana. Los primeros, sobre todo, están de tal manera impregnados de ellas que nos mantienen en su contacto y nos enseñan, además, el empleo que se puede hacer. Hombres providenciales para la conservación del depósito sagrado, también lo son para su utilización, y jamás se podrá admirar bastante el hecho de que desde el principio haya Dios de tal modo enriquecido con todo lo necesario a su Iglesia, no para exonerar al porvenir, sino para asegurar la eficacia de su obra y multiplicar sus esfuerzos. Se nos ha puesto ya el pie en el estribo; únicamente falta lanzarse a recorrer el camino.

Mas, ¿quién utiliza suficientemente esta ayuda? Preferimos malgastar el tiempo en lecturas de azar, pretendidas actualidades a las que sacrificamos sin ningún escrúpulo el eterno presente. ¿No reconoce todo el mundo que el grupo de Padres de la Iglesia, griegos o latinos, constituye una pléyade magnífica en la que se abren paso con esplendor varonil todos los aspectos de la palabra humana al servicio de las altas concepciones del espíritu?

En San Cipriano, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, Tertuliano, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín—San Bernardo más tarde—, se puede encontrar toda la gama del pensamiento y del estilo, del movimiento oratorio y del esfuerzo apostólico, tales como jamás se podrán manifestar ya en las edades cristianas.

Pero estos hombres no lo han dicho todo; han respondido a las necesidades de su siglo, y nosotros tenemos que responder a las del nuestro. Sin embargo, lejos de apartarnos esto de ellos, es una garantía para quienes viven en su contacto. No se les puede utilizar sin trabajo: ¡tanto mejor! Han hablado un lenguaje distinto del nuestro, en circunstancias diversas, a auditorios hoy lejanos. Sus obras son una cantera: es preciso tallar el mármol. O, mejor, son estatuas que no pueden aparecer en nuestras construcciones y que únicamente nos podrán enseñar a hacer otras. ¡Tanto mejor, Dios mío, tanto mejor! ¡Qué dicha que no se les pueda copiar y que, sin embargo, nos puedan instruir, e instruir en algunos aspectos más que cualquier otra fuente! Porque los Padres de la Iglesia están más en contacto con la naturaleza y, por consiguiente, más cerca de nosotros que, por ejemplo, los oradores del siglo de Luis XIV. Nos oprimen menos y por encontrarse todavía en las inmediaciones de las fuentes nos pueden enseñar, como dice Bossuet, «el arte divino de manejar las Escrituras y revestirnos de autoridad, haciendo por medio de sólidas y serias aplicaciones que hable Dios en todos los temas» (4).

Yo añadiría una consideración quizá un poco irónica, relacionada con el hecho siempre lamentado. Se conocen muy poco los Padres de la Iglesia: por eso, en los puntos en que se prestan, se hacen citas con gran seguridad y se obtienen fecundas originalidades con sólo adaptar el lenguaje, y aun sin ello. Pero no es éste el mayor beneficio que se puede obtener de esta frecuentación. Se trata de relacionarnos con nuestros orígenes, de hacernos un «alma ancestral», como se ha dicho a propósito de la *Leyenda de los Siglos;* relacionarnos con lo que tenemos de más alto en nuestros objetos de pensamiento y en nosotros

---

(4) Bossuet: *Notes sur le style et la lecture.*

mismos, a través de hombres que lo representaron excelente y providencialmente.

Sería ya haber aprovechado mucho saber complacerse en este contacto. Es una buena señal. Lo decía Goethe: un hombre verdaderamente dotado busca por instinto captar su materia de pensamiento o de acción a partir de las fuentes y en la escuela de los mejores. «Es exactamente esta necesidad de comercio con nuestros predecesores la señal de una fuerte vocación» (5). Cuando se trabaja en su atmósfera, se adquiere una conciencia más clara de la naturaleza y dirección del trabajo a realizar, se fortalece el propio pensamiento y se asegura al trabajo mismo una feliz ampliación. El espíritu individual se multiplica en estas resonancias lejanas que se le permite asociar a su propia voz; ya no se encuentra solo: se siente apoyado sobre un fundamento secular. El alma antigua y colectiva responde a la suya y el contenido de sus más insignificantes palabras, cuando las cree exactas, le parece garantizado por la eternidad.

Bossuet nos pone en guardia contra una objeción que podría sugerir la pereza. Se cree que para resumir la patrología desde el punto de vista que nos ocupa sería preciso un inmenso esfuerzo. No hay tal. Siguiendo las indicaciones del mismo Bossuet se avanzaría rápidamente. Ahí están, como guía, los trabajos patrísticos, que añaden a las obras en que nos inician su complemento de luz. Sin duda alguna que se necesita fidelidad y constancia, pero quien no es capaz de ello no merece que nadie se inquiete por su defección; no es un intelectual, y no hay lugar para él entre los oradores cristianos.

Además de estos maestros especialmente providenciales, hay otras muchas fuentes y no sólo entre los oradores, como indicaremos al hablar de la cultura. Aun es

(5) GOETHE: *Conversations avec Eckermann*, 12 de febrero de 1851.

preciso decir que los oradores, generalmente hablando, no son nuestras fuentes más fecundas. Su trabajo es más acabado y menos sugestivo. En la *Suma* de Santo Tomás, sobre todo en la II-II, en la que toda la vida moral y religiosa encuentra precisadas sus condiciones y formas, el orador encontrará riquezas inagotables, sin conocer el menor fastidio. A cada paso se le presentarán temas, divisiones perfectas para su desarrollo, textos para su ilustración, y se podrá mover con absoluta libertad porque nada está presentado *oratorio modo.*

Yo recomendaría entre los trabajos teológicos, que son infinidad, el *Catecismo del Concilio de Trento,* cuya admirable precisión es guía al mismo tiempo que salvaguardia. Las profundas relaciones entre los elementos dogmáticos están señaladas, como en Santo Tomás, de la manera más evocadora para un espíritu atento. Si la doctrina que predicamos se encuentra, ante todo, en la Escritura y en los documentos de la fe, especialmente en los *Símbolos,* esa doctrina está expuesta por orden y elaborada racionalmente por los teólogos, de suerte que nuestra enseñanza, nuestro esfuerzo de apologistas y de consejeros de espíritu nos colocan bajo su dependencia.

Los oradores no son nuestros principales iniciadores doctrinales: son nuestros modelos. Nos enseñan a componer un discurso en la medida en que esto se puede enseñar. Si los autores de otros géneros nos comunican su sabiduría, ellos nos imponen su elocuencia.

Y es muy natural que así suceda. En la sociedad de gentes cultivadas se aprende su lenguaje; se aprenden buenas maneras en el mundo: ¿por qué no se ha de aprender la elocuencia al contacto con los grandes oradores? Mucho más precioso es este contacto que todos los preceptos, decía San Agustín. Porque los preceptos muestran el camino, pero los ejemplos arrastran. El aguilucho aprende a volar sobre las alas de su madre. También el

vuelo se hereda. Pero esta herencia no se transmite como un fondo de comercio; es una adaptación activa, un esfuerzo vital. Lo que de otros tomamos no debe ser por eso menos nuestro. Aprendemos la mayéutica, eso es todo. Pero volveremos sobre este punto.

Y, ¿a quién debemos dirigirnos? ¿Qué maestros elegir? En primer lugar, los mejores. Cuando se puede ir a la fuente no se va al cántaro. Son maestros seguros aquéllos cuya gloria ha sido consagrada y cuyo prestigio, prescindiendo del valor que lo funda, es para nosotros una fuerza. Bueno es abrigarse bajo una aureola; es una antorcha que inflama nuestra imaginación. Además, los grandes dan grandes impulsos, y es preciso un gran impulso aun para andar un corto camino. Si no se llega hasta donde han llegado los genios, se irá hasta las fronteras de uno mismo. Por lo demás, no olvidemos que los grandes, por la genial sencillez que en ellos alcanza la perfección del arte, son generalmente los más accesibles; su lección es más pura, más sólidamente caracterizada y, por eso, más decisiva. Así, pues, no es al compañero, al predicador de al lado al que hay que confiar el espíritu. Muy bien puede suceder que de él te venga una buena indicación, positiva o negativa; pero un hombre ardiente prefiere dirigirse a los grandes seres, y su barca, nueva aún, está pidiendo el impulso de una gran ola para deslizarse.

En segundo lugar, no es nada recomendable multiplicar los modelos. Flaubert decía que la biblioteca de un gran escritor debe contener cinco o seis libros-fuentes, que es preciso releer todos los días. Pero nada obliga a ser exclusivos. Muchos géneros, se podría decir, pero pocos hombres. Se ganará más concentrándose, haciendo vibrar todas las cuerdas. Escójanse estos hombres en la propia lengua para que la lección sea más eficaz, suponiendo que esta lengua sea lo suficientemente rica en grandes obras.

Con cuatro o cinco genios se puede tener una colección de todas las cualidades oratorias esenciales. Aborda a Bossuet y te ofrecerá la majestad y la fuerza; realiza el prodigio de unir la magnificencia con la naturalidad, esto es, con una noble popularidad. Bourdaloue es la exactitud, la lucidez maravillosa de la exposición y el desarrollo lógico irresistible: un torrente de luz. Massillon es la sutileza del análisis y la riqueza de la sensibilidad, sobre todo de la sensibilidad imaginativa de la que brota una feliz armonía verbal. Finalmente, Lacordaire es la sensibilidad profunda, visceral; un torrente de fuego que, además del brillo, tiene la llama de una imaginación ardiente.

He ahí todo lo que se puede desear para estimular y dirigir un joven talento, para fomentar y sostener el entusiasmo. Esos genios se corrigen unos a otros y se completan. Porque nadie es totalmente completo. A Bourdaloue le falta el ser poeta; no lo es en ningún grado, y es necesaria la poesía para la elocuencia, porque le es necesario el brillo y el encanto. Bourdaloue es una gran inteligencia y un gran corazón, pero no sabe agradar, ni brillar, y en él, aun el sentimiento se diría no ser más que pensamiento incandescente. A Massillon, en cambio, le falta la perfección del juicio; se deja arrastrar, pasa los límites y sutiliza. A Lacordaire le falta, no la doctrina, como alguna vez se ha dicho, sino la profundidad magistral de la doctrina que su naturaleza y formación no le podían ofrecer. En cuanto a Bossuet, ¿qué le falta? Casi nada; pero sí, quizá un poco de esa ternura humana de la que él mismo supo hablar tan bien. Sólo una mitad ha realizado de la divisa de Lacordaire: «Fuerte como el diamante, tierno como una madre.»

Dadas, pues, estas diferencias, a cada uno toca ver a quién ha de acudir siguiendo la inclinación de su espíritu y sus necesidades. No quiero decir con esto que hayamos de tomar como maestros principales a aquéllos a quienes más nos parecemos. Depende. Si temo un exce-

so, no invitaré a un gran hombre a empujarme con toda su fuerza en el sentido en que temo caer. Un lógico un poco árido que se encerrase en Bourdaloue no haría más que agravar su vicio; que vaya sobre todo a buscar un poco de fuego a quien lo tenga, un poco de sensibilidad a donde rebose. Pero que esto no le impida ver cómo es explotada su propia cualidad por quien presenta en ella la forma genial. Y, si ni siquiera tiene esta cualidad, si necesita desarrollo en todos los sentidos, que vaya buscando en todas direcciones, que se entregue a la rosa de los vientos cuyos pétalos acabo de nombrar.

Mencionemos también entre nuestros modelos a los oradores de la antigüedad. Son modelos nuestros porque son modelos universales. Llegamos a ellos por medio de otros, pero no nos conformemos con esto solamente. Un contacto directo es mucho más fecundo. Ningún orador puede sin culpa desconocer a Demóstenes o Cicerón en sus mejores discursos. Si este último es frecuentemente un parafraseador, también es con frecuencia de una elocuencia maravillosa, y por su amplitud llega a pasar a Demóstenes, que, en general, le es tan superior.

Sean los que fueren los modelos oratorios a los que te has decidido confiar, es necesario aprender a servirse de ellos, ya que no es tan fácil. Muchas veces la inexperiencia es desbordada en estos montes luminosos en que no se sabe qué sendero tomar por propia cuenta o a qué rama asirse.

Digamos, en primer lugar, que nuestro trato con los maestros debe estar presidido por el espíritu de fe. Son una ayuda de Dios, una gracia; abordarlos como tales es ponernos en estado de utilizarlos como conviene, de hacerles concurrir a nuestro objeto sobrenatural, aun cuando este objeto les sea extraño, como cuando se trata de una catilinaria. Paganos o cristianos, los grandes maes-

tros son para nosotros medios que Dios pone a nuestro alcance; recibámosles de su parte: El es quien ha hecho las manos fecundas en maravillas.

Viniendo al cómo de la utilización, es necesario, en primer lugar, distinguir dos hipótesis. ¿Qué buscamos en esos autores? ¿Pensamientos, sentencias, comparaciones, trozos ya hechos, ideas de planes, o, sea como sea, lo que se llama una cita? O bien, ¿tratamos de formarnos o de buscar una inspiración que más tarde se desarrollará en un trabajo libre? El caso es muy distinto.

Pongámonos en la primera hipótesis. No hay que avergonzarse de citar: todo el mundo lo hace; sólo que se hace de una manera más o menos velada, más o menos fecunda. Son muy raros los espíritus verdaderamente originales, y nunca lo serán del todo. Divulgar la verdad es ya una buena obra para el apóstol y no es necesario que la invente. San Agustín llega a conceder que muy bien se puede predicar lo que otro ha compuesto, si es más capaz. La palabra de Dios, es impersonal: es un bien de todos, un bien común. No se puede entender esto al pie de la letra, porque también es preciso pensar en la justicia y no saquear indiscretamente al vecino. Pero esto no cuenta para los maestros antiguos, que ya no tienen intereses que perder. En este caso, basta salvaguardar la prudencia que prohibe, en primer lugar, citar por pereza únicamente y que, en segundo lugar, aconseja no tomar trozos o fórmulas demasiado fáciles de identificar, que invitarían a los humoristas a saludarlas como se saluda a antiguas amistades.

Pero, aunque citemos con prudencia, aun hace falta más: es preciso hacer nuestra la cita, incorporarla totalmente a nuestro pensamiento. Las obras del espíritu no se hacen por yuxtaposición. Nadie puede dispensarse del esfuerzo. Aun en la cita misma hay lugar, al ponerla en práctica, para la originalidad. En el fondo, cuando se trabaja seriamente, sólo para crear se toman notas; es decir

que, al fin, las notas se eliminan, porque crear es hacer de la nada.

En estas condiciones no tengamos miedo de recibir. Todo se recibe de Dios. Sin embargo, la vida es obra nuestra. Nuestro juicio intelectual, como cualquied otro, versará sobre el modo con que lo hayamos recibido.

Sin embargo, no es éste el principal servicio que debemos buscar en nuestros maestros. De buena gana nos prestan sus tesoros, pero, ante todo, son nuestros guías, «nuestros monitores», decía Malebranche; es decir que, en vez de pensar por nosotros, deben ayudarnos a pensar; en vez de enseñarnos doctrinas de segunda mano, deben enseñarnos a descubrirlas; en vez de ofrecerse como arrendadores de textos, deben formarnos a través de libres creaciones. «En los libros de los demás busco mis propios pensamientos», dice un contemporáneo.

Ahí tenemos los maestros con sus magníficos campos: atravesemos sus dominios con la azada al hombro para ir a trabajar más lejos. Veremos al pasar todo lo que ellos han hecho, cómo se han comportado: el desenvolvimiento de sus fuerzas nos ayudará a descubrir las nuestras y a desarrollarlas. No queramos obrar como ellos, si no es en el hecho de haber orientado su alma hacia la verdad y haberla servido con todas sus fuerzas. Es su gran lección, y las lecciones particulares de ella dependen. Ningún modelo tiene otra misión que invitarnos a desarrollar nuestras fuerzas. Tal hombre ha hecho esto; y yo, ¿qué puedo hacer? He ahí la cuestión. «He comprendido, escribe Mauricio Barrés, que cuando uno se encuentra en presencia de un espíritu superior es preciso buscar el punto de contacto que se puede establecer con él» (6). Cada viviente vive de su propia sangre o savia; sólo el montón de piedras crece por simples aportaciones. Se

(6) M. BARRÉS: *Mes memoires*, en «Rev. des Deux Mondes», 1 de octubre de 1929.

hereda: he ahí la ley que ya hemos repetido con insistencia. Pero es preciso abandonar muy pronto esa herencia para enriquecerla si es posible y, en todo caso, para vivir una vida propia. En idénticas condiciones de formación, cuanto más se debe a la herencia, menos se vale.

Cuando Rubens volvió de Italia maravillado de sus visiones romanas y venecianas, pintó dos obras maestras: *El descendimiento de la Cruz* y *La elevación de la Cruz*. Estas obras habían nacido al calor de aquellas visiones. Sin embargo, escribe Delacroix en su *Diario* (t. II, p. 23), «no se puede decir que imitaba».

Se dan con frecuencia estos casos. Pero hay inteligencias esclavas, espíritus en prisión que o imitan o no hacen nada. Que imiten; se lo hemos permitido ampliamente. Mas quien se sienta con una personalidad, tiene el deber ante sí mismo y ante Dios de utilizarla. Dios la espera; pequeña o grande, la ha previsto y cuenta con ella para formar unida a otras sus equipos de apóstoles y proveer a la marcha de su Iglesia. Sin esa personal utilización, ¿no estaríamos condenados a volver siempre sobre el mismo lugar? ¿Y cómo se haría el progreso? «La pintura va de edad en edad declinando y perdiéndose, escribe Leonardo de Vinci, cuando los pintores no tienen más modelo que la pintura anterior.» El modelo primero y común es la naturaleza; para el orador o escritor, la verdad considerada en sí misma. Es preciso recordar continuamente esto.

Por consiguiente, aun conservando el culto a los maestros, es necesario, de alguna manera, desprenderse de ellos. Todos deben contribuir a instruirnos, pero nada debe subyugarnos. Si trabajamos «a la zaga», pronto adoptaremos un género artificial y ni siquiera servirán esos valores que tomamos, porque son valores muertos. El discurso es vida y sólo de la vida puede proceder.

Nada, pues, de imitación en el sentido material de la palabra. Si quisiéramos hacer las veces de un Bossuet,

estaríamos condenados a representar falsos Bossuet, porque nos olvidamos de hacernos verdaderos a nosotros mismos. ¿Acaso intentó Bossuet hacer alguna vez de Bossuet? Para ello, hubiera necesitado replegarse, marchar casi hacia atrás; pero, por el contrario, siempre estuvo en tensión hacia las cosas. Buscaba la verdad en las cosas y esta tarea le hacía ser el verdadero Bossuet, porque él mismo era quien la realizaba. Si la realizamos nosotros, el resultado será distinto y debe serlo siempre, salvo las ayudas y relaciones que antes hemos señalado. Tomemos de nuestros modelos, ante todo, los movimientos del alma, las formas de pensamiento, los golpes de imaginación, la pasión; en una palabra, las maneras eternas, no las particularidades de superficie que no expresan a los genios en su genialidad misma, ni nos hacen tomar contacto con su verdadero trabajo.

Debemos observar que hay motivos para desconfiar del gran discurso clásico que se dirige a una época demasiado determinada y a un auditorio muy reducido. Es un peligro. El ridículo acecha siempre al imitador, ya que las formas anticuadas se deslizarán rápidamente siguiendo a las ideas, aun cuando se crea librarse de ellas. Es que no es necesario copiar a los maestros sino en lo que tienen de intemporal. Precisamente por eso son maestros; tomados formando parte de una época o de una corriente, son sus esclavos, y en otra corriente o época, no se adaptan.

Con mucha mayor razón no iremos a buscar en nuestros maestros los defectos que una sabia crítica les reconoce, sus exageraciones, sus faltas de gusto que tantas veces nos tientan. No es fácil resistir al atractivo de los grandes; un error que ellos admitieron parece por eso mismo inexpugnable. Sin embargo, ahí está la verdad. Tratemos, pues, de completar la lección positiva que nos dan con la lección negativa, incluso con sus errores.

Es verdad que a este respecto otros nos serán más provechosos. No dudemos en procurarnos de tiempo en tiempo esta contraprueba, porque es casi indispensable. La perfección de las obras maestras borra frecuentemente las líneas del esfuerzo: se ven difícilmente los caminos porque pasaron los maestros y los que han tenido que evitar para llegar ahí. Se diría que han llegado directamente, y no es verdad. Es muy instructivo ver en otros los falsos pasos posibles; a través de las reglas violadas gustaremos mejor las seguidas; a través de los errores, la seguridad. He ahí la utilidad de los manuscritos ya corregidos por los maestros y de los bocetos de las obras de arte.

Estos tanteos de una mano que llega a la certeza son eminentemente instructivos. Se ve ahí en vivo y mejor que lo podría hacer uno mismo qué es lo que hay que entresacar, tomar o transformar en un texto. Es ésa una escuela maravillosa. «El artista se equivoca frecuentemente en su obra, escribe Leonardo; si en tí mismo no lo descubres, mira la obra de los demás y sacarás provecho de sus errores.» Quizás se pueda tomar en este sentido una expresión suya que parece tan atrevida: «¡Pobre del discípulo que no sobrepase al maestro!». Porque se aventaja al maestro en algo cuando se libra uno de algún defecto en que él ha caído. Por donde se ve que hay preciosos motivos de estudio aún donde se desaconseja la imitación. Es una de las formas de la regla evangélica: no dejarse vencer por el mal, sino trocar el mal en bien.

Aún dos observaciones de carácter práctico.

Después de haber elegido nuestros maestros, conviene escoger en ellos lo que mejor les representa en el aspecto en que les consideramos como maestros. No son necesarias muchas obras: bastan muy pocas, pero bien estudiadas. Cuando se preguntaba a Henner por qué viajaba tan poco, respondía: «Lo tengo todo en Louvre.» En Louvre

mismo Eugenio Müntz casi le hizo descubrir las bellezas de *La Virgen de Francisco I*, a él, tan admirador de Rafael, porque hasta entonces había estado absorto en el estudio de *La bella jardinera*, su principal admiración. Se puede juzgar una visión así un poco estrecha; Henner era el hombre de la concentración exagerada, casi de la idea fija, pero hay aquí una preciosa indicación.

Con esto queda ya insinuada nuestra última observación: es preciso volver constantemente a los modelos. Las relaciones con nuestros modelos no son amistades de balneario; lo que sobre todo ambiciona un espíritu ardiente es su intimidad, y el alejamiento del trato disipa la intimidad. Por lo demás, cuanto mejor se conozcan, menos necesidad hay de que este trato sea prolongado: una página, un discurso o una parte de él pueden bastar.

Goethe releía todos los años algunas obras de Molière, «lo mismo, decía él, que de tiempo en tiempo contemplo los grabados de los maestros italianos.» Y añadía: «Pequeños seres, como nosotros, son incapaces de conservar las grandezas de estas obras; es preciso volver a ellas para refrescar nuestras impresiones». (7).

IV. La vida de los santos.

Por medio de la Escritura, la liturgia y los Padres de la Iglesia, nos ponemos en contacto eminentemente formativo, no sólo con la doctrina y la elocuencia, sino también con la santidad, por lo que sólo accesoriamente es necesario consagrar a ésta última una mención especial.

La vida de los Santos es el Evangelio puesto en práctica, es Jesucristo visto en una serie de espejos vivos, que no alteran su figura y que, sin embargo, le acercan a nuestra humanidad. Además, los santos adaptan este alto

(7) *Conversations avec Eckermann*, 8 de noviembre de 1826.

ejemplo a nuestras diversas maneras de sentir, a nuestras formas de vida, ya que las reproducen todas. He ahí un gran recurso para la oratoria. El hombre tiene la curiosidad del hombre, del caso vivo y maravilloso, del ideal vivido sobre esta pobre tierra. Nadie escapa a la admiración cuando se le muestra realizado y sublime lo que él mismo no realiza. ¿Lo hará mejor en adelante? Al menos, se le habrá procurado una oportunidad. No se espera, al predicar la vida de los santos, hacer santos a todos los oyentes. Pero el simple valor tiene necesidad del heroísmo por guía, y héroes son los genios que estimulan el pensamiento corriente para los que gustan sus lecciones.

A los santos se pueden añadir con este objeto todas las grandes almas, es decir, todos los demás en lo que tuvieron de grandes. La biografía edificante nos permite ilustrar nuestras ideas, robustecer nuestras exhortaciones, lo mismo que hace un entrenador con el corredor que se lanza a la pista. Lo que los santos han hecho, muestra que es posible lo que nosotros pedimos, y provoca su deseo. Hay la misma diferencia, dice San Francisco de Sales, entre el pensamiento puro y el pensamiento puesto en ejemplos, que entre la música escrita y la música ejecutada. Hagamos cantar la doctrina o la ley de Dios, ofrezcámosla «ejecutada» y no solamente escrita.

Además, la vida de los santos nos instruye con sus máximas, perlas que no debemos desperdiciar. Cuando los santos han escrito libros en que estas máximas se multiplican y comentan, encontramos en ellos recursos que en ningún otro lugar encontraremos por lo que se refiere a la vida del alma y a la intuición de lo sobrenatural.

V. La historia de la Iglesia.

Los santos son como las flores de la Iglesia; alrededor de ellos está todo esa germinación que es la Iglesia

misma, y que forma toda una historia incrustada en la historia del mundo o, mejor, idéntica a ella, porque sólo lo sobrenatural es verdadero y, por consiguiente, la historia de lo sobrenatural es la verdadera historia.

He ahí una fuente más para el predicador. La historia sirve para todo: para corroborrar las enseñanzas, para edificar u horrorizar los espíritus, para ilustrar las exposiciones y, por lo mismo, suscitar o renovar el interés. ¡Gustan tanto las historias! Se conquistan inmediatamente las imaginaciones y muy bien se puede utilizar esta conquista.

En seguida se reconoce si un predicador sabe historia, porque su espíritu no se encierra en ideas abstractas o en el momento presente. Sus palabras tienen mayor amplitud y sus panoramas son más originales, precisamente porque conoce el pasado, y el pasado reaviva el presente con las comparaciones que provoca. No juzgar sino a la luz de lo absoluto, es juzgar con estrechez y sin experiencia.

Con mayor razón la historia es indispensable cuando se trata de predicación apologética, aunque no se trate de una apología histórica. Porque como método, ya que no como objeto, la historia hoy lo ha invadido todo y, si el adversario se atiene a sus decisiones, nosotros nos vemos obligados a seguirle en su propio terreno.

VI. La Naturaleza y el arte.

Mencionaré sin más tardar dos fuentes accesorias también: la naturaleza y el arte, su intérprete. ¿No se dice de la naturaleza que es un discurso de Dios? ¿Y cómo no ha de influir este dicurso en los nuestros? La naturaleza nos presenta sugerencias, ejemplos, comparaciones aclaratorias, metáforas. Es «un vasto almacén de imágenes», decía Bourdaloue. Además, estimula nuestro entusiasmo

y nos pone en un estado de ensueño realista que favorece extraordinariamente el trabajo. Si Bossuet no hubiera contemplado aquel salir de luna que tan magníficamente ha descrito en su *Tratado de la Concupiscencia,* nos hubiéramos quedado sin una página maravillosa y sin una grandiosa lección. «Como David, me he levantado de noche para ver vuestros cielos, obra de vuestras manos...»

Tiene algo de extraño la naturaleza, y es que sosiega al mismo tiempo que estimula. Ayuda a trabajar con alegría, con espíritu fresco, amplio, de donde resulta un más fecundo esfuerzo. El discurso no podrá ser «fatigado», pues participa de los cambios naturales, de las comunicaciones espontáneas, como las de nuestro Maestro en Galilea, a la orilla del lago o en la Montaña.

Como decía antes, la Biblia es en esto un modelo y también la liturgia, lo mismo que alguno de los Padres de la Iglesia, como San Gregorio Nacianceno. A través de ellos y aun de otros, podremos llegar al contacto vivo con el discurso de la creación. Pero lo que nos llega de segunda mano es siempre más frío; veamos sobre todo en ello un ejemplo y si prohibimos citar cuando llegue la ocasión lo que podemos encontrar ya elaborado, aprendamos a utilizar nosotros mismos esa gran fuente inspiradora.

Para esto es preciso aprender a mirar o, mejor, a contemplar, que no es lo mismo. Cuando se mira un objeto, se siente uno en su presencia, se realiza un acto físico o superficialmente intelectual; en cambio, cuando se le contempla, nos sentimos infinitamente lejos, en el país de las ideas madres, diría Goethe. Parece que una buena nueva nos llega de un lejano divino, y cuando se ha recibido una buena nueva se trabaja mejor.

A la Naturaleza añado el arte, que de alguna manera la reproduce. De ella nace. La interpreta a su manera y facilita así las interpretaciones oratorias, que mantienen con las suyas relaciones de analogía. También nosotros tenemos que pintar lugares, colocar personas, constituir

asambleas, construir, esculpir, poetizar, cantar... Todas las artes influyen en el arte de la palabra; sobre todo, influye la poesía, que ya abarca otras muchas, principalmente la música.

Si el lirismo de la Escritura y de la liturgia es el más apropiado a nuestros temas, el lirismo de los poetas profanos que frecuentemente se inspiró en aquél, le procura una extensión y riqueza nada despreciables. Podemos ir a encontrar en él colores y formas y, sobre todo, un poder de evocación, que es una gran parte de la facultad creadora. Descartes en sus famosos sueños de noviembre de 1619 llegó a la certeza de que la intuición poética es muy superior a la razón del filósofo para hacer brotar en nosotros las inspiraciones de la sabiduría. Una obra poética es siempre una obra genial, y ¿no es esto lo que necesitamos? Un sermón sin genio, quiero decir, sin esa especie de inspiración celeste emanada de la contemplación y de la experiencia mística, aun la más modesta, ha bajado de su orden y no es lo que el alma cristiana está esperando.

Una sesión musical, una visita a un templo artístico, unos momentos a solas en una catedral, pueden favorecer esa inspiración. «Hagámonos un molde que el sueño llenará», decía Víctor Hugo. Novalis exigía un acompañamiento musical para la meditación, las conversaciones elevadas, la lectura. Delacroix atribuía al *Dies irae,* oído en el órgano de San Sulpicio, su éxito excepcional del ángel golpeando a Heliodoro en la *Capilla de los Angeles,* y a los cantos del mes de María, la Magdalena desmayada de su *Descendimiento de la Cruz,* en San Dionisio del Santísimo Sacramento.

También se ha probado que las excitaciones sonoras, sobre todo las rimadas, son las más dinámicas y tienen una gran fuerza de acción sobre nuestra actividad intelectual.

No se trata de ponerse en un estado de espíritu artificial e insincero; se trata de estimular su sinceridad mu-

chas veces somnolienta, de ligarla al sistema de ruedas emotivas que la arrastrarán en su propio sentido y le permitirán manifestarse con fuerza. Nuestro pleno rendimiento está asegurado por un conjunto de condiciones interiores que el arte, la Naturaleza, la palabra de los maestros y los espectáculos que ofrece la fe concurren a crear. Escuchemos con la misma atención el murmullo del viento o de las olas, el canto de la alondra, la voz de Bossuet o de los órganos, las sinfonías de Beethoven o aquella más elevada sinfonía de la santa liturgia; al impregnarse nuestra alma de toda esta música, irrumpirá en su propio canto.

Añado el consejo práctico de no despreciar nunca la visita a un taller, a una fábrica, a una exposición comercial, industrial, colonial, etc. Tener una idea de toda clase de técnicas nos proporcionará un conjunto de imágenes utilizables en muchas circunstancias. Es la «lección de cosas» de los niños, proseguida en la educación de sí mismo. Y no nos hemos salido del tema del arte; es arte en el sentido antiguo de la palabra; Ronsard confesaba haber sacado de aquí gran parte de su arte poética.

VII. La experiencia y sus fuentes.

A) La meditación.

¡La experiencia!: he ahí ciertamente una condición indispensable a la autoridad y a la fecundidad de nuestra palabra. «La acción inteligente—escribe Aristóteles—es la que parte de lo íntimo, con el conocimiento del medio de acción.» Lo íntimo para nosotros es nuestro espíritu de fe, es nuestra ciencia y nuestro celo; pero, a pesar de todo, quedaremos todavía con las manos vacías si todo esto se junta a la inexperiencia. La inexperiencia hace sonreír, y quien hace sonreír no cuenta mucho. El espí-

ritu de fe debería ver, sin duda, detrás a Aquel que sólo cuenta; mas ¿quién está de tal manera impregnado del espíritu de fe? De hecho, se rechazan las lecciones de un escolar de la vida: un monaguillo es bueno para el incensario, y ¡qué de buena gana se nos toma a todos por monaguillos! Con gran facilidad se cree que el hombre de Dios ignora las realidades de este mundo y se valen de esto para declarar que no pueden aceptarse sus juicios, sus exigencias en materias delicadas y particularmente onerosas. Es más cómodo. Se pretende atribuir al predicador joven lo que en realidad está apoyado por una sabiduría secular y eterna: la de la Iglesia. Fariseísmo tal vez. Por lo menos, inconsciencia. Pero nosotros hemos dado el pretexto.

Por el contrario, supongamos que el hombre de Dios se presenta como una especie de vidente al que nada escapa, que sin ostentar estudio de costumbres, género pretencioso y artificial, habla como si leyera en nuestras almas, como si viviera en el interior de nuestras casas, de nuestras tertulias. Ese hombre pronto se revestirá de autoridad. Nos sentimos dominados, penetrados, incapaces de resistir la luz así proyectada sobre nuestro caso y prestos a sufrir su influencia. Caemos estupefactos y vencidos.

Por lo demás, nada suscita un interés tan poderoso. Preferimos esa refracción anónima que nos invita a reconocernos sin mirarnos y nos induce a condenarnos sin acusación. Si al lado de esto se ve la caridad del apóstol, ya puede estar seguro de los resultados. Su palabra lleva y arrastra a la práctica.

Se requiere, sin embargo, una condición, y es que sepamos guardar, sobre todo en algunas materias, una extremada delicadeza. El hombre de Dios no debe dar a entender que es un familiar del mundo que describe; que él mismo lo padece y que el árbol de la ciencia del bien y del mal le ha entregado sus frutos. No. El hombre de Dios ha de pasar sin mezclarse con él, como un muerto

que se pasea entre los vivos en forma de fantasma; su conocimiento es un conocimiento desde arriba, parecido al de los santos y ángeles del cielo; conocimiento de juez y no de cómplice, de médico y no de compañero de enfermería u hospital.

Pero si hay que hacer reservas en cuanto a la manera de utilizar la experiencia, no hay que hacer ninguna en lo que se refiere a su utilidad y necesidad. El apóstol no puede desentenderse de lo que Dostoievski llamaba «la corriente vital de la existencia». Tenemos que conocer el hombre, el ambiente en que debe ejercerse nuestra actividad, hacernos una idea exacta de las costumbres públicas de nuestro tiempo, de nuestra nación, de nuestras familias, grupos corporativos y de los medios mundanos o populares. Debemos saber qué es de nuestros niños, de los jóvenes y las jóvenes, cómo se efectúa la educación en los diversos niveles de la escala social; qué tendencia se abren paso, qué ideas, qué prejuicios, pasiones, costumbres; qué gustos y modas reinan, qué lecturas se hacen, qué espectáculos se frecuentan, por qué abusos se dejan llevar, de qué pretextos los cubren, qué relaciones se mantienen, etc., etc. Todo esto es necesario para la exactitud de nuestros discursos, para su contenido práctico y su efecto en las almas.

Y no se crea que se trata de registrar de una vez para siempre una *noción* de estas cosas. Sería demasiado fácil y no se necesitarían muchas páginas. Al hablar Dostoievski del curso *vivo* de la existencia, quería evocar la realidad misma impresa en nosotros por imágenes auténticas, ricas de cálida sustancia en forma de vida, de manera que nos hallemos protegidos precisamente contra lo abstracto, contra las nociones puras, que debilitan el discurso.

Las ideas generales tienen ciertamente su valor, pero no son oratorias por sí solas; aun para el pensamiento puro no valen si no es con la condición de haber llegado a ellas por muchos caminos, de que resuman una multi-

tud de experiencias particulares, de impresiones o intuiciones sensibles. Obtenidas sin trabajo, entregadas espontáneamente, no sirven más que para engañarnos haciéndonos creer que abrazamos las cosas, cuando sólo tenemos de ellas un boceto o un trazo.

La verdadera experiencia nos hace tocar la realidad más allá de su imagen, le da sus dimensiones y, por tanto, su relieve. Reemplaza por seres de carne y hueso los fantasmas, reanimando así el discurso, dando vida a las palabras, riqueza a las frases y orientación a los períodos; hace que todos los movimientos del pensamiento oratorio estén calcados en las conexiones de la realidad misma.

Para hablar con energía y para que el discurso tenga un sabor humano, como dice Marcial *(hominem sapit pagina nostra)*, es preciso que tengamos la vida en nosotros, la vida suficientemente captada, asimilada, reducida a nuestra propia sustancia, de suerte que sea ella la que despierte en una u otra de sus regiones—y todo lo demás en su perspectiva—, cuando emitimos una idea general, una de esas ideas que son entonces para nosotros frutos cargados y que para el hombre sin experiencia no son más que burbujas vacías.

De la vida a la idea, como de la tierra al cielo; y recíprocamente, del cielo a la tierra y de la idea a los hechos: tales son nuestros caminos.

Decía que la experiencia y el conocimiento de los hombres y de la vida es para nosotros una condición de eficacia; y lo es porque sin ella nunca podremos establecer la comunicación con nuestros oyentes, y entonces, ¿cómo obtener una reforma?

Es preciso, a este respecto, alejar una ilusión bastante extraña, pero frecuente a causa de esa obsesión del yo, que tan fácilmente suprime el exterior. Nos figuramos que hablamos para nosotros mismos y que todo está bien cuando nosotros quedamos satisfechos, cuando hemos expresado bien lo que pensamos y lo hemos fundamentado en

pruebas que nos convencen; cuando hemos jalonado los caminos que enseñamos de etiquetas, que adulan nuestro sentido de la vida y de su ideal. Pero puede suceder que todo esto sea perfectamente extraño a nuestros oyentes y nada diga a su inteligencia. ¿Cómo saberlo si no les conocemos?

El discurso es una comunicación; aunque haya expresado magníficamente mi pensamiento, aún no he hecho nada si esta expresión no ha sido lanzada con vistas a hacer brotar el mismo pensamiento en los demás. No levanto un edificio, organizo un ataque. Se trata de cambiar la construcción psicológica del oyente y de sustituírla por una combinación que salve. Es evidente que al estudiar ese arte el público no puede quedar olvidado.

Si no sé lo que pasa en la cabeza de mis oyentes, y más aún en su corazón, donde están sus verdaderos obstáculos y de cuyos resortes dependen sus voluntades, estoy completamente desarmado; corro el peligro de hablar sin cesar al aire y de retirarme lleno de contentamiento de mí mismo, habiendo hecho quizá daño.

Los antiguos doctores comparaban los apóstoles inexpertos a los atletas que manotean al aire en vez de golpear al enemigo; pero hay aún otros que golpean a sus mismos amigos o a sí mismos. En el *Fedro,* Platón da a Pericles la palma de la elocuencia—todavía no había nacido Demóstenes—, porque, además de la elevación de su espíritu, formado por el estudio, sabía hacer eficaces sus conocimientos por la experiencia profunda de las almas. En medicina, explica Platón, la aplicación de los remedios supone el conocimiento del cuerpo a curar. Por lo mismo, de nada sirve el código al abogado si no ha estudiado la causa, es decir, los negocios del cliente, y no sus propios negocios.

¿Por qué nuestros oyentes están lejos de la verdad y del bien? ¿En qué medida les faltan, bajo qué forma y por qué lado se alejan o están inquietos o heridos por

ellos? ¿Cuáles son los caminos del error y del mal en los pueblos y en las conciencias? He ahí lo que es necesario saber. Y esto va muy lejos; no se adquiere con ocasión de un discurso. Es el fruto de una lenta formación, el resultado de una ardiente búsqueda y el efecto de una larga costumbre de observación.

¿Y de qué medios disponemos para adquirir esa experiencia? Sé que más de un lector se admirará al oír que el más eficaz de todos, aunque no pueda bastar, es la oración o la meditación.

Parece una paradoja. Se trata de conocer el mundo exterior y la oración nos conduce al interior; ¿cómo se va a realizar la comunicación? Se realiza porque, a través de la oración, el exterior viene al interior y en las mejores condiciones para entregarnos lo que necesitamos. Además, el exterior está ya dentro, porque allí estamos nosotros; y la oración nos hace descubrir los motivos de nuestros actos. No son éstos misterios profundos; sin embargo, ¿quién piensa lo bastante en estas cosas?

He leído alguna vez esta hermosa observación: «Jamás pudo ver Noé tan bien el mundo como desde el arca, aunque estuviese cerrada y la noche se extendiese sobre la tierra.» En el arca de la meditación, también cerrada y dejando en una noche las realidades de la tierra, ¿acaso no se va a tener luz sobre la naturaleza humana, sobre las atracciones del bien y del mal, sus caminos, sus progresos y sus retrasos, sus paradas y sus reincidencias, sus contagios, sus oposiciones, sus efectos? Desde la altura se ven mejor los abismos. Al elevarse hacia Dios, se adquiere una visión de su obra parecida a la suya; una visión amplia, profunda, desprendida de las brumas de lo sensible e inmediato, libre de esas atracciones deformantes que ejercen sobre nuestros juicios los movimientos pasionales. «Toda elevación hacia el interior—escribe Nova-

lis—, toda mirada hacia adentro es, al mismo tiempo, una mirada hacia el verdadero mundo exterior» (8).

Con frecuencia no podemos ver el verdadero mundo exterior, precisamente porque estamos mezclados en él; le vivimos demasiado para darnos cuenta; forma parte de nosotros, como nuestro ojo, que no vemos. La reflexión científica nos hace ver nuestro ojo; la reflexión meditativa nos hará ver, con una visión profética, el mundo y a nosotros mismos en él.

Solamente la eternidad conoce las cosas del tiempo: cuanto más nos sumergimos en ella más se afina la mirada. Un contemplativo adivina, cuando no ve, las cosas ocultas que suceden a nuestro alrededor, que se agitan en los corazones y que la inconsciencia desconoce en absoluto. Aprende a verlas en el menor indicio. Para conocer la vida general le bastan algunos hechos que él sabe penetrar y algunos seres en que las complejidades del alma tienen todo su reflejo.

Gran ingenuidad es creer que el valor de la experiencia está en razón directa del campo de la observación. Sería verdad en igualdad de condiciones; pero como frecuentemente los dos términos se excluyen y es preciso elegir, incomparablemente vale más trabajar en profundidad. Una individualidad realmente penetrada nos dirá más que una muchedumbre: es como una muestra de todo y todo lo ilumina, como el punto nos da indicio de la línea, como la hoja aislada nos informa sobre el árbol, como una muestra de mármol nos habla de la cantera y un rayo furtivo nos trae el mensaje del astro lejano. Luego lo que nos falta para apropiarnos esta riqueza no son tanto nuevas experiencias como un espíritu de profundización.

En realidad, no nos faltan documentos humanos, pero no sabemos utilizarlos; los grandes observadores sí lo sa-

(8) Novalis: *Fragments.*

ben; y más que nadie los santos, porque ellos exploran con plena conciencia de lo que buscan, miran con ojos limpios, divinizados por la fe y no solamente observan en los demás.

He aquí el segundo secreto. El mundo está en nuestra propia persona; por eso, no es necesario ni hacerlo venir ni salir nosotros a él. Conocernos es encontrarlo; cuando después lo veamos, sea representado en nuestro recuerdo, sea en sí mismo, no será más que una confirmación, un enriquecimiento en extensión y aspectos, pero no un descubrimiento. Lo esencial está ahí, en su texto original, y para nosotros el exterior no es más que una débil traducción. En el fondo, el «mundo» son nuestros defectos; con sólo constatarlos tendremos abundante experiencia. Son también nuestras aspiraciones, nuestros buenos deseos intermitentes, nuestros recursos, de los que las disposiciones del prójimo en nada difieren.

«Cuando se ha adquirido un poco de costumbre de leer en el propio corazón—escribe Diderot—, se es muy conocedor de lo que pasa en el corazón de los demás.» Y ha sido un político, antiguo periodista, quien ha dicho esta frase bien extraña y demostrativa si es verdadera: «La mejor fuente de información para un periodista es él mismo.» ¿Cómo no ha de ser en el religioso, que debe unir al conocimiento, para que se adapte a su objeto, cualidades que el exterior no puede ofrecer: caridad, humildad, prudencia?

Corremos peligro al ir a informarnos al exterior. Es una necesidad; pero al lado de Dios, en una piadosa oración, estaremos siempre más tranquilos. Entonces la ciencia del corazón humano no nos costará demasiado cara; después de nuestras idas al exterior encontraremos en ella un refugio y, sobre todo, un remedio preventivo contra fáciles contagios.

Saint-Beuve, en su *Cahiers*, comparaba la experiencia al estiércol, que favorece el crecimiento del trigo y

de las flores. Y añade: «Mi establo está lleno; huele muy mal.» Pero la oración desinfecta la experiencia, la purifica como un sol bienhechor. Quien la practique puede pasar por cualquier sitio sin perder nada, porque *«posee su alma»*, lo mismo que el animal de sangre caliente puede viajar por todos los climas sin cambiar de temperatura porque lleva su clima dentro y lo renueva a cada instante.

Tal es, decíamos antes, el secreto de los santos. Por eso, son los hombres experimentados por excelencia, por poco que a través del ministerio de las almas hayan podido realizar, ampliar, aplicar o ver aplicar a circunstancias diversas lo que en el silencio habían aprendido. Los Padres del desierto conocieron mejor el mundo que los mundanos mismos; sin duda que éstos nos lo describirían mejor superficialmente, pero en el fondo «lo tragan» y, por consiguiente, lo ignoran. Hay más profunda experiencia en Casiano, San Gregorio, Santo Tomás, San Francisco de Sales o en el Cura de Ars que en La Rochefoucauld o Montaigne, por grandes conocedores que sean de la Humanidad.

Los santos tienen admirables visiones del hombre, visiones proféticas, decíamos; y ¿dónde las han tomado sino a través de su ministerio y, en relación con él, en un contacto ardiente con Dios y consigo mismos, a través de profundas oraciones? En todas partes han aprendido, y nosotros debemos hacer lo mismo; pero no olvidemos, al recordar ahora nuestras demás fuentes de experiencia, que están todas condicionadas por el espíritu de oración, sea como salvaguardia, sea como medio esencial de utilización.

B) La lectura.

Tenemos que mencionar ahora la lectura; pero sólo diremos unas palabras, ya que en otro lugar (9) hemos hablado con más detención.

---

(9) Cfr. *La Vida Intelectual*, c. VII.

Es preciso leer poco, pero poco relativamente, que quiere decir mucho y, sobre todo, bien, que se opone al aturdimiento o a la pasión de sensaciones pasajeras.

Buscamos en la lectura cosas muy diversas: instrucción, estímulo, edificación, distracción...; pero debemos y podemos encontrar en ella información y el sentido exacto de las realidades y de los hombres de todas clases, individuos o grupos, a los que debe llegar nuestra palabra. Los periódicos, las revistas, los libros eternos o los libros de actualidad pueden ofrecernos la experiencia del mundo, si vamos a ellos con ese espíritu. Sabemos que la contienen y que sólo hace falta hallarla. Y es precisamente en esta búsqueda donde más fácilmente se distingue el alma meditativa, formada en la oración, del alma ligera. Todo la instruye, porque está abierta a todo lo que vale algo y que sus tendencias reclaman y porque su celo apostólico está constantemente buscando materia, inquieto por los obstáculos probables y ansioso de conquistar sus medios.

C) Las conversaciones.

Citemos también las conversaciones. No hay por qué recomendarlas, ya que se imponen por sí mismas; pero es preciso aprender a eliminar las inútiles, aprender a elegir y, sobre todo, a utilizar. Por eso, yo diría a los encarnizados trabajadores: aun permaneciendo siempre vosotros mismos, dejad un lugar en vuestra vida a lo imprevisto, a posibles nuevos horizontes. No permitáis que un plan de actividad demasiado abstracto haga de vosotros una mecánica rígida que desprecia las indicaciones de la providencia cotidiana. Los jueves del pensamiento no son siempre menos fecundos que sus jornadas laboriosas. Pido su parte a la inacción atenta, a vagancias estudiosas, a salidas que preparan el recogimiento profundo.

En cuanto a la elección, que de ordinario depende tan poco de nosotros, haré esta única observación. No bus-

quemos solamente las conversaciones que nos agradan y los ambientes en que se piensa como nosotros. Es una tentación que nos puede condenar a una formación demasiado estrecha. Es preciso conocer el terreno del adversario. El adversario mismo puede ser un aliado en más de una forma. Nos instruye, nos controla y nos obliga a profundizar. Una tertulia contradictoria es frecuentemente una fuerte y feliz sacudida para nuestra inacción intelectual. Quedamos maravillados. «Pero ¿cómo es posible...?» ¡Oh!, sí; es posible y es preciso saberlo. Si utilizamos la lección, nuestro apostolado llegará a ser más directo, más adaptado al estado real de las gentes, que tantas veces están tan lejos del terreno en que se mueve un novel predicador. Una vez adquirido lo que se puede aprender en los libros, nos falta por espiar lo que hierve en los corazones.

Digo espiar, y voluntariamente empleo esta palabra secreta, porque nunca podremos llegar a saber qué piensan los hombres preguntándoselo; ellos mismos con frecuencia lo ignoran, y, si sus declaraciones son instructivas, mucho más que por lo que expresan lo son por lo que revelan de insospechado. Se me podrá decir, arrojando sobre la mesa una pieza amarilla: es oro; pero oigo el sonido y pronto descubro el fraude. Instruirse en las almas es, pues, observar, no preguntar o hacer encuestas. Es cuestión de actitud interior más que de investigación. Lo que necesitamos saber lo encontraremos en cualquier parte; a nosotros toca ir allá a verlo. Es necesaria una atención siempre despierta, una especie de sentido de lo oculto, de esa vida invisible de los seres, que explica lo que después se ve. Se ha dicho de los personajes de Edgar Poë que están hipnotizados por lo que hay de más profundo» (10): el apóstol en busca de experiencia debe participar de ese espíritu.

(10) C. Mauclair: *Les Princes de l'Esprit.* «L'Ideologie d'Edgar Poë.»

Y también le es necesario un espíritu de silencio. Los charlatanes no se instruyen. Lo que te gusta decir ya lo sabes: escucha lo que quizás ignoras y no piensas: ¿quién podrá apreciar las ventajas de esta actitud?

Los novelistas y los dramaturgos tienen siempre el espíritu abierto y todo les ayuda. Un incidente, sin importancia para otros, trae para ellos un mensaje sublime, como una gran sala que se llena de luz a través de una pequeña rendija. La gente del común y en las circunstancias más ordinarias son las que más les enseñan. Shakespeare aprendió más con los porteros que con los grandes señores. Como observa Amiel con mucha finura, «si pocos merecen ser escuchados, todos son dignos de ser observados».

Esto no impide a los grandes escritores explorar especialmente los medios que van a describir. No ponen gran esfuerzo, porque el esfuerzo impide y paraliza; pero su curiosidad es ardiente y constante la obsesión del objeto perseguido. De ahí esa riqueza de observación que da a los caracteres y a las situaciones que imaginan los grandes creadores ese aire de verdad y de vida que es lo más logrado de su arte. Nosotros, que también tenemos que crear a nuestra manera, reconstruir el drama de la vida, escribir la historia o la novela de las almas, no nos podemos dispensar de un esfuerzo parecido.

El medio de hacer fecundo hasta el máximo ese esfuerzo es tener siempre en la cabeza algún proyecto, bosquejo, trabajos en espera, que por sí mismos buscarán una realización y sin esfuerzo consciente se asimilarán el ambiente, adivinando en el hecho banal o en la palabra insignificante el alimento de un oscuro pensamiento, el control de un presentimiento o un elemento de expresión feliz. Sólo se encuentra lo que se busca. Estar siempre disponibles, siempre en estado de receptividad: he ahí el secreto.

Añadid algunas disposiciones morales que no considero aquí como obligaciones de virtud, sino como medios de experiencia. Estaremos mucho más dispuestos a recibir cuando hayamos alejado los perjuicios, las preocupaciones de amor propio, los pensamientos exclusivistas, las preocupaciones de escuela o las pasiones disfrazadas de cualquier nombre, porque toda pasión nos cierra a la verdad y nos impide ver lo que hay delante.

Por otra parte, todo lo que se refiere a la virtud no puede sernos extraño. El apóstol es todo de Dios. Si observa la marcha del mundo, es para dirigirla; si nada se le escapa, él mismo debe escapar a todo para permanecer en su papel.

Las imprudencias, los pasos poco edificantes, las lecturas y las conversaciones peligrosas no nos son necesarias, digan lo que digan algunos, para quienes el foso no es bien conocido si no se cae en él. El mundo que tenemos que conocer se arroja demasiado sobre nosotros; no nos hace falta correr tras él y entregarnos a sus insidias. Si se me permite este juego de palabras, no son «las experiencias» las que hacen la experiencia, es la prudencia, la actitud dominadora del espíritu, que, en vez de precipitarse, en la corriente, se mantiene en su promontorio, cara al cielo, anclado en las cosas eternas, en contacto con los objetos de la fe. En estas condiciones ni los monstruos nos tocarán. Nosotros mismos, como Tobías, los arrojaremos a la orilla.

D) El contacto con los hombres de experiencia.

A la experiencia que se adquiere personalmente se puede añadir la que se gana al contacto con los hombres de experiencia, que no son precisamente los viejos. Dice un proverbio rabínico: «Hay vasos nuevos que rebosan vino añejo, y vasos viejos que ni siquiera tienen vino nuevo». En cualquier edad cualquiera puede ser para ti un

libro vivo, un conjunto de observaciones y de hechos en un terreno que él ha explorado antes. Podrás participar de estos bienes si sabes preguntar o simplemente escuchar, cosa tan rara. Se habla o se espera la vez para hablar, pero no se escucha o se reflexiona sobre lo que se oye y se nos escapan mil ocasiones de aprender.

Son los mismos los que saben recoger las riquezas de los demás y los que a su vez, ahora en la realidad, descubrirán su propia riqueza. He ahí lo importante. Porque la experiencia, que consiste, sobre todo, en una formación del espíritu, es por ello mismo esencialmente personal; constantemente hay que volver a empezar; debe ser recorrido el ciclo entero en cada generación, pero se recorre con más rapidez y facilidad si sabemos apoyarnos en otro. Lo que aún no hemos visto y otro ya ha visto, él no lo puede ver por nosotros y concedemos la eficacia plena de esa visión; pero puede enseñarnos y ayudarnos después a comprender, lo mismo que el sabio sugiere una experiencia o el artista despierta la atención de un discípulo sobre el equilibrio de las masas y la dirección de los movimientos en el cielo, en una cadena de montañas o en una tienda de telas. La vida seguirá siendo el documento original; el hombre de experiencia no será más que un documento de segunda mano y como un índice bibliográfico; pero ambos sirven; el historiador no se sumerge en los documentos de los archivos sin ocuparse de saber lo que sus predecesores han visto en ellos.

E) El ministerio mismo.

Digamos, finalmente, que en el ministerio mismo, en el empleo de nuestra joven experiencia, podemos adquirir otra experiencia mayor. *Fabricando fit faber.* Este adagio, que se aplica a todas las condiciones de la palabra, tanto más se ha de aplicar a ésta de la experiencia, para que no se vean entre nosotros predicadores inconscientes,

que vienen a predicar a los pueblos sin preocuparse de conocerlos, les hablan sin cuidarse de sus necesidades y marchan sin constatar los frutos.

Son como esos profesores tan solemnes que llegan a la clase, sacan sus notas, lanzan su tesis y se van sin preocuparse más de sus alumnos, del nivel de su espíritu, comprensión o progreso. Se parecen a esos anfitriones de que habla Alfonso Karr, que dan la comida a veinte francos por cabeza (hoy sería a cien), pero que no darían dos centavos para que les aproveche.

Un verdadero apóstol está más penetrado de su ministerio. Antes de evangelizar un pueblo, se informa, pregunta a sus pastores, se entera de las tendencias o necesidades, prevé las situaciones con que puede tener que enfrentarse, para obrar con prudencia y oportunidad; sobre todo si se trata de predicación más directamente práctica, como sería un retiro o una misión. En orden a los efectos de rectificación y de estímulo, imposibles de obtener sin un conocimiento perfecto del fin, obraría muy ligeramente quien descuidase documentarse sobre el estado de los hechos.

Si, por el contrario, se toma esta precaución de prudencia, además de la experiencia inmediata de que se beneficia el trabajo actual, se irá adquiriendo un elemento de formación general, que, sumado a otros, nos procurará poco a poco una experiencia más amplia.

Cuando después nos enfrentemos con las obras, si sabemos no encastillarnos en el púlpito como en una torre de marfil de la que sólo bajamos para comer y charlar, para hacer visitas inútiles o practicar turismo, si nos sentamos en el confesonario y nos ponemos a disposición de las almas, podremos en poco tiempo adquirir la más seria y la más profunda experiencia.

«Lo que yo sé de las almas—decía el Cura de Ars—ellas mismas me lo han venido a enseñar.» Después de la oración, es el confesonario el que hace de nosotros, cuan-

do lo ocupamos como verdaderos representantes de Dios, especialistas del corazón humano, conocedores de la Humanidad por dentro, hombres que saben los caminos del bien y del mal, de la verdad y del error en las pobres conciencias, que penetran toda esa capa de frivolidad, de convenciones y de pequeñas o grandes hipocresías, empleadas para aparecer lo que no se es y desfigurar lo que se es.

El mundo real no es el que aparece; se disfraza de oropeles y de máscaras; el hombre de Dios experimentado ve a través de estos disfraces, restablece la realidad, la separa, como el cirujano descubre su campo de operación y se da cuenta de la enfermedad para saber lo que hace.

Como todo, esto supone celo. Quien vea en el confesonario un horno en el que se entra en último extremo, del que se sale lo antes posible, en el que se escucha distraídamente, sin inquietud ante las necesidades, peligros, tentaciones y dramas secretos que encubre toda existencia y ante todo eso se siente molesto, ése no recogerá más de lo que da; recogerá fastidio y no experiencia.

Es preciso prestarse verdaderamente—es lo menos que se nos puede pedir—a las almas que de esa manera se entregan a nosotros, entrar en su caso, sentirlas palpitar, si así se puede hablar, como se siente palpitar un pájaro en la mano. Entonces, sí; se experimenta a su contacto el sentimiento de la vida real, la vida que corre en el fondo de los corazones, no en la plaza pública, en las tertulias políticas, fumaderos u hogares desunidos.

La vida real es la que se desarrolla entre las almas y Dios, entre las almas y los mandamientos de Dios, entre las almas y los objetos de las pasiones que apartan de Dios o de las virtudes que acercan a El; se desarrolla en el secreto antes de irrumpir en actos visibles. Todo se sabe cuando se tiene esa experiencia, porque todo se explica, se prevé y se puede orientar con esa ciencia de los íntimos resortes. La palabra vivirá de ella y en ella encon-

trará, además de la atracción y el poder de la verdad misma, el principio de su eficacia.

En resumen: el hombre de Dios debe esforzarse, por todos los medios a su disposición, en adquirir una experiencia completa, una experiencia particular a su caso y a su trabajo, pero, sobre todo, esa experiencia íntima que sólo se adquiere al contacto de las almas, de Dios y de sí mismo. Por eso, una vez más volvemos a señalar, como fuentes principales de la experiencia apostólica, la oración y el confesonario; pero en primer lugar, la oración.

CAPITULO III

APOYOS INTERIORES DE LA PALABRA DE DIOS

I. Vida honesta.

Si la palabra de Dios tiene una naturaleza que la recomienda y exalta a nuestros ojos; si tiene unas fuentes a las que es preciso acudir, también tiene, y sobre todo, condiciones interiores sin las que nada fecundo ni saludable para nosotros mismos se puede esperar. Las resumo así: vida honesta, silencio y soledad, oración, una vez más, y vida sacramental.

Es verdad que se impone por sí misma la vida honesta, pero su importancia es tan extrema que, a pesar de las posibles humillaciones que se pueden recibir al hablar de ella, no podemos dejar de hacerlo.

Se impone, porque es una exigencia evidente de la misión y de la acción del apóstol. «El manantial debe estar siempre más alto que la fuente», se dice; pero ¿es que podría estar más bajo? El predicador es un enviado: Dios sin duda espera de él alguna cooperación al encargarle la administración de tan grandes bienes; lo contrario no respondería a una soberana bondad y a una providencia siempre armoniosa. Pero, sobre todo, Dios no puede encargar esa misión a un enemigo, a un traidor. El, en quien

la verdad es vida; El, cuya vida es «*la luz de los hombres*», no podría lanzar a un hombre por ese camino de falsedad y contradicción interna que consiste en decir y no hacer, en sermonear a otros quedando él indiferente, en representar exteriormente el ideal e interiormente el crimen y el pecado.

El comerciante de perlas que no lleva ninguna consigo, el zapatero mal calzado de nuestros proverbios, el comerciante de coco que bebe vino, la campana que llama a la iglesia y que no entra (San Francisco de Sales), el hombre que enciende fuego y no se alumbra ni calienta (Ennio): tristes símbolos éstos. Todos piensan en lo que San Pedro dice a Dante, que acaba de definirle la fe:

...Assai bene è trascorsa
d'esta moneta già la lega e il peso;
ma dimmi se tu l'hai nella tua borsa.

(Paradis, XXXIV, 83.)

Nosotros somos los representantes, y no sólo nuestra palabra. El simple fiel no se representa más que a sí mismo. El hombre de Dios representa a todo el cielo, cuyo mensaje intenta divulgar; es por institución un personaje sobrehumano; por humilde que sea y que deba sentirse, no puede olvidar esa misión, y si la ha olvidado, que tiemble y caiga de rodillas.

«Vir probus dicendi peritus», definía Cicerón al orador; si un pagano exige la honradez al orador porque lo cree consagrado a la justicia, ¿qué no exigiría de quien está consagrado a la virtud superior del cristiano?

Hay en el salmo 49 un apóstrofe que hizo un día romper en sollozos al P. Bridaine en un recreo: *¿Por qué enumeras mis preceptos y tienes en tu boca mi alianza, tú que violas mi disciplina y arrojas a tu espalda mis palabras?*

Se trata de un caso *extremo* y el buen P. Bridaine es-

taba muy lejos de haber llegado a él; pero el ejemplo de Jesucristo nos hace ver que la vida honesta no es más que un mínimo y que la exigencia natural del apóstol es una vida santa. La misión de Jesucristo se inaugura con acciones extraordinarias, un gran ayuno y una intensa vida interior: es una preciosa enseñanza. Jesús no exige de todos lo que El hace y en el grado en que lo hace. Pero todos están obligados a entrar en su camino. De ellos debe también poder decirse: «Coepit facere et docere.» Hacer primero, enseñar después, he ahí el orden. Y es que siendo el precepto una fórmula de acción, no permite fácilmente ser expresado sin antes haberse sometido a él; de lo contrario se vuelve contra su violador, que tendrá que oír decir: «*Ex ore tuo te judico, serve nequam.*»

Esta condición, *a priori,* sacada del orden divino de las cosas, se confirma en el orden humano con una observación psicológica elemental. Cuando no somos virtuosos, somos débiles al hablar de la virtud; no se encuentra el acento o el que se encuentra es falso; se habla como un *profano,* en el sentido técnico de la palabra; no se tiene la visión franca, el sentimiento espontáneo y la acción apremiante. Todo se disminuye y se rodea de artificio; se ejerce un oficio, pero no se siente esa necesidad interior, que hace brotar la palabra como un desbordamiento. «Solamente darás a tu voz el acento de eficacia—dice San Bernardo—cuando sientas que ya estás tú persuadido de lo que persuades» *(In Cant.,* serm. IX).

Además, la libertad apostólica de un hombre cuya vida no sea recta se halla terriblemente coartada. El honor está ofendido. Puede aún hablar sinceramente, pero ¡qué parálisis en su lengua! Al expresar lo que su vida contradice, el proverbio «Médico, cúrate a ti mismo» sonará en sus oídos. ¿No estará aquí el secreto de tantas cobardías verbales, de tantas complacencias, al menos negativas, en presencia de lo que se debería desenmascarar? Se teme la propia humillación. ¡Ah!, que el hombre se

anonade si Dios ha de sacar de ahí más gloria. Aún se la podemos dar con un retorno tardío, pero preservémosnos de esta desgracia y que el horror al mal nos defienda de ella.

Todavía otra cosa nos puede en esto humillar, y es la inexperiencia de los caminos de Dios en lo que tienen de delicados y exquisitos. La competencia en esta materia —quiero decir, la aptitud, no para definir solamente, sino para guiar y llevar con mano experta—es hija de la experiencia personal. He ahí, en cierto modo, una cuestión de arte, y el consejo que en arte ilumina prácticamente y guía no es el del esteta teórico, sino el del artista profesional. Sólo sabe el que crea; la realidad le enseña sus caminos, porque los frecuenta; sabe aconsejar, porque la lleva «en la mano», «en la sangre»; es decir, en una imaginación y sensibilidad disciplinada, muy próximas a lo real.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que la vida virtuosa es especialmente necesaria para garantizar los efectos de la palabra cristiana. Sólo será eficaz el predicador que pueda decir, aunque no lo diga: «*Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo*» (I Cor., 4, 16); «*Lo que me habéis oído decir y visto hacer, practicadlo vosotros mismos*» (Filip., 4, 9).

Hay hombres que convierten con sola su presencia; les precede una aureola de virtud y de piedad que predica por ellos, de manera que su palabra no es más que un complemento, un ejercicio más visible y completo de su poder. Su autoridad queda así centuplicada y la autoridad de hombres de Dios no es el resultado de una simple misión, de una «denominación extrínseca», como se dice en escolástica; es algo interno, algo que brota de dentro a fuera y que se transparenta en todos sus gestos, expresiones o miradas. Dios entonces no se revela solamente en las palabras o en el ministerio, sino en un ser; se le sien-

te vivir, y las invitaciones, reproches o promesas penetran hasta el corazón.

Además, la existencia misma de tales hombres es ya un argumento en favor de lo que nos vienen a exigir y que nosotros de buena gana declararíamos imposible. Es posible, puesto que ellos lo hacen. Con su sola presencia cae sobre el mal una muda acusación, acusación, sin embargo, indulgente, que empuja al arrepentimiento.

No tienen otra explicación los éxitos apostólicos de los santos. Nada han dicho que nosotros no digamos idénticamente en el fondo; en la forma lo dirían mucho mejor, o quizá peor; pero *eran ellos*, los nuevos Cristos y, por tanto, una encarnación de la misma verdad eterna. Porque el mundo es malo y, sobre todo, débil, pero conserva aún el sentimiento del bien y la atracción de lo sublime; en el fondo sólo se inclina ante los santos y cae a los pies de aquel a quien no ha podido seducir; imitar al mundo es caer en su desprecio, y si nos desprecia, pronto despreciará nuestro mensaje. No venceremos a los hombres si no es superando en nosotros al hombre para asegurar el reinado del espíritu.

La historia de la religión en el mundo ha confirmado esto. Evidentemente, la conversión de los pueblos a la fe cristiana ha sido hecha por la predicación apostólica, pero, sobre todo, por los ejemplos apostólicos y la vida de los primeros cristianos. Nuestros padres supieron dar testimonio con su vida de una vida nueva en el mundo. Era una poderosa corriente que atravesaba los mares estancados y fétidos del mundo antiguo. Los hombres se entregaban a la nueva corriente, pero no lo hubieran hecho con una simple invitación verbal. Charlatanes tenían ellos bastantes. Los habían tenido magníficos, como Sócrates, que nada habían podido hacer. Es que la vida procede de la vida, y la palabra misma de Dios no es eficaz sino por-

que es vida. Esa vida puede sin duda comunicarse, si le place, por medio de instrumentos muertos; pero no es ésa la providencia ordinaria. Bastante milagro es convertir sirviéndose de nosotros, aun en las mejores condiciones. No exijamos a Dios milagros complementarios.

El hombre detrás del discurso y Dios apoyando al hombre; la palabra, intérprete del alma, y el alma, órgano de Dios: ese es el orden. Cuando no se mantiene ese orden, lo que de ordinario sucede es que el ministerio de la palabra cristiana aparece como una comedia más o menos bella, que quizá se admire y se digan de ella buenas cosas, pero de la que nadie sacará provecho alguno, puesto que el orador mismo nada ha sacado. Dijo dónde estaba la verdad, pero también dijo con sus hechos la poca consideración que merece. De esas dos formas de expresión se escogerá la menos exigente; se creerá lo que hace el hombre para dispensarse de lo que dice. El representa su comedia; se le escuchará, pero no es sino una comedia, y así se va adquiriendo la costumbre de no ver más que eso, una comedia, en la palabra divina. ¿No es esto la corrupción del público junto a la de una sublime vocación?

Todavía tenemos que pensar en otra cosa cuando hablamos de una vida honrada. Algunas de las consideraciones que preceden no miran en el predicador más que a la exclusión del mal real y a la presencia real del bien; pero otras, las últimas, excluyen también el mal aparente. Porque ante el prójimo el mal real y el mal aparente coinciden, teniendo los mismos efectos: el escándalo, es decir, el pretexto para huirnos será el mismo, y eso es lo que tenemos que evitar. «Quien da reglas y preceptos para bien vivir—dice Lactancio—debe apartar de su persona todo lo que pueda ser un pretexto para dispensarse de ellos» *(De Div. Institut., l.* IV). Sólo es un pretexto,

aun en el caso de una real inferioridad del predicador; con mucha mayor razón de una apariencia; pero debemos evitar el pretexto. El escándalo de los débiles obliga en caridad, y a quien rehuse esta caridad de la edificación se le podría preguntar con razón: Entonces, ¿para qué la caridad de la palabra?

Es preciso confesar que no es fácil satisfacer en esto. El público es tan exigente para nosotros como indulgente para sí mismo; no nos consentirá nada. ¿Fariseísmo? Lo hay; pero también sentimiento del ideal. Se nos ha puesto muy alto y cuando descendemos les decepcionamos, y con razón se irritan. Hemos arrebatado al público un bello espectáculo, una fuerza de que quizá no se servía, pero que tenía en reserva: nos pregunta por qué se la hemos quitado.

Y no solamente es el público difícil de contentar; es además suspicaz y fácilmente injusto. Desconoce esa caridad de la que ha dicho San Pablo «*que no piensa mal*». Cuando estamos de paso, podremos escapar más fácilmente a las lenguas intemperantes; pero aún sigue el peligro, porque el hombre de paso está más en evidencia y todo lo que hace es definitivo. Sin embargo, en conjunto, la situación es más fácil: hay una opinión anticipada favorable y, además, escapan muchas cosas. La cosa cambia donde uno reside, circula y trabaja todos los días. Un párroco, por virtuoso que sea, tendrá mucha más dificultad en conservar su reputación. Leemos en *Don Quijote:* «El sacerdote que obliga a sus feligreses a hablar bien de él debe ser maravillosamente bueno, sobre todo en los pueblos.» Es preciso, pues, «obligar» a la gente; nunca lo harán de buena gana.

Es evidente que el hombre de Dios está envuelto en una aureola sobrenatural, posible de mantener en general. Que no la pierda. Que huya no sólo del mal y de las apariencias del mal, sino de las ligerezas, vanidades, superfluidades que la disminuyen y vienen así en perjuicio de

su ministerio. San Agustín no duda en decir que «habla con sublimidad aquel cuya vida no está expuesta a ningún desprecio» *(De Doctr. Christ.)*.

II. El silencio y la soledad.

No haré más que someras indicaciones, ya que traté otras muchas veces este tema, sobre lo que debe un buen predicador al silencio y a la soledad (1). No podemos menos de citar el célebre adagio de San Antonino: «*Silentium pater praedicatorum*.» ¿Y por qué el silencio es padre de predicadores? Porque sólo el silencio y la soledad permiten el trabajo y la elevación del alma, que, unida al trabajo, condiciona el don.

Somos nosotros seres de don. Para dar es preciso mezclarse con el mundo, primero para adquirir experiencia; después, para aplicarla; pero entre estos dos momentos nuestra experiencia exterior debe madurar, y ya hemos dicho que hay otra experiennciа que se adquiere en el silencio, al contacto de sí mismo y de los buenos libros y, sobre todo, al contacto de Dios. He ahí la misión del silencio y de la soledad.

Repitámoslo sin cansarnos: no es mezclándose con el mundo como se le conoce mejor. El mundo no brilla en su verdad sino para quien le abandona, para aquel que habiendo sabido distinguirse y separarse ha conservado su mirada «fresca», como dicen los artistas, y bien presentes las normas de sus juicios. No se conoce bien con conocimiento reflejo sino lo que se introduce como un tercer elemento en esa continua conversación consigo mismo, y es necesario estar en silencio para poder hablarnos.

Además, el conocimiento de los ambientes y de las

(1) Cfr. *La Vida Intelectual*, c. III; *La Vida Católica*, t. II, c. 4.

almas no es todo. El espíritu tiene necesidad de profundizar; debe concentrar sus esfuerzos: la abeja tiene que fabricar su miel. ¿Crees que lo puede permitir una disipación habitual? «Es el silencio y el olvido—escribe Barrés en sus *Cuadernos íntimos*—lo que me empuja hacia mí mismo y me permite superarme.» En vano se reservará el tiempo indispensable al trabajo: ese tiempo es malgastado anticipadamente por muchos charlatanes. Porque cuando nuestro espíritu ha seguido durante horas un torrente de inútiles conversaciones, muy difícilmente podrá ganar la tierra firme; aun estando solo seguirá comprometido, y tanto más cuanto que entonces tiene que representar todos los personajes, forjar preguntas y respuestas; su silencio es más bullicioso y más enemigo del trabajo que la más inútil de las conversaciones.

Hasta el trabajo apostólico mismo, mal regulado, puede desempeñar el mismo papel que las divagaciones. La expansión de sí mismo llega rápidamente a contrariar el profundizamiento si el retorno a la meditación no viene a vivificarla y a hacer de ella una fuerza de concentración y un control. Una parte, pues, de soledad y de silencio es necesaria para que la palabra divina tenga eficacia.

La fuerza de penetración de las palabras viene de su inspiración, de la presencia en ellas de toda el alma y, por el alma, de los objetos mismos que se quieren persuadir. ¿Y no serán condiciones indispensables, para adquirir y conservar esta inspiración, el silencio, el aislamiento, la elevación sobre los sentidos, una vida discreta y sencilla, la aplicación y la paciencia solitarias? ¿Quién puede saber cuándo pasará la inspiración? Cuando pase, queda la tarea de precisar, de coordinar y disponer sus aportaciones. Sólo en la calma cristaliza una solución saturada y fabrica una maravillosa arquitectura. La Naturaleza no habla, crea; se expresa por creaciones, como el artista, que también crea. «El pintor—escribe Leonardo—

debe saber estar aislado, considerar lo que ve y hablar consigo mismo.» Añade «con Dios» y tendrás el secreto de una palabra ardiente, de una acción apostólica profunda.

Hemos concedido la necesidad de algún trato con los demás. Es difícil dosificar. Se ha de proceder de buena fe, porque depende de cada uno, de su carácter y de sus deberes. Pero seguramente más vale menos que más. No temamos llegar a ser un poco salvajes, buenos salvajes, graciosos cuando se les aborda, pero a quienes se aborda difícilmente; que saben defenderse en beneficio de aquéllos mismos que rehuyen.

En todo caso, conservemos siempre el espíritu de soledad. En medio del mundo el hombre de Dios debe saber estar solo, semejante a su Maestro, en quien se armonizaban abismos de silencio y las más ardientes palabras. En este sentido decía Marco Aurelio (Pensam., III, 17): «El hombre libre se siente tan feliz en la soledad como en el mundo.» Pero a este hombre toca, cuando llega el momento de prestarse, no pensar en el fondo más que en organizar su obra. En cuanto la pierda de vista, ha salido de su lugar de contemplativo, padre del orador, inspirador de todas sus facultades y guardián de sus fuerzas.

III. La plegaria, la oración, la misa.

Para que nuestra palabra esté sostenida interiormente nos es necesario el apoyo divino de la plegaria. Plegaria que es oración, no ya como medio de experiencia, sino en su aspecto propiamente místico, y que incluye también la santa misa, oración por excelencia, que nos une íntimamente con la que es oración eficaz por sí misma y, por decirlo así, única, la oración de Jesucristo.

Las razones de esta exigencia no son ningún miste-

rio: lo pide nuestro objeto, que es sobrenatural; nuestra misión, que requiere el contacto íntimo con aquel que nos envía y el espíritu que anima nuestra palabra, necesariamente vivificado por las fuentes sobrenaturales que la oración conserva.

El objeto de nuestro apostolado es la renovación de las almas, su conversión, si es que la necesitan, y, en todo caso, su progreso; ¿y se cree que un resultado como éste puede ser producido por nuestra palabra, abandonada a sus propias fuerzas, cuando ni siquiera las almas mismas pueden nada sin el auxilio divino?

Lo sobrenatural es una colaboración en que Dios tiene la iniciativa. La gracia comienza; la libertad continúa. En cuanto a las contribuciones y estímulos extraños son, en efecto, tan extraños, que ni siquiera se aplican al alma a que se dirigen. ¿Se piensa bastante en esto? ¿Sobre qué obramos al hablar? ¿Sobre el alma misma? De ningún modo; obramos sobre el cuerpo animado, por medio de un fenómeno físico como es la voz. La acción se extiende sobre la asamblea como una onda y la asamblea puede recibir su sacudida emotiva sin que se consigan los efectos interiores, verdaderamente apostólicos. Es lo que ha hecho decir con mucha razón que es más fácil a un orador convencer a una muchedumbre que a un individuo, sólo que habría que sustituir la palabra *convencer* por la de *conmover*. ¿Es esto lo que buscamos? Queremos cambiar el alma de alguno de nuestros oyentes, y he aquí que somos impotentes para llegar a ella. El alma, a su vez, puede entrar en sí misma, pero no al nivel de lo sobrenatural. Si, pues, debe convertirse, renovarse, progresar, no basta que el alma lo quiera; es preciso que lo pida, que ruegue. Con mayor razón no bastará nuestra palabra, a menos que Dios la secunde, cuando somos nosotros solos los que queremos procurar ese resultado.

Praedicatores suos Dominus sequitur, dice San Gregorio. El Señor sigue, en efecto, a sus predicadores, pero

obra según el orden de su providencia, que es un orden de solidaridad fraternal, de caridad. La palabra apostólica es ya una caridad, pero parcial; para que sea completa, el predicador debe hacer todo lo que está en su mano. La elocuencia no consiste sino en procurar a los pensamientos y sentimientos que llenan el corazón todos sus medios de expresión. Y la oración es uno de ellos. La oración, pues, forma parte de la elocuencia cristiana; pasando por Dios, llega hasta el oyente y completa allí, en lo más íntimo, el esfuerzo de nuestro verbo.

¿Qué orador, disponiendo de un recurso como éste querrá despreciarlo? Un abogado que además de su defensa personal creyese posible una intervención superior a favor de su cliente y la rechazara, ¿no probaría que su defensa no es sincera? Por eso, el predicador sin oración prueba que sus motivos de acción son extraños a lo que predica y que no es un apóstol sincero.

San Agustín exige que antes de ejercitar el ministerio de predicador se cumpla el de «suplicante», porque, dice, es en Dios más que en la propia elocuencia donde se debe confiar *(De Doct. Christ., l. 4)*. «*Revestíos de la virtud de lo alto*», nos manda el Evangelio (Lc. 24, 49).

El segundo motivo que exige de nosotros la oración es nuestro carácter de enviados, de embajadores de Dios cerca de las almas. Un embajador no habla por su cuenta; recibe las órdenes de su gobierno, se impregna de su espíritu, se identifica en lo posible con él y por eso se mantiene en su atmósfera. Pues bien; la oración nos sumerge en la atmósfera de Dios. Ahí es donde se aprende lo que tenemos que decir para saber orientar todo nuestro trabajo hacia los fines del Evangelio.

En efecto, todas las partes de nuestro discurso encuentran en la oración y en la plegaria su inspiración vivificante. Influyen en la elección de los temas, invitando a abordar las cuestiones vitales, los temas más apropiados

al auditorio y a sus reconocidas necesidades, en vez de vanidades de moda o temas propios para hacer brillar al orador. Dirigen la composición, haciendo que lleve lo esencial de la doctrina en forma práctica, con un movimiento que arrastre en vez de arreglos artificiales y puramente literarios. Animan el estilo, haciéndolo directo, apremiante, como una palabra que va en busca de algo, que no corre por correr como una fuente de parque, sino que, como las aguas de riego, circula en todas las direcciones en que haya una semilla que fecundar, un racimo que madurar o tierra que refrescar. Finalmente, dan a la acción misma su forma apostólica, regulando nuestro comportamiento, nuestra voz, nuestros movimientos y nuestros gestos, según conviene a un enviado de Dios; haciéndolos penetrantes, porque estaremos penetrados, e imprimiendo los misterios de Dios, porque nuestra alma ha recibido su comunicación en el propio misterio, a través de coloquios íntimos que sólo la oración puede establecer.

Quien vive en la superficie de sí mismo nunca hará más que revolotear en la superficie de todo; si la experiencia no le instruye espiritualmente, ¿cómo podrá aprovechar a los demás? Cuando se piensa para sí mismo, se piensa útilmente para todos; pero cuando uno se desprecia a sí mismo, inútilmente se entregará a los demás, pues no aportará en este comercio más que un falso valor moral.

Hasta técnicamente en este caso se resentirá su trabajo. Una sencilla experiencia de Rodín nos convencerá de ello. Tomaba un capítulo de la *Imitación;* sustituía en todas partes la palabra *Jesús* por la palabra *escultura* y constataba que permanecía la verdad del texto. ¿Qué prueba esto? Que las condiciones de la producción son las mismas que las de la santidad, a saber: la humildad, el despego de sí, la sumisión «dulce y total» al objeto a que nos hemos consagrado. Y, ¿se me querrá decir dónde podrá el predicador encontrar todo esto, fuera de la oración? El

mejor de entre nosotros sólo ahí entra en acción, y el menos bueno en ella encuentra su remedio. Cuando pedimos vida honrada y vida santa, sobreentendemos los medios.

Que no se regatee, pues, demasiado el tiempo que reclaman estas comunicaciones entre el apóstol y sus fuentes inspiradoras. Perder la vida por salvar algunas horas sería gran locura. ¡Es tan poca cosa el tiempo con respecto a lo que contiene o desprecia...! Un alma vacía no hará en cien años lo que hace en un minuto un alma rica. Hagámonos ricos en Dios; después repartiremos, y estemos ciertos de que no que es el tiempo, por precioso que sea, el que más limitaciones nos ha de poner. El tiempo de oración y de trabajo son como los dos raíles del ferrocarril: deben ser paralelos. Nada se adelantará preocupándose únicamente de uno, aún haciéndolo dos veces más largo.

A la oración oral y mental debemos añadir la santa misa que es su forma más preciosa. La misa contiene todo lo que evoca o puede requerir el ministerio de las almas, en cuanto personal: Dios, el Hombre-Dios y el hombre de Dios, formando un único principio salvador, y como fuentes, puesto que la fuente de la gracia está en el sacrificio del altar, unido al de la Cruz; y finalmente, desde el punto de vista de la inspiración apostólica, porque si alguna vez podemos tener una viva impresión de la desgracia de los hombres, de sus necesidades y posibilidades, es, sin duda, cuando tenemos en nuestras manos a Aquél que ha muerto por ellos y que por ellos de nuevo se ofrece por medio de nosotros y con nuestra ayuda. Todos saben el tesoro de fuerzas que ahí encontraron los grandes apóstoles; se decían a sí mismos el «*Ite missa est*» en el sentido antiguo y místico de la palabra: «Id, ahora es la misión», es ahora cuando se os envía y desde ahora con todo el poder.

El día mismo en que debemos predicar es cuando más particularmente debe penetrarnos este espíritu de oración. «Antes de cantar, el gallo mueve las alas», decía un antiguo autor. Y la mejor preparación es la acción interior, despertar espiritualmente al alma, hacerla inflamable, activando su caridad y sus mismas facultades naturales. «*Ex plenitudine contemplationis derivatur praedicatio*», dice Santo Tomás (2). Es cierto, en primer lugar, de la preparación remota, mas también lo es de la inmediata. San Francisco de Sales aconseja meditar para sí en la mañana de una predicación lo que se quiere predicar a los demás; indicando así, como Santo Tomás, que la predicación es un contenido que se desborda, no una creación ficticia para uso únicamente de los oyentes. Con motivo de la oración sacramental escribe: «Cosa cierta es que nuestro Señor, estando realmente en nosotros, nos da claridad, porque El es la luz. Por eso se abrieron los ojos a los discípulos de Emaús cuando comulgaron» *(Cartas)*. Este bello espíritu de fe nos es necesario a todos. Puesto que el púlpito es un anejo del altar, abordémosle por el altar. Puesto que la palabra cristiana es como el aliento de Dios, «*vox clamantis*», respiremos a Dios a través de la oración y contemplación diarias. El espíritu santificador utiliza cualquier instrumento, pero es preciso que el instrumento esté dispuesto. Si aún con esto es débil, Dios soplará más fuerte. No somos más que la flautilla del pastor; sólo Dios puede llenarnos de sonidos armoniosos.

---

(2) II-II, 188, 6.

LIBRO SEGUNDO

CUALIDADES NECESARIAS AL ORADOR CRISTIANO Y MODO DE ADQUIRIRLAS

CAPITULO PRIMERO

LOS MODALES DEL CUERPO

I. El cuidado de la persona.

Ya que el predicador es un *hombre de Dios,* totalmente entregado a su servicio y al servicio de sus hermanos, y puesto que, consagrado *como hombre,* debe serlo según todas sus facultades, tendremos que poner entre las cualidades necesarias al orador cristiano, al mismo tiempo cualidades corporales, cualidades intelectuales, de imaginación, de sensibilidad y de carácter. Todas concurren al ministerio apostólico y pueden favorecerlo en su recto uso o bien obstaculizarlo por sus desviaciones o total ausencia.

Las cualidades corporales que principalmente nos interesan son, sobre todo, las relativas al órgano de la voz; no harcmos más que mencionar otras que, aunque muy importantes en algunos casos, no reclaman especial explicación.

Evidentemente se impone al representante de Cristo una limpieza irreprochable. Es imposible imaginar a Jesús con manos sucias, con barba, cabellos o uñas mal cuidadas. Pero aun es más inconcebible imaginarlo componiéndose su cabeza u ostentando una cabellera *artística.* Esta clase de cuidados constituye una bajeza, ya que ofende al carácter propio de la persona. No es necesario insistir más por ahora.

Podría parecer un problema totalmente resuelto la manera de vestir: el hábito eclesiástico o religioso apenas si ofrece variantes y cuando se lleva limpio, cuidadosa y sencillamente arreglado, parece que está dicho todo. Sin embargo, algunos se las arreglan para complicar las cosas, imponiendo a la noble severidad clerical bordados, encajes, cintas..., y al mismo hábito religioso, adornos de gusto muy dudoso, como rosarios de marfil, crucifijos de plata, cintos encharolados, capuchas con pliegues, etc. Todo esto es evidentemente pueril; mas la desgracia está en que con ello desaparece gran parte de ese carácter evocador que vincula a nuestros hábitos sagrados algo de esa eternidad de que somos mandatarios, un poco de todos esos objetos que la palabra proclama y que el hombre de palabra, ante todo, representa.

Debe evitarse también una pompa indiscreta en los objetos particulares y accesorios honoríficos, no sea que la atención, así atraída hacia la persona, se aleje de la obra. No se trata de rechazarlo todo y caer en la afectación por el polo contrario; pero la sobriedad que, lejos de disminuir, aumenta nuestra autoridad divina, honra a Dios al eclipsar dignamente a su intérprete.

Si se me permitiera dirigirme por un momento a mis jóvenes hermanos, yo les diría: dad gracias a Dios por el admirable vestido que ha querido dar en vosotros al orador y al monje. El hábito de Lacordaire y de San Vicente Ferrer es «esencialmente oratorio», como decía con envidia Gambetta. Es práctico hasta el máximum: flexible, higiénico, dejando en plena libertad el cuello, tórax y brazos. Su amplitud, hecha de la simplicidad de su corte y de su opulencia oriental, acompaña admirablemente al gesto, lo amplifica en las grandes líneas engendradas a cada movimiento, lo sostiene en el cuadro de pliegues que por detrás diseña la capa negra: de ahí, ese aire de ave gigantesca que toma el monje al abrir sus brazos.

Y no es inferior a su cualidad estética el carácter mo-

ral de este vestido: en sus pliegues lleva siglos, evoca el apostolado de treinta generaciones; habla de San Luis, de la Cruzada, de Lepanto. De tal manera es extraño a nuestros modos mezquinos, que arroja muy lejos de la imaginación todas las frivolidades de la moda. Por sí sólo es ya una preparación para el discurso y desgraciado aquel que disminuya con sus defectos personales un prestigio glorioso que no le pertenece.

Por ello, es preciso no abusar de él. Un hábito dramático como éste es el más a propósito para hacer ridículo o pedante a quien lo lleva. En cuanto se intenten los efectos estéticos que permiten sus pliegues, vienen a resultar tan ridículos como bellos y atrayentes cuando se producen por sí mismos. El comediante puede ocupar rápidamente el lugar del monje, y esto, por desgracia, se ha visto alguna vez.

Y ahora, ¿será necesario entrar en pormenores de mamás? Me siento un poco perplejo. Pero, después de todo, la caridad amistosa de un anciano permite muchas cosas. Puesto que somos pobres humanos, no podemos evitar el toser, sonarse, escupir, enjugarse, estornudar; sin embargo, todo esto debe hacerse con discreción y conveniencia. Porque siempre será una gran desventaja que muchos buenos hijos del santuario, cuya primera educación ha sido un poco descuidada, descuiden también suplirla por sí mismos. La tos ruidosa, el estornudo sonoro, en el que frecuentemente «la lluvia acompaña al viento», el escupir sin disimulo y con ruido, el enjugarse con desgarbo, con un pañuelo totalmente desplegado, con gesto que nada tiene de furtivo; en fin, el empleo de un pañuelo dudoso, mal doblado e izado ostensiblemente, usado no importa en cuál de sus puntos ni cómo, con ruido y con molesta insistencia...; todos son pequeños defectos, si se quiere; pero el hombre de Dios pierde con ello estima y quita eficacia a su palabra.

Es necesario, además, mencionar las pequeñas costumbres viciosas (tics): el «¡hem, hem!», la manía de la tosecilla que se agrava cuanto más se irrita; el morderse los labios, lamerlos—costumbre que también se agrava por secarse más las mucosas—, las muecas nerviosas, los visajes, el movimiento de párpados, el fruncir de cejas, el arrugar la frente sin motivo alguno... Todo esto, congénito a veces, o con frecuencia adquirido, generalmente se podría corregir con un poco de perseverancia, pero preferimos conservarlo y desfigurar así más o menos nuestra presencia expresiva y, al mismo tiempo, la palabra. Cualquiera de nuestros oyentes podrá imitarnos y reírse a costa nuestra; y nosotros tendremos que superar inútilmente por medio de un esfuerzo espiritual un declive desfavorable.

II. La actitud.

La actitud del predicador ha de estar igualmente lejos de la negligencia y de la afectación, de la impertinencia y de la petulancia. Esto en toda ocasión, pero especialmente durante el ejercicio de su ministerio.

A veces se charla indiscretamente en la sacristía y se pierde el tono y el espíritu del esfuerzo anterior; mucho mejor sería un tranquilo recogimiento y una silenciosa sencillez. Se te observa tan pronto como sales para presentarte en el púlpito; la curiosidad está al acecho y se forman las primeras impresiones: mucho importa que estas impresiones se inclinen en el sentido que va a exigir tu sermón. Tu persona debería traslucir un reflejo de tu pensamiento: no ciertamente artificial, sino a través de esa compostura natural de rasgos que se desprende de la vida interior. Piensa qué eres, qué vas a hacer, en nombre de quién vas a hablar y por qué fines: la actitud se presentará por sí sola. Hombre de Dios, si piensas en hacerle

a El brillar y en eclipsar al hombre, esto se verá muy claro. Para mostrarse como uno debe ser, no hay más que serlo antes y compenetrarse después, en el momento de aparecer.

Precisando aún más, al subir al púlpito sumérgete en el espíritu de tu tema y obtendrás así el matiz particular de la actitud a tomar, porque no ha de ser la misma el día de Pascua y el Miércoles de Ceniza; al hacer la señal de la Cruz, debes ya señalar el carácter y como dar el tono de todo el discurso.

Más tarde, a propósito de la acción, volveremos sobre la actitud del predicador; pero quede claro ya, desde el principio, que es necesario velar constantemente sobre ella, evitar el abandono y la vulgaridad, que rebajan. Es imprudente confiar en las circunstancias; entonces, sólo se encontrará artificio y pretensión.

CAPITULO II

LA BUENA RESPIRACION

I. La respiración habitual.

Una buena respiración, que es una condición concomitante de la palabra, es, por la misma razón, una condición preliminar. La voz no hace más que prodigar lo que ha suministrado la respiración, ya que la palabra es una respiración expresiva, lo mismo que el canto es una respiración armoniosa. De ahí la importancia de un estudio, que casi siempre se olvida.

En primer lugar, algunas definiciones. Según las vías de acceso, la respiración es *nasal, bucal* o *mixta*. Atendiendo a su mecanismo, es *clavicular, costal, diafragmática* o *completa*. Basta un instante de reflexión para saber todo lo que significan estos términos (1). Si se trata de la provisión misma de aire, se distingue *aire periódico*, provisión media que va y viene en el curso de una respiración normal; *aire suplementario*, que hace el lleno absoluto, y, por fin, *aire complementario*, cuya expulsión hace el vacío total, pero que habitualmente queda como

---

(1) La respiración costal y diafragmática unidas reciben el nombre de respiración *abdominal*, y es la única posible en los pájaros cantores. De ellas, la diafragmática es más natural en el hombre y la costal en la mujer.

residuo de los otros dos después de una tranquila respiración.

Comprendido esto, podemos ya explicarnos; y nuestras explicaciones se referirán a tres órdenes de hechos, que mutuamente se condicionan: 1) la respiración habitual; 2) los ejercicios respiratorios, y 3) la respiración durante el ejercicio de la palabra pública.

Una buena respiración habitual depende de muchos factores y es el resultado de la salud general y muy especialmente de la salud de los pulmones; sin embargo, hay hábitos que le son más o menos favorables. Una postura inconveniente oprime el diafragma, estrecha la espalda, tuerce la tráquea e impide el acceso del aire o los movimientos que lo reclaman. Un hombre que pase así largas horas ante su escritorio, encogido en su poltrona o en una silla demasiado baja, necesariamente respirará mal y se acostumbrará a no respirar nunca a fondo.

Es también un enemigo de la respiración el abuso de vestidos o el uso de vestidos muy ajustados. Se ha comprobado que un mismo hombre, libre u oprimido bajo gruesos vestidos de invierno, tenía en este último caso la respiración reducida a casi un tercio. Los vestidos muy ceñidos nunca deben llegar a oprimir los órganos; nada puede obligar a apretarlos sobre el cuello, espaldas o cintura; este detalle tiene gran importancia.

Debe, además, evitarse el contrariar los gestos respiratorios con falsos movimientos; antes bien, debemos adquirir la costumbre de hacerlos rítmicos de acuerdo con la marcha, el salto, la escalada, el inclinar o levantar el cuerpo, etc. Con un poco de atención al principio se adquirirá rápidamente esta costumbre y es de gran utilidad. Un pecho bien educado no procede a la aspiración inclinándose y a la espiración poniéndose derecho, ni se entrega a un ritmo desordenado con el pretexto de que el terreno o la acción le imprimen sacudidas. En un declive

accidentado, en la carrera o al subir de cuatro en cuatro una escalera, tenderá a respirar siempre con el ritmo del niño que duerme. Además, es preciso cuidar siempre, sobre todo, de la espiración, ya que la circulación y buena regeneración de la sangre dependen de una expulsión regular y completa del aire viciado.

El dominio de los órganos respiratorios es una necesidad tanto para el orador como para el cantor; ninguno de los dos lo obtendrá si no es a costa de una atención siempre vigilante y con la ayuda de ejercicios.

II. Los ejercicios respiratorios.

La necesidad de estos ejercicios obedece a que la respiración habitual nunca es completa y a que tiende a reducirse aún más en caso de descuido. Pasa lo mismo que con los ejercicios musculares; la vida los impone en dosis más o menos fuertes, pero no son lo suficientemente enérgicos y, sobre todo, lo bastante completos para dispensar de ejercicios metódicos, especialmente en el caso de hombres sedentarios.

No sin motivo hacemos esta comparación: en realidad, los ejercicios musculares y los respiratorios deben asociarse siempre. Profundas respiraciones aisladas, en frío, son poco naturales y, por lo tanto, no carecen de inconvenientes, corriendo el peligro de forzar los órganos. Es preciso ligarlas con ejercicios generales para que la necesidad aliente y favorezca la buena marcha de la operación. Los ejercicios Muller son en esto ideales. Cuando éstos falten, se puede sacar provecho, en dosis diaria, de una marcha un poco rápida, de la subida a una colina, a una escalera, etc.

Estas respiraciones han de ser únicamente nasales *en sus dos tiempos*. La espiración bucal, que algunos recomiendan, ofrece sus peligros y no es calmante. Sobre todo,

en las subidas y carreras. Claro está que la necesidad no observa leyes; se recomendará con más éxito la respiración nasal a quien está observando a un corredor jadeante que al corredor mismo.

Estas respiraciones de ejercicios deben ser *completas*, empezando por abajo: dilatación de las costillas inferiores, luego de las superiores y clavículas, teniendo el cuerpo bien derecho, las manos en las caderas, la cabeza ligeramente elevada en la inspiración, bien abiertas las fosas nasales; y todo esto, sin violencia, con un sentimiento de agradable plenitud y de reposo perfecto. Al final de la inspiración todo el tórax debe sentirse ensanchado (de hecho se ensancha al cabo de pocas semanas), y al acabar la espiración todo debe volver a su lugar en el mismo orden y siempre sin violencias, como la esponja que se exprime. Observación capital: trabajar siempre al aire libre o ante una ventana abierta.

III. La respiración en el curso de la palabra.

Ya hemos dicho que al principio del discurso el cuerpo debe sentirse libre de toda opresión, derecho, sin rigidez, sobresaliente el tórax, como cuando se levanta una túnica sobre la cintura para que queden libres los propios gestos. Para esto es conveniente una gran respiración inicial, que al mismo tiempo dispone todos los órganos de la voz.

Hay quien aconseja hacer «provisión» de aire y, por consiguiente, retenerlo para que dure más. He ahí un grave error. Esa falsa provisión es perfectamente inútil, cuando no perjudicial. Cuando un alumno de Faure respiraba así antes de comenzar un trozo, Faure le apoyaba la mano sobre el hombro; pero aunque se olvidase, el alumno a la primera palabra dejaba su bella provisión para contentarse con el aire *periódico*. Querer retener el

aire *suplementario* para irlo utilizando lentamente es imponerse una preocupación inútil y una fatiga peligrosa. Ese aire presiona sobre los pulmones y el corazón, ocasionando enfisema, éxtasis vascular y congestión. Por otra parte, la laringe se debilita en esta lucha contra el aire que pugna por salir.

En realidad, se tiene siempre el aire suficiente; el problema está en saber emplearlo bien, para lo cual basta una buena emisión de los sonidos, pues ella es la que preside la economía con un prudente uso. El aire no se pierde cuando sólo se deja pasar el necesario para la palabra. La gaita es, a este respecto, un buen modelo; no se desperdicia nada de aire.

Es verdad que para conseguir esto hay que hablar *ligado*. Además de otras razones más importantes y que expondremos en otro lugar, el hablar ligado es indispensable para una buena emisión del aliento; porque evita perder sonido durante los momentos de vibración de la glotis, como puede suceder, sobre todo, entre palabras, pero también—y esto es capital—en la pronunciación de consonantes. La consonante obliga a debilitar más o menos el estado de la glotis que produce la vocal (2). Es entonces cuando se producen los vacíos; se pierde aire, o se lanza en forma de pequeños soplos cuando se trata de consonantes *explotivas* (b, d, g, k, t, p). Por el contrario, hablando ligado sólo se emite el aire útilmente vibrante; la intercalación de la consonante se hace por una substitución inmediata que no permite ningún vacío; no hay más paradas que las que sirven para tomar aliento y éste está, por consiguiente, adquiriéndose o utilizándose, pero nunca perdiéndose.

Aunque nunca haya motivo para retener la respira-

(2) Según una comunicación de M. d'Arsonval a la Academia de Ciencias, las consonantes son vocales cuya vibración ha sido perturbada. Y en esta perturbación es cuando el orador o el cantor pierden sonido.

ción, puede ser necesario prolongarla para pronunciar una frase larga o para producir un efecto que no admite interrupción. Los cantores conocen bien estos casos. Se apoyan entonces en la respiración y hacen de ella un uso más completo; recurren al aire *complementario,* que ordinariamente no se emplea. Para evitar la necesidad de inspirar, espiran, y cualquiera puede observar que el remedio es maravilloso. Pero sólo se recurrirá a él cuando ya no se tenga aire utilizable, para evitar el espasmo, como hacen los que se zambullen en el agua. Este procedimiento, digno de conocerse, debe ser excepcional, pues exige la contracción de todos los órganos vocales y hace la emisión mucho más trabajosa.

Habitualmente se debe respirar lo más frecuentemente posible, utilizando para ello todas las paradas que permite el sentido de las frases. Si procuramos no llegar nunca al fin del aliento, conservaremos mejor la posesión de nosotros mismos, la voz ganará en amplitud y el auditorio en seguridad. Siguiendo la importancia de las paradas señaladas por la puntuación oratoria, se hará una aspiración total media, cuarta parte, etc., aprovechándose hábilmente de las vocales abiertas y yendo como delante del aliento, como hace un hombre exaltado o encolerizado a quien su pasión «no deja respirar».

Algunos tratados de oratoria presentan textos en los que están señalados los momentos de respiración total o parcial. Pase: un ejemplo bien comprendido puede orientar al principiante. Pero es evidente que estas indicaciones son relativamente arbitrarias; diez oradores de talento pronuncian un mismo trozo respirando en momentos distintos, y es que distribuyen de otra manera los acentos o no tienen la misma capacidad de respiración.

En cuanto a la manera de respirar en el transcurso de la acción, debe ser exactamente igual que durante los ejer-

cicios. No se trata entonces de aumentar la capacidad torácica, velar por la salud o adquirir costumbres. Se está en la palestra: ahora se trata de utilizar lo adquirido. Respírese, pues, lo más abundantemente posible, por nariz y boca, abriendo y dilatando todas las capacidades receptoras. Nada de bruscas inspiraciones, a no ser que se trate de obtener un efecto especial. La inspiración debe amoldarse a la espiración, que es necesariamente lenta. Lo contrario es una especie de asma voluntaria que podría conducir a la verdadera. Se aspira más abundantemente cuando se tiene que pronunciar una palabra o una frase que impliquen una parada respiratoria, como cuando se tiene que decir: «¡Ah, Dios mío!» La respiración recibe entonces el valor de un gesto. Pero fuera de estos casos debe mantenerse la misma presión de aliento de un extremo a otro de la frase o del miembro de la frase, para que no caiga la final. Y esa presión uniforme se debe imponer desde el principio de la aspiración, a fin de ganar fuerza y economizar al mismo tiempo aliento, ya que sólo se habrá tomado lo necesario. Una vez más, el ideal es la respiración del sueño, tan regular y, sin embargo, tan poderosa; claro está que no podemos acomodarnos exactamente a ella, pero no debemos apartarnos sino lo menos posible, como haría un hombre que hablase durmiendo (3).

Contrariamente a lo que sucede durante los ejercicios, en el púlpito la respiración no debe elevar el tórax; debe recibirse únicamente en la base, de manera que sólo el diafragma produzca la inspiración. Es sabido que la respiración diafragmática es la más abundante. La ventaja de esta inmovilidad del tórax está en que concurre a la calma general, tan necesaria a la palabra; en que evita el decaimiento progresivo, habitual a tantos predicadores,

(3) Sin embargo, es preciso observar que la espiración durante el sueño es demasiado violenta, lo cual proviene de una brusca distensión muscular que se opondría a una emisión regular de la voz.

y en que deja tranquilos los órganos de producción de la voz en vez de agitarlos y turbar su ejercicio, congestionándolos y perjudicando la *impostación* vocal.

La importancia de una respiración tranquila durante el discurso es extrema: economiza fuerzas, ayuda a la presencia de espíritu, claridad de pensamientos, perfecta posesión de sí. Una buena respiración es un corazón en calma y una buena circulación cerebral; por eso asegura el buen funcionamiento de las facultades auxiliares, que preparan el pensamiento y suministran la energía. Aumenta así el influjo sobre el auditorio y la autoridad de la palabra es mayor.

Todavía hay más: el dominio respiratorio debe persistir aun cuando la palabra exija aparecer cortada y jadeante. Hay gran diferencia entre el jadeo voluntario y expresivo y una pérdida de control. Tanto como entre una tempestad real, la tempestad de un cuadro y la de la *Sinfonía Pastoral*. Ciertamente, en nuestro caso, lo real y lo intentado se mezclan; así debe ser; pero todo esto nos invita a retener una doble máxima: vigilar la emoción para que no dificulte la respiración y vigilar la respiración para que procure calma y regule la emoción.

CAPITULO III

LA VOZ

I. El cuidado de la voz.

Y henos aquí ante la cuestión principal entre las que se refieren al aspecto material de la palabra pública. La voz lo es todo en el orador, el orador mismo. Por el alma que la penetra es espíritu, pero en sí misma es, ante todo, aliento, respiración. Es una obra de arte, pero también un instrumento, cuyo manejo y conocimiento importa mucho a la obra.

Es verdad que el instrumento vocal es un instrumento especial: un instrumento unido *(conjunctum)*, y esto corrige ya muchas cosas. Se observa a campesinos de voz ronca y dura modular delicadamente cuando hablan a su hijito. El entusiasmo puede dar brillo a una voz sorda y la ternura suavizar una voz áspera. Lo que se ha dicho del orador es, en parte, también cierto de la voz: *pectus est quod disertos facit*. Pero sólo en parte. En cambio, si el instrumento es bueno y bien templado, y el obrero interior no pierde el contacto del alma y del Espíritu Santo, ¡cuánto se podría hacer!

He dicho *bueno* y *bien templado*. La primera condición no depende de nosotros. Quien la posea debe dar gracias a Dios, porque sin duda es una gracia, es simpatía adquirida de antemano y un conjunto de posibilida-

des que nada nos han costado. Una voz sólida y amplia permite efectos que las demás cualidades del orador no podrán suplir. ¿Qué hacer sin ella en un gran templo? La sacudida de sensibilidad que el orador intenta requiere medios poderosos, y no siempre basta el pensamiento, el sentimiento o el arte.

Pero las cualidades de la voz relacionadas con esas sensibilidades que se trata de conmover están dotadas de un poder secreto. Nadie puede dudar lo mucho que el público es impresionado por ellas. Ciertamente tiene un efecto orgánico, como es fácil observar en los animales y aun en las fieras, pero ¿no es lo orgánico la base de lo espiritual y esto de lo sobrenatural? Una hermosa voz abre los espíritus y dispone favorablemente las voluntades, como todo lo agradable.

He aquí una razón, cuando se posee esta cualidad, para no desperdiciarla o ponerla en peligro de perderse. Y he aquí, a este propósito, algunas reglas prácticas.

En el púlpito hay que evitar los gritos desordenados y conservarse siempre dueños del propio órgano, al revés de ciertos predicadores que parecen mugir o ladrar. Además del efecto deplorable que producen, estos predicadores debilitan y desentonan la voz más sólida y, si ya es débil, la arruinan.

En todo tiempo, guardarse de gritos, de la violenta confusión de las conversaciones, de las voces al aire libre, sobre todo cuando éste es frío, o en medio de ruidos, en un aire viciado o en un coche trepidante.

Los discursos al aire libre en tiempo frío y húmedo son una prueba terrible para voces delicadas. Deben evitarse siempre que se pueda y, si no es posible, provocar en seguida una reacción por medio de una bebida caliente y un reposo silencioso. El reposo completo después de cualquier esfuerzo vocal es una práctica excelente: vuelve el órgano a su estado, lo mismo que la inmovilidad absoluta ayuda a la corrección de una fractura en la esca-

yola. Quienes acaparan al predicador al bajar del púlpito y le obligan a un nuevo esfuerzo bien se merecen el calificativo de impertinentes (1).

Evitar también hablar demasiado pronto después de las comidas. Aunque más vale en seguida que una hora más tarde. Pero lo ideal sería un intervalo de dos horas. Los cantores exigen cuatro.

El llevar habitualmente el cuello muy apretado es tan fatal para la voz como para la buena respiración, pues congestiona. Deben evitarse pañuelos o bufandas; deshacerse de todo esto poco a poco, si ya se tiene costumbre adquirida. Igualmente, las bebidas heladas o demasiado calientes son perjudiciales, y dígase lo mismo del uso exagerado del tabaco o del alcohol.

Finalmente, es muy importante combatir la obstrucción de la nariz, cuyos efectos son graves, no sólo para la voz, sino también para el oído, el pecho, la inteligencia y la memoria. La razón de esto está en la amenaza de infección catarral, de impedir la circulación en esa zona, incluído el cerebro anterior. Una nariz obstruída obliga a la respiración bucal y expone, por lo mismo, al enfriamiento e infección de la garganta, a la que llega un aire no filtrado ni templado por el conducto nasal. De ahí, predisposición a anginas, asma y a cualquier afección pulmonar. Además, no tarda en establecerse un círculo vicioso, pues las cavidades nasales, no empleadas por su obstrucción, tienden a obstruírse cada vez más por falta de uso. Al principio, en vez de abandonarse en seguida a respirar por la boca, conviene usar de paciencia, con lentas inspiraciones, dilatando la cavidad nasal para que el aire descongestione y él mismo se abra camino.

Por lo demás, una vez eliminados los enemigos exteriores, la voz encuentra las mejores disposiciones de sa-

(1) En los casos más graves, una envoltura húmeda durante la noche que sigue a un gran esfuerzo vocal, puede ser muy eficaz, con tal de hacerla bien.

lud, conservación y progreso en su prudente uso. Un ejercicio normal desarrolla todos los órganos y, con mayor razón, los defiende. Por eso, buenos consejos de un hombre competente y buenos ejercicios de fonación constituyen una verdadera medicación, además de permitir una acción oratoria más perfecta y eficaz. Es lo que hacía decir a Cicerón que la voz y el discurso tienen un único y mismo interés.

II. Cualidades de la voz.

A) La impostación de la voz.

Las cualidades congénitas de la voz no piden estudio especial. Son lo que son y nada podemos hacer. Mas hay otras adquiridas que dependen del recto uso de un órgano y éstas es importante señalarlas.

Lo esencial—ningún cantor lo ignora—es tener la voz bien *impostada* y *apoyada*, y esto exige casi siempre una educación muy larga. Sin duda que hay voces naturalmente impostadas, pero esto es raro. Unas son demasiado *fuertes*, es decir, exageran la presión del aire espirado y *oprimen* así su apoyo; la mayor parte de las voces *están en el aire*, sin apoyo suficiente, sin disciplina para una correcta formación de sonidos. Conviene, pues, insistir sobre lo que se entiende por una voz en buena forma, no con descripciones anatómicas o fisiológicas, sino prácticamente, esforzándonos por medio de imágenes apropiadas para sugerir los gestos útiles.

La impostación de la voz consiste, en primer lugar, en apoyarla en su base, es decir: 1) ensanchar la base del tórax, bien libre, por encima de la cintura; 2) inmovilizar totalmente la caja torácica; 3) respirar de manera que descienda la tráquea. Todo *sin ningún esfuerzo;* al

contrario, con un sentimiento de reposo, como el del hombre que se acomoda. La voz así obtenida nos sugiere la idea de la pirámide; gana en estabilidad, evita el temblor y la fatiga, y las cavidades subglóticas, al descender la tráquea, quedan más libres y, por consiguiente, más sonoras.

En segundo lugar, impostar la voz es darle apoyo en su cumbre, conservando bien segura su base, como si se la quisiera incrustar en los dos extremos. Para esto es necesario que la columna de aire vibrante venga a chocar contra las mucosas nasales y se deslice de allí hacia los labios, convenientemente adelantados y abiertos en forma de bocina. Abrirlos demasiado es impedir a la voz modularse al salir y hacerla vacilante; cerrar demasiado es impedirle salir y marchar lejos. En estas condiciones la voz recibe su sonoridad principal en las cercanías de los labios y no más atrás. Se sienten vibrar los propios labios.

Durante este tiempo la glotis debe quedar libre, no sufrir contracción, lo mismo que los pulmones y el diafragma. La lengua debe estar bien extendida. Si se tiene costumbre de dejarla elevarse y perturbar más o menos el sonido, es preciso acostumbrarse a dejarla en su lugar. El ejercicio consiste en vocalizar sobre cada vocal, inmóvil y extendida la lengua, y en ir introduciendo poco a poco las consonantes hasta hablar normalmente. Cuando todo está así dispuesto, el sonido emitido gozará de su mejor cualidad y mayor amplitud, en un mismo volumen de aire y en la misma presión; sobre todo, si se tiende a adelantar ligeramente el maxilar inferior, como instintivamente hacen los corredores, particularmente al final de su carrera. Los corredores intentan con ello respirar mejor, pero el orador o el cantor gana, además, en sonoridad y en resonancia.

La impostación de la voz es para el orador una necesidad primordial; si por naturaleza no la tiene, debe tra-

bajar perseverantemente en toda ocasión, aunque sea hablando bajo o murmurando. Muchos, en este último caso, hablan de nariz o de paladar, sin que se extiendan los labios y se forme en ellos el sonido; es una deplorable costumbre. Si uno mismo no puede obtener el resultado, no dude en consultar a un hombre competente. El más señalado en esta materia es el profesor de canto, pues siendo la impostación de la voz más necesaria al cantor que al orador, aquél trabaja más en ella. Además, los ejercicios de canto son más aptos, aun en lo que concierne a la palabra, pues las cualidades o defectos del sonido son en ellos más perceptibles y más fáciles de vigilar en el transcurso de débiles vocales más extendidas y menos interceptadas por consonantes.

Si se consigue este punto capital, todo lo demás se seguirá como consecuencia: las *cualidades estéticas* de la voz, su *sonoridad* y *alcance*, todo—bien entendido—en igualdad de cualidades naturales. El ejercicio no crea, sino utiliza, y en materia viva utilizar es una forma de creación.

B) Cualidades estéticas de la voz.

Las cualidades estéticas de la voz dependen de la manera de producirse la vibración y de la manera de ser recibido y utilizado el aire vibrante por los diversos órganos: paredes, cavidades, labios... Por esta razón, directa o indirectamente, toda nuestra persona colabora de alguna manera, y así la voz es esencialmente personal.

Tenemos, en primer lugar, la vibración de la glotis (2), ya muy característica en cada uno; pero es tan

(2) No decimos vibración de las *cuerdas vocales*, pues parece concluirse evidentemente de los últimos trabajos que la voz no resulta de tales vibraciones, sino de la resonancia del aire en las cavidades próximas. La supresión de las *cuerdas vocales* no impide la emisión de la voz, con tal de que queden intactas las cavidades con todos sus repliegues. La laringe no es, pues, un instrumento de lengüeta, como el clarinete u óboe, sino una especie de ocarina o flauta

sólo un punto de partida. Por encima, la garganta, la boca, las fosas nasales, el repligue de los labios; por debajo, el pecho y, más o menos, todo el cuerpo participa en la formación y, por consiguiente, en la cualidad del sonido. La voz es como el molde sonoro de nuestras cualidades pneumáticas y de nuestro ser entero, por lo que fácilmente por ellas se nos reconoce. Pero se modifica mucho según la forma de emisión, es decir, según las diversas adaptaciones de la columna de aire a las cavidades y resonadores que la afectan. Por consiguiente, la buena emisión y la buena adaptación del aire son el secreto de una voz impostada.

¿Cuáles son los defectos más ordinarios de las voces? Hay voces *rudas* y voces *suaves;* voces *graves* y voces *saltarinas;* voces *cortadas* o demasiado *breves,* y voces que *se arrastran;* voces *blancas,* de una sonoridad infantil, y voces *cavernosas,* etc. Todos estos defectos se corrigen solos, una vez impostada la voz. Si la resonancia es general y bien distribuída, no hay por qué temer ningún exceso en ningún sentido; ningún impedimento alterará la voz. Nada de estridencias ni de tensión; igualmente, nada de relajación ni precipitación, porque una vibración exacta exige por sí misma el tiempo necesario y, por la misma razón, excluye el tono arrastrado. La voz no puede, pues, saltar, porque tiene un apoyo en sus dos extremos, ni puede ser demasiado grave o pesada, puesto que llega a todas partes, como el nadador en el agua.

¿En qué consiste la voz *blanca* y la voz *cavernosa?* La voz es blanca cuando le falta el refuerzo bucal y, en vez de acomodarse y como modelarse en las paredes de la boca, sale «tontamente», sin forma ni timbre, empleando

---

dulce (*Comunicación* de M. d'Arsonval a la Academia de Ciencias, febrero 1952). Una prueba complementaria es que la extensión de la voz sobre la escala musical no responde a la extensión de las *cuerdas vocales.*

la boca como tubo de conducto, no como tubo de órgano. Es lo mismo que decir que la voz no está impostada.

Por el contrario, una voz es cavernosa cuando es desfigurada al nivel de la glotis y no halla resonancia ni más abajo—por producir voz de pecho—ni más arriba—por dar voz de cabeza o normal—. Aumenta el timbre, pero disminuye la fuerza útil y la voz sale sombría y grave. La falta de impostación es, pues, evidente; establecerla sería corregirlo todo.

C) La sonoridad de la voz.

La sonoridad de la voz lleva consigo dos cualidades complementarias: la *amplitud* y la *fuerza*. La amplitud se obtiene, a igual presión, por el empleo total de las cavidades y paredes vibrantes; es decir, por una buena impostación. De ordinario es ella, la amplitud y no la fuerza, la que conviene desarrollar. Da más naturalidad, más libertad y más armonía. Permite más matices y puede dejar libre curso a todos los movimientos del pensamiento, de la imaginación y de la sensibilidad. Fatiga menos, porque la tensión de las paredes vibrantes es normal—consistente en adaptación, no en violencia—y porque el esfuerzo vocal está repartido por todo el aparato.

Si se quiere añadir a la amplitud la *fuerza,* hay que tener mayor cuidado en repartir la tensión sobre todos los órganos, en lugar de forzar la glotis. Pues al forzar se aprieta y cierra, al mismo tiempo que se estimula. Sería imitar al maquinista que da vapor y cierra los frenos, al jinete que estimula con la espuela y tira de las riendas o, para poner una comparación más próxima, sería imitar al violinista que apretase el arco y pusiera sordina.

Claro está que cuando se quiere aumentar la fuerza es necesario aumentar la vibración de la glotis por medio de una presión mayor del aliento; pero, sobre todo, es ne-

cesario procurar, no por un efecto pneumático, sino por un influjo nervioso, una acomodación más vigorosa de las paredes de refuerzo. Así, el órgano resuena más fuerte y no roza; se produce una acción general, no local, y aumenta la amplitud del sonido, al mismo tiempo que se robustece.

En otros términos: para aumentar la resonancia de la voz no es necesario presionar sobre ella, sino ampliarla, poniendo en esto una especie de voluntad musical y ardor ligero. La sonoridad no es función del esfuerzo sino en una medida muy restringida; depende, sobre todo, de la convergencia de todos los movimientos vibratorios, de la comunicación total de la vibración glótica a todas las paredes susceptibles de vibración. En cuanto a la glotis misma, debe quedar libre, flexible, a pesar de su animación.

En consecuencia, cuando uno se da cuenta de no ser oído, la labor no es forzar, sino extender, amplificar por medio de una resonancia más amplia y más completa. Igualmente, cuando asoma la fatiga, evítese el esfuerzo heroico para vencer la debilidad que avanza; alíviese el trabajo repartiéndolo, igual que el obrero a quien molesta una carga se alivia apoyándola a lo largo del brazo o sobre los riñones.

Un juego infantil nos puede enseñar la táctica: el juego consiste en hacer sonar un vaso de cristal frotando sus bordes. En un momento, si se hace bien, se obtiene el sonido máximo. Pero ¿se obtiene cuando se frota más fuertemente? No; se obtiene cuando se ha podido conciliar la energía del frotamiento con la libertad de la vibración. Si no pones el suficiente esfuerzo, la vibración es débil; si pones demasiado, se ahoga; pero fácilmente puedes constatar que este último obstáculo es mucho más grave: la libertad importa mucho más que la fuerza.

A su vez, ¿qué hace el violinista? Para ampliar el sonido ataca la cuerda con energía, pero preparando la vi-

bración por una presión ligera. Además, él sabe muy bien que el sonido no es producido principalmente por la cuerda misma, sino por el puente de la caja armónica y, finalmente, por el aire, que es aquí el verdadero medio vibrante. Que tape la caja armónica e inmovilice el puente y tendrá un bello punteo de cuerda, pero sólo un sonido breve y sofocado.

De modo semejante, «las cuerdas vocales» o, mejor, las cavidades glóticas no producen solas la voz; no a ellas solas ni a ellas principalmente hay que dirigirse para obtener amplitud de sonido; hay que dirigirse, sobre todo, al conjunto de cavidades pneumáticas por medio de un ensanchamiento de la zona vibratoria y una acomodación de todas las paredes. Es a lo que se llama una voz *libre*, es decir, producida sin opresiones, sin un esfuerzo especial localizado, por una animación espontánea de todo el aparato vocal. Es la única voz buena, la única armónica, porque ha sido emitida en la calma fisiológica; la más personal, contribuyendo, por así decirlo, todo en nosotros y es la única que moviliza útilmente el medio aéreo ocupado por los oyentes.

He aquí un nuevo secreto que puede salvar a muchas voces de su exceso o de su impotencia congénita.

Al fin, ¿qué es lo que debe vibrar? ¿Tú, tu instrumento vocal: cuerdas, cavidades o paredes? No; es la sala y por ella los oídos de tus oyentes, emitiendo tú la voz llena de ondulaciones. La cuestión es, pues, adueñarse de la sonoridad de la sala y comunicarle la vibración glótica que antes habías intentado transmitir a tus paredes y cavidades interiores. La sala viene a ser así una nueva cavidad donde lanzas la ondulación, amplificándola en la medida necesaria al auditorio que te rodea. Arrojas una red sonora. El pescador de hombres ejerce así su oficio físico al servicio del otro.

Y ¿cómo se hará esta nueva adaptación, la única de-

cisiva? Como se hicieron las otras: con atención e instinto, sustituyendo la sensibilidad interna—sin misión alguna ahora—por la imaginación del espacio y el control del oído. Manteniendo tu atención sobre la sonoridad de la sala; observando sus vibraciones en el momento en que las estimulas y su respuesta cuando la provocas, encontrarás instintivamente la adaptación interior que producirá el efecto deseado, efecto ya en parte obtenido y de cuyas condiciones de crecimiento y despliegue máximo te darás cuenta por tanteo.

Nos apoderamos de la sonoridad de una sala lo mismo que el violinista dirige la sonoridad de su instrumento, y, tanto en un caso como en otro, no se trata de rascar, sino de *encontrar* el ritmo, ritmo que amplía el sonido y no crispatura que lo oprime. Una vez que se ha encontrado, se puede insistir para reforzarla, pero sin apagarla con una presión intempestiva. Se debe sentir la sala al borde de los labios, como esos óvalos alargados o banderolas de los antiguos cuadros, donde se escribían las palabras de un orador. Intenta llenar el espacio en longitud, en anchura y altura como si animases una esfera a partir de su centro. Instálate en ella. Siéntela entera, en vez de aferrarte a tu glotis. Entonces, tendrás la sensación de que tu voz se hace de alguna manera extraña, de que se forma allá lejos, en los oídos de los oyentes; podrás juzgarla y ponerla a punto, como un operador de cine pone a punto su lámpara atendiendo a la imagen lejana sobre la pantalla; te adueñarás de ella sin esfuerzo; tú mismo estarás más tranquilo y el público podrá ser más conmovido.

He ahí el gran secreto: exteriorización de la voz; proyección de la voz en plena atmósfera; dirección de la voz por el oído, escuchándose a lo lejos; oírse en vez de sentirse hablar (3).

---

(3) Un ejemplo bien claro es el del tirador, que utiliza tres apoyos: el hombro, la mano izquierda y el blanco; pero que, al fin, sólo piensa en el blanco. El orador o el cantor apoya su aliento en la

D) El alcance de la voz.

Además, este secreto de la amplitud y sonoridad de la voz es también el secreto de su *alcance*. Pero son dos cualidades distintas. Una voz puede ser amplia y sonora sin gran alcance. Se puede intentar expresamente dejarla a corta distancia, si el auditorio está agrupado alrededor, y se puede, por el contrario, lanzarla «como un proyectil», decía el P. Didón, o, mejor, como el cohete de artificio, que estalla a lo lejos.

Un buen orador (como un buen cantor) debe saber hablar a 50, 100 ó 500 metros. En estos distintos casos la adaptación de la voz es diferente. Es muy difícil de explicar en qué consiste la diferencia, pero, por otra parte, es inútil. ¿Se preocupa el discóbolo de lo que pasa en su brazo en el momento de lanzar el disco a la distancia determinada? Igualmente, el pastor ignora lo que hace cuando lanza su voz de una vertiente del valle a la otra. Es el instinto el que aquí trabaja. Se intenta una meta; la atención se traslada a ella y se adopta naturalmente, después de ejercicios y gracias a la experiencia, la posición más conveniente de los órganos. Esta posición es esencialmente la misma que ha sido descrita en el apartado de la impostación de la voz; pero hay matices de adaptación suplementarios, que se obtienen apoyando la voz, no en las paredes vibratorias internas, sino sobre el punto adonde se quiere que llegue. Se establece una especie de puente sonoro y se lanza la voz como un arco.

Para obtener esto, todavía es menos necesario forzar que para tener sonoridad o amplitud; apenas si se trata de otra cosa que de la actitud de la boca; se debe hacer deslizar lo más adelante posible, sobre los labios en forma de embudo, la columna de aire, debidamente timbrada

---

base, en los labios y en el blanco lejano. Obtenidos los dos primeros, se olvida de ellos para pensar en el último.

por el conjunto de cavidades y modulada por la articulación.

Es cierto que el alcance de la voz no exige violentos esfuerzos; y, al contrario, los efectos de dulzura, los *piano* y los *pianíssimo* están llamados a beneficiarse de esta cualidad. Toda la gama de sonidos con sus intensidades debe ser lanzada a lo lejos y, al mismo tiempo, ha de conservarse su dominio (porque el mismo *pianissimo* debe ser potente). Evidentemente, hay un límite; demasiado lejos sólo se puede lanzar el *forte*, lo cual impone una estética particular, simplificada y como para masas. Pero en las condiciones ordinarias y aun un poco ingratas de la palabra se debe poder transmitir todos sus efectos. Sea débil o fuerte la voz, rápida o lenta, aguda o grave, debe llegar hasta el mismo punto, y llegar entera, total; todo debe estar en el mismo plano, aunque no con el mismo valor y en el mismo tono.

Pero ésta es una cualidad muy rara. Los antiguos la designaban con el nombre de *vociferatio*. Pero ya se sabe qué hemos hecho de este nombre. Claro ejemplo de deformación por incomprensión. *Vociferatio* de tal manera no significa vociferación que precisamente se trata de no vociferar y hacer llegar, sin embargo, la propia voz hasta los más alejados oyentes. Cuando falta este arte, se hace uno oír con los *forte*, y la voz se pierde en sus notas débiles. Es necesario entonces, o que el oyente se resigne a no oír más que fragmentos, que después une como puede, o que su oído haga en sentido inverso el camino que no hace la boca. En estas condiciones la atención se cansa pronto; el oyente, fatigado, te abandona. Si aún te escucha, lo hace como a través de una puerta oscilante, tan pronto abierta como cerrada; no hay allí unidad de palabra ni diseño melódico; nuestra emisión es desarmónica y los resultados se resienten de ello. En vez de llegar íntegra la escala de valores a cada uno, es dividida entre

el auditorio como en grados distintos; la voz anda errante por la sala y no se consigue dominio sobre el público.

Para ejercitarse en la *vociferatio* es necesario emplear poco sonido y poco aliento, dirigirse a lo lejos en una gran sala o corredor, a un oyente imaginario, cuidando a la vez el alcance y la articulación. Los resultados no se harán esperar.

Hemos de concluir que no es esencial al alcance de una voz el que la acústica sea buena. Si lo es, tanto mejor; un trabajo menos: la sala misma llevará tu voz a su destino. Pero si la sala no la lleva, la tendrás que llevar tú mismo. Las primeras sílabas deben hacerte conocer si la voz produce su efecto. Un buen orador califica su sala tan pronto como abre su boca, y se pone al unísono con ella. Si es una caja de armonía, como el Conservatorio de París, sólo tiene que modular su voz en su lugar, lo mismo que se lanza una piedra al agua: las ondas marcharán solas. Si la sala no ayuda, es necesario arrojar la piedra más lejos, como en agua pesada o aceite espeso que ondula difícilmente. Las buenas salas transmiten todas las voces; las buenas voces, es decir, las voces bien impostadas y moduladas se transmiten en todas las salas.

Una observación importante para el predicador. Nuestros púlpitos están de ordinario adosados a una columna o bajo una arcada y sólo queda un poco de espacio delante de nosotros. Nuestros oyentes forman una masa alargada a ambos lados, de suerte que parece imposible esa mirada general de que hablaba hace un momento, a menos de volverse de derecha a izquierda, lo cual sería desastroso. Mas el inconveniente, que es real, no es invencible. Se puede ver sin mirar, aun con los ojos cerrados. La imaginación debe suplir a la mirada. Piensa en tus oyentes más lejanos; represéntate el grupo a su distancia verdadera después de haberlo mirado al subir al púl-

pito y adapta la voz en consecuencia. Esto se puede hacer muy bien.

Cuida, además, de que las pequeñas salas, en las que sin duda hablarás con más frecuencia que en las grandes, no te hagan perder la costumbre de éstas. Cuanto más pequeña sea una sala, tanto más importante es hablar con muy poca voz, sin forzar de ninguna manera, «con voz libre»; sin esto, pronto te acostumbrarás «a apretar» y se debilitará el órgano. Es la tendencia de los profesores, que fuerzan la voz como para hacer penetrar las ideas a golpes de garganta. Se exponen a un gran peligro; muy pronto tendrán una voz ronca, impedida por mucosidades que produce la obstrucción de las regiones glóticas; o, en todo caso, demasiado excitada, sin amplitud o proyección.

Es una regla absoluta el que no debe hablarse nunca fuerte sin hablar a lo lejos. Pero, como ya hemos visto, la recíproca no es verdadera: se puede hablar lejos sin hablar fuerte.

Esta política de economía y de prudente empleo es para la voz un medio admirable de preservación.

En caso de necesidad, también puede ser un remedio. Fácilmente se libra uno de la ronquera en el hablar o en el cantar si se hace con voz bien impostada. Las afecciones de las vías respiratorias se combaten con el empleo normal del órgano y con el ejercicio progresivo. La vida se defiende siempre a sí misma cuando funciona según sus propias leyes; por el contrario, un funcionamiento defectuoso la pone en estado de inferioridad frente a lo que puede dañarla.

E) La duración y la resistencia de la voz.

Casi no es necesario añadir que la buena impostación de la voz es una condición de duración y resistencia para el caso de largos discursos o series oratorias. Es la misma

voz la que suena bien, la que hace resonar la sala, la que va lejos, la que dura, además de poder sostener la variedad de sus efectos, en vez de fijarse en una actitud de resistencia desesperada, como la del luchador que se apoya en la pared. Esta misma voz, cuando ha sido bien fijada, adopta un ritmo infatigable; puede ir, a través de todo, hasta la meta. Su poseedor la ha fundamentado en las partes fuertes del organismo vocal, como el alpinista apoya el saco sobre la espalda. Así se puede ir muy lejos.

Hay, sin embargo, todavía algunas condiciones. Es la primera el poner la voz desde el principio en su registro natural. Si eres tenor, no cojas voz de barítono o bajo, y viceversa. Por bien que la cojas, desde el punto de vista de la *impostación,* tal como hasta aquí la hemos definido, no podrás resistir mucho, porque sólo dura lo que nos es natural, lo que responde a nuestras aptitudes congénitas, a nuestra constitución.

Dentro de la propia *tesitura,* como dicen los músicos (4), podrás producir todos tus efectos; éstos sólo dependen de relaciones establecidas; el valor absoluto de tono es ahora indiferente. Es lo que diremos respecto de los gestos: no deben pasar de cierta amplitud, lo que no impedirá que su gama sea indefinida en expresiones y figuras. Cicerón, según parece, se hacía dar el tono con la flauta; claro está que la declamación latina era una especie de canto (como la declamación dramática en el siglo XVII) (5); pero si nuestra manera actual de hablar es menos musical, no ha perdido, sin embargo, su tonalidad, y ésta se impone.

---

(4) La *tesitura* es el conjunto de sonidos que más se adaptan a una voz. El *registro* es la extensión de la escala vocal según el propio diapasón (sopranpo, tenor, barítono, etc.), o la escala de sonidos en los diversos modos de emisión de la voz (voz de cabeza, voz de pecho...).

(5) La Champmeslé modulaba tan artísticamente que Lully anotaba sus inflexiones para reproducirlas, ampliadas, en su música de teatro.

Por otra parte, dentro de la misma tesitura hay una dominante, es decir, un punto de facilidad máxima en el que el movimiento vocal responde a la espontaneidad más natural. Es lo que se llama la nota media, y hablar ordinariamente sobre ella da a la voz su máximo de potencia, de naturalidad, de duración, de expresión y de encanto.

Cada uno puede encontrar su nota media tomando el *la* con un diapasón y emitiendo, a partir de ahí, reposadamente, el sonido a diversas alturas próximas, hasta que se encuentre el sonido emitido con más facilidad y sonoridad a la misma presión de aliento. Se puede después, a título de ejercicio, modular alrededor de esta nota, abandonándola lo menos posible al principio y un poco más después, hasta responder a las diversas necesidades de la dicción. Si se trabaja así, preocupándose al mismo tiempo de las separaciones y de la nota media, se dará a la voz no sólo más extensión, lo cual es ya una gran ventaja para la variedad de la acción oratoria, sino también más facilidad y flexibilidad en el uso de la nota media misma. Es sabido que el ejercicio de los gestos difíciles hace más ágiles y armoniosos los gestos fáciles, que la danza contribuye a la postura y el deporte a la marcha. En nuestro caso, el canto es lo único eficaz; sobre todo, los ejercicios de octavas, de semitono en semitono, en ambos sentidos, teniendo mucho cuidado de pasar de una nota a su octava sin arrastrar la voz.

Siempre hay que empezar sobre la nota media. Es darse uno a sí mismo la nota. Después, cuando se ha bajado, es necesario volver a ella en la primera pausa importante, y conservarla, vigilando las finales de frase que por las inflexiones ascendentes o descendentes cada vez más agravadas te pueden llevar a hablar sin ton ni son. Si la inflexión ha sido descendente, es necesario en seguida atacar más alto; más bajo, en el caso contrario, a no ser, naturalmente, que el cambio de tono sea intentado.

Si hay exordio, es natural que sirva para tantear el

terreno bajo todos los aspectos; para establecer la tonalidad y auscultar la acústica del local; para adoptar una actitud favorable de modo que puedas empezar pronto con toda seguridad para ti y para los demás. Porque el público también tiene necesidad de ser orientado; él, que toma posesión tanto de tu personalidad vocal como de la otra, sabiendo con quién se las tiene, escuchará mejor.

Finalmente, en el transcurso de la palabra un orador debe dar a su voz, como a su pensamiento, sensibilidad e imaginación, un desarrollo progresivo. Es ésta una condición de armonía, pero también de duración. Partir a toda vela es una falta, aunque se trate de efectos *ex abrupto*. Sería un grave error creer que el *Quousque tandem Catilina* haya sido pronunciado a toda fuerza. Empezando así, no se puede sostener por mucho tiempo y, mucho menos, ir aumentando. Antes bien: empiécese en un tono muy moderado, y aun—particularmente si se teme no resistir después—en tono débil, como para reclamar una atención mayor. Pero entonces compénsese con la pureza de emisión y de articulación lo que se regatea a la fuerza.

CAPITULO IV

LA EMISION DE LA VOZ

I. La articulación.

A) Las vocales.

Una vez formada correctamente la voz y, por tanto, bien impostada, sólo requiere ser emitida, distribuirla en sílabas, en palabras, en frases. La frase oratoria y el vocabulario, en cuanto al sentido, se estudiarán más tarde; mas el estudio de la voz misma impone algunas reglas. Se trata aquí del modulado exterior, no del contenido espiritual, y este empleo de la voz, distinto de la *fonación* propiamente dicha, que es la formación del sonido musical, es lo que se llama articulación.

Los elementos de la articulación son las vocales y las consonantes. Es necesario, ante todo, tratar de su emisión antes de venir a la articulación misma.

Una buena emisión de vocales, cuando estas vocales empiezan una palabra y, sobre todo, una frase, exige que sean bien atacadas. El ataque es la manera de abordar el sonido: brusca, débil o firme y segura. Evidentemente, la última es la mejor. Un ataque demasiado brusco es feo y desagradable; un ataque débil no impone suficientemente el sonido y perjudica la claridad, además de ser antiestético, como todo lo que no tiene afirmación.

Un buen ataque se hace mediante un ligero golpe de glotis, en lugar de la simple espiración que es indecisa. Este golpecito se produce por una ligera explosión, al escaparse con cierta rapidez el aire acumulado detrás de la glotis, como se hace en la «nota picada».

Es necesario cuidar de no exagerar este efecto, y para ello lo mejor es no pensar en él, después de haber adquirido por el ejercicio—suponiendo que se crea necesario—la nitidez del ataque. El ejercicio naturalmente consiste en emitir las diversas vocales con el golpe de glotis: *á, á, á, á, é, é, é, é,* etc.

Pero no es esto lo principal. Lo principal es dar a cada vocal su valor propio, es decir, su timbre, pues por él se distinguen las vocales entre sí, pudiéndose emitir todas en la misma nota. Ya se sabe hasta qué punto se olvidan de esto los cantores, sobre todo, las cantoras. La mayoría, además de otras muchas deformaciones, redondean todas las vocales para darles mayor sonoridad, de manera que las palabras del canto casi nunca se entienden; se puede admirar la voz, pero no se sabe lo que dice.

Los oradores tienen más cuidado de la lengua, pero ¡qué raros son los que dan su justo matiz a cada vocal y a cada diptongo! No es posible decir cuánta oscuridad introduce en el discurso una tal imprecisión desde el momento en que la voz es un poco débil o la distancia aumenta. La exactitud del sonido es condición de claridad; sin ella, todo se confunde.

Además, la variedad de sonidos es una riqueza de la lengua, una condición de su carácter; y ¿por qué vamos a desfigurar el lenguaje que empleamos?

Que no olvide el orador ajustar su dicción a todo esto y, si es preciso, que la corrija. El ejercicio consistirá en pronunciar seguidamente toda la serie de vocales que representen un sonido especial. Se les puede después añadir consonantes y pronunciar frases, fijándose preferentemente en esos sonidos.

B) Las consonantes.

Las consonantes deben ser atacadas muy claramente, con su timbre y su sonido propio: sibilantes, explosivas, etcétera. Porque si en las sílabas las vocales dan el matiz del sonido, las consonantes dan el relieve y de ellas depende en gran parte la claridad de la palabra. Por medio de las consonantes se articulan las palabras, que sin ellas estarían privadas de huesos, ligamento y tendones. Se puede añadir que la pronunciación de las consonantes es la que da a la voz mayor originalidad y personalidad. La vocal se relaciona más con la vibración del aire; la consonante, con los órganos.

Nunca vigilaremos y, en caso necesario, nunca nos ejercitaremos demasiado, sobre todo, si no estamos bien dotados por parte del órgano. La articulación reemplaza a la voz. Sucede a veces que una voz fuerte dominando a una articulación débil la sumerge en la confusión y no se produce más que cacofonía, mientras que una voz media se impone. Un lugar demasiado sonoro únicamente por este medio se puede corregir. ¿Y no será también necesario, como decíamos antes, lanzar la voz a lo lejos por medio de una buena *impostación,* sin duda, pero también por medio de la articulación, en el caso en que el *piano* o *pianíssimo* es exigido por la expresión de la frase, por su carácter de intimidad o de secreto? En toda ocasión «la articulación es la cortesía del orador» (Coquelín), porque le hace ser comprendido sin esfuerzo, lo mismo que el dibujo es, según Ingres, «la honradez del arte».

C) Las sílabas.

Con las consonantes y las vocales hemos reunido todo lo necesario para la articulación, que preside la formación y el encadenamiento de las sílabas. Es preciso ar-

ticular *bien*, pero esto no basta; hay que articularlo todo, sin omitir letras, pero sin añadirlas tampoco.

Las sílabas iniciales o finales son frecuentemente olvidadas por los oradores. Se ataca mal y se cierra la boca o se deja decaer el aliento antes de la última articulación. Esta, sin embargo, tiene el mismo valor que las otras, y debe ser sostenida, llevada hasta los oídos de los oyentes con cuidado y no con negligencia, como una conclusión.

Hay que evitar masticar las palabras, bajo pretexto de articulación (es un resultado de ejercicios mal hechos). Es un grave error; feo, pesado e inútil. La articulación más firme de ninguna manera exige que se separen y acerquen los dientes; la prueba está en que se puede articular con los dientes cerrados; se pierde sonido, pero no claridad. En la práctica, durante la emisión, deben conservarse los dientes casi invariablemente a la distancia de un dedo; menos, oscurece el sonido; más, lo hace indeciso.

De igual modo, los labios no deben modular la pronunciación con su movimiento; sólo darían muecas. La pronunciación se obtiene por una adaptación general de las paredes bucales, no por los labios solos. «Hablar con la boca antes que con los labios», decía Quintiliano.

Debe observarse que la disposición bucal que más favorece la articulación es también la que más favorece el alcance de la voz. Cuando una sílaba está bien articulada, marcha por sí misma y el menor esfuerzo la hace sumamente sonora.

Haremos notar todavía, a este respecto, la tendencia a abandonar la articulación en los momentos patéticos, precisamente cuando más ventajas ofrecería. Se recurre al grito indistinto en el que el sonido no es una nota, ni mucho menos una sílaba, y se fatiga uno sin ningún provecho. La articulación es un elemento importante de la expresión; no debemos privarnos de él en los momentos en que queremos ser más expresivos.

A la inversa, en los momentos de intimidad se bisbisea confusamente, y el error viene a ser parecido. Hemos dicho que el *pianíssimo* mismo debe llegar a todas partes; y si llega como sonido, debe llegar también como palabra. Mas esto no se sigue. Sucede que llega el sonido y que la articulación cae en el camino. Que todo sea, pues, proyectado a la misma distancia, corta o larga, de suerte que la articulación corresponda en intensidad al alcance que exige el auditorio.

Por ahí se ve la constante atención, aunque subconsciente, que se exige al orador desde este punto de vista de una fonación o articulación correctas. Es necesario oír la propia voz para guiarla; es una costumbre que hay que crear. Pero la atención no es eficaz en el discurso a no ser que antes se haya trabajado largo tiempo en ejercicios. Las cualidades a obtener son la *corrección*, la *pureza*, el *vigor*, y la cualidad suprema, la *facilidad*; porque la articulación, cuando es perfecta, no debe aparecer como un trabajo. Pero ahí está lo más trabajoso.

No menciono más que para recordarlos los defectos que se deben vencer, si por desgracia estamos sujetos a ellos: el atropello de palabras, tan frecuente y que tan fácilmente pone en ridículo a su poseedor; el hablar *silbando*, vulgar y pesado; el *tartamudeo*, casi inconciliable con la palabra pública, y otros defectos menos graves, pero tan desagradables, como el *seseo*, el *ceceo*, el *tartajeo*, etcétera. Estudiar cada uno de estos defectos y sus remedios nos llevaría demasiado lejos; por lo demás, hay tratados especiales. Solamente añado una observación verdaderamente capital: la relativa al discurso *ligado*, cuya importancia ya hemos visto al hablar de la respiración.

D) El discurso ligado.

Consiste en mantener en la pronunciación una continuidad que sólo conscientemente se interrumpe en favor del sentido, nunca a causa de pausas arbitrarias ni por esos escapes de aire que suelen producirse después de la pronunciación de las consonantes.

Este último punto es el más delicado, y muchos ni siquiera saben qué se les pide cuando se formula esta exigencia. Solamente cuando hayan progresado se darán cuenta del mal y entonces se les dirá, como a Pascal: «Mira cuánto se te ha perdonado.»

Cada vocal es una pausa, cada consonante un movimiento variado, un temblor en contradicción con la tensión glótica que caracteriza a la vocal. Para que la voz tenga continuidad es necesario, en primer lugar, poner bien las vocales; pero después, es necesario defender lo más posible su continuidad contra la interrupción de las consonantes; ligarlas entre sí, dominándolas firmemente. Si se hace bien, se sentirá en la propia boca, y no sólo en el oído, la fluidez y unidad lograda del sonido.

Los cantores conocen al mismo tiempo la dificultad y el valor de esta cualidad. Faure llega a decir que ha tenido gran parte en el arte de célebres cantores, y él mismo era uno de ellos.

Esta manera de cantar o de hablar cautiva, en el sentido más propio de la palabra, la atención del oyente y no le permite la distracción. Es como una cadena que se le lanza, en vez de bolas de metal o ¡de corcho! Además, se favorece la claridad, pues la atmósfera está regularmente ocupada por las ondas, que también regularmente llegan al oído.

El ejercicio que se debe hacer para obtener este precioso don está ya indicado por la definición de la actitud general. No hay más que variar y generalizar el ensayo

tantas veces sugerido. Pero, sobre todo, el ejercicio será mucho más provechoso en el canto, porque la continuidad del sonido está entonces en parte impuesta y ayuda a adquirir lo que falta.

II. La pronunciación.

A) PRINCIPALES CASOS DE PRONUNCIACIÓN.

B) LAS LIGADURAS.

El autor dedica unas breves páginas a los enunciados que acabamos de recoger. No las traducimos por referirse exclusivamente a los problemas que plantea la pronunciación francesa. El castellano —incomparablemente más armonioso y flúido que el francés— no plantea tales problemas. *(Nota del traductor.)*

CAPITULO V

CUALIDADES INTELECTUALES DEL PREDICADOR

I. Sentido común.

HABLANDO Cicerón de las cualidades necesarias al orador, se expresa así: «*El fundamento de la elocuencia, como el de cualquier otra cosa, es la sabiduría.*» Lo que él llama sabiduría es lo que en francés llaman *bon sens*, el sentido común, rectitud de espíritu, que evidentemente es el fundamento primero en toda materia.

Saber reconocer y aislar siempre la verdad fundamental, separarla de complicaciones, convenciones, falsificaciones y disponerse así a verlo todo al natural, como la Naturaleza, como Dios, ¿no será el recto sentido absoluto, del que nace el genio y la originalidad misma? Si Michelet ha podido definir el carácter de Juana de Arco como «el recto sentido en la exaltación», no hay más que suavizar un poco la última palabra para hacer de esta fórmula la definición de un buen orador.

La importancia de tal cualidad aparece ya en la elección de los temas, para adaptarlos a las necesidades y carácter propio de los oyentes; aparece en la composición, que debe ser ante todo juiciosa, presentando racionalmente cosas racionales, sin lo cual la ingeniosidad, el movi-

miento, la sublimidad misma para nada servirían. De esta cualidad depende la elocución para obtener un discurso directo, calcado sobre las cosas, conveniente para el auditorio y para el orador. Y la dicción se inspira en ella para evitar la agitación ficticia, el *bluff* en favor de lo serio y de lo natural.

En una palabra: el sentido común da al discusso firmes fundamentos en todos los aspectos. Cuando él preside, no se puede fracasar del todo; cuando falta, las más bellas cualidades sólo conducirán a la impotencia. Se te podrá admirar, aunque te empeñes en «apedrear el sentido común con cometas», como decía León Bloy; pero no se te seguirá. Sólo a la verdad nos entregamos. Y ante la verdad, aunque se quiera rechazar, por lo menos se baja la cabeza.

¿Habrá algún remedio cuando falta este don esencial? Se puede decir que no hay ninguno, porque, en primer lugar, rara vez es reconocida tal ausencia; pero, además, es tan fundamental que desarma. Sin embargo, hay que recordar que, al menos en lo que tiene de fundamental, el sentido común «es la cosa mejor distribuída del mundo» (Descartes), puesto que es «el fondo, la esencia misma del alma», como explica Bergson. Se puede, pues, intentar introducir a uno en sí mismo, hacerle reconocer *el don de Dios,* si es que tiene la suficiente humildad para sentirse desprovisto.

Que se vigile; que desconfíe de sus propias concepciones y escuche a los demás; que confronte sus pensamientos con los pensamientos de los que tienen reputación de sabios; ante una contradicción, que se recoja en vez de reaccionar rápidamente. He ahí un gran secreto. Nada se gana rechazando un reproche; pero si de un reproche injusto se hace objeto de reflexión, siempre se saca provecho; y si el reproche es fundado, se corrige.

Pero el sentimiento sobrenatural es el recurso por excelencia, pues nos dispone y nos hace receptivos ante la

verdad. Es muy raro que a un santo le falte el sentido común. Podrá tener sus originalidades, pero originalidades que esconden un sentido profundo de las cosas, de los hombres y de las situaciones. Nadie tiene más espíritu que el Espíritu Santo, y a su lado se aprende la rectitud: «*spiritualis judicat omnia.*»

Ya hemos indicado que si se desconfía del propio juicio, se consulten especialmente entre los maestros aquellos que han brillado sobre todo por su juicio, como Bourdaloue, con preferencia a aquellos que, como Massillon y Fenelón, tienden a la exageración o paradoja. Y hemos dicho también que cada uno debe elegir sus maestros teniendo en cuenta sus necesidades, bien se trate de aumentar y utilizar cualidades, bien de corregir defectos.

II. La cultura.

A) La cultura general.

Tenemos que insistir mucho en lo que se refiere a la cultura, porque deben entrar diversas observaciones para justificarla, caracterizarla y señalar sus condiciones y múltiples exigencias.

La cultura es algo distinto del bagaje adquirido; lo unifica, depende íntimamente de él; y, sin embargo, no pueden confundirse. Si un hombre culto es necesariamente un hombre instruído, no es por esto por lo que así es calificado; es en razón del desenvolvimiento comunicado a su espíritu por la frecuentación de ideas y de hechos, de gentes y de cosas; y él mismo testifica este desenvolvimiento por cierta prontitud al explorar felizmente un dominio cualquiera, al estudiar una cuestión, al resolver un problema, al exponer claramente una idea, al convencer, deleitar y arrastrar a un auditorio. Todo esto, bien entendido, después de una conveniente preparación.

Esta cualidad supone otras muchas; es el resultado de ellas. Fecundada por el trabajo, del cual nace y gracias al cual se conserva, hará de ti el orador siempre disponible, siempre adaptado, con la palabra de la verdad en los labios, con un alma de rica sonoridad, porque ha vibrado muchas veces y de diversas maneras para sí misma o para otras.

He ahí el *fruto* de la instrucción, que de otro modo sólo sería rama y follaje. Lo esencial es crearse un alma; solamente después la ciencia aprovecha. Tener mucha ciencia es tener mucha munición en la cartuchera; pero, ante todo, es necesario ser un buen tirador.

Por esta razón, la cultura es más difícil de adquirir y más rara que la instrucción libresca; es más fácil llegar a ser un rollo de pergaminos que un hombre; hay menos atletas que pesos pesados. Si cuesta siempre aprender, cuesta más dirigirse, conformar nuestro ser con vistas a las necesidades del pensamiento y de la acción... Se preferirá dormir sobre las propias cualidades o entregarse a fáciles recetas. ¡De tal modo se aprecia lo gratuito!..., ¡tan de buena gana «se entrega uno a la Providencia»! Pero Santo Tomás nos enseña que el mejor don de la Providencia a sus criaturas es su capacidad de gratificarse a sí mismas, de obrar y, por tanto, de causar su propia riqueza. Nuestra cultura es un don que nosotros mismos, con Dios, nos hemos hecho, y así, nos pertenece doblemente, presto a servirnos también doblemente como todo lo que cuesta y toca más de cerca a la persona.

Esta cultura jamás será completa; debe ser siempre continuada, puesto que nuestro espíritu está dotado de una perpetua capacidad de crecimiento y puesto que toda adquisición es para él promesa de nuevas posibilidades. La perspectiva ante nosotros es indefinida; un alma ardiente jamás se satisface. Se parte, pero nunca se llega, y hay algo de vergonzoso, por lejos que se haya llegado, cuando se descuida el avanzar más. Es lo que querían ha-

cer sentir a Gustavo Planche algunos compañeros de taller cuando le decían, convencidos de que no progresaba más: «Tú vives de tu grasa.» La palabra es un poco fuerte, pero aún es menos dura que la de los enemigos de J.-J. Henner al fin de su carrera: «No hace sino de falso Henner.»

Hay empresas que tienen un objeto determinado y limitado; basta un poco o un mucho de aplicación para obtener lo que se busca. Aquí sólo se pueden esperar aproximaciones. Pero porque esto depende de la grandeza de la obra, no hay por qué temer decepciones; basta continuarla una vez entregado a ella por entero.

Por lo demás, es solamente en absoluto, en sí misma, donde nuestra tarea apostólica recibe su carácter huidizo; en Dios se precisa: está medida por sus dones y por nuestro esfuerzo normal; más allá, nada hay que buscar. Y en cuanto al tiempo, es el que corre entre nuestra vocación y nuestro sueño último. Lo que la vocación empieza lo acaba la muerte. Contentarse con menos es consentir en no ser uno mismo, pues nuestra duración es parte de nuestro yo, y el tiempo nunca llega a nosotros sin traer algo en sus manos.

En su *Tratado de la Pintura*, escribe Leonardo de Vinci: «Triste señal para la razón cuando la obra la satisface. Pero cuando la obra sobrepasa al juicio es peor (como ocurre a aquellos que se maravillan de haber trabajado tan bien). La señal perfecta es que el juicio sobrepase a la obra.»

«Para aprender bien el propio oficio—dice a su vez Camilo Saint-Saëns—es necesario aprenderlo todos los días y aún no se llega a conocer.» Habla de la música, pero para nosotros se trata de otra música. Es terrible preguntarse, pensando en el oficio de representante sagrado y de proveedor de las almas, ¿qué tengo entre las manos? ¿Qué formación me he dado? ¿Quién soy yo y con qué derecho elevaré mi voz en medio de mi generación? Durante

años se ha creído que yo estaba recogiendo, ¿dónde está mi cosecha? Trabajador, ¿dónde está tu recolección? Sacerdote, muestra lo que hay en ti antes de levantar tu voz para enseñar a tus hermanos lo que hay en ellos mismos y lo que hay en Dios.

En relación a todo esto nuestra capacidad de trabajo nada cuenta; o, mejor, es una nueva obligación. Cuanto más fácil sea el trabajo, tanto mayor deber se tiene de hacerlo con todas las fuerzas. El que no emplea todas sus facilidades para Dios abusa de ellas. Pretende tener el mismo rendimiento que otro con un esfuerzo menor; pero sólo materialmente es verdad. Moralmente el rendimiento no es el mismo, porque el rendimiento moral es relativo a las capacidades, como el interés al capital; es lo que nos enseña la parábola de los *talentos*. Reconocerse y ponerse de acuerdo consigo mismo para cumplir el propio ideal, he ahí el programa; o, en otras palabras, realizar por la cultura una expresión completa y, podría decir, magistral de sí mismo.

Esto sólo por etapas y por tanteos se puede obtener, a cambio de muchos errores y aun de muchas faltas; pero los errores y las faltas corregidas son también jalones en la ruta. El aprendiz, a fuerza de golpearse los dedos, aprende su oficio. Con frecuencia cuando se acercan los últimos días, al realizar los últimos pasos, os serán comunicadas luces definitivas e impulsos soberanos. Es necesario apresurarse entonces. Mas toda la vida debe orientarse a esta meta y en ella encontrar su norma. Cuanto antes se alcance, tanto más se aumentará el rendimiento de la vida, que al principio sólo es esperanza; después, resultados iniciales, parciales, y más tarde—algunas veces demasiado tarde—, su plenitud. No se empieza a obrar verdaderamente sino después de haberse conquistado y cultivado; antes que el hombre, obra en nosotros el niño.

El predicador que habla, lo mismo que el escritor que publica, deberían estar lo suficientemente preparados pa-

ra no tener necesidad en un momento dado más que de manifestarse como son. Su silencio debería contener más que lo que puede dar su palabra, pues con razón ha dicho Emerson: «Todo hombre que quiere hacer bien una cosa debe descender a ella de más alto» (1).

Esto no dispensará, sin embargo, de un rudo trabajo. Cuando Benedetto Varchi decía a Miguel Angel: «Tienes un cerebro de Júpiter», Buonarroti respondía: «Pero es menester el martillo de Vulcano para hacer salir de él alguna cosa.» Lo que es absolutamente cierto es que, si el cerebro está vacío, ni el martillo de Vulcano hará salir nada de él. Cuando falta la cultura no se la puede suplir por la preparación inmediata, por el esfuerzo del momento; cada materia que se intenta tratar, cada idea que se quiere expresar es solidaria de muchas otras y en éstas debe encontrar su luz, su enriquecimiento o, por lo menos, su forma expresiva.

Una concepción viva y fecunda es la que liga cada idea nueva, cada impresión del momento al mayor número posible de pensamientos e impresiones anteriores, de suerte que se provoque cada vez una utilización sintética de los recursos adquiridos. Es ésta «la facultad de pensar al por mayor», de la que hablaba Buffón a propósito de Linné, quien—decía él—«multiplicaba la ciencia».

No se crea que con esto invitamos a salir del argumento, a proceder por perpetuas digresiones, como hacen algunos «pozos de ciencia», de juicio bien limitado. No; aun evitando totalmente el escollo del exceso, de lo disparatado, de lo aproximativo, se puede hacer alarde de una gran cultura y sacar de ella una doble ventaja.

En primer lugar, lo que se concibe de nuevo no te será algo extraño, como una aportación sin raíces internas, sin conexión natural; en seguida ocupará su sitio en un organismo espiritual y en él encontrará su verdadera

---

(1) PLATÓN: *Los hombres representativos.*

significación, sus límites y su valor total. Es lo que hacía decir a Goethe en su viaje a Italia: «No quiero tener descanso hasta que nada sea para mí palabra y tradición, sino concepción viva.»

En estas condiciones, una idea es verdadera luz y no una seca proposición de manual o cuadro sinóptico de materias. Al expresarla, se puede mostrar su brillo interior y hacerla también luminosa para los demás, como el buen pintor puede, en medio de una rica gama de valores, hacer cambiar el tono en un punto determinado en exacta continuidad con el resto.

Podríamos repetir con la Escritura: *«El fuego se enciende en proporción a la leña del bosque»* (Eccli., 28, 12), e inversamente, con el *Arte poética*, denunciando al poeta sin cultura general: *Y su fuego, desprovisto de sentido y lectura, se apaga a cada paso, falto de alimento.*

Sainte-Beuve, en sus *Cuadernos*, hace este reproche a Thiers: «Os habla por la tarde de lo que ha aprendido por la mañana; son gentes que no pueden guardar su vino en botellas, y se ve por su estilo que allí no hay ni principio ni fin.» Sainte-Beuve es una mala lengua, pero Thiers era, en efecto, una lengua demasiado fácil.

Segunda ventaja que nos hacía prever la expresión de Emerson: El espíritu así cultivado estará siempre—aunque aplicado al propio y preciso trabajo—por encima de las exigencias de la materia a tratar, pareciendo siempre desbordarla, señalando sobre la línea seguida por el desenvolvimiento literario perpetuos desarrollos, igual que sobre una rama viva. Si no se abren estas yemas es porque se espera el fruto en el extremo y la savia debe seguir corriendo; pero se sienten las reservas latentes; a cada instante se indican posibilidades de floración: la elección de las palabras, el curso de los períodos, los paréntesis rápidos, los esfuerzos mismos que se hacen para evitar digresiones, todo da la impresión de una riqueza inexplotada, pero disponible, de direcciones nuevas que se podrían

tomar con vistas a nuevas exploraciones y que se sacrifican al método, a los principios de rectitud que limitan exteriormente al pensamiento, pero que no pueden de ninguna manera empobrecerlo.

La línea árida en arte es señal de pobreza estética; las grandes épocas no la han conocido; no aparece sino en los plagios: cuadros de Overbeck, imitando al Angélico y a Rafael, la Magdalena imitando al Partenón o Santa Clotilde con su falso gótico.

En el discurso del verdadero orador se encuentra la línea ondulosa y delicada del Angélico, los amplios perfiles de Chartres o de Beauvais. La cultura es la que da esta plenitud vital, esta riqueza de línea ideológica que hace presentir desarrollos espirituales en todos los sentidos.

Los discursos de un hombre superior dan la impresión, cualquiera que sea la materia que aborde, de un paisaje ilimitado. Nada está cerrado sobre sí mismo, nada es mezquino; todo participa de la atmósfera universal en la que toda idea hunde sus raíces; del ser universal del que todo brota sin jamás desprenderse totalmente y, más aún, del misterio que todo lo envuelve y todo lo engrandece.

Finalmente, en estas circunstancias serás inagotable, siempre en disponibilidad de creación inédita, en vez de repetir siempre, como tantos viejos autores y predicadores, ocupados durante los años estériles de su declinar en hurgar sus cajones o su ingrato cerebro.

Para que la cultura produzca todos sus frutos es necesario que a su hora—no demasiado pronto—obedezca a la ley de la división del trabajo y se oriente hacia la especialidad, que para nosotros es la oratoria. Es necesario resaltar bien que los resultados esperados dependen aquí, como ha observado Marcel Proust, menos de la cultura en nosotros que de un talento de proyección que la hace

comunicativa. He tratado en *La Vida Intelectual* esta delicada cuestión de la especialidad en sus relaciones con la cultura general. No insisto más, pero es preciso recordar.

Eugenio Delacroix hace notar justamente que «la dispersión de las facultades y de los esfuerzos que no llevan directamente a un gran fin es tan funesta como la pereza» (2). Se cree, a este respecto, que Julio Favre había llegado a una admirable concentración: todo lo que veía, leía, oía o tocaba tenía relación en su pensamiento con su oficio de orador y sin cesar sacaba de todo perfección para su fondo o para su técnica. Mas como todo está en todo —es necesario repetirlo siempre—, se ve la amplitud de una cultura aun especializada, sobre todo cuando la especialidad es de suyo muy amplia, como los temas de un orador cristiano.

Al hablar de las fuentes de la palabra de Dios, hemos indicado los principales lugares donde se recogen los elementos de una cultura apostólica. Sería preciso añadir lo que ya hemos dicho en *La Vida Intelectual* tocante a las lecturas, ciencias comparadas, amplificaciones, contacto con la vida, relaciones necesarias, etc., etc. Todo el libro no es sino un pequeño manual de cultura. No quiero repetir aquí, pero confiadamente remito a él. Me contentaré con algunas notas sobre la técnica especial del orador: el lenguaje, la lógica demostrativa y la retórica.

B) El lenguaje.

El orador cristiano debe conocer su lengua en el grado en que es posible poseer una cosa que huye a medida que se coge y que, además, es variable. Hablando en términos generales, nadie sabe su lengua; pero se la puede ignorar más o menos, y un apóstol debe estar en esta ma-

---

(2) *Oeuvres litteraires*, p. 123.

teria a la altura de las gentes elevadas y distinguidas aun entre los oradores y los escritores. Sin esto, rebaja la palabra de Dios y, además, se priva de un elemento esencial de cultura general y, por consiguiente, de un medio de acción y dė expresión.

El lenguaje forma cuerpo con el pensamiento; es a la vez un sostén y una esperanza, como el humus de los bosques. Quien ignore su vocabulario y el modo de las articulaciones en la frase, quien hable sobre poco más o menos se hará sospechoso de pensar también del mismo modo y de tener una gran pobreza en el acervo de sus conceptos adquiridos.

Se dice que el coleccionar sellos enseña mucha historia; coleccionar palabras enseña muchas ideas; precisar el propio vocabulario es perfeccionar el pensamiento; rectificar los períodos con sus concordancias y exacto desenvolvimiento es rectificar los propios conceptos y elevarlos al máximo de exactitud y claridad. Quien no conoce su lengua es un ser balbuciente para quien se está deseando la palabra.

Prácticamente, después de los estudios reglamentarios, no debe creerse que todo ha concluído; la lengua se aprende sin cesar y, lo que es más, fácilmente se olvida. Repásese de tiempo en tiempo la gramática o aprovéchense todas la ocasiones que se presenten para refrescar su recuerdo. Estas ocasiones nunca falta. A un hombre atento le asaltan dudas a la vuelta de cada frase. Aclararlas en vez de pasar adelante es el medio de perfeccionarse cada día.

Otro tanto digo del diccionario. Desde el momento en que se duda del sentido preciso de una palabra, sobre su propiedad en determinadas circunstancias, sobre sus concordancias, recúrrase al diccionario de la Academia como a un oráculo. Se adelanta así mucho y se adquieren multitud de nociones que poco a poco se van organizando; los ejemplos de los grandes autores que hacemos pasar ante

nuestros ojos mantienen nuestra familiaridad con los maestros; muy pronto se tendrá un rico arsenal a disposición. Para el improvisador, sobre todo, es ésta una necesidad primordial.

C) La lógica demostrativa.

He nombrado la lógica demostrativa; se la aprende en el colegio, en el seminario, en el noviciado... Pero entonces no se ven claramente sus relaciones con el razonamiento oratorio; será preciso volver a ella; reflexionar sobre sus reglas, a propósito de sus aplicaciones, insistir más especialmente todavía sobre los sofismas y sus inclinaciones habituales hacia el error. Esto permitirá evitar por propia cuenta los razonamientos falsos y descubrirlos en los adversarios, mostrarlos a los espíritus engañados y dar así una impresión de solidez, de providad lógica, en la que el oyente encontrará su propia seguridad.

Hay aquí, como en el lenguaje, una riqueza positiva que es preciso recoger. No en vano se camina por los senderos de la verdad; necesariamente en ellos se la ha de encontrar. Procurando evitar los escollos, se hallarán los tesoros; examinando los moldes de nuestros conceptos allí donde dejan su impronta, se adquieren nuevas posibilidades conceptuales. El espíritu se desarrolla cuando se le rectifica. ¿Acaso se ignora que el estudio de la liturgia, emprendido con un espíritu de piedad, aprovecha a la vida interior tanto como a las formas de culto? Lo mismo sucede con la liturgia del espíritu—si así se puede hablar—cuando se la aborda con una inteligencia amplia, llena ya de realidades, pero apta para nuevas adquisiciones. Así como en tiempo de retiros espirituales se aconseja a los sacerdotes revisar sus ceremonias y sus rúbricas, ¿por qué—y quizá también en la misma ocasión—no revisar también la lógica, la gramática y—añado en tercer lugar—el compendio de retórica sagrada?

D) La retórica sagrada.

Ya hemos señalado la utilidad del estudio de las reglas de la oratoria. En algún tiempo, siguiendo una piedad mal entendida, se creyó que era una injuria al Espíritu Santo procurarle un instrumento lo más perfecto posible. Pero esto es olvidar la auténtica teoría del *instrumento* tal como nos la expone Santo Tomás a propósito de la inspiración bíblica, teoría que precisamente exige una cultura completa, lejos de excluirla.

Por lo mismo que en la palabra de Dios somos los instrumentos del espíritu, debemos ofrecernos preponderantemente activos y no pasivos, bien preparados y no abandonados, porque es todo el hombre, el hombre en acto de vida, en «acto segundo», como decimos en la Escuela, y hasta—en cuanto sea posible—en acto perfecto; el instrumento que tenemos que preparar en nosotros al espíritu no es un embrión inerte.

Dios se sirve de nuestro ser, de nuestras facultades, de nuestra cultura, de nuestro esfuerzo actual como de un todo que es su instrumento. El anima en nosotros el alma y todas sus facultades, pero nosotros debemos ofrecérselas totalmente.

Cuando involuntariamente somos deficientes, El puede suplir; pero si voluntariamente somos imperfectos, sea por pereza, sea por presunción, sea por una falsa confianza en Dios, que es *tentarle*, esto sí que es culpable.

«En cuanto a mí—dice Fray Luis de Granada—, estoy del todo convencido de que no hay nada más indigno que esta temeridad con la que se entra en un ministerio tan grande, tan importante, tan necesario en la Iglesia y, al mismo tiempo, el más difícil de todos, sin preocuparse de instruirse antes en alguna regla o método que aseguren el cumplimiento digno y fructífero» (3). San Agustín en su

(3) Fr. Luis de Granada: *Rethorica sacra*, lib. I, cap. II.

De Doctrina Christiana se expresa en términos más enérgicos aún.

Gracias a Dios, hoy ha pasado todo esto; el falso misticismo de que hablaba apenas si tiene partidarios; pero queda la negligencia, queda la pretensión orgullosa de bastarse con los propios dones, sin trabajo, sin una mirada siquiera para la experiencia de aquellos que han formulado unas reglas después de haberlas practicado durante mucho tiempo. Un apóstol consciente debe evitar este pecado—verdaderamente es un pecado—y familiarizarse, no solamente en un estudio superficial, sino en frecuentes retornos, con las reglas esenciales.

Se oye decir: las reglas no sirven para nada; ya vendrán ellas solas; nunca se trabaja según las reglas. Es verdad, pero también es mentira, pues aquí se encierra un equívoco. Las reglas no se hacen para que se trabaje según ellas, como si a la izquierda se tuviera el catálogo de recetas y a la derecha la hoja blanca. Así usadas, las reglas no sólo no nos sirven para nada, sino que son sumamente perjudiciales; paralizan el espíritu, cuyos movimientos necesitan espontaneidad, fluidez de movimientos, enemigo de toda barrera. Crear según las reglas es condenarse a la artificialidad. Lo que mejor se puede hacer al empezar la obra es volverles la espalda; pero esto no resuelve el problema.

Un día en que un importuno pedía a Louis David recetas de pintura, éste le respondió: «Yo he sabido todo esto cuando aún no sabía nada.» Es una frase muy profunda, pero hace falta comprenderla. Había «sabido todo esto», se había guardado bien de despreciarlo o ignorarlo, pero lo había superado. ¿Cómo? Es lo que claramente nos dice Beethoven en un pasaje de una de sus cartas a Wegeler, que haría reflexionar a tantas cabezas superficiales: «Para llegar a ser un compositor—dice él—es necesario haber estudiado armonía y contrapunto durante siete u once años, y acostumbrarse así a adaptar la pro-

pia invención a las reglas del arte, hasta que despierten la imaginación y el sentimiento.»

Medita bien estas palabras que lo dicen todo. La obra de arte procede de la imaginación y del sentimiento, no procede de las reglas. Pero para que exista obra de arte es necesario que la imaginación y el sentimiento tengan a su servicio una serie de reglas *adquiridas*, reglas *inmanentes*, que no son recetas, sino entraña de nuestra propia alma, una manera de moverse el espíritu y, al moverse con un movimiento exacto, de crear. Es lo que en Escolástica se llama *hábito*, es decir, un arte interno que es tanto más perfecto y eficaz cuanto más inconsciente. Pero antes de que se haga inconsciente es necesario que se forme. Algunos son para esto más aptos que otros, y se podría decir de Mozart que sabía la armonía casi al nacer; sin embargo, la tuvo que aprender; sin esto, hubiera sido como tantos niños prodigios que no producen más que frutos secos.

Se dice: lo que forma es la práctica, y esto es una gran verdad. El arte inmanente se incorpora por la práctica, pero por una práctica dirigida, advertida, salvaguardada y estimulada, y para esto sirven las reglas.

Hemos distinguido más arriba instrucción y cultura; esta distinción vale aquí en materia de técnica como vale en cualquier otra materia. Una instrucción técnica te enseñará las reglas de la oratoria, pero si te quedas ahí y no pasa de instrucción, es decir, no pasa de un conjunto de preceptos adquiridos sólo para la memoria, pero ajenos a tu facultad creadora, no servirá sino para embarazarte y atarte. Por el contrario, si al contacto con las reglas has hecho trabajar a tu espíritu, has controlado y estimulado los propios pensamientos, has buscado caminos, los tuyos, pero con conocimiento de las condiciones necesarias del pensamiento y de su expresión, con el ojo sobre los baches para poder evitarlos, entonces, poco a poco, te irás creando un arte inmanente, un hábito de pensar, de com-

poner, de hablar rectamente, que será tan inconsciente como el trabajo de la araña o de la abeja, y, como estos animalitos, no tendrás en adelante necesidad de reglas, porque ya las llevas dentro.

Sería recomendable que cada uno se compusiera por su propia cuenta, pensando en sus dificultades personales, un pequeño resumen de sus estudios y observaciones en esta materia. Lo repasaría de tiempo en tiempo, como se repasan los propósitos, y se libraría así del olvido, favorecería el progreso, se rompería la esclavitud de las malas costumbres, de los tics, a los que ningún orador escapa y se iría preparando—en éste, como en otros puntos—para obedecer a esta ley de crecimiento sin término que se nos ha impuesto con nuestro ideal.

Con todo esto, y después que hemos concedido que la práctica—suponiendo todo lo demás—es todavía la gran maestra, una última advertencia no estará fuera de lugar. No temas lanzarte a la tarea de continuar enriqueciendo tu cultura. *Tempus breve est:* no seamos de aquéllos que «preparan sin cesar la nada», como Amiel se reprochó toda su vida. «Cuanto antes empieces, antes vencerás», decía San Francisco de Sales a Mons. de Bourges, hermano de M. de Chantal. Y, para vencer las resistencias de una humildad que mantenía el recuerdo de un predecesor elocuente, el Santo añadía: «Deja que hable quien alegue la perfección de tu predecesor; él empezó también un día.»

No se facilita la tarea difiriéndola. Aplazar sin un motivo suficiente es debilitarse, y no se encuentra la propia medida si no se corre el riesgo de la derrota. Si se fracasa, evidentemente no podemos alegrarnos de haber fracasado, pero podemos alegrarnos de habernos dado cuenta del fracaso; es una señal de progreso del espíritu y un testimonio de su capacidad de trabajar mejor. Corot en estos casos estaba encantado; se frotaba las manos y cogiendo una tela nueva que golpeaba para sacudir el polvo

decía: «Veréis; será famosa.» Lo dijo hasta sus últimos días.

Para llegar a ser fuertes es necesario sentir la propia impotencia por mucho tiempo. Es necesario sentirla siempre y sentir también de etapa en etapa la posibilidad de vencerla. La vida del espíritu es una continua metamorfosis, «una creación continua», según frase célebre. La verdadera utilidad de una obra respecto a su autor es que sirva de apoyo para otra. A medida que se avanza, se alcanzará más fácilmente un mismo grado de valor, y se hará en menos tiempo un trabajo más difícil, pero se tendrán más exigencias. Al principio de su carrera, Beethoven escribía páginas enteras de música de una sola vez. Al final, volvía siete u ocho veces sobre el tema de una sola línea de los cuadernillos que siempre llevaba consigo y decía: «El artista ve que el arte no tiene límites; siente confusamente que está lejos de la meta y mientras los demás quizá le admiran, él deplora no haber llegado allá donde un genio superior brilla para él como un sol lejano» (Carta a Wegeler, en 1812).

III. El bagaje doctrinal y oratorio.

Las notas.

San Agustín definía el ministerio de la palabra cristiana como «una sabiduría elocuente». Parece repetir así a Cicerón, que invocaba la *sabiduría* a propósito del sentido común. Pero San Agustín no da a la palabra una acepción tan restringida. Designa con ella todo el conjunto de conocimientos útiles que él quiere ver agrupados en torno a la doctrina sagrada y sólidamente ligados entre sí.

Si el ministerio de la palabra es en ese sentido una sabiduría elocuente, lo primero que se impone es adqui-

rir la sabiduría. En primer lugar, lo sustantivo. Es lo que nos dicen, con San Agustín, todos los maestros. *Infunde ut effundas,* escribe San Bernardo. No se comienza por derramar. El orden no es querer hablar y aprender el arte de hablar, y después buscar qué decir. Sin embargo, es lo que hacen muchos predicadores que, fuera de los estudios ya impuestos, no piensan en la doctrina más que a propósito de su sermón y sólo porque lo tienen que hacer. El orden es tener algo que decir y después buscar el modo de expresarlo. No se trata—entiéndase bien—del orden en el tiempo, sino del orden de preocupación y de importancia. Primero, el fondo; la forma vendrá después; primero, la riqueza, después el regalo.

Sócrates reprochaba esta inversión a los oradores de su tiempo, que querían—dice él—aprender a persuadir antes de saber de qué hay que persuadir a los demás y a sí mismo. Comprended en primer lugar al hombre, les decía. Y entendía por esto, no un estudio abstracto de las facultades o la observación de las costumbres, sino un conocimiento profundo de las leyes de la vida, único objeto digno de la palabra pública.

Para nosotros, esa ley de vida es la doctrina cristiana y accidentalmente todo lo que la sostiene, la desarrolla o se desarrolla en su dependencia. Sabemos que todo esto es muy extenso, que, de alguna manera, lo es todo: todo el saber y toda la experiencia. Pero hay un orden y hay también un grado para cada uno. En todo caso, para todos y según su grado, la doctrina es lo primero que hace falta. Para que el árbol sea fuerte es necesario que tenga robustas raíces, hundidas en una tierra rica. La tierra de la elocuencia es el alma enriquecida con una doctrina completa, disponiendo de razones y de hechos, colocando entre sus reservas, al lado de lo que Dios ha dicho y nosotros debemos transmitir, lo que los mejores han hallado bajo su inspiración y en continuidad con su Verbo. *Ite et docete,* esa es la fórmula primera de nuestra misión:

persuadir y mover viene después. «Los pueblos necesitan más ser instruídos que movidos», dice San Agustín *(De Doct. Christ.)* y, además, para moverlos de una manera duradera, ¿no será necesario alimentar la llama del sentimiento con una sólida doctrina? La emoción pasa rápidamente, si no está sólidamente justificada; no sería más que «fuego de pajas».

Quienes tienen el alma vibrante, una imaginación viva y facilidad de palabra tienen aún mayor necesidad de reforzar su bagaje de conocimientos. Sin esto, estarán expuestos a ser víctimas de sus mismas cualidades; les ilusionarán las apariencias de éxito y nunca obtendrán verdaderos resultados como los obtienen otros, condenados, por así decir, a lo ordinario por la ausencia de lo que brilla, y encadenados a austeros trabajos. «Acuérdate—dice Leonardo de Vinci—que para aprender vale más la aplicación que la rapidez.» La aplicación va más lejos y penetra mucho más. Los frutos de la presteza y rapidez son más contados.

He dicho más arriba que la preparación inmediata no puede suplir a la cultura; esto es también verdad por las mismas razones respecto al bagaje doctrinal o práctico. Unos conocimientos demasiado recientes se reconocen pronto, sea por su pesadez, como la madera verde, sea por su ligereza, como la paja vacía; y con mucha frecuencia las dos cosas van juntas; se da poco y lo que se da no está preparado. Los espíritus quedan más embarazados que iluminados, porque no se va al principio de las cosas. Para que un discurso sea sustancial debe proceder *ex propriis,* como se dice en lógica, y para esto es necesario conocer todos los pormenores relacionados con la materia, lo cual supone una ciencia habitual y no de circunstancias.

Además, el discurso que quiera ser vivo y ágil sin dejar de ser sustancioso, debe poner en acción al orador en su misma personalidad, en su ser adquirido y habitual,

no en su ciencia de ayer. Tener la ciencia todavía «sobre el estómago» no se presta a rápidas carreras. Una palabra libre y fuerte requiere una asimilación completa, de modo que el alimento utilizado no sea ya alimento, sino hombre. En arte, y particularmente en oratoria, sólo el hombre cuenta.

Por lo demás, sigue siendo verdad que el principiante no debe dejarse asustar por lo que todavía le falta. Únicamente, que no pierda el propósito de adquirirlo. Con esta condición su espera le será hasta provechosa en el sentido de que, no sabiendo todo lo que le sería necesario saber, pero entregándose a la experiencia, poco a poco aprenderá a distinguir los conocimientos verdaderamente útiles y a procurárselos con éxito, lo cual es una gran ventaja que se saca de la práctica.

¿Qué decir ahora para caracterizar estos conocimientos que evidentemente han de matizarse de mil maneras? La respuesta sólo puede ser general. Un misionero rural no utiliza los mismos materiales que un conferenciante de Notre-Dame, y un espíritu abstracto procederá de distinta manera que un literato, aunque sea sobre un fondo común. Cuál ha de ser este fondo necesario a todos y cuáles serán las indicaciones particulares suministradas por las personas y circunstancias, es lo único que podemos decir.

El fondo—San Agustín nos lo indicaba ya—es la doctrina sagrada, ya que tal es el objeto de nuestra enseñanza. Y comprende la Teología, la Sagrada Escritura y la Liturgia en todo lo que tienen de esencial: eso que llamamos nuestras fuentes.

Cuando hablo de Teología, entiendo la parte dogmática, la parte moral y la parte mística, olvidada por muchos y, sin embargo, indispensable. Podemos tener que guiar almas escogidas y no tenemos derecho a decir: ése no es mi oficio. *De todos soy deudor,* decía el Apóstol.

Al hablar de Sagrada Escritura, entiendo igualmente todo el conjunto; pero un predicador debe profundizar especialmente los *Salmos*, los principales profetas y los libros sapienciales, en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, los *Evangelios*, los *Hechos* y las *Epístolas*. Este estudio nunca se acaba; es preciso volver a él sin cesar, y la ocasión nos la ofrecen las nuevas publicaciones, tan abundantes, gracias a Dios, en estos últimos tiempos.

En cuanto a la Liturgia también incluyo los trabajos recientes, que son para el orador cristiano una mina sobremanera rica. La historia del culto lleva consigo multitud de pensamientos y de hechos, de sugerencias religiosas y de imágenes pintorescas, utilizables por el orador. He ahí los elementos esenciales a condición de profundizar un poco—cosa hoy bien fácil—, en vez de espigar únicamente.

Como sostén de la Teología y aun por otras razones sabemos que nos es necesario un trabajo filosófico. Se ha emprendido a su tiempo, pero es necesario detenerse en él, completarlo cada uno según su medida. Se esclarecen ideas nuevas que de ninguna manera se pueden ignorar. Sin ser filósofos debemos poder hablar de filosofía con conocimiento de causa, reforzados por una formación que no huela demasiado a colegio, y para ello, hojear algunas obras buenas complementarias. En cuanto a los grandes textos filosóficos, muy especialmente los de moral, no debemos descuidar el hacérnoslos familiares: contienen para nosotros inapreciables riquezas. ¿Qué pensar de un orador que no haya leído las *Memorables conversaciones de Sócrates*, el *Fedón*, el *Banquete*, de Platón; algunos capítulos de la *Moral a Nicómaco*, como el VIII sobre la amistad; el *Manual*, de Epicteto; los *Pensamientos*, de Marco Aurelio; los escritos morales de Séneca y Cicerón; las *Meditaciones*, de Descartes; el *Conocimiento de Dios y de sí mismo*, de Bossuet; *La Existencia de Dios*, de Fenelón y Pascal, y La Rochefoucault, y Vauvenargues,

Newman?... No haber leído con la pluma en la mano estas obras, y aun otras, es para un orador cristiano una falta bien clara. Es como si un meteorólogo de profesión jamás mirase los libros de la materia. Pues bien: el tiempo que hace en el universo moral lo han dicho esos hombres, siguiendo las Escrituras y los santos.

Los dominios a explorar en Filosofía son especialmente aquellos que más de cerca se relacionan con nuestras materias. He señalado la moral; hoy sería necesario añadir la Sociología y la Psicología social. Estas ciencias han progresado mucho y están a la orden del día; se habla de ellas a pesar nuestro; pero es preciso hablar con exactitud, y, si es posible, nada impide que hagamos de ellas una especialidad secundaria, quedando siempre como principal lo sagrado.

Hemos puesto la Historia en la lista de las fuentes; se nos impone su estudio. Después de una seria mirada de conjunto, las obras de actualidad añadirán a su interés un beneficio considerable y la ocasión de preciosas anotaciones. ¿No valdrá esto más que tantas lecturas inútiles, novelas, banales actualidades, periódicos absorbidos hasta los anuncios?

También se impone a todos lo más importante de la ciencia, del arte y de la historia del arte. No se puede representar un buen papel si se ignoran tantas conquistas humanas y tantos trabajos que forman el ambiente en que vivimos. Esto sin contar que en infinidad de puntos confinan con nuestro objeto propio, como la moralidad del arte, relaciones entre la ciencia y la fe, autoridad de la Biblia, etc., etc. Finalmente, insisto una vez más en la lectura de los poetas. No es posible saber cuántas ventajas se pueden sacar, como recursos oratorios, de su comercio asiduo. A pesar de todos los prejuicios, ellos son los que tienen más intuiciones realistas; ellos son los que ven al hombre y al mundo en concreto. Claro está que es

preciso tener un imán interior que capte lo que ellos nos ofrecen.

En su *Memoria* sobre los estudios clericales, que tanta sensación causó en 1791, Mons. Isoard insistía con razón en la inmensa formación que se le exige hoy al apóstol. Contentarse con estudios superficiales y entregarse rápidamente al celo propio, a la imaginación, a la sensibilidad, aun a la misma inteligencia, es dejarse vencer de antemano. Es necesaria una armadura completa. Hemos precisado el modo de adquirirla en *La Vida Intelectual*, y hemos propuesto las leyes de una lectura *formativa* e *informativa*. Me permito remitir allá al lector. Anotaré aquí, sin embargo, los puntos de importancia, uno de los cuales nos lo ha sugerido San Agustín y otro la evidencia.

San Agustín observa que si todas las doctrinas útiles deben gravitar para nosotros alrededor de la doctrina sagrada, la misma doctrina sagrada gravita en torno a algunos puntos centrales que es urgente conocer, para dar a todo lo que de ellos depende un valor relativo y una forma propia. Todo cuenta, pero cada cosa en su punto, y esta cuestión de orden es capital, pues el orden, dice Santo Tomás, tiene más valor en cualquier campo que cualquiera de sus elementos.

Durante los estudios toca al profesor señalar estos temas esenciales, que son en el paisaje doctrinal los puntos culminantes. Pero una impresión clara y válida para la práctica sólo puede brotar de un esfuerzo personal, de concentración, para dominar las materias, repasarlas y coordinarlas en amplios planos. Es un trabajo eminentemente postescolar, obra de un espíritu que toma posesión de sí mismo, que llega a ser su propio dueño y se organiza desde dentro, después de recibir las cosas del exterior. Hay muchos que no hacen este trabajo y no son durante toda su vida más que viejos estudiantes, que viven de un bagaje más o menos disperso, desmenuzado por el tiem-

po, cubierto por el olvido como por una capa de ceniza. Estos no pueden llamarse intelectuales y serán apóstoles desarmados en un mundo en que abunda la cultura.

San Agustín añade que es necesaria una concentración última y que nuestro espíritu, para estar en la verdad esencial, para tener así su verdadera fuerza de apostolado, debe colocarse en el mismo punto de vista del pensamiento creador, mejor dicho, de la Trinidad: el punto de vista del amor. Entiende el amor en su amplio sentido, el amor que es la respiración misma del ser y que, por consiguiente, coincide con la vida universal. Amor de Dios a nosotros, que es todo el sentido de la Creación y, después, de la recreación de Cristo, que explica o juzga, por lo mismo, lo natural y lo sobrenatural, La Iglesia y todo su funcionamiento, la civilización y la Historia. Amor de nosotros a Dios, que responde a la iniciativa creadora y reparadora y que organiza en concordancia con ella toda la vida moral, familiar, social, terrestre, con vistas a la consumación en Dios del doble esfuerzo asociado, bajo la forma de bienaventuranza.

Un apóstol consciente de su deber debe tener siempre presente este punto de vista que es su directiva universal; debe concentrar en él todo su pensamiento a fin de concentrar también sus explicaciones y su acción. He aquí el *delenda Carthago,* y no era tan inútil aquel predicador, que cuando se perdía en el camino, comó sucede aun a los mejores, se reponía exclamando: *Porro, unum est necessarium.* ¡Enhorabuena! He ahí un lugar común bien escogido. Agarrarse a la rama central cuando se va a caer del árbol en verdad que no es una cosa inútil.

Observa que no es otro el plan y el espíritu de la *Suma Teológica,* y que en los filósofos místicos de la antigüedad, como Plotino, Porfirio, Jámblico, el *Retorno a Dios,* correlativo a las *Emanaciones,* era el todo de la doctrina como de las aspiraciones superiores. Es verdad que en esto la meditación hace más que el estudio y aquélla com-

pleta a éste. Es lo que hacía decir a Santo Tomás—creo yo—que había aprendido más a los pies de su crucifijo que en los libros. El crucifijo imprime el signo de la creación y el de la eternidad misma: resume al hombre y a Dios; el hombre y Dios se unen en él.

Mi segunda observación es ésta: La doctrina del apóstol no es válida por sí misma, está orientada a la comunicación, al uso. Pero este uso de la doctrina ha de tener sus condiciones; es necesaria una adaptación, una trituración especial, un sistema de coordinación por el que la doctrina, abstracta de suyo, se haga predicable; es decir, se haga doctrina impregnada de sensibilidad y de imaginación, ilustrada con símbolos y ejemplos y relacionada con hechos.

Una exposición oratoria, aunque sea doctrinal, es algo distinto de una exposición simplemente doctrinal. La lógica oratoria, que utiliza las pasiones del alma y los juegos de imágenes mentales, difiere de la lógica abstracta o dialéctica. Y la razón es que el objeto de la elocuencia no es llevar a una persuasión cualquiera por vía de demostración, sino a una persuasión animada y activa, cuajada en obras, lo que supone la puesta en marcha de los motores inmediatos de la acción: la imaginación y los sentidos.

He ahí un trabajo enteramente nuevo que los estudios ni siquiera preveían; trabajo que les debe suceder y que supone otra actitud del espíritu. Este está entonces como en tensión entre dos campos: tocando por una parte con el tesoro de doctrina, y por otra, distribuyéndola, pero después de haber—entre los dos—reamasado y adaptado lo que toma. Este arte de la adaptación no se adquirirá sino poco a poco y por la práctica; es una razón más para decir que nuestra formación comprende toda la vida. Pero lo que no se puede acabar hasta muy tarde

debe emprenderse lo más pronto posible, durante los estudios ya, pero, sobre todo, inmediatamente después.

Esto nos lleva a precisar, relacionándolo con la presente materia, lo que ya hemos dicho en *La Vida Intelectual* tocante a las notas y a la manera de tomarlas. ¡Cuántos agradecimientos han provocado estos simples y fraternales consejos! Ahí quedan; pero la oratoria tiene sus exigencias propias que es preciso señalar. Lo que conviene anotar con vistas al discurso no son doctrinas en abstracto, hechos brutos o testimonios de cualquier clase, sino enseñanzas elaboradas ya oratoriamente, *predicables*, hechos *significativos* que exciten la imaginación y la sensibilidad, aptos, por lo tanto, para entrar en la trama de un discurso. Las notas que con este espíritu tomes tú mismo te serán doblemente útiles: lo serán como materiales prestos al uso, pero, además, como materiales especialmente utilizables por ti, porque son de tu elección y están por ello de acuerdo con tu manera de pensar y de mirar las cosas, con tu manera de ser de imaginación y sensibilidad, lo que los hace aptos para entrar, antes que otros, en una creación personal. *Tus* notas son ya tú mismo; excelente punto de partida para un discurso verdaderamente tuyo.

Esta provisión de notas estará bien constituída si, en primer lugar, contiene buenas definiciones: definiciones técnicas y precisas, que son necesarias como guías; y definiciones oratorias, límpidas y breves; en segundo lugar, indicaciones de materias que te convengan especialmente, planes en germen, ideas a desarrollar con indicación para determinar el uso—hechos a explotar oratoriamente—; ejemplos para el bien o para el mal, relacionados con la vida intelectual, moral o social; sumarias descripciones, pero precisas y emotivas; estados de espíritu de personalidades célebres, de escuelas, de colectividades, de pueblos, de familias religiosas, de medios sociales; tes-

timonios sagrados y profanos; de amigos o adversarios, de nuestros maestros; sentencias bíblicas y patrísticas; frases de grandes hombres y de santos; expresiones escogidas, encontradas y buscadas por ti y, por ello, utilizables por ti mismo, o bien sugeridas por una lectura o un espectáculo; descripciones de costumbres, aptas para una descripción moral, para sostener una idea y mostrarla ya en obras; comparaciones aclaratorias, metáforas felices, epítetos que pintan, etc., etc. Todo esto con la indicación de fuentes si se trata de citas o para poderse referir allí cuando se quiera utilizar la nota.

He ahí lo que yo llamaría tu material oratorio. Puede acrecentarse sin cesar y no sólo es preciosa su posesión: lo es también su adquisición. Esta preocupación permanente de enriquecimiento obliga al espíritu a una constante vigilia que lleva a afinidades formadoras, le ensancha, le eleva al mismo tiempo que se van llenando los cuadernos o el fichero.

Sólo se encuentra lo que se busca. Nuestra vida cotidiana, nuestras lecturas, nuestras conversaciones contienen multitud de recursos que la mayoría deja pasar sin darse cuenta de ellos porque su espíritu no está al acecho ante una posible presa; no piensan en ello, e igualmente cuando trabajan no saben guardar como reserva lo que puede ser inútil para el trabajo presente, pero precioso para más tarde. Gran atolondramiento es éste. No se pueden volver a leer indefinidamente los mismos libros, pasar siempre por los mismos caminos; es, pues, preciso que ya desde la primera vez se haya observado y fijado—en cuanto sea posible—todo lo que pueda servir más tarde.

Este esfuerzo de adquisición permanente procura grandes alegrías. A todos gusta atesorar: es la felicidad del avaro. En la vida intelectual también hay una especie de noble avaricia. Es preciso mantenerla; la manía del coleccionador puede llevar al absurdo, pero bien dirigido

este sentimiento es muy fecundo al mismo tiempo que muy agradable; el espíritu se inflama y sostiene cotidianamente su ardor. Los momentos en que no se puede producir van preparando así, sin fatiga, una futura producción cuya alegría se tiene de antemano, y esta alegría lleva consigo la continuación del esfuerzo.

¡Cuántas veces se lanza uno a un trabajo por el deseo de utilizar una idea que ha sorprendido, un hecho impresionante y, muchas veces, una simple palabra! Una idea bien tomada es un remolque de la inteligencia; se continúa, pero para esto es necesario preceder, es decir, ponerse en estado de investigación, ser como el perro que olfatea la pista o el mendigo que espía al pasajero rico y generoso.

Tenemos que dar y, sin embargo, somos pobres. Respecto de lo que se espera de nosotros, ¿no estamos siempre infinitamente desprovistos y no es una obligación recibir ávidamente y de todas las manos? «Dentro, benedictino; fuera, misionero», se ha dicho; adquirir la verdad; después, repartirla; captar los buenos impulsos; después, hacerlos obras: ése es todo nuestro deber, es la sístole y diástole de un corazón de apóstol. Si Demóstenes se podía sentir avergonzado cuando oía por las mañanas que los herreros y tejedores le habían precedido en el trabajo, ¿qué deberíamos sentir nosotros cuando se trata de salvar a nuestros hermanos y, por añadidura, de hacernos nosotros mismos felices?

IV. La claridad.

Un hombre de sentido que, al mismo tiempo, es un hombre cultivado, con un bagaje doctrinal, deberá utilizar sus dones e instrumentos de tal modo que aproveche a su tarea. Para ello, ciertas cualidades le serán necesarias

y tendrá que evitar ciertos errores, que ahora es el momento de señalar.

Una cualidad esencial del discurso y del orador, sin la cual todas las demás serán más o menos inútiles, es la claridad. De nada sirve hablar si no se nos entiende. Lo decía San Pablo a los corintios (I Cor., 14, 9): «*Las cosas inanimadas, por ejemplo, la flauta o cítara, que también producen sonidos, si no los producen con distinción, ¿cómo se conocerá lo que con la flauta o la cítara se toca? Como también si la corneta diera un toque indefinido, ¿quién se prepararía para la lucha?*» Se trata de un combate; pero también nosotros estamos enseñando un arte de alguna manera militar, si es que dijo bien el libro de Job: *Militia est vita hominis super terram.* Ahora bien: cuando se enseña un arte, sobre todo un arte como éste, se esfuerza uno en ser comprendido.

San Agustín añade dos oportunas observaciones. «No es el mismo—dice— el caso del discurso y el del libro, en que un pasaje oscuro puede volverse a meditar. Aquí todo pasa, y pasa rápidamente. Desde el momento en que el espíritu se retarde o vuelva atrás, pierde el hilo, se sale de la corriente; es, pues, necesario que todo sea fácilmente inteligible a primera vista. Y esto tanto más—insiste el santo Doctor—cuanto que en la Iglesia no se interrumpe; por eso, el orador debe prevenir posibles interrogantes y responderlos con claridad.»

Nuestros oyentes son en general gente muy poco instruída en todo y casi totalmente ignorante en cosas de religión. No es, pues, precisamente ésta la ocasión de sutilizar. Un hombre de estudio no se puede hacer idea de lo poco que hace falta para no ser comprendido por la mayoría. Se habla «filosofía» y se olvida que «la filosofía es inasimilable a la muchedumbre y debe comunicarse por contagio» (Amiel). Se suponen siempre demasiadas cosas conocidas, demasiadas cosas fáciles. Quintiliano nos diría entonces que «nos falta ingenio, si es que tanto hace

falta para comprendernos». Porque ¿no deben planearse nuestros discursos según las probabilidades que tengan de ser entendidos?

Además, un auditorio tomado colectivamente no es nunca tan inteligente como sus miembros por separado; es menos atento, incapaz de un esfuerzo prolongado; si consiente en él es a expensas de otro trabajo del espíritu que aprovecharía al objeto del orador, mientras que ser entendido no es más que una condición previa. Diremos que el triple objeto del orador es convencer, agradar y mover; debe, pues, esforzarse por que todo el trabajo de su auditorio se oriente a penetrarse de la verdad, gustarla y decidirse a seguirla. Si le fatiga con jeroglíficos, ese auditorio se cansará muy pronto.

«De todo llega uno a cansarse menos de comprender», dice Virgilio; particularmente nos cansamos de no comprender, aunque se trate de cosas de un profundo interés, mientras que ideas, en sí mismas poco interesantes, pero que se entienden bien, nos arrastran. La palabra tiene un gran atractivo. Si lo importante en verdad no es brillar buscando ser claros, no es menos verdad que si somos claros, brillamos. Pero es que el discurso más sencillo en igualdad de fondo es mucho más difícil de hacer. Intenta volver a describir la parábola del hijo pródigo o el pasaje del ciego de nacimiento. Tomar para sí el trabajo y dejar el placer y provecho para el auditorio es una buena regla de caridad oratoria y un buen cálculo.

Es verdad que no siempre es uno oscuro para evitarse trabajo. Hay quienes intentan expresamente ser oscuros. Algunos espíritus sienten un incentivo hacia la oscuridad, se complacen en ella como en una ilusoria profundidad. Con ella piensan darse un aire de profeta que impondrá al auditorio. Y, en efecto, hay oyentes que no creen en elevación sino cuando pierden el hilo. Pero no es a éstos a quienes es necesario agradar; mucho mejor sería serles útiles que halagar su puerilidad haciéndose

partícipe de ella. ¿No es en verdad pueril contar con la admiración de la ignorancia no habiendo sabido iluminarla?

Hay cosas oscuras que, además, son profundas, pero no es por eso por lo que lo son. La oscuridad sólo es buena para ocultar las deformidades, decía Puvis de Chavannes. Las verdades más profundas, maduras y meditadas toman la forma de proverbios: no se anegan en la sombra.

Es necesario, sin embargo, conceder que en algunas materias no basta ser claro para que todo el mundo pueda seguir; cada uno seguirá el camino según la medida de su inteligencia. Más allá—tú lo sabes bien—te acompaña sólo con la vista, pero conserva su confianza, porque sabe que no pierdes el camino.

La claridad puede provenir de la riqueza misma del pensamiento cuando el espíritu se concentra sobre el objeto y lo envuelve en una atmósfera iluminadora. ¿No es éste el caso de Racine, cuyos versos más llenos de luz son también los más misteriosos, según observa C. Peguy? Para esto es necesario penetrarse totalmente del objeto y de todas sus dependencias.

El primer enemigo de la claridad es el pensamiento confuso. El orador debe asegurarse de lo que exactamente quiere decir antes de abordar la expresión. «La claridad nace de la precisión, como el fruto de la flor», ha dicho un sabio; y añadía esto que es sumamente audaz y tanto más extraño en materia científica: «Yo quisiera que la palma en cada problema fuera concedida a aquel que hubiera hecho una exposición comprendida por todos los hombres cultos, atrayente como una obra literaria.» De hecho, el ejemplo de los más grandes prueba que este ideal no es inaccesible sino en Matemáticas. En nuestras materias religiosas se podría generalmente alcanzar con

facilidad, si se es perfectamente exacto, si se sabe poner cada cosa en su lugar, en su luz y justa proporción.

A este respecto, la precisión debe ser completada por un espíritu amplio; no se trata de desenvolvimiento al azar, que embarulla, sino de iluminar los espíritus, mostrando, además de las cosas mismas, sus principios, relaciones inmediatas, y como decíamos antes, su atmósfera. Es lo que constantemente hace Santo Tomás y es lo que hizo en aquella profética sesión en que, todavía estudiante y respondiendo a las objeciones en un ejercicio escolar, toma el aire de doctor más que de discípulo, porque se remontaba hasta las fuentes mismas de las cosas.

Esto en cuanto a las ideas. En cuanto a la expresión, su claridad depende de diversas condiciones, pero, sobre todo, de la habilidad con que se sepan subrayar las partes más importantes del discurso, aquéllas que dan luz sobre las demás, y esto, por medio de advertencias, notas, repeticiones ingeniosas, sin preocuparse demasiado por la forma.

La claridad depende, en segundo lugar, de la pureza y sobriedad de expresión. El principio de economía que es una de las reglas del estilo, se impone por más de un título; pero, sobre todo, por éste. ¡Nada que distraiga el pensamiento! ¡Nada que centellee e impida ver! Palabras, expresiones, formas de frase, encadenamiento de períodos, todo debe obedecer a las necesidades de la expresión, no a un arte ficticio, a una falsa armonía que envuelva en seda o algodón las articulaciones de las ideas y borre sus formas.

La claridad contribuye mucho también a dar al estilo plenitud de color, sin demasiadas medias tintas, ni tonos desgarrados. Los medios tonos tienen su papel, allí sobre todo donde sea necesario el misterio, la intimidad; pero, si en primer lugar se intenta claridad, como en la exposición, la defensa doctrinal o práctica, debe adornarse la

paleta con tonos fuertes, yuxtaponerlos con armonía, pero con armonía segura y firme, a la manera de los antiguos mosáicos, de las magníficas imágenes de Epinal y de las buenas decoraciones.

Con este mismo fin se desecharán las expresiones y formas demasiado refinadas, propias de una especialidad. San Agustín compara estas bellas expresiones inaccesibles a la masa, a una llave de oro, pero que no abre. Algo parecido se puede decir de las imágenes demasiado brillantes y, por eso, confusas, o demasiado largas, apartándose de la idea que quieren ilustrar. Un discurso no es una serie de enigmas; cada enigma tendría el efecto de un relámpago y los relámpagos deslumbran, pero lo que hace ver es la luz.

Todo esto es tanto más oportuno cuanto más difícil sea la materia que se trata, ya en sí misma, ya en relación al auditorio, a quien se debe conocer en este aspecto como en todos los demás.

Por fin, como la claridad no depende únicamente de lo que hace ver, sino también de los ojos, y como el trabajo de los ojos depende de la atención y del interés que los objetos provoquen, es esencial en los pasajes difíciles despertar el interés, provocar la aplicación, alcanzar del auditorio que se entregue totalmente como lo hace uno mismo. Es preciso que el auditorio comprenda también su obligación. Sólo se les harán fáciles las cosas difíciles en una medida muchas veces muy reducida. ¿Se intentará bajar de nivel las materias? En algunas materias, dice Paul Valery, «lo que no es vago es difícil y lo que no es difícil es nulo» (4). Es necesaria la noche para que aparezcan las estrellas. Pero poniendo cada uno algo de su parte se puede esperar ver; porque, si es verdad que la teoría de los antiguos filósofos, según la cual los ojos suministran una luz propia que va delante de la otra, es fisiológi-

(4) *Introducción al Método de Leonardo de Vinci.*

camente falsa, es verdadera referida a lo espiritual; la inteligencia es activa y no siempre exige que se le quite el peso del pensamiento «al tejer con dedo ligero un luminoso disfraz de la complejidad de las cosas» (5).
El programa del orador es, para acabar, el del *Sócrates cristiano*: o bajar la verdad hasta nosotros o elevarnos hasta la verdad.

Una vez que se haya realizado—en cuanto sea posible—en su preparación las condiciones de claridad exigidas por el discurso, se hará bien, en el transcurso de él, en vigilar a los que escuchan. La actitud del auditorio revela casi siempre a un orador experimentado por su auditorio, cuando los ojos se hacen vagos y distraídos, cuando pequeños movimientos impacientes corren como ondas advertidoras, ha llegado el momento de apoyar el arco sobre la cuerda y producir un sonido más claro. Para ello, la comunicación debe estar bien establecida, pero, ¿no es esto el mínimun del arte y del oficio del apóstol? No somos parafraseadores solitarios, alrededor de quienes se haya formado al azar un grupo para recoger cada uno lo que pueda de nuestros sabios discursos; somos *enviados*. Nosotros, los primeros, hemos oído algo que nos hemos encargado de repartir. Nuestra obra es *litúrgica;* esconder como en una nube la luz de vida es lo mismo que privar a alguno de su presencia real o negarle la Santa Hostia.

V. La verdadera originalidad.

No se puede poner en duda el valor de la claridad para un orador. Pero se podría dudar de otra cualidad cuyo

(5) PAUL VALERY: Discurso de recepción en la Academia Francesa.

nombre mismo representa ya una inquietante ambigüedad: la originalidad.

¿Es necesario esforzarse en ser original? Algunos han sostenido que es una necesidad de la misma creación y, añadiendo un error moral a este error psicológico, han relacionado audazmente la originalidad intentada y sistemática con eso que ellos dicen ser necesariamente un espíritu de orgullo. He ahí una doble herejía; porque ni la creación literaria tiene que ver nada con el orgullo, ni el deseo de destacarse es una condición de ella, necesaria o favorable. Es posible que el orgullo favorezca la creación al estimular la atención y el esfuerzo, pero es totalmente accidental y extrínseco. Desde el punto de vista del trabajo, el orgullo es una fuerza de desviación, no una fuente de verdadera originalidad. ¿Distinguirse? ¿Por qué pensar en eso? Necesariamente se distingue si se es, porque no hay dos seres parecidos, dos espíritus del mismo color y del mismo ritmo; el error está en dirigir el esfuerzo hacia esta distinción. Así es como se llega a las singularidades, a las exageraciones, a sutilezas, a doctrinas personales sin auténtico sostén y a formas artificiales tomadas de las propias divagaciones, de las manías de la última moda, de la última escuela o del último bajel.

Todo esto en cualquier trabajo es perjudicial, pero en materia apostólica y religiosa lleva lógicamente a la desconsideración del púlpito y a la ruina de su autoridad, porque esto ya no es palabra de Dios.

Precisamente esta expresión: la palabra de Dios, nos sugiere el fundamento de verdad al cual es preciso volver siempre y que decide aquí todas las cosas. Predicamos la palabra de Dios, y la predicamos nosotros; es decir, somos causa instrumental, como se dice en el lenguaje de la Escuela. Dios sopla en su flauta; la música le pertenece. Nosotros únicamente suministramos el timbre. Y el timbre es una originalidad, pero constitutiva, no intentada. Yo soy lo que soy; yo obro como soy; pero lo que yo intento

es la obra: aquí, la manifestación de la verdad y el servicio del bien. He ahí los objetos que me gobiernan, y sólo en ellos pienso cuando pienso según los moldes de mi inteligencia y cuando hablo según mi propia voz.

La verdad, el bien; la acogida hecha a la verdad, el semblante ofrecido al bien; la perfección de las almas por la bondad y el bien: he aquí lo que me inquieta, y no ciertamente la sorpresa, tal como una originalidad intentada la podría producir. Sorprender no es servir. Jugar con la verdad no es abrirle camino. Si soy yo quien se pone delante en vez de los objetos sagrados y de los fines necesarios, soy un prevaricador. Vale mucho más una verdad banal que ingeniosos errores. Más vale sentirse con la Iglesia en esta gran corriente de su tradición y de su seguro ambiente que en compañía de un falaz charlatán. Esto contribuye a la seguridad, pero no menos contribuye a la belleza de la aventura; porque no es todo subir a una barca nueva; la barca no es bella sino sobre las olas; cuanto más empujada y elevada se la ve más triunfa, pues para ella son todos los movimientos del mar.

Con frecuencia se cree útil para arrastrar la atención y hacer gustar la verdad presentarla con esa apariencia agresiva tan de moda entre los comtemporáneos, y se piensa que les ha de agradar. Pero es una ilusión. Aquéllos mismos que más intoxicados están por las nuevas drogas gustarán con más encanto el agua de una fuente pura. Vienen a nosotros con la secreta esperanza de apagar su sed y de purificarse. No les rehusemos el remedio haciéndonos cómplices de su enfermedad.

Retengamos que todo intento de originalidad es perjudicial al arte, y, sobre todo, al arte del apóstol. A este respecto, las concesiones a nuestro tiempo no son más que una añagaza. El hombre sincero habla para todos los tiempos y, si tiene en cuenta el suyo, no es desligándolo de la cadena de los tiempos que la eternidad abraza. «Mira

en tu corazón y escribe—ha dicho Emerson—; quien escribe para sí escribe para un público eterno» (6). Bellos pensamientos que el orador cristiano debe hacer suyos.

No es, sin embargo, menos verdadero que la originalidad bien entendida, no buscada, es inmensamente útil a quien la posee. Quien dice originalidad dice singularidad en su sentido etimológico (*singularis*, único). Porque únicamente existen almas singulares, pero que piensan en universal. He aquí en dos palabras todo el problema. Por esta doble razón, lo natural, por definición, es lo más audaz de todo; se mantiene siempre único con tal de que sea lo natural de cada uno.

En consecuencia, para ser original en el sentido en que conviene, es necesario profundizarse, descubrirse a sí mismo de alguna manera por la reflexión y el trabajo. Y como el espíritu no se alimenta de sí mismo, como está siempre en relación con la verdad y expresándola—para sí o para los demás—, ser original es ser uno mismo, expresando lo que es y conviene a todos, lo cual no presenta aspectos diversos sino porque es eternamente adaptable y utilizable, encontrando en cada espíritu y en cada circunstancia una nueva encarnación y aun formas nuevas, pero permaneciendo idéntico en su ausencia.

La novedad más auténtica es la eterna novedad de la verdad. La más auténtica originalidad es la sinceridad de un alma que no puede jamás, siendo individual, dar el sonido de otra y no dar normalmente el suyo. Cuando se me acusa de ser banal, si el reproche es fundado, es que me he olvidado de ser yo mismo o de aplicar la eterna verdad a los casos siempre cambiantes, a las costumbres que siempre tienen sus exigencias propias. Cuando haya hecho esto, he faltado a mí mismo, a las cosas de que hablo y a Dios. Mas si he hecho lo contrario y me he entregado

(6) EMERSON: *Autobiografía.*

a una falsa originalidad, todavía he faltado más. He querido plantar un árbol y le he cortado las raíces. Un árbol nuevo exige sus raíces tanto como otro cualquiera y las raíces de la vida religiosa cambian menos que las de cualquier otra vida, porque añaden a la permanencia de la vida general la eternidad de Dios.

El objeto del espíritu es *aquello que es,* y aquello que es, humanamente hablando, es lo universal manifestado en lo particular, lo eterno visto en lo que pasa, la ley reconocida en la libertad y el poder cósmico en la armoniosa resistencia de las cosas. De manera que sólo nos agrada aquello que—instrumento nuevo y único de pensamiento y expresión—nos ofrece una visión actual y particular de la auténtica verdad eterna. Cuanto más disciplinado se siente uno más feliz es al sentirse igualmente libre. Es un pájaro que canta su canción, pero «sobre su propio árbol genealógico» (Juan Cocteau), y cada cual halla entonces su canto exacto y bello. Porque, ¿hay algo más encantador que encontrar las ideas de siempre expresadas como nunca; los lugares comunes revestidos de una belleza enteramente nueva, en lugar de esas pretendidas ideas nuevas, las «más seniles» de todas, decía Nietzsche, porque nada tienen de eternidad?

La desgracia es que muy raramente el hombre que habla está en contacto ardiente con las cosas que dice, con las gentes y consigo mismo. Se mueve en lo artificial; se hace un ser de convención, de circunstancias, extraño a los seres vivos del ayer y del mañana. Se conciben las ideas en relación con las ideas, no en relación con las cosas; se les añaden expresiones que no se les adaptan, series de proposiciones tomadas acá o allá, o imaginadas al azar. Se habla como se ejerce un oficio manual. Se hace un discurso porque es necesario, pero sin verdadera meditación y sin profunda sinceridad consigo mismo. El discurso no tiene alma; no es, pues, de admirar que no tenga vida individual y parezca cualquier cosa.

El alma de nuestro discurso es nuestra propia alma, es el alma de las cosas y es Dios, Padre del alma y Padre de todo lo real. Manifestar este alma múltiple es la verdadera originalidad; cualquier otra es extravagancia, singularidad en el mal sentido de la palabra, desviación y, en cuanto a las consecuencias, descrédito.

VI. La sencillez.

Todos los maestros en todas las artes recomiendan la sencillez como cualidad esencial, y los maestros de la palabra sagrada insisten en ella por razones que no conciernen únicamente al orador. Además, tienen gran cuidado en no inducirnos a error en lo que enseñan, por lo que en sus explicaciones aparecen tres clases de sencillez: la sencillez negligente, la sencillez vulgar o trivial, y una sencillez que es un respeto al arte, pero, sobre todo, un respeto a la palabra apostólica, un respeto a las almas y un respeto a Dios.

La sencillez negligente es la de aquellos predicadores que hablan sin preparación suficiente, sin cuidado, sin aplicación a la forma, sin preocupación de lo bello. Un tal dejarse ir, si no es excusable por otra clase de «simplicidad», es a la vez un error y un pecado. Todo ha de hacerse bien. No podemos aplicarnos menos por las almas y por Dios que tantas facundias estudiadas y tantas plumas expertas lo hacen contra ellos. En el rito de la palabra una forma perfecta es como el aparato del culto; pero es también, y por eso mismo, una condición de eficacia. ¿Hubieran convertido a Agustín los discursos de Ambrosio si el joven retórico, arrastrado por su sola belleza, no hubiera sido llevado también a la doctrina? Sucede como en los salmos, cuya música lleva al alma del catecúmeno la luz espiritual y el poder de renovación.

Decía Arnauld que se debía poner el pensamiento cris-

tiano en «canciones». No se pide tanto, pero las incorrecciones de un discurso descuidado, la impropiedad habitual del lenguaje, los pleonasmos y las fastidiosas repeticiones, las tautologías, cacofonías, monotonía de las pausas demasiado repetidas, lo enrevesado o cortado, todas las torpezas que se deslizan e intentan hacerse admitir bajo pretexto de sencillez, disminuyen el carácter de la palabra de Dios y la rebajan.

El oído humano necesita música, y el alma se complace en lo perfecto. La palabra perfecta, la palabra viva y, sobre todo, la palabra de Dios debe tener su esplendor.

Se descarta, en segundo lugar, la vulgaridad, la trivialidad. No faltan en predicaciones de ciertas épocas, y siempre se autorizan con el ansia de sencillez que todos aprueban. Lenguaje grosero y malsonante, imágenes inconvenientes, historias más o menos impertinentes, expresiones vulgares, argucias, chistes groseros, pesadas invectivas... no tienen de sencillo y simple sino el relajamiento intelectual y moral de que son efecto. La noble sencillez del Evangelio y la modesta majestad de Nuestro Señor están muy lejos de eso. La elevación, aún en la forma más familiar, es un atributo de la palabra cristiana. Todo lo que decimos es grande: no nos toca a nosotros rebajarlo, ya que la palabra «tiene el poder de hacer aparecer grandes aún las cosas pequeñas», según decía Isócrates.

Cuando el discurso exige la evocación de cosas vulgares, bajas o triviales, tenemos medios de salvar la expresión por giros apropiados, circunloquios, términos que designan, pero que no describen al vivo. No conviene extrañar al hablar de cosas *extrañas*, ni rebajar los espíritus al hablar de cosas bajas.

Descartadas estas falsas sencilleces, he aquí la verdadera. Es—decía antes—un respeto. Nuestra palabra viene de Dios: no debemos encumbrarla con cosas que sólo del

hombre provendrían. Quien oculta la palabra de Dios con la suya es llamado por San Juan Crisóstomo «miserable y desgraciado traidor». La expresión es fuerte y supone un abuso ya grande, pero proporcionalmente se aplica a toda palabra que no esté bastante desprendida de sí misma, que quiera brillar, y para ello, recurra a artificios. San Jerónimo escribía a Nepociano: «No seas un declamador, sino un verdadero doctor de los misterios de tu Dios.» Es un escándalo y debería ser intolerable ver subir al púlpito a un hombre de Dios, un servidor del altar, y oirle pronunciar frases sonoras, ampulosas, pretenciosas y oscuras. Hay motivo entonces para preguntarse dónde está el Salvador de los hombres, cuyo representante y como doble se ha creído a este hombre, dónde está nuestro Dios, cuyo portavoz se ha hecho.

De esta primera consideración se desprende que no solamente para los sencillos se requiere la sencillez, sino para todos; porque no se trata solamente de ser comprendidos, se trata de que sea Dios comprendido, de que su palabra permanezca siendo ella misma y no sea «enervada» (el término es de San Próspero) por los cuidados demasiado industriosos de un autor.

El caso de los humildes añade, además, una nueva obligación. «*El Evangelio es anunciado a los sencillos*»: tienen derecho a él; sus almas pesan como las demás; también ellas son sublimes; su destino es el mismo, sus relaciones con Dios, con Cristo, con la Iglesia y con nosotros son parecidas; nada permite que nuestra actitud desprecie estos lazos. Si utilizamos formas de pensamiento y de lenguaje que impidan a la doctrina ser alimento de todos, decepcionamos a estas buenas almas y a Aquél que las ama, que nos había llevado a ellas para que oyesen *su* palabra, que ya no oirán.

Notemos, por fin, el error de aquellos que se dejan llevar de este abuso por preocupaciones «literarias», para

hacer ostentación de talento, elegancia, erudición, sutileza de espíritu, en una palabra, por una cuestión de arte. Lo bello—dice Fenelón—no perdería nada de su valor si fuera común a todo el género humano; sería entonces más estimable. La rareza es un defecto y una pobreza de la naturaleza. Los rayos del sol no dejan de ser un tesoro porque iluminan a todo el universo (7).

Si preguntas a los maestros del arte, sean arquitectos, escultores, pintores u oradores, cuál es su gran secreto, te hablarán evidentemente de inspiración y de trabajo, sin los cuales nada se hace, pero, en cuanto a la realización, pondrán siempre por delante la sencillez, los sacrificios, el abandono de todo partido prejuzgado en favor de la verdad desnuda; verdad del pensamiento que se calca sobre las cosas y verdad de la expresión que se calca sobre el pensamiento. Todo intento fuera de éste, toda pretensión de aumentar las cosas con el pensamiento y el pensamiento con la expresión, toda voluntad de elevarse y deslumbrar en vez de hacer aparecer aquello de que se habla es una ofensa al arte y a la verdad.

No deben discernirse en una obra las operaciones del espíritu. Si nuestro esfuerzo se ha logrado, no debe aparecer; ni siquiera el espíritu. El objeto debe estar allí sin atenuante o deformador.

Decía un joven en la encuesta de Agathon, en vísperas de la guerra: «Toda preocupación literaria rebaja a un maestro ante nuestros ojos». Ya se ve lo que quiere decir. En este sentido se ha hablado de «la opulenta economía de los maestros», y se ha dicho de Puvi de Chavannes: «Nunca es tan emocionante como cuando hace voto de pobreza.» En este sentido se ha proclamado la mortificación como una ley del estilo, como una ley de la vida y se le ha aplicado la sentencia evangélica: «*Quien quiera sal-*

(7) Carta a la Academia Francesa.

var su vida la perderá, y quien consienta en perderla la salva.»

Una nota importante, que nos lleva a la oposición entre la verdadera y la falsa sencillez es que la sencillez verdadera nace siempre de un trabajo de profundización y, en cuanto a la forma, de un trabajo de depuración laboriosa, muchas veces cruel, porque ha de presidir la renuncia. «Rubens no es sencillo, porque no está trabajado», escribe Delacroix en su *Diario* (II, 276). «Es preciso tener la valentía de ser sencillo», decía Henner. «Añadid alguna vez, borrad muchas» no es un precepto agradable y fácil, pues el mismo Boileau se enorgullecía de haber enseñado a Racine el arte de «hacer difícilmente versos fáciles».

Las primeras obras desconocen siempre la sencillez, y nada hay menos sencillo, como forma y como fondo, que una improvisación. En este sentido se ha dicho: «No hay estilo sencillo, sino sólo estilo simplificado», y lo mismo se puede decir de la composición, del desarrollo y de todo lo demás.

Acabemos de precisar nuestro pensamiento destacando los diversos defectos que se oponen a la sencillez oratoria, a la sencillez evangélica particularmente. Son: la *hinchazón*, que exagera y deforma; la *sutileza*, que refina; el afán de *vanos adornos*, de falsa literatura, cuyo colmo es lo que se llama *escritura artística*.

De la ampulosidad literaria ya sabemos lo que pensaba Pascal. De Bonald añade que la ampulosidad, la declamación, «es propiamente la elocuencia del error». ¿Por qué? Porque el error la necesita para disimularse. La verdad, que lleva la razón en sí misma, no necesita más que manifestarse: también a ella se le ha atribuído como símbolo la desnudez pura en vez de oropeles y máscaras.

Consulta a los veteranos de la palabra; te dirán que

los mayores efectos, los más duraderos, los que cambian las vidas en vez de ocuparlas un momento son los más sencillos, los más directos, y ciertamente no son los trozos de arenga o los golpes grandilocuentes: nuestros oyentes son hombres y es preciso hablarles como a hombres; el estilo ampuloso sólo hace aparecer al actor. Son cristianos y nuestras deformaciones verbales o imaginativas les apartan del contacto con la verdad de que sus almas están necesitadas. Falta moral y falta de gusto; quien crea encontrar ahí una señal de inspiración se engaña doblemente.

Hay que ver, sin embargo, la parte que en esto tiene la inexperiencia. Un orador joven se siente arrastrado a su pesar a aumentarlo todo, a rodear todas las ideas de frases pomposas; «grita» a propósito de cosas sencillísimas que todos miran tranquilamente. Es defecto de principiante y de ordinario se junta a una gran insuficiencia de fondo; es que no saben suficientemente qué decir y se ponen a dar vueltas a las cosas de modo que todo este ruido parezca la marcha militar que oculta la retirada. Pero esto que se perdona a un principiante, el hombre serio debe abandonarlo lo más pronto posible.

¿La sutileza? Bajo pretexto de precisar la doctrina la oscurece; desvía los espíritus por senderos opuestos, los enreda en matorrales, los fatiga sin hacerlos llegar a un término. Al principio ignoran qué se quiere de ellos; al fin ellos mismos se preguntan dónde están y se les ve en la dificultad de concluir nada. Además, el predicador se expone entonces a levantar toda clase de dificultades perturbadoras, a «excavar hoyos», como decía el P. Lacordaire y a no rellenarlos: de ahí la extrañeza, la mala curiosidad y, quizás, el escándalo.

«*Panis frangendus, non curiose scindendus*», dice San Buenaventura. Al dividir y subdividir, al argumentar y argüir se puede hacer el papel de sabio: que nos baste

serlo y hablar como sabio, sin duda, pero como sabio que quiere convencer a un ignorante y que, al esforzarse en ello, tendrá que reflexionar él mismo. El hombre competente hace pronto ver bajo una sencillez intentada la secreta complejidad, y en la calma aparente del pensamiento, los mil movimientos interiores, cuyo equilibrio exacto es esa calma.

En cuanto a los grandes cristianos se sabe que tenían horror a lo que no era sino curiosidad dialéctica. Cuenta el mismo San Alfonso de Ligorio que hizo bajar del púlpito a un orador que se embarullaba. San Carlos Borromeo hubiera hecho otro tanto. La elocuencia les da la razón, puesto que su ley no es la de las burbujas entrecruzándose y embelleciendo el pilón, sino la del torrente o, al menos, la del río que corre hacia el mar.

Quedan ahora los vanos adornos a los que los maestros han hecho la guerra con una bienhechora severidad. «El discurso que abunde en flores verbales es estéril en frutos», dice San Ambrosio. «Todo adorno que no es más que adorno—añade Fenelón—está de sobra; quitadlo, que no hace falta; sólo lo justifica la vanidad». Y un poco más abajo: «Tantos resplandores me ofuscan; yo busco una luz dulce que alivie mis débiles ojos». Ya se comprende que sólo por ironía los resplandores ofuscan a Fenelón. Pero a un hombre de gusto le encanta la luz natural de las cosas; no se deja impresionar por falsos brillos. Los discursos «cuajados de diamantes» son un error estético; «el mundo está cansado de ellos», observa Bossuet: *a fortiori*, pues, son un error cristiano. No se trata de hacer chisporrotear la palabra de Dios, sino de hacerla brillar y arder. Un sermón no es un inútil chisporreteo; es la llama del fuego cristiano, luz y calor de las almas.

VII. El sentido de adaptación.

Otra necesidad esencial es la adaptación de la palabra al auditorio y a todas las circunstancias capaces de influir en el discurso. Muchos oradores no se preocupan en absoluto y quizá sólo tengan una vaga idea de lo que es esta condición. Hablan «in abstracto», para ellos o, si se quiere, para la materia de que tratan. Caminan; desarrollan la materia: que el oyente tome de ahí lo que pueda. He ahí una extraña aberración. Si un orador habla sólo para sí mismo, que se quede en su casa. En el púlpito habla para otros y, si habla de alguna cosa, si tiene una materia a tratar, sólo es en relación a un resultado que se refiere al auditorio. La materia tratada es para el hombre, no el hombre para la materia; el orador es para el auditorio, no el auditorio para el orador.

¡Ah! Ahí está todo el secreto. El predicador egoísta, vanidoso, ambicioso, privado de celo apostólico, no admitirá en el fondo de sí mismo este orden de fines. En este caso no basta advertirle; es preciso convertirle. Pero pensando en la inexperiencia, y en la inadvertencia, insisto en que el discurso no es un monólogo; es un diálogo utilitario. Un músico diría: un concierto en el que el orador es el solista y el auditorio una orquesta sólo en apariencia silenciosa. Se calla mientras tú hablas, pero los espíritus y corazones te dan respuestas, y si el discurso está bien hecho, ellos son los que deben suministrar la armonía a tu palabra, decir sí a la verdad y al bien a medida en que tú, al expresarlos, los haces cantar en ellos.

Decía Barrés: «para hacer cualquier cosa buena es necesario encontrar el medio de relacionarlo con la propia vida». A lo largo del discurso más dogmático, más «en sí», el oyente debe participar y sentir siempre que el discurso decide su propia suerte. Hay gente allí que respira como tú respiras; debes estar animado de su aliento, mientras

le comunicas el tuyo. Vocalmente hemos dicho que es preciso hablar en la sala; espiritualmente hay que hablar en las almas. Tu discurso debe sufrir en ellas una transubstanciación completa y llegar a ser un acontecimiento en esas conciencias a que te diriges.

Lacordaire, que poseía en grado supremo este sentido de la comunicación oratoria decía: «el misterio de la palabra elocuente consiste en la sustitución del alma que habla en el alma que escucha o, para hablar con más exactitud, es la fusión del alma que habla con el alma que escucha». Una fusión, un pensamiento en común, «una asociación de inspiraciones divinas», decía Novalis (8); un llamamiento a esa silenciosa inmortalidad que está en el fondo de todos nosotros, para librarnos de las locas agitaciones de la vida superficial, de la vida que ignora la verdadera vida, cuyo secreto—una vez más—proclama el sacerdote: he ahí el discurso cristiano. Esto no es piadosa palabrería; es el misterio de la Comunión de los Santos puesto en obra; el discurso quedará incompleto si cuando ya no estés tú no se prolonga tu discurso en el espíritu del oyente con comentarios o bienhechoras meditaciones.

Todavía hay más. En esa masa de oyentes mudos con razón dirás que no todos están en bienhechora pasividad: no todos esperan la palabra de orden; hay resistencias confesadas o secretas, hostilidades; por tanto, para éstos el discurso es una batalla. Tú ataca; dirígete al punto débil y tira. Pero tira únicamente balas explosivas; la bala mejor tirada, si pasa inocentemente, no produce más que admiración para el tirador. Escapará la víctima, y lo que hace falta es que sucumba.

Respecto a los mejores, tu papel es menos ofensivo, pero dirige todavía un asedio o un esfuerzo de impulso belicoso. Tienes que apoderarte del espíritu de aquéllos que quizá quieran avanzar, pero que no se deciden a en-

(8) *Fragmentos inéditos.*

trar en el camino o porque no lo conocen o porque están dormidos; tú debes forzar a todos. Esto nunca se conseguirá si te dedicas a las musas o a ti mismo.

Se trata de convertir la vida en verdad: comienza por convertir la verdad en vida. ¡Cosas, no palabras, no fórmulas desusadas! Que cuando alguno mire fuera y después mire hacia sí mismo pueda darse cuenta de la correspondencia.

El oyente no podrá menos de escucharte si advierte claramente que tratas sus propios negocios, que le atacas en sus pensamientos, en sus sentimientos o que le llevas una ayuda. El se dirá: «anda por mi jardín, ¡atención!, debo vigilar»; o bien: «he aquí un buen negocio; se me trae lo que yo buscaba; es preciso que rápidamente lo tome». Pero si te dedicas a monologar o dialogar con seres ficticios, el oyente, al no sentirse aludido, se marchará o te escuchará resignadamente para continuar después el oficio religioso del que únicamente fuiste un número.

Dicho esto en general, tenemos que precisar las condiciones de esta adaptación. Adaptarse al auditorio es dirigirse a él tal y como es, teniendo en cuenta todas sus disposiciones. ¿Cuáles son sus conocimientos? Si sabes esto, no correrás el peligro de ponerte en un plano superior, de sobreentender lo que ellos ignoran, de emplear palabras cuyo sentido no entienden, de desorientarles al introducirles de repente en un mundo nuevo ¿Cuáles son sus sentimientos? No te expondrás a herirlos, a provocar su retirada; tómalos donde están y llévalos a donde deben estar. ¿Qué sabes de su nivel moral? Estarás en condición de medir tus exigencias, de no pedirles, como al niño, más de lo que puedan dar, haciendo, sin embargo, brillar el ideal y abriendo con tus consideraciones todas las perspectivas.

También tienes que tener en cuenta las edades, sexos, condiciones sociales, particularidades de ambiente o de

país, a fin de que las «costumbres oratorias»—cosa tan importante—queden debidamente observadas.

«El mismo silbido que aplaca al caballo hace rugir al león», dice San Gregorio. Por olvidar esto, más de un predicador se enajena a todo un pueblo o a toda una colectividad en detrimento del bien.

¡Qué rara es, de todos modos, esta elocuencia que Saint-Beuve llama, hablando de Berryer, «una elocuencia de situación»! Es preciso confesar que para nosotros su dificultad es grande. Ningún auditorio es homogéneo bajo todos los aspectos que acabamos de reseñar. ¿En qué consistirá entonces la adaptación del discurso? Es difícil, pero el «sentido» de adaptación sigue siendo sumamente necesario.

Lo primero que se nos ocurre es tender al término medio, es decir, al mayor número. La idea es exacta, pero no basta. Cada uno tiene su derecho y debemos hablar para todos. ¿Qué hacer, pues? Es una cuestión de tacto, de saber obrar caritativamente, de talento dirigido por el corazón. Un hombre inteligente que ve ante sí muchas almas, no por esto se desorienta. Si es celoso y delicado, sabrá de tal manera disponer su exposición que cada uno encuentre allí lo que necesite y pueda recogerlo. Insistirá en lo que interesa a la mayoría, pero deslizándose a casos particulares, previendo todas las hipótesis, haciendo enumeraciones bien estudiadas, graduadas, delicadamente matizadas, que nada dejen en la oscuridad y que permitan todas las aplicaciones. En estas condiciones todos habrán estado atentos, sin cansancio, y ninguno podrá decir: ¡para otros!...

La verdad y el bien interesan a todos; si se los expone ampliamente y—en una materia determinada—completamente, se puede estar seguro de hablar para todos. Basta para ello emplear un lenguaje común e insinuar—como ya hemos dicho—todas las particularidades necesarias.

Quizá por esto tengamos que tratar aquello que no queríamos tratar o que, al menos, dejamos entrever que no intentábamos tratar por una razón cualquiera: respeto, motivos de caridad o convicción de que, en efecto, no hay en el auditorio gente de esa clase. Pero si la hubiera, no obstante, es preciso que tenga su palabra. Se les dice, protestando que no se quiere decir, porque sería inútil.

Los oradores están llenos de estas hábiles y rápidas pretericiones que formulan con precisión, muchas veces acentuando fuertemente los rasgos, lo mismo que pretenden esquivar la idea «inútil» de expresar, el temor «que está muy lejos de su pensamiento», la acusación «que se guardarían mucho de lanzar» o la suposición «que están a cien leguas de querer hacer». Bossuet es muy fuerte en estos sabios trucos, pero en la corte no eran inútiles.

Para estar seguros de la buena adaptación del discurso al auditorio, es preciso conocer sus componentes, y es aquí donde la experiencia general y particular de que hemos hablado más arriba, tendrá su empleo. Pero también es necesario observarles—porque son seres vivos—en su actitud actual, para juzgar nuestra palabra por sus efectos. Cicerón habla de un «olfato» especial en el orador, de un olfato que le haga sentir lo que sienten, piensan, esperan, quieren o responden sus oyentes, de manera que él los examine en lo íntimo de su vida psicológica y pueda modificar estas vidas o confirmarlas según sus ideas. Y es aquí donde el arte juega su papel más importante; el abogado o el diputado que carezcan de esta cualidad están expuestos a todas las derrotas. Para nosotros, la derrota es la ausencia del bien que estamos encargados de procurar, que Dios destinaba a esas almas y que ellas esperaban.

Sin duda que para adaptarse perfectamente sería necesario leer en los corazones, en todos los corazones. Y es que no hay más que una palabra adaptada absolutamente: la palabra interior de Dios, aquélla que el mismo Espíritu hace resonar en los corazones. La palabra mejor

adaptada después de ésta fué la palabra de Cristo, que hablaba a sus oyentes según sus necesidades y su capacidad receptiva, «*prout poterant audire*», dice San Marcos (4, 33), y que al mismo tiempo expresaba el fondo mismo de las cosas de una manera adecuada a la eterna humanidad; que veía a través de los siglos las almas de toda clase y estado que quisieran hallar en ella ayuda. Jamás han sido mejor obedecidas las conveniencias del discurso como en esta palabra divina. Su oportunidad es soberana. Y esto se explica por el perfecto conocimiento del Hombre-Dios por la perfecta caridad que le anima. Entregado totalmente a los hombres, les siente como cosa propia; entregado totalmente a su obra, se da cuenta con instinto infalible de todas sus condiciones, y, entregado enteramente al Padre, sigue siempre su providencia a la vista de todas las criaturas. Su oportunidad es al mismo tiempo una oportunidad de visión, de generosidad y de amor; es un arte y una entrega: el don de sí mismo. He ahí nuestro Modelo. Manteniéndonos cerca de El, podremos alcanzar un poco de esta acción siempre adaptada, siempre oportuna, medio exterior del único Espíritu divino.

CAPITULO VI

LA IMAGINACION Y LA SENSIBILIDAD. CUALIDADES Y DEFECTOS.

1. La aridez.

El justo empleo de la imaginación en elocuencia sagrada se mantiene entre la aridez, que empobrece el discurso y la divagación, que lo evapora o recarga.

No somos espíritus puros; pensamos a base de nuestras imágenes mentales y en dependencia de ellas. La idea no es captada sino a través de sus ecos sensibles, y no se puede verdaderamente convencer sin *hacer ver*, es decir, sin sensibilizar lo que se dice y hacer de ello una realidad viva, que se manifieste a través de una especie de cuerpo, lo mismo que el alma a través de los órganos. ¡Cuántas imágenes se presentan al oir estos dos versos de la *Athalie!*

Quien pone un freno al furor de las olas
sabe detener también los complots de los malos.

Precisamente son ellas las que dan la fuerza al dístico.

Los filósofos mismos no pueden librarse de pasar por ahí, como todos, puesto que el lenguaje, expresión del alma, no es más que una metáfora prolongada. A pesar de su rigor, Santo Tomás abunda en expresiones poéticas, y no digamos Pascal. Por otra parte, la predicación no

es una pura disciplina didáctica, sino un arte. Ahora bien: para el artista cualquier objeto está bañado por una atmósfera imaginativa, generadora de impresiones, y compartir esas impresiones es precisamente el objeto del arte. Para nosotros, el campo de acción es más extenso que para cualquier artista. Nuestra llamada a la práctica va sostenida por una doctrina rigurosa. Pero nuestros medios coinciden. También nosotros cultivamos la intuición y no intentamos sustituir la visión interior de las cosas por una simple noción; a la luz del esfuerzo consciente buscamos obrar sobre el inconsciente, tan poderoso en obras.

El Evangelio nos da ejemplo. El Hijo del hombre ha hablado como hombre y, porque sabía que se dirigía a hombres, no les rehusó la caridad de la imagen, de la parábola, de la metáfora esclarecedora y motriz. La Buena Nueva es ilustrada al mismo tiempo que expresada. Y no obraron de otro modo los profetas. La tradición antigua exigía que hasta la Historia misma, la filosofía y las ciencias fueran tratadas en forma lírica. Las obras de la escuela presocrática, dentro del pueblo más lógico del mundo, son poemas, y aun Platón conserva la forma en sus *Diálogos*. La elocuencia antigua era una especie de canto y, si es verdad que se prestaban a ello la lengua griega y latina más que la nuestra, también lo es que ninguna lengua escapa a la necesidad del ritmo, de la armonía, del uso de la metáfora, del esfuerzo hacia la visión interior de lo que se expresa. Es esto, lo diremos más tarde, una parte esencial del estilo, del oratorio más que de cualquier otro, salvo la pura poesía.

El orador debe tener algo de poeta, como debe tener su parte de filósofo y de teólogo: su palabra está pidiendo ser música y no un llano y árido discurso. Desobedecer a esta ley del género llevaría consigo dos inconveniente que siempre van juntos. En primer lugar, rebajaríamos nuestros temas. Son siempre grandiosos y deslumbradores: no querer hacerlos brillar, ¿no sería serles infieles? Sería,

en verdad, muy extraño mostrarse árido al evocar el drama de la vida y su significado eterno, al recordar la historia de Dios y de su Cristo, al levantar la Cruz sobre el mundo regenerado y llamado a la más brillante de las empresas. El lábaro ha de ser extendido bajo el cielo; esta grandiosa vida cristiana exige las formas y los colores de la vida, a fin de que se la juzgue con un juicio animado que entusiasme y empuje a la práctica.

Pálidos y exangües al expresar nuestras inmensas concepciones, predicamos contra ellas, dando motivos para pensar que son de esta misma naturaleza anémica. Di una cosa terrible o sublime con voz átona o en débiles términos, y nadie la creerá. Por eso, el segundo inconveniente: la falta de imaginación compromete el resultado de la palabra.

En el oyente, en quien todas las facultades están pendientes, ninguna será satisfecha si no lo son todas; no surgirá la convicción ni se producirá la llamada a la acción si no has conquistado al hombre por encima del autómata y del pensador. Y en nosotros, oradores, ninguna facultad es plenamente actuada si no hacemos intervenir a las demás y expresamos totalmente al hombre.

Piensa que en todas esas gentes reunidas la razón es en muchos puntos la esclava de una imaginación seductora; ¿cómo la libertarás si no es con la ayuda de una imaginación que la sepa iluminar? Vencer la imaginación con sus propias armas y en su propio campo, he ahí el objeto de tu trabajo; sin esto, estarás con las manos atadas. Tu imaginación, ligada a la razón humana y divina, tiene el suficiente poder sobre una imaginación encadenada por la ilusión y los sentidos. Que no abdique.

Por consiguiente, el cultivo de la imaginación se impone al novel predicador. Ya hemos señalado sus condiciones al hablar de nuestras *fuentes;* sólo recordaremos el contacto con la Naturaleza, repertorio inagotable de ima-

genes, la lectura de los poetas, que han leído con mayor penetración en la Naturaleza, el comercio de las artes como una bella «distracción», que en realidad no nos distrae del trabajo sino para reforzarlo en su centro mismo y, más aún, en su inspiración y en su empleo.

En el transcurso del trabajo el secreto está en concebir, componer, escribir y hablar dentro de una atmósfera imaginativa, en contacto nunca interrumpido con el tema, el auditorio y el fin que se persigue. Ensaya con amplia mirada. Represéntate, pues, que hablas en un ambiente auténtico con sus caracteres reales, revestido de sus circunstancias más encantadoras. La eficacia de este procedimiento se extiende hasta el detalle. ¿Quieres encontrar la palabra exacta que se te escapa, el verbo expresivo, el epíteto que añade al sustantivo un valor nuevo? Evoca el caso; represéntate la acción que el verbo debe expresar, los caracteres que el epíteto debe pintar: la palabra vendrá por sí sola. Es el medio de evitar la banalidad, lo que se ha llamado «matrimonio de inclinación».

Si fuera necesario, puedes provocar a la hora del trabajo la inspiración con un bello texto, un espectáculo de arte, una audición imaginaria. Poco hace falta para despertar nuestros poderes interiores si la formación recibida los hizo disponibles. Una pintura, un aire que se recuerda, una ojeada al campo, un cielo, una simple flor, y he ahí encendida la llama. Grandes imágenes deben siempre escoltarnos en nuestro camino. Una especie de espíritu universal es la condición previa de un trabajo fecundo y de una obra vital.

II. La divagación.

Pero también hay excesos. La palabra divagación los expresa imperfectamente, pero nos damos cuenta suficien-

temente de lo que quiere decir. La *loca de la casa* no tiene ningún derecho sobre nuestro trabajo. Hemos hablado en favor de la imaginación ligada a la razón y a la revelación; pero, entonces, no es loca: participa de la razón humana y de la razón divina, que a su vez se enriquecen con ella en favor nuestro. Mas, en efecto, la imaginación sola es una loca, porque no tiene guía.

¿Quién, pues, nos señalará en esto normas? Sólo el servicio de la idea, puesto que él es el motivo de esta intervención. Digo servir y no ahogar ni embarazar. Digo servir a la idea, bien se trate de idea especulativa que hay que *creer*, o de idea-fuerza que es preciso *realizar*. En ambos casos la idea es el fin; la imaginación no es más que el medio de convicción o de impulso a la práctica. Síguese que es un error, además de una locura, despreciar los recursos de la imaginación. Ayudémonos tanto como podamos de la imaginación, con tal de que desempeñe su papel. Y entonces nunca nos ayudaremos lo bastante; pero en cuanto sale de esos límites, nos está sobrando. Hemos sido encargados de *plantar* y de *cultivar*, según la expresión del Apóstol; nuestra palabra está empeñada en esa tarea y puede tener éxito; pero no se trata de trazar un jardín inglés o un jardín a la francesa, más sabio y disciplinado, pero objeto aún de simple recreo estético: estamos cultivando un campo. La belleza de nuestro trabajo debe, pues, ser la belleza del campo bajo el cielo, con la perspectiva del mundo. No temamos que esto nos quite nada. Un campo es más bello que un jardín, y con una belleza más fecunda, cuando se le ve con mirada de hombre, pensando en los más altos fines de la vida. Pero es un campo; su belleza es utilitaria.

Esta belleza es, además, sobria, excluyendo las ampulosidades, que ya hemos condenado, y velando sobre la doctrina para preservarla de cualquier alteración deformante. «Todo lo que es excesivo es insignificante», decía Talleyrand; en cuanto uno se sale de las fronteras de la

verdad ya no se la puede servir, y he ahí la insignificancia. Creer que se va a engrandecer el tema desbordándolo es fruto de la inexperiencia. Lo que engrandece un tema es su verdad y la exacta proporción del conjunto. «La precisión abre camino a la inmensidad», escribe Ernesto Hello, porque va al corazón de las cosas y el corazón de las cosas encuentra eco en todas partes.

Lo mismo se ha de decir respecto al orador; no se engrandece subiéndose sobre zancos, antes bien provoca la risa. «Los hombres más exquisitos del siglo XIX (y en el siglo XX no hizo esto más que empeorar) tienen este inmenso defecto—dice Stendhal—: cuando se dan cuenta de la exageración, su alma no está dispuesta sino a inventar la ironía» (1). Es que les invade entonces una impresión de puerilidad, porque, en sí misma, la imaginación es pueril; es la animalidad, la infancia, desde el momento en que la abandona la razón. Decía a su vez Amiel: «La moderación es señal de madurez interior; el equilibrio es la impronta de la sabiduría» (2).

¡Qué lecciones nos da en esto, como en todo, el que es Sabio por excelencia! Jamás permite la menor huída a su imaginación soberana. Todo está presente a su palabra; la naturaleza y la vida la envuelve y, sin embargo, sólo el alma y Dios con el drama de sus relaciones aparecen en el discurso. Si no fuera el Salvador, Jesús sería el más grande de los artistas. Se comprende. El arte, después de todo, no es más que un sistema de medios con vistas a un fin, y esta adaptación es aquí perfecta. Jesús no evoca la naturaleza sino para mostrarla a la vista del cielo, ni la vida sino es para ponerla en presencia de la eternidad y empujarla hacia ella; por eso, su discurso tiene esa tonalidad siempre exacta en lo grandioso y en lo eterno.

---

(1) STENDHAL: *Promenades dans Rome.*
(2) *Journal intime*, 25 octubre 1870.

III. La frialdad.

Además de la imaginación, la sensibilidad es un instrumento precioso en manos del orador con la condición de que sepa manejarlo y no dejarle obrar a su antojo. He aquí un claro paralelismo: como nuestras convicciones dependen de nuestra imaginación y de ella se sirven para desplegarse, así nuestras resoluciones dependen de nuestros estados de sensibilidad y los utilizan para transmitirse. No somos voluntad pura, como tampoco somos pensamiento puro; pensamiento y voluntad se encarnan en un cuerpo. No se puede convencer sin *hacer ver*, decíamos; no se puede impulsar a la resolución sin conmover, decimos ahora. Nuestras resoluciones emergen de entre emociones, como brotan nuestras ideas de un tesoro de imágenes. Que nadie cuente con la eficacia de una idea desnuda o un consejo frío.

¡Qué inferioridad apostólica y qué desengaño en cuanto a resultados presentar la verdad y el bien como consignas, sin prepararles el camino en los corazones; hablar con claridad y quizá con autoridad, pero sin amor, sin ternura cuando fuera necesaria, sin vibración comunicativa!

Escribía Sainte-Beuve en sus *Cuadernos,* refiriéndose a J. Feydeau: «Se dirá de él lo que se quiera, pero tiene fuego, que es el medio de moldear el hierro.» Nosotros tendremos con frecuencia que moldear mucho hierro para doblegar las almas a nuestras santas leyes; sin el fuego de la sensibilidad, ¿dónde estará nuestro poder? Y, ¡cuánto más se alejará aun ese poder si se trata de consolar, de calmar, de exaltar o de hacer revivir! Tareas divinas son éstas; la religión tiene la suficiente eficacia, pero es preciso saberla representar, ser aptos para aplicar sus bálsamos, estar prestos a *alegrarse con los que se alegran y a llorar con los que lloran,* dispuestos a reconfortar a los

pecadores después de haberles saludablemente abatido, a no contentarse con tronar o prescribir, como si la ley bastase por sí sola. *Por la ley se tiene conocimiento del pecado* (Rom., 3, 20). Sólo el amor eleva; amor que es sostén del apostolado y que se encuentra en todos sus efectos.

Pero, ¿dónde encontrar apóstoles ardientes que puedan ablandar las almas duras y «moldear hierro»? ¿Dónde encontrar un San Pablo que pueda decir: «*Hijos míos por quienes sufro dolores de parto hasta que en vosotros sea formado Cristo*» (Gál., 4, 19). ¿Dónde encontrar un San Agustín, que desdeñaba los aplausos, pero que se felicitaba de haber hecho derramar lágrimas, sabiendo, dice, que a partir de ese momento había ganado la causa? ¿Dónde está, sobre todo, Nuestro Señor, hogar de divinas ternuras, que revela la vehemencia contenida de todos los sentimientos humanos? En Jesús se revela toda la vida del corazón, al mismo tiempo que brilla la verdad y se afirma la fuerza del alma. Ha venido *a poner fuego en la tierra:* es preciso agitar la tea.

Todos los apóstoles en pos de Jesús han sido seres de sensibilidad, según formas divinas; unos han sabido estremecer y despertar; otros consolar, insinuar o tocar las fibras más íntimas del corazón. De una manera o de otra sentían o hacían sentir, y era esta una parte fundamental en su ministerio.

Quienes de entre nosotros no sean capaces de hacer otro tanto, que lo atribuyan a timidez o a inexperiencia. En este caso, el remedio será el cultivo y el entrenamiento de la práctica. Añadamos la humildad, que al hacer la palabra plenamente desinterada, la desliga de debilidades y de excesos. Pero sería más iremediable el mal si proviniera de la frialdad del corazón. Una total conversión sería entonces necesaria. He ahí un grave motivo de meditación.

IV. La sensibilidad moderada.

No olvidemos, sin embargo, señalar los límites de la sensibilidad o, mejor, sus leyes. Nunca seremos demasiado sensibles cuando se mantiene el equilibrio entre las facultades; pero podemos serlo en falso, fuera de la norma racional. Abandonarse a la sensibilidad es siempre peligroso; es ya un defecto, puesto que es la abdicación de la facultad principal. Esta, la razón, debe mantenerse de alguna manera por encima de nuestras facultades emotivas, siempre con Dios, que es inmutable. Algo de la serenidad eterna, decíamos, debe dominar siempre los sentimientos humanos.

Además, la sensibilidad tiene por misión servir al discurso y deberá por ello moderarse en beneficio de otros aspectos necesarios de la palabra cristiana: la autoridad, la claridad, la firmeza, la sencillez, la exactitud... La sensibilidad desbordante mejor se llamaría sensiblería; en vez de agradar, debilita y enerva; felizmente sus efectos desaparecen pronto, pero, entonces, queda sin reservas para empleos más útiles.

V. Las mezclas impuras.

Por encima de todo, la sensibilidad debe ser pura, es decir, desprendida de toda ostentación personal y de cualquier mezcolanza sospechosa. Intentar atraer el interés hacia la persona por medio del sentimiento es siempre ridículo: «¡Ved cómo lloro...!»; pero, además, es muy peligroso; muchas caídas no tienen otra causa. Los virtuosos de la sensibilidad tienen que vigilarse más aún que los de la imaginación y, con mayor razón, que los de la dialéctica. Además de su peligro personal, que no se expongan a hacer de Dios, al proclamar sus bondades, un

papá ridículo y, sobre todo, a halagar con un lenguaje afeminado aquello mismo que vienen a pedir se destierre en sus oyentes. El pecado no merece un tierno adiós, que fácilmente se puede convertir en hasta luego; merece nuestra gravedad, cuando no nuestras más duras reprensiones.

De todas formas, aunque no hubiera lugar para temer esos defectos, la melosidad es siempre condenable. No se trata de nosotros; nos hemos comprometido a un tema: sea él nuestra tarea; sean, sobre todo, las almas y Dios. Quizá se agrade, pero será siempre al modo de los aduladores, que son escuchados, que llegan a gustar, pero que no se estiman ni se siguen.

El Apóstol nos dice: «*Tened en vosotros los sentimientos de que estaba animado Cristo Jesús*» (Filip., 2, 5). La meditación y la misa nos sugerirán, de acuerdo con el movimiento de toda nuestra vida espiritual, estos sentimientos. Pero este recurso no excluye el empleo de medios humanos. Los que hemos indicado al hablar de la imaginación, cuando se los adapta, extienden sus efectos a la sensibilidad. El contacto con los santos y los maestros especialmente dotados en este aspecto del corazón, el comercio de los poetas y de los grandes compositores que pueden «hacer saltar el fuego del espíritu de los hombres» (Beethoven) son ayudas positivas. Por lo demás, no se sabe, hablando en general, como nosotros, sobre qué insistir más: si sobre la sensibilidad misma o sobre sus límites. La conciencia de cada uno se encargará del juicio y de la práctica.

CAPITULO VII

CARACTER DEL PREDICADOR

I. La ligereza y la gravedad.

El carácter, tomado en general, comprendería las cualidades del orador, cuyo estudio acabamos de bosquejar, pero se sabe que de ordinario esta palabra tiene un sentido más especial. Littré definió el carácter como «el conjunto de cualidades que se refieren a la acción» y que, naturalmente, la dirigen, puesto que la *caracterizan*. Las cualidades no son más que instrumentos.

Por lo que se refiere a nuestro tema señalaremos las disposiciones morales buenas o malas que más pueden influir en el orador y en la eficacia del discurso, y son, por el orden en que las estudiaremos: la *ligereza* y la *gravedad;* la *aspereza* o excesiva severidad y una débil *condescendencia;* el espíritu de *benevolencia* o de *denigración;* la *timidez* y la *presunción;* el *orgullo* y la *ambición* humana; el verdadero *celo* y la *confianza* fundada en Dios.

Se llama ligero al hombre falto de prudencia y seriedad en su conducta y en sus palabras; un orador ligero es el que carece de esas cualidades en sus discursos. Las consecuencias son muchas y en diversos campos. Por lo

pronto, la elección del tema se resentirá ya, pero más aún la manera de tratarlo, pues deja más independencia. La elección depende en parte de tradiciones y obligaciones que son sabias, mientras que tú no lo eres; pero el desarrollo, la forma de lenguaje, las tendencias del discurso, la actitud en presencia del auditorio, son libres, y la ligereza se cree con licencia para alterarlo todo.

En el desarrollo preferirá las curiosidades, los juegos de pensamiento y las sutilezas de análisis, lo que Amiel llama «vocalizaciones sobre temas sagrados», o aún descripciones divertidas, sin preocupación por los resultados, críticas burlonas y majaderías, en vez de advertencias y exhortaciones apostólicas. Este último caso es frecuente: burlarse de las costumbres mundanas como para dispensarse de reprenderlas. Los oyentes—o las oyentes, porque estos predicadores jocosos son los preferidos principalmente por las damas—, se quedan tranquilos por haberse dejado fustigar de esa manera y salen de la iglesia con la sonrisa en los labios. Mejor sería que se sintieran en presencia de sí mismos, bajo el juicio de la verdad y del bien. Obrar así es lo que el P. Longhaye llama «acariciar con pinceles» los vicios, en vez de denunciarlos. Y esto prueba el poco cuidado que tales predicadores se toman por su ministerio. Jeremías diría sin duda de ellos, como de los falsos profetas: «*Dicen las visiones de su propio corazón y no lo que sale de la boca de Jehovah*» (Jer., 33, 17).

Desde el punto de vista de las formas del lenguaje, la ligereza inspira atrevimientos que no convienen a la palabra de Dios, expresiones avanzadas y profanas, giros frívolos, imágenes demasiado expresivas que corren el peligro de sugerir a las imaginaciones y proponer a la adhesión de almas frágiles los vicios que se recriminan; en fin, ese estilo del que decía Sully Prudhomme que

«señala una última complacencia para la cosa que se marchita» (1).

Hay casos y materias en que basta pintar bien el mal para inspirarlo. ¡Pintar bien! : verdaderamente es pintar mal, cuando nos referimos a la estética del púlpito. En todo caso, tales evocaciones son de una ligereza imperdonable. Hay predicadores que aman este peligro. Rozan el objeto prohibido que debería no designarse sino con un tacto supremo; no se asustan por un pequeño escándalo. Extraños moralistas, que se parecen más al corcho que salta sobre la corriente que a la roca que la detiene.

Señalemos, además, las bromas impertinentes, las chanzas triviales y pueriles, las imitaciones de personas ridículas, que, sin duda, corren el riesgo de hacer ridículo también al predicador. Se hace reír, triunfa el charlatán, pero, ¿de qué se ríe? Es frecuente que se ría al mismo tiempo de las bufonadas y del que se hace ridículo al decirlas. Ahora que divierte no se piensa en criticarle, pero, ¿qué se pensará mañana de todo esto? ¿Lo sabe el interesado? Que su conciencia le instruya, anticipando el juicio de sus oyentes.

Cuando se decía a Goethe que el público perjudica a los autores por su preferencia por las cosas frívolas, Goethe respondía: «Es posible; pero si se le diera algo mejor, quedaría todavía más contento» (2).

No es que no se pueda distraer un poco al auditorio, sobre todo, si es de jóvenes, y más todavía en un discurso familiar; sonreír y hacer sonreír manteniéndose en los justos límites no sólo es inocente, sino hasta un bien positivo. Ha dicho muy profundamente un contemporáneo que «un poco de infancia no estropea las cosas divinas». Santa infancia ésta, especie de noble puerilidad que se encuentra en los santos y que en ellos—como en el buen

(1) Conversación inédita con F. Coppée.
(2) Conversación con Eckermann.

soldado—está muy cerca del heroísmo. Pero se reconoce muy pronto y no se puede confundir con la ligereza esencial, si así se puede llamar, que es indicio del vacío del alma, lejos de ser su flor.

Decía a Sainte-Beuve el conde Molé que las dos sonrisas más finas y encantadoras que él había visto eran la de Napoleón y la de Chateaubriand. Y añade Sainte-Beuve: «pero no sonreían todos los días» (3). La sonrisa de las personas graves, de las personas enérgicas, si es la más bella, también es la más mesurada, la menos abandonada al capricho. «No me gustan las bromas y los apodos, decía San Francisco de Sales, no es éste su lugar.» Y entendía por apodos expresiones burlonas, chistes mortificantes; sin que esto suponga en él falta de suavidad y de encanto.

Hemos hablado antes de tendencias del discurso: tomamos la palabra en sentido propio, para designar el fin que se persigue o que por sí sola, en todo caso, persigue la palabra; y es que hay una tendencia inmanente al discurso, que se deriva del carácter que se le imprima, de su dinamismo y de su inspiración. Ahora bien: lo que por este capítulo indica ligereza, en el predicador es la ausencia de conclusión práctica; no esa parte del discurso, que se llama *conclusión:* esto son cosas del género oratorio y de ningún modo se imponen. Un sermón que constantemente concluye no necesita al final una conclusión especial. Pero la conclusión, expresada o sobreentendida, subyacente o formal, es lo principal del discurso cristiano.

Al salir de un sermón es preciso saber qué hay que pensar, cuando se trata de doctrina, o qué hay que obrar, cuando se trata de práctica, y, en general, ambas cosas, pues son solidarias. Que cada uno pueda decirse: «*Nunc coepi,* ahora empiezo y me decido»; esta es o debe ser la

(3) SAINTE-BEUVE: *Cuadernos íntimos.*

aspiración del predicador. Que obre, pues, en consecuencia. El ligero no se preocupa de esto. Si se preguntase a sí mismo: ¿qué se debe concluir de mi sermón y cómo hay que empezar?, no sabría responder. Pero es que si se preguntase eso ya no sería un hombre ligero. El hombre serio que se lo pregunta y no ve claramente la respuesta debe concluir que su trabajo no está acabado, que no lo ha emprendido bien y que, por consiguiente, lo ha continuado mal; porque el fin es la luz de todo, la norma suprema.

Finalmente, hasta en la acción se introduce la ligereza. En cuanto a la voz, en forma de zalamerías, de imitaciones; en cuanto al gesto, en movimientos demasiados descriptivos, demasiado familiares o demasiado desenvueltos. San Francisco de Sales señalaba también como un defecto «una cierta acción ligera y afectada, que agrada a los ojos en vez de llamar al corazón».

Importa que todo llegue al corazón y para ello, que todo sea grave, noble y grande, en proporción, claro está, con el sujeto, el momento y las circunstancias. Mas cualquiera que sea el caso y las circunstancias, el que se mantiene bien en su ministerio, unido al Espíritu Santo y en contacto con las almas, hijas de Dios y elegidas con una vocación eterna, ése, aún si ocasionalmente divierte, jamás será un payaso; conservará siempre la serenidad de su estado y de su ministerio. La gravedad es al predicador lo que la cruz al santuario: lo está anunciando. Las flores y el encanto ornamental únicamente podrán venir después.

II. La aspereza y la condescendencia.

Entendemos por aspereza esa rigidez, ese espíritu de agresión que algunos creen el máximum de celo y que, en

verdad, es una falsificación, porque ni en cuanto al fondo ni en cuanto a la forma muestra los sentimientos del verdadero celo, ni prepara sus efectos. En cuanto al fondo, ese falso ardor apostólico tiene las más graves consecuencias; lleva a forzar la nota, a presentar bajo el nombre de fe lo que no es fe; como precepto lo que no lo es, o hacer temer lo que sólo en nuestra malévola imaginación amenaza; a exagerarlo todo y a falsificar las relaciones entre la vida humana y el pensamiento o la ley de Dios. Entonces pueden ocurrir dos cosas: o que no se engañe al oyente y se sienta dispensado incluso de lo verdadero, quedando el demasiado en demasiado poco; o que se le introduzca en nuestra manera de pensar, y en este caso surge el desaliento en los débiles y en los demás la irritación contra la verdad, el disgusto del bien que se le presenta amargo e inaccesible. ¿Era éste nuestro objeto?

Aparentemente se ha querido sacudir la negligencia del pecador, pero valía más su negligencia que su desesperación, porque, al menos conservaba la esperanza. Además, ¿cómo justificaríamos estas exageraciones? No es nuestra misión agravar la carga de las almas; bastan las cargas de Dios. El tiene medios de hacerlas ligeras; su yugo es dulce, ha dicho, porque su gracia obra sobre los corazones y cuando los carga con su libre cooperación, sabe ofrecerles adorables compensaciones. Pero nosotros no disponemos de esos medios; en esto no tenemos ni poder ni autoridad: no podemos más que estrujar, oprimir injustamente y abatir.

Entremos en el espíritu de nuestra ley, que es una ley de amor, una ley de generosidad y no de exigencia, de dulzura y no de temor. Se exige y se amenaza en nuestra religión; pero está tan lejos esto de ser su inspiración primaria que las exigencias y amenazas son todavía misericordiosas. ¿Y no lo haremos sentir nosotros?

Nuestro auditorio jamás debería tener la impresión de que queremos arrebatarle o imponerle algo, sino de que

queremos darle, enriquecerle, elevarle, empujarle hacia la felicidad a través del bien. Nuestra inspiración debe subir siempre e invitar a subir. Nuestros reproches deben ser en el fondo un estímulo, una ayuda. Cuando hablamos de cosas penosas no olvidemos subrayar su grandeza, la utilidad decisiva; cuando reprendemos el error o el mal debemos hacerlo de tal manera que sus víctimas tengan pronto el sentimiento de la felicidad con que se les sustituye y la satisfacción suprema que se ofrece a los ídolos o instintos que les descarriaban. Es el método positivo, el que lleva consigo y realiza el programa del Maestro: *«Ut vitam habeant et abundantius habeant»*. Que en cualquier momento pueda decir el oyente: ¡Qué bien me viene, qué bello, qué grande! Quizá no tenga la valentía de la acción ni la valentía de la adhesión; al menos tendrá deseos, y un día, con la ayuda de la gracia, quizá haga lo que deseó hacer. Nada sacarás con rechazarle.

Nuestro Evangelio no es una camisa de fuerza ni una horca; es un par de alas; no le hagamos pesado, ni empleemos nuestra conciencia en oprimir la de los demás. Porque es una rareza demasiado frecuente entre nosotros que haya personas «llenas de ternuras particulares y de ideas generales feroces» (René Benjamín). Felizmente sólo es falta de la inteligencia, razón de más para que nos atrevamos a advertirlo: no perderemos el tiempo.

Lo que es más frecuente aún es una severidad y aspereza, no en cuanto al fondo, sino en cuanto a procedimientos y formas del lenguaje. Muchos predicadores se creen obligados a invectivas contra los incrédulos y pecadores, a apóstrofes ofensivos, a reproches vergonzosos, a orgullosos retos o ironía maligna. ¿Es ésta una actitud apostólica? El fariseo que se pavonea de comer a la mesa del Padre de familia, mientras Lázaro muere de hambre es un triste modelo. Yo me inclino a lo que decía un predicador del siglo XVII (Francisco Bonal): «Despreciar y maldecir a los hombres no es lo mismo que alabar y ben-

decir a Dios. Nuestro Cristo es pastor de ovejas, no gobernador de leones o perros.»

Los que se sienten despreciados no se rinden jamás. La irritación les cierra el corazón y puede llegar a destilar veneno y, no nos engañemos, es un veneno más activo que la palabra humana. El secreto de la conquista de las almas consiste en estimarlas para que lleguen a ser dignas; en no parecer atribuirles los males que se combaten, sino en defenderlas y en ponernos a su lado para detestarlos; entonces, convencidas, se darán prisa en purificarse para poder despreciar juntamente con nosotros lo que las tenía cautivas. Era el procedimiento de San Juan Crisóstomo. Por eso el *Sócrates cristiano* de Balzac le dedica esta alabanza: «Sus lamentos y sus cóleras son bellos; reprende los pecados y deleita a los pecadores.»

Si se examinase bien el hombre de Dios que se entrega a intemperancias del lenguaje se daría quizá cuenta de que en vez de celo es un espíritu de dominio el que le guía, un espíritu partidista que se irrita con las resistencias. Fácilmente en nosotros—y el mundo nos lo reprocha—se desliza una especie de patriotismo religioso exagerado, tan poco recomendable como el otro. Somos del grupo elegido, de la camarilla sagrada y, me atrevo a decirlo, de un partido temporal, bien que puesto bajo el amparo de la Cruz. Entonces, nos dejamos llevar de las violencias contra estados de espíritu o acciones de los partidos contrarios. Nos queremos convencer de que nos movemos por amor, de que no queremos que se nos arrebaten las almas, pero en el fondo hay una humanidad indisciplinada que exige del prójimo la disciplina, un corazón mal domado que pretende domar a los otros. Se fulmina, se ataca, se sospecha, se cree todo permitido contra el adversario, porque no hemos aprendido a dominarnos.

Y lo que es peor, algunos se glorían de ello: «¡Lo que les he dicho!...» No hay de qué envanecerse, pues en verdad no es muy glorioso, ya que no existe tal adversa-

rio; en todo caso, no tiene él la palabra; se ataca sin riesgo, y esto no es como para envanecerse demasiado. Nuestro humilde Dios soporta al pecador; le invita, pero no le violenta; *no acaba de romper la caña resquebrajada, no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.* Convertir con la ayuda de Dios, éste es nuestro ideal. Salvemos la verdad, pero salvemos también las almas. Somos los *deudores de todos* y cuando se es deudor no se insulta. El olvido del mensaje que venimos a anunciar es la mayor desgracia del mundo; ¿estará bien no ver en esta desgracia más que una ocasión de ultrajar? Si creemos verdaderamente que el error y el alejamiento de Dios son mortales, lamentemos la desgracia de los que caen en ellos, no les acabemos de aplastar. «¡Qué farán los pobres pecadores!», gritaba Santo Domingo en su gruta de Segovia, disciplinándose duramente para rescatar sus almas. Los *pobres pecadores,* ¿no es nuestra constante expresión? Intérpretes de una ley de amor, quien no ama que se calle. No hay misión para él; no es más que el mercenario de la parábola, que nada tiene que ver con el Buen Pastor.

Ciertamente nadie aprobaría un tal desacuerdo y, en verdad, es muy raro. «Sé mi hermano o te mato», no es una fórmula para predicadores; pero se olvida; la torcida naturaleza levanta cabeza; se tiene demasiada confianza en sí mismo y demasiada poca en las almas, demasiada condescendencia para sí, y muy poca compasión para las almas. «Tierno a veces y severo algunas otras, pero nunca enemigo y siempre madre», dice San Agustín. Nadie puede cambiar las almas según sus deseos, si no empieza a amarlas tales como son.

Me voy a atrever a proponer tres consejos que me parecen oportunos para guiar al apóstol en esta importante materia.

1.º Rodear al mal, para mejor vencerlo, en una deli-

cada alabanza del bien. Todo el mundo tiene algo bueno y, si no lo tuviera, siempre queda al recurso de alabar de antemano, suponiéndolo deseado, el bien que se espera. Porque es preciso esperar para poder convencer y mover. El santo espera siempre; si viera aparecer una humanidad perfecta no se sorprendería. Esto de ninguna manera impide reprender el mal; al contrario, da facilidad para hablar de él más libremente, pues el hijo de Dios a quien se dirige, no está, por así decirlo, encausado.

2.° Hablar en el púlpito como se haría en privado ante alguno a quien vivamente se desease convertir. Este es nuestro caso, una vez más. Porque, ¿nos dejaríamos llevar por palabras malévolas, sospechas injuriosas o violencias en privado? Todos sabemos qué tendríamos que decir, con qué tacto y de qué modesta caridad usaríamos. Y, ¿por qué, bajo el pretexto del anónimo, se ha de ejercer la caridad de otra manera públicamente?

3.° Si no me engaño, es la cumbre de un amor celoso expresarse de tal manera que la doctrina, la exhortación, el reproche, aparezca a los fieles como la voz de su propia conciencia. Para ello, es preciso que desaparezca el hombre o, mejor, que se coloque entre los oyentes para recibir—¿y no es la pura verdad?—un aviso que llega de una región celeste. En vez de *vosotros* para arriba y *vosotros* para abajo, decir *nosotros,* nosotros, los pecadores, los que olvidamos a Dios, los que ofendemos sus santas leyes y despreciamos la ley eterna. Este lenguaje se acepta. Y si se amenaza con los rayos divinos, poniéndose a sí mismo, no bajo el pararrayos, como un hombre en seguro, sino en pleno peligro junto con sus hermanos, ¿no se le hará aceptar también? *Territus terreo,* decía San Agustín; esto se soporta siempre. Si nos ponemos entre los pecadores, nuestros oyentes aceptarán también serlo; de lo contrario corremos el peligro de ser juzgados como el fariseo, *que no era como los demás hombres,* y el fariseo jamás podrá ser apóstol.

Nuestro Salvador, que tenía toda la autoridad sobre las almas, jamás adoptó un tono imperioso en sus exhortaciones. Conservó siempre la humildad, aun en los más necesarios rigores. En presencia de sus enemigos su calma ha sido el más eficaz instrumento de sus victorias. Tenía la respuesta decisiva, pero sin hiel. Desarmaba de un golpe la mala voluntad, a no ser que se cerrasen a la luz. Jamás pasó la justa medida determinada por los derechos de la verdad y las exigencias de su obra. Clavaba el dardo como un bisturí, no como un puñal, y aun en medio de sus más vehementes invectivas, si así se pueden llamar, no dejaba de lanzar su luz y de llamar a todos los corazones.

En la conciliación que vamos a hacer entre el espíritu de dulzura evangélica y los rigores necesarios, El es quien nos puede dar la norma para evitar a la vez la aspereza que acabamos de condenar y la cobarde condescendencia que le vamos a oponer. El ha sabido unir siempre que le fué necesario la caridad y la severidad, la ternura y la intrepidez apostólica que despierta al olvidadizo, al pecador. Practicó la doble fidelidad a la verdad y al hombre, al bien y a la fragilidad, que no debe ser demasiado atropellada. Tuvo el valor de decir lo que debía, de exaltar lo que se ultrajaba, de recordar firmemente lo que se olvidaba; y tuvo también esa otra valentía de soportar, de procurar retornos, de mostrar las puertas en vez de cerrarlas con cólera.

Adaptarlo todo a la debilidad sin rebajar nada, ése fué su secreto. Condescendencia sin concesiones, integridad sin ásperas exigencias, paciencia en no decir lo que no ayudaría, lo que desorientaría; actitud, en una palabra, de madre y de perfecto educador, y, por consiguiente, de predicador también, de quien aquellos son modelos.

Es preciso que, cuando hayamos terminado de exponer la doctrina y de inculcar la ley, se puede decir de nosotros, como en la Liturgia de Navidad: «*Apparuit benig-*

nitas et humanitas Salvatoris nostri Dei.» Benignitas, humanitas, esto excluye asperezas, dureza; excluye también su extremo opuesto, que es una cobarde condescendencia, porque se puede ser inhumano con dulzura.

La condescendencia excesiva, decimos, es también culpable, y puede ser tan perjudicial como la excesiva aspereza; el profeta pone en la misma balanza a los que así pecan en sentidos contrarios: *«haciendo morir a las almas que no mueren y vivir a las que no viven»* (Ezeq. 14, 13).

Falta muy gravemente a su deber el predicador que se encarga de buscar a las almas facilidades de salvación que son opuestas al Evangelio, de callar o atenuar dogmas molestos, de endulzar la ley cuando es onerosa, de absolver lo que Dios condena y dispensar lo que Dios urge. Esto se da. Hay espíritus audaces, independientes, «modernos», amigos de aprobaciones sospechosas, mientras parecen despreciar el parecer de sus superiores. No son éstos nuestros modelos. El verdadero apóstol busca facilitar la fe y la obediencia, explicándolas bien, desprendiéndolas de lo arbitrario, de lo excesivo, haciendo reconocer su racionabilidad, demostrando su necesidad, ensalzando su carácter bienhechor y provocando después la generosidad y, si fuera necesario, el heroísmo. Pero a ningún precio soslayará o ablandará a Dios, si así se puede hablar.

Esto, además, no llevaría muy lejos, o, si se quiere, lleva demasiado lejos, pero no en la dirección que se cree. Cuanto más se concede a la debilidad, más exige. Las mediocridades son aun más molestas que la rectitud, además de carecer de las ayudas interiores que ésta tiene: Saber claramente lo que hay que hacer y entregarse a la obra da más valentía que hacer cálculos sobre el mínimum. La certeza y la generosidad resisten a las tentaciones; la ambigüedad sucumbe. De todas maneras, es

un mal negocio «*hacer cojines para todos los codos y almohadas para todas las cabezas*» (Ezeq. 13, 18).

La forma y la actitud general del discurso tiene, sin duda, en esto una importancia menos trágica, pero muy grave todavía; fácilmente se pueden deslizar las condescendencias culpables. ¿Cómo? A través de algunas maneras dulzarronas, demasiado poco enérgicas y apostólicas de hablar de la verdad y de lo falso, del bien y del mal. Sin llegar a la severidad y aspereza que ya hemos proscrito y siendo siempre buenos, benevolentes, moderados, prudentes, debemos mostrarnos firmes y enérgicos como lo exigen los derechos de Dios y los mismos intereses de nuestros oyentes. Estos tienen derecho a la verdad teórica y práctica, a nuestros reproches y advertencias, a nuestras amenazas caritativas, a la promulgación insistente de esta ley que ellos olvidan, al despertar periódico de una conciencia que voluntariamente se duerme. Son el rebaño de Cristo; los pastores y los mastines están a su servicio. En el fondo, cuentan con todo esto. Puede ser que sean cómplices de nuestra condescendencia; a pesar de esa complicidad, la condescendencia les molesta y decepciona. Hay algo en ellos que está esperando nuestros atrevimientos apostólicos, nuestro rigor si fuera necesario. Al verse privados de esos recursos por nuestra cobardía, nos desprecian y ellos mismos se sienten despreciados.

III. La benevolencia y el espíritu de denigración.

Las formas de carácter puestas bajo este nuevo título podrían parecer semejantes, si no idénticas, a las anteriores, pero en realidad se trata de otra cosa; en vez de sentimientos propiamente dichos se trata de apreciaciones, de juicios, de maneras de presentar y calificar las

ideas de otros, sus tendencias o sus prácticas, sus personas o sus asociaciones.

Ya desde el punto de vista de los modos oratorios se presentan estas consideraciones. Es una regla absoluta en arte conservar en presencia del adversario una moderación al menos diplomática y provisional, que demuestre la posesión de sí y dé crédito al discurso. Los oradores de la antigüedad tenían en esto gran cuidado aún y, sobre todo, con la intención de aplastar después al adversario. Para nosotros evidentemente no puede bastar esta precaución; no intentamos aplastar a nadie; servimos al prójimo y a Dios y desde luego sería un error el sacrificio de una virtud cualquiera al éxito de la acción. Sin embargo, ¡cuántos predicadores, sobre todo en materia apologética, ofenden sin pensarlo la moralidad más corriente!; obran casi convencidos de que el fin justifica los medios, de que se tiene siempre razón contra los que ofenden la razón y la fe y de que, estando del lado de acá de la barricada, se pueden lanzar al otro lado no importa qué proyectiles, no preocupándose de la justicia, ya que la encarnan por derecho de situación.

Es extraño, pero es un hecho que la seguridad en que estamos en cuanto a lo esencial de nuestras afirmaciones puede ponernos en peligro intelectual y práctico ante los demás. Se puede concluir la verdad del error, invocar un falso razonamiento o un injusto alegato aun apoyándose en una doctrina sublime. No siempre nos preocupamos de esto; con tal de concluir el Credo no nos preocupan los considerandos ni la justicia ante las doctrinas contrarias, ni los enemigos o grupos disidentes. Deplorable actitud que ofende a la verdad al pretender servirla y que podría apartar de ella a almas rectas, si constatasen que tenemos una fe enemiga de la buena fe y que nuestro celo, falsamente consagrado al prójimo, no empieza por respetarlo.

Si nuestros enemigos se encuentran en nuestro auditorio—y siempre se encuentran o procuran encontrarse—

deben oírnos hablar de tal manera que no puedan creerse legítimamente despreciados, heridos en sus opiniones o en sus personas. Es indudable que se requiere para ello una gran vigilancia moral y mucho espíritu cristiano. Es tan fácil derribar, entregarse a ese vandalismo inconsciente que abate en un momento todo lo que le molesta, despreciar la verdad en lo que llamamos error y el bien en lo que llamamos mal que olvidamos la fina observación de Platón en el *Fedro:* «el error nace de la semejanza», y que, por eso, algo debe haber que nos acerque a quien erró.

Un sacerdote debe intentar comprender las ideas que no participa, lo mismo que perdona los pecados que no comete, y la razón es la misma: la caridad, en primer lugar, además de la experiencia; experiencia de las conciencias en el pecado y experiencia de las ideas y de las inteligencias en el error. Por eso, la incomprensión y la hostilidad son una mala señal: prueban frecuentemente mediocridad, estrechez o bien, ignorancia. Los adversarios inteligentes y rectos se aproximan; en una esfera un poco elevada se aprecia la justicia y se establece una comunión entre los que la aman. Pero es más difícil subir que batirse en las bajas regiones, y por eso es más fácil juzgar que comprender.

Tanto más expuestos estaremos a esto cuanto hayamos admitido, bajo pretexto de útil controversia, un género agresivo, mucho menos útil de lo que se cree. De esto volveremos a hablar, pero si se admite la controversia —muchas veces se impone, puesto que no siempre tenemos la iniciativa de la acción, ni, por consiguiente, la libertad del método—, debe hacerse honradamente hasta el detalle, tanto por lo que se refiere a los medios de la disputa, como por lo que se refiere a su fin. Rebajar o ridiculizar una objeción seria no es propio de una discusión leal, como no lo es tampoco de una discusión prudente adornarla demasiado.

Y así como a todos se impone la buena fe, también se recomienda en cuanto es posible confiar en la buena fe de los demás. En esto los tiempos han cambiado y es preciso revisar las actitudes antiguas. Los sarcasmos de un La Bruyère o de un Bossuet cuando se dirigían a *espíritus fuertes* o *libertinos* estarían hoy fuera de lugar. La situación es muy otra. ¡Ha cambiado tantas cosas la tempestad intelectual entonces levantada! Las ideas y el ambiente son distintos; los hechos se miran ya bajo otra luz, y los mejores están hoy expuestos a lo que entonces no era sino patrimonio de espíritus revolucionarios. Esto exige, en justicia y en caridad, gran prudencia. Nuestros modelos a este respecto no pueden ser los del siglo XVII, sino más próximos o más lejanos: nuestros modelos son los Padres de la Iglesia, cuyo ambiente era mucho más parecido al nuestro. Si ellos vivieron en medio de una sociedad pagana, nosotros vivimos en medio de una sociedad paganizada y, lo que es peor, privada de Dios. En estas condiciones no podemos hablar como hablaba frecuentemente Bossuet—con toda razón, sin duda—, porque corremos peligro de que se diga de nosotros lo que escribía Sainte-Beuve de Roger-Collard: «Había elevado la insolencia hasta la majestad» *(Cuadernos)*.

Y lo que decimos de las opiniones no es menos lamentable en materia práctica. ¿Convendrán al apóstol de un Dios de amor críticas tan extremas que parecen tentativas de asesinato? Goethe nos diría que en nadie están bien, si el fin de la palabra es la utilidad. «Cuando no se habla de cosas y personas con una parcialidad llena de amor, lo que se dice no vale la pena de ser dicho» (4). A. de Pontmartín decía de Agustín Cochin: «Pertenecía a esa clase de hombres que invitan a amar lo que ellos aman y a creer lo que ellos creen»: he ahí la verdadera utilidad. Pero, además, quien combate nombres y etiquetas con

---

(4) Conversaciones con Eckermann.

furia no piensa que detrás hay personas. Sus exhortaciones se presentan a punta de espada y el oyente, herido de antemano, huye. Al verdadero apóstol toca, por el contrario, decirlo todo sin herir jamás.

Notemos aquí que la descripción de costumbres, cuando es intentada por sí misma, corre siempre el peligro de deslizarse a ataques malévolos o excesivos. Por ello, crea un peligro análogo al de las controversias teóricas mal orientadas. Se describe y está muy bien; pero esa descripción es un medio, no un fin, y tiene sus reglas morales como las tiene estéticas; la misma justicia y la misma caridad obligan aquí y en otras partes. Somos, una vez más, *deudores de todos:* paguemos, no insultemos.

Al respeto a las personas vendrán a unirse con mayor razón la justicia y la admiración a las grandes cosas que ellas crearon. Insuficientes sin la fe y sin el amor divino, las grandezas de este mundo no merecen por eso ser rebajadas. Cuando Brunetière denunció bruscamente «la quiebra de la ciencia», en el sentido en que él lo entendía tenía razón, pero erró a los ojos de muchos por el tono agresivo y por la falta de las debidas distinciones. El arte, la literatura, la bella antigüedad, la Naturaleza, el amor, el progreso, todo esto de que se abusa tan frecuentemente contra Dios, no es por ello digno de maldición o de desprecio. Los Padres de la Iglesia jamás adoptaron esa política de denigración de las cosas humanas; por el contrario, partiendo de las cosas humanas, debidamente alabadas y apreciadas, se esforzaron en llevar a los admiradores a las cosas divinas.

Cuando bajo pretexto de vengar a Dios combatimos los bienes que se le oponen o con los que se le pretende sustituir, ¿no le vengaremos a costa de sí mismo, Padre de estas cosas? Rectifiquemos lo que se desfigura; perfeccionemos lo que se quisiera dejar en su insuficiencia; perfeccionarlo es ya consagrarlo; rectificar es volver a la

verdad un valor reconocido y, por tanto, una justicia cumplida, no una riña. Lo humano debe ser superado, no deshonrado. Emprenderla con ello suscita frecuentemente indignaciones y revueltas definitivas. Jamás será un gran recurso tener contra sí un ideal.

Lo mismo decimos de nuestro tiempo, que tantos predicadores se creen obligados a declarar el peor de todos, olvidando que en todas las épocas sus iguales han hecho lo mismo. Siempre es fastidioso un *laudator temporis acti;* se le podrá decir que haría mejor, si su tiempo es malo, en hacerlo mejor; sería así más eficaz reprendiéndolo, y hay motivo para enorgullecerse de una tan honrosa tarea, en vez de lamentarse. El tiempo en que nació el Salvador tenía gran necesidad de El y El le sirvió en vez de lanzarle el anatema. Hombres de la eternidad, como El, nosotros somos los enviados de todos los tiempos y, nacidos en éste, tenemos la obligación de amarlo para ayudarlo, porque sólo amando se hace bien. No seamos de ésos que denuncian sin cesar en el «siglo presente», en el «tiempo que nos ha tocado vivir» algo terrible y monstruoso, como si tales juicios no fueran siempre incompetentes y altamente arbitrarios.

Es preciso mucha audacia para atreverse a hacer una escala de valores definitiva entre los tiempos cristianos. Todo tiempo tiene su punto fuerte y su punto débil, y de esta distinción podemos sacar una gran enseñanza; pero ¿no será una pretensión generalizar, sobre todo, para rebajar el tiempo que se nos ha encomendado? Mirándolo de cerca, se ve que no es eso un juicio, sino una tendencia del espíritu que ha sido la misma en todas las épocas. Quien sueña con el siglo pasado hubiera añorado en él el siglo XVII, y en el siglo XVII la Edad Media, y en la Edad Media las catacumbas, y en las Catacumbas el Paraíso terrenal. Mejor será acomodarse a lo que hoy es,

como punto de partida providencial para lo que mañana debe ser.

Nuestro tiempo, después de todo, camina hacia otro. El carácter radical de negación, la negación práctica de Dios, tan extendida por desgracia, son su lado inquietante; pero tiene su contrapeso y él mismo parece llevar consigo su propia solución. El contrapeso es el profundizamiento y la amplitud de la fe en quienes aún la conservan, la esperanza de solución es la receptibilidad de las almas de buena fe ante Dios, cuya ausencia se hace sentir tan cruelmente. Vivimos un tiempo de adviento: «*Veni ad liberandum nos, Domine Deus virtutum.*» Pero al mismo tiempo que rogamos a Dios, ¿no tendremos nosotros la obligación de aportarle nuestra confiada colaboración? Nuestro tiempo parece hecho para despertar heroísmos; él es joven, seámoslo nosotros también al abordarlo. El llanto es consuelo de fracasados, de viejos desengañados, cuya actitud es tan cobarde como estéril.

Lo que favorece el espíritu de denigración con respecto a nuestro tiempo y que, por el contrario, nos crea una nueva obligación de benevolencia es que estamos en un momento de confusión, de crecimiento de corrientes doctrinales y de extremas reivindicaciones de todos los elementos sociales. Esto fácilmente permite críticas, pero ¿no exige también de nosotros, apóstoles, una extrema vigilancia que nos permita apartarnos, si es posible sin ofender a nadie, sin ser injustos con nadie, de todas estas luchas fratricidas? Nos está prohibido hacernos partidarios y entregarnos a un partido con la certeza de enajenarnos todos los demás. En las controversias que dividen a los hombres, lo que nos es propio es el justo medio, suponiendo que no nos podamos desinteresar, que muchas veces es lo mejor. «Mantenerse en el medio, como el árbol del Paraíso», según la bella expresión de un autor del siglo XIII, es un noble ideal. Sólo la estrechez de es-

píritu, agravada con la estrechez de corazón, puede confinar a un apóstol en los partidos, impedirle ver lo que hay de bueno en otros sitios y rendirle homenaje.

Esto no quiere decir que sea preciso caer en una ingenuidad optimista y saludar a todas partes, como Pierrot: «Señores, amigo de todo el mundo.» La puerilidad no está bien en el sacerdote. Nada debe empequeñecernos. Evitando la ingeniudad, que cree a ciegas e inciensa con beatitud, se puede llegar a la caridad, que *«todo lo cree»*, pero de otro modo; es decir, que está pronta a creer la verdad, a alabar el bien dondequiera que se encuentre, sin olvidar la prudencia de la que nadie está dispensado. Nobleza de alma unida a la clarividencia, juventud de alma unida a la experiencia: tal sería la disposición ideal. El apóstol tiene la obligación de ser a la vez viejo muy pronto y joven muy tarde, joven siempre, hasta la eterna juventud. La eternidad y la naturaleza, nos dan la una el modelo y la otra el símbolo de un espíritu salvador.

IV. La timidez, la autoridad y la presunción.

La autoridad de la palabra, que ponemos entre la timidez y la presunción como entre dos vicios, no es incompatible con un cierto temor. Feliz el orador, decía Cicerón, que no ha sentido nunca en el momento de dirigir la palabra erizarse los cabellos de su cabeza. ¿No te da al principio la impresión de un verdugo el acólito que te precede al púlpito? A veces este sentimiento se atenúa y puede llegar a desaparecer; pero en otros persiste toda la vida, perjudicándoles de alguna manera y estimulándoles de otra, pero desapareciendo siempre—al menos en lo que tiene de paralizante—tan pronto como empiezan la señal de la Cruz.

La autoridad es una condición previa de toda palabra que intente lanzarse a una empresa. Un hombre que fuerza a pensar, que piensa por todos, tal es el orador. Si la modestia o la humildad cristiana le invitan a quedarse atrás, su ministerio le empuja. ¡Qué poderosa elegancia hay en el hombre a quien anima el noble sentimiento de su poder, de su preparación, de su derecho a ser escuchado por sus semejantes, pero, sobre todo, qué irresistible fuerza en quien siente y hace sentir con plena evidencia la superioridad de la verdad y del bien, cuyo servidor es!

Nosotros no hablamos de nosotros mismos. El político habla en nombre del país, el abogado en nombre de la justicia, el capitán en nombre de la victoria, todos en nombre de una verdad o de un bien; pero nosotros hablamos en nombre de la verdad divina, del bien eterno, y el ser los representantes de estas grandezas lo cambia todo. Esto mismo nos da una autoridad única y de alguna manera exclusiva, puesto que en ninguna materia se puede vencer el espíritu del hombre sino con el espíritu de Dios. De aquí que quien pueda invocar este espíritu de una manera especial, por vocación y por misión auténticas, hablará *«con autoridad»*, como su Maestro: *«no como los escribas y fariseos»*.

En el fondo de sí mismo, el hombre de la muchedumbre que nos escucha no busca una explicación, una demostración o un consejo vago y aislado, espera un jefe. Afirmémonos, pues, como jefes, es decir, procuremos desaparecer nosotros para que aparezca Dios, «ocultémonos en la luz», según la expresión del Dante, y ejercitemos desde allí, como libres esclavos, la bienhechora tiranía de Dios. Entonces, cumpliremos un estricto deber. No tenemos derecho a timidez desde el momento en que nuestra palabra de hombres, por pequeña que sea, ha sido tomada como instrumento de la fuerza eterna. ¿No sería una defección dejar debilitarse en nosotros la autoridad de nues-

tro ministerio y una seducción sustituirla por respeto humano por *las palabras persuasivas de la humana sabiduría*?

Pascal llama a esto obrar «como tirano, no como rey». El rey gobierna en nombre del bien; el tirano, en nombre del hombre. Por eso Pascal condena «la elocuencia que persuade con dulzura y no con imperio». Evitemos el equívoco; no se condena la dulzura, pero no es ella la que tiene la misión de persuadir a las conciencias; es misión de la verdad de Dios, de Dios mismo. En este sentido, persuadir «por dulzura» es un engaño; «por imperio», es justicia. El hábil y el astuto, en el fondo, no se preocupa más que de sí mismo.

Concluyamos de esto que el orador cristiano, aunque se dedique a probar, deducir, justificar, motivar o persuadir por todos los medios que el hombre tiene a su disposición, siempre será y deberá mostrarse, como título principal, un hombre que afirma y que, como tal, no está sujeto a ningún juicio. La afirmación apostólica expresa la fe y debe ser tan segura como la fe misma. No es virilidad sobrenatural esa necesidad de demostrarlo todo rápidamente, de defender miedosamente lo que se dice, como si se quisiera hacerlo perdonar y cubrir con el escudo de la razón la autoridad de Dios; no es virilidad sobrenatural y el honor de Dios sufre menoscabo con ello.

No hemos de defender las circunstancias atenuantes a favor de lo que decimos. No vamos a pedir gracia, como si el siglo desdeñoso fuera el gran personaje y la Iglesia el niño. Este siglo tiene demasiadas cosas dignas de lamentar, con sus resistencias y sus tinieblas, para que sea caritativo o inteligente ofrecerle esa actitud y conformarle la nuestra. ¿Vamos a hacer una gloria de lo que le pierde? Amémosle lo bastante para no temblar ante él, para decirle a la cara, como San Pablo, lo que es y lo que le falta.

El tono del Evangelio es, por lo que a esto se refiere,

el que más nos conviene, aparte de los derechos soberanos e intransferibles de Cristo. El posee el don primero de la afirmación y lo comunica a quienes hace partícipes de su espíritu de sabiduría. El afirma, como una fuente que corre; nosotros, como una fuente que lanza el caudal que recibe. Lo que en Cristo procede de una íntima evidencia, en nosotros puede brotar de una íntima fe, que para el oyente es una fuerza. La profunda convicción del apóstol es uno de los instrumentos más poderosos para la conversión de las almas; el incrédulo la admira y, si es la convicción de un hombre que cuenta, de un hombre que reflexiona y que podría probar, quiebra desde el principio todas sus dudas. La prueba entonces no es necesaria. Se toma al hombre como una prueba viva.

Sólo así es posible la audacia en la exhortación y en la invectiva caritativa; sólo así se puede despertar al pecador de su falsa seguridad e invitarle a abrirse a las gracias salvadoras. «*Repréndelos severamente*», recomendaba San Pablo a Tito (2, 13). Una ternura intrépida es el preludio obligado de las divinas misericordias, y allí donde está en juego la perdición de tantas almas no basta un vago llamamiento a los deberes, «son necesarios botones de fuego», dice Juan de Avila. Cuando decimos con San Gregorio «Dios sigue a sus predicadores», ¿no podríamos añadir que adopta su manera de ser? Débil en nuestra debilidad o fuerte en nuestra fuerza: he ahí la alternativa a que su providencia se somete. ¡Que esto nos decida!

Comprendamos, además, que la autoridad exigida al predicador no es una autoridad afectada, que sería una ofensa al gusto y a las conveniencias oratorias, tanto como a la humildad sobre la que se apoya la autoridad del apóstol. Un buen orador no hace ostentación de su poder; lo que importa es que le incorpore a su discurso como una propiedad de las cosas; entonces, la verdad de su causa brillará en todo su esplendor y de ella brotará la belleza.

«Sin el atrevimiento, y un atrevimiento extremado, dice Eugenio Delacroix, no hay belleza» (5). Esto es cierto en todas las artes; en el orador cristiano la intrepidez será tanto más bella, conveniente y eficaz cuanto más se la sienta como un empuje interior, venido del espíritu divino, sin que de ninguna manera se le interponga el orgullo de la voluntad.

Es preciso, sin embargo, no falsear esta santa intrepidez, llevandola hasta el extremo de la presunción.

En cuanto al fondo de las cosas, la presunción puede ser de tal manera funesta que cause la ruina del ministerio y prepare la del hombre. Se da este caso cuando el orador enseña como en nombre propio, según ideas personales sin consultar el espíritu y las direcciones de la Iglesia, haciendo gala, por ejemplo, de ese falso modernismo que ya hemos denunciado, o defendiendo tesis peligrosas o arbitrarias en dogma o en moral cristiana.

Así, lanza proposiciones más o menos condenables acerca del orgullo y la humildad, la malicia o la inocencia de la mentira, las leyes del matrimonio, sexto mandamiento, pecado venial o mortal, la pretendida irresponsabilidad de los paganos, etc. etc., proposiciones a las que nuestra adhesión no añadirá ningún valor, pero con las cuales lo perdemos nosotros al engañar y descarriar a las almas.

Hay otro género de presunción que puede perjudicar el ministerio del sacerdote, aunque con menos gravedad: al decir esto, pensamos en la elección de temas, teatros en que se habla, auditorios que se eligen y adversarios que se atacan.

«*Altiora te ne quaesieris*», nos dice la Escritura (Eccli. 3, 22). Buscar siempre lo grande es en sí una hermosa

(5) *Diario*, t. II, p. 15.

ambición con tal de que no sólo sea ambición, es decir, que se trate de la obra, no de sí mismo. Pero, por otra parte, una obra y un ministerio no son grandes si no están exactamente proporcionados a quien los asume. Yo soy y obro; de mi obrar brotarán los efectos. Entre estos tres términos se establece una natural correspondencia; y cuando la acción pretenda desbordar al ser, el resultado no cuenta ya nada en la historia del bien.

Mantengámonos, pues, prudentemente dentro de los límites de lo que es de nuestra competencia, dentro de lo que podemos hacer bien. ¡De tal manera queremos ser nosotros mismos!... Seámoslo adaptándonos a la Providencia que nos ha hecho así y no de otra manera, que espera de nosotros tales cosas y no tales otras. El ideal de la acción es llegar hasta las fronteras de uno mismo; más allá sólo se podrá encontrar la caída; el «conócete a tí mismo» también está escrito para el predicador.

En cuanto a la forma, la presunción se muestra en un tono pretencioso, que presenta demasiado a la persona; en una afectación de grandilocuencia fuera de lugar; en comparaciones raras, chanzas peligrosas al afrontar las dificultades, objeciones terribles; en el modo de tomarse libertades con los grandes temas, pensamientos o personajes; en citas tan torpes como gloriosas hasta llegar a decir con Bossuet: «He aprendido de San Juan Crisóstomo...»; «San Pablo me enseña...» Pero Bossuet habló también de «los restos de una voz que decae y un ardor que se apaga.» ¿Habrá que copiarle también en esto?

Todo esto ofende y disminuye grandemente los efectos de la palabra. En un principiante inquieta o hace sonreir. Los jóvenes no gustan que se rían de ellos; ya lo saben: que estén seguros de ello cuando sus discursos no tengan humildad ni moderación. Lo que en ellos agrada es la

exquisita espontaneidad, mensajera de esperanzas; la pretensión choca y decepciona; hace que no se admire ni se espere ya más.

V. El orgullo y la ambición humana.

La presunción, la ambición y el orgullo están íntimamente unidos en sus causas y en sus efectos; se distinguen en que la presunción emprende cosas demasiado grandiosas, sea cual sea el móvil; el orgullo exalta la persona más de lo debido, y la ambición empuja con fuerza a los honores y al poder. Podemos tratar al mismo tiempo de estos dos últimos defectos, porque las consideraciones van a ser las mismas.

Es un hecho psicológico bastante curioso que el orgullo, como la vanidad—ésta sobre todo, ciertamente—, suelen atacar especialmente al hombre que habla o que canta. Se diría que la persona se proyecta al mismo tiempo que la voz y que busca expansionarse como las ondas sonoras. La palabra empuja también fácilmente por la pendiente de la ambición, porque es algo social, algo que lanza hacia adelante, que promete, cuando tiene éxitos mayores. ¡Cuántos sacerdotes han hecho de la predicación un medio de ascensión en la jerarquía sagrada!

En todo caso, orgullo, vanidad y ambición son enemigos de la palabra hasta el punto de falsificarla enteramente, de introducir los numerosos defectos hasta ahora señalados y otros que todavía tenemos que señalar.

Empiezan su misión por la elección de los auditorios, como si no estuvieran todos formados por hijos de Dios, como si Jesucristo no hubiera sabido entregar su sublimidad a todos los contactos, dando como señal de su Evangelio el ser anunciado a los pequeños.

Se puede ir por virtud a los grandes auditorios, a los

auditorios de élite; basta que la obediencia o una prudente administración de sí mismo lo decidan; pero preferir orgullosamente esos auditorios y, sobre todo, tener disgusto y desdeñar los auditorios modestos, es una malísima señal, prueba de que se ha olvidado el carácter de enviado, de que se habla para sí mismo y se trata de gozar de sí en la palabra o de atraerse alabanzas o beneficios.

Continúa su influencia con la elección de temas de aparato, no de utilidad, de curiosidad más que de doctrina o de práctica. Aparece el filósofo, el letrado, el sociólogo o el esteta; se olvida más o menos el apóstol.

Emprendido el discurso, helo ahí falseado quizás hasta en su fondo, cuando se olvida que el orgullo hace perder el espíritu en el mismo grado en que la humildad lo conserva. «Ofrecerse a través de las humillaciones a las inspiraciones», es una fórmula de Pascal, que Boutraux repetía frecuentemente, penetrado de la profundidad y fecundidad de esta moral. Para construir, la primera condición es poner el terreno al desnudo, y, después, cavar. El orgullo, encumbrado en sí mismo, no sabe ni hacer sitio ni profundizar.

En cuanto a la forma del discurso, las sutilezas que hemos condenado, los adornos inútiles, la hinchazón, la falta de adaptación y sencillez evangélicas, no tienen otro origen que ése. Las demás fuentes, en todo caso, se van agotando con la experiencia; ésta aumenta su caudal. Por eso, todo está desviado, puesto que el sacerdote mismo está fuera del fin que busca. ¿Puede ser dócil a las manos que lo emplean un instrumento que tiene exigencias propias? Decir instrumento es decir servicio, y quien dice servicio en lo espiritual dice humildad, es decir, verdadera grandeza, porque, ¿no es más grande ser instrumento de Dios que agente principal de sí mismo? ¿Qué es más bello, admirarse de sus profundidades al inclinarse sobre la fuente clara del Evangelio o pararse, como Narciso, a contemplar la propia imagen?

El orgullo y la intervención del yo pone obstáculos a toda verdadera elocuencia, comprometiendo de antemano lo que es su razón de ser y su piedra de toque: la causa que defiende. «¡La causa, la causa, la causa! esto es todo, Señor de Falloux», decía Cousin del gran abogado, creyendo dirigirle así la suprema alabanza. Pero, ¿cómo merecer este juicio si lo primero que se hace es pensar en uno mismo?

Luis Bonaparte, estando aún en Ham, añadía esta nota al enviar a uno de sus amigos su «*Extinción del Pauperismo*»: «Lee este trabajo sobre el pauperismo y dime si crees que *me* pueda producir alguna utilidad» (6). Esto bastaba para desconfiar del trabajo. Pronto se desconfía de una demostración científica cuando se ve en su autor la menor voluntad de imponerse, de poner su pensamiento en seguro, aun a riesgo de exponer la verdad a las ofensas. Cuando Laplace editaba su «*Mecánica celeste*», Biot había sido admitido a leer las magníficas investigaciones y hacía sus observaciones. Pero sus objeciones caían siempre sobre los pasajes que empezaban así: «Es fácil ver...» Signo imperceptible, que no pone en peligro la obra maestra, pero muy instructivo para el orador, el hombre de ciencia o el escritor.

Juan de Avila, hablando del predicador que busca las alabanzas a través de la palabra de Dios, emplea esta impresionante comparación: es como el embajador encargado de negociar un matrimonio para su príncipe, pero que lo concluye a su favor. Es terrible pensar que la predicación pueda convertirse así en un pecado, como la Santa Misa en un sacrilegio. Puede haber casos extremos; de ordinario se trata de defectos más o menos disimulados. Pero el auditorio no es tonto, se da cuenta del orgulloso y lo desprecia; ve al vanidaso y se burla de él. Jamás olvidaré a un predicador de retiro, que nos decía

(6) VÍCTOR HUGO: *Napoleon le Petit*. El autor asegura haber visto la nota.

a nosotros, colegiales de diez a doce años: «Platón, a quien leo todos los días después de mi Oficio...»

Esto no siempre está tan claro, pero el público es sutil y se da muy bien cuenta si, cuando llevamos una antorcha, queremos brillar o hacemos el gesto de la Libertad, iluminando al mundo, o el de Lady Macbecth bajando la escalera. Al mostrar Bonnat a Degas un *Tirador de arco* de uno de sus alumnos le decía: «Mira qué bien apunta, ¿verdad?» «Sí; apunta a una medalla». ¿En qué lo había conocido?

En nosotros también los frutos se resienten de algo parecido. Juzgada o no, la calidad de nuestra acción es la que determina la reacción del público. Sólo manteniéndonos cerca de las ideas y lejos de nosotros mismos nos pondremos en contacto con otros espíritus y los arrastraremos. Quien predica para «su santo», no tiene ninguna probabilidad de convertir a nadie y sí muchas de perderse a sí mismo.

Algunos directores de almas han dicho que si un sacerdote se siente invadido por el orgullo o por la ambición en lo que se refiere a su palabra, debe dejar de predicar, que espere hasta haber logrado en el retiro un corazón anclado en Dios y más seguro de sí mismo. Es preciso confesar que este consejo es difícilmente practicable. Se comprende, sin embargo; porque si es fácil a un hombre sincero y laborioso levantarse de una caída, un orgulloso jamás se privará de un éxito; «tener éxito», en el sentido en que él lo entiende, sería llegar a ser un gran maestro de elocuencia; más le valiera el silencio. Pero hay otro remedio: corregirse. Los medios de defensa son, interiormente, la unión con Dios, el sentimiento de la propia responsabilidad ante las almas, el recuerdo de sus faltas y el reconocimiento de sus insuficiencias que de tal manera pueden disminuir el fruto. Piense más en lo que sustrae que en la propia aportación. Exteriormente, se pue-

den fijar estas reglas: jamás envanecerse de los éxitos; no excusar los fracasos, que es lo mismo y probaría gran malicia. Si nos alabamos, se nos reprenderá con razón. Si nos reprendemos, todos se apresurarán a consolarnos, pero con consuelos bien mortificantes. Nunca se ha de poner por delante en el púlpito la propia persona, ya que para nada sirve: perjudica al orador y disgusta al oyente, pues el único medio de agradarle es hablarle de sí mismo. «A quienes tanto gusta hablar de sus propias cosas, habría que decirles lo poco que gusta oírles.» Además de ese instinto de orden tan humano, el público tiene razón en pedir en el púlpito se hable de él. ¿No es a él a quien se te ha enviado? Tiene muy claro el sentimiento de su derecho; que lo tenga también de su deber, que es escuchar interiormente, como nosotros, la verdad eterna, y todo marchará bien. «Escúchame, cristiano; o, mejor, no; escucha conmigo, escuchemos juntos y aprendamos los dos» (7).

Por lo demás, procúrese en esta materia no caer en el escrúpulo. Nunca se podrá desterrar totalmente el orgullo; lo único que se puede hacer es reducirlo al mínimo. Si, como decía sonriendo San Francisco de Sales, es verdad que el amor propio no muere en nosotros sino un cuarto de hora después de muertos, será inútil esperar una victoria completa. Pero quien está constantemente en la lucha es ya moralmente vencedor. La Esposa de los Cantares lleva polvo en sus sandalias y, sin embargo, no se detiene; el hombre de oración tiene distracciones obsesionantes, pero no deja de orar. San Bernardo nos sugiere la verdad completa cuando escribe: «Yo no quiero, Satán, ni subir al púlpito por tí, ni descender por tu causa».

(7) San Agustín: *Sermones*, serm. CCLXI.

VI. El verdadero celo y la confianza fundada en Dios.

La última cualidad del orador cristiano de que vamos a tratar es precisamente la que debe animar a todas las demás: el celo. Y juntamos al celo la condición de su éxito, hablando de la confianza fundada en Dios.

El celo es un ardor y como una inquietud que no nos deja reposo cuando se trata de Dios o de la salvación de las almas. Es hambre de Dios y de las almas y, por eso, afán de conquista, entusiasmo de combatiente, que hace de nuestra palabra una empresa guerrera. Es preciso que Cristo venza, es preciso que las almas le sigan y se salven.

Hay aquí dos objetos solidarios, pero subordinado el uno al otro y uno mayor que el otro. La gloria de Dios es más preciosa que la salvación de cualquiera y, por eso, en algunos casos se debe poner en peligro el interés mismo de las almas por el honor de la verdad y por el bien común de la obra divina. Pero esto mismo nos advierte que, hablando en general, ambos objetos se unen. Dios no tiene otra gloria en la creación que la salvación de sus seres y, por eso, la caridad en su doble objeto no es más que un único amor.

Precisamente la caridad es en esto el principio; el celo no es más que su llama. Se trata de realizar los planes de Dios, que son planes de amor, cuyo medio es una ley de amor y cuyo término es la consumación del amor; se trata de que todos lleguen a este término, y el celo se lanza a abrir caminos.

Quien no tiene caridad en su corazón podrá tener apariencia del celo y hasta su gesto sincero, cuando tiene deseos de recobrar la amistad con su Dios; pero el verdadero celo está aún ausente de él y, a decir verdad, no

siendo amigo de Dios, debería callarse, ya que su palabra no tiene ningún fin.

Por el contrario, en el amigo de Dios lo normal es que el celo tenga forma de idea fija, como efecto de una gran pasión. Pasión en el corazón e idea fija en la mente son cosas que se corresponden; es el estado de los grandes apóstoles. Una especie de entusiasmo habitual les empuja y la etimología misma da la razón de esta inquietud, pues que *entusiasmo* significa inspiración de Dios.

Un sentimiento como éste nos arranca naturalmente y nos desinteresa de nosotros mismos, porque el amor se traslada a lo que ama y allí pone todo el interés de su vida. «*El celo de tu casa me devora y las ofensas de tus enemigos han caído sobre mí*», dice el Salmista (68, 12). El mismo sentimiento hará decir a San Pablo: «*Ardientemente desearíamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino nuestras mismas almas*» (I Tes. 2, 8). Y a San Agustín: «¡Ah! Si vosotros no me escucháis y yo no dejo de hablar, yo habré salvado mi alma; pero no quiero salvarme sin vosotros» (Serm. XVII).

Por consiguiente, nada se ha de economizar. Pertenecemos totalmente a Dios y a las almas: tienen derecho a nuestro tiempo, a nuestro trabajo, a nuestro reposo, a nuestra salud, a nuestra vida; no se trata más que de administrar prudentemente—para ellos, no para nosotros—lo que es bien de Dios y de las almas.

La conducta del predicador en estas condiciones depende de las circunstancias y de su propia inspiración, bajo el control de la obediencia. Esa es nuestra regla normal, pero no podemos despreciar los impulsos del Espíritu Santo. El P. Saudreau había hecho voto de no rechazar jamás un sermón; enfermo por las excesivas fatigas, renovó su voto, lo que no le impidió conocer la vejez. El Cura de Ars, a pesar de sus inmensas ocupaciones, predicaba todos los días. Lo mismo hacía San Vicente Ferrer y los Padres de la Iglesia. Hoy, salvo casos

muy raros, sólo el periódico predica todos los días y no precisamente en favor de lo mejor.

Un segundo efecto del celo es el afán de enriquecerse y progresar a fin de repartir mejor. A su llamada acuden todas las cualidades exteriores e interiores; se vive con la constante preocupación de adquirirlas y de perfeccionarlas, para que el amor no pierda ninguna de sus oportunidades. Por encima de todo, el celo mantiene en una elevación de pensamientos y de corazón, en una impresión de Dios y de las almas, en un sentimiento de la vida sobrenatural y del destino que ella prepara, en una emoción de las caídas y de los peligros a los que las almas están expuestas, que forman la atmósfera cálida y apropiada para él.

Y no es esto todo. El celo, efecto de la caridad y causa de la palabra, no da a esta última solamente su existencia y su impulso exterior: la caracteriza interiormente, en su espíritu mismo y, por eso, en el fondo él es el gran maestro en retórica sagrada.

Ernesto Hello definía el genio como «un deseo en acto», e inversamente, el deseo como «el genio en potencia». Por eso, todo hombre de celo, es decir, todo hombre que ama es elocuente. ¿No es esto lo que ha dicho Lacordaire en una frase célebre? Emerson había dicho ya: «El hombre elocuente no es el discurseador de talento, sino el que está íntimamente penetrado de una creencia» (8). Y Mozart: «Ni la inteligencia ni la imaginación ni las dos juntas hacen al genio. Amor, amor, amor, he ahí el alma del genio» (9).

Emerson cita este proverbio de los cazadores de pieles de América: «La bala que alcanza el blanco es la que ha sido mojada en la sangre del cazador». Se expresa aquí la idea de sacrificio, pero también, la evocación del

(8) *Societé et Solitude*, p. 90.
(9) Ecrit sur l'album de Gottfried Jacqin, 11 de abril de 1878.

ardor interior, de la entrega a una causa, si es preciso hasta la sangre. Es la pasión. Si el amor de Dios y de las almas no está en nosotros en estado de pasión, necesariamente seremos débiles; no teniendo llama interior, no tendremos expansión y la elocuencia es una expansión, un aliento.

Hay predicadores que no son ciertamente reprensibles, que cumplen correctamente su tarea, que dan tal o cual satisfacción a sus superiores y a sus oyentes, que trabajan y son fieles a su deber de estado; pero no se ve brillar en ellos llama alguna. ¡Ah! Nunca *pondrán fuego en la tierra*. Son almas apagadas. Se diría que se les escapa totalmente el fin a alcanzar, la inmensa necesidad de las almas y la miseria del mundo en todo tiempo. ¿Será verdad que nunca piensan en estas cosas? Entonces, falta a su ministerio la virtud más necesaria del orador.

¿De dónde brotan en las Epístolas de San Pablo esos golpes que saltan a cada paso y sorprenden al alma, la encantan y subyugan—y eso que la escritura no es con relación a la palabra que imaginamos, sino como la lava ya fría—, de dónde brota todo esto sino de una exclusiva pasión por Cristo y por las almas en Cristo? Ahí están, como por encantamiento, las famosas «figuras de retórica» que llenan los tratados de elocuencia; el amor los sugiere por instinto, porque «el amor descubre los medios de satisfacer al amor» (Augusto Comte).

¿Cómo podría el amor, que es «fuerte como la muerte», hablar débilmente de lo que pierde a las almas, de lo que puede salvarlas, de lo que las acerca a Dios o las separa, de lo que frustra la Cruz o la hace resplandecer gloriosa sobre la tierra nueva de una región o de un corazón?

Ciertamente, el estudio es siempre necesario; un espíritu instruído vale por dos, pero siempre hemos dicho, aún cuando hacíamos su apología, que el estudio no basta. Es preciso subir hasta el manantial. No fué Quintiliano quien inventó los tropos, sino la pasión. Quintiliano vino

después, y aún después no es más que un importuno si no vuelve a encontrar a través de la pasión lo que su análisis concluyó de una pasión primera. En arte es preciso inventar siempre, reinventar siempre en el mismo lugar, o nunca se tendrá más que lo ya descubierto y frío, lo incapaz de producir una emoción. «Para arrancarme lágrimas, es preciso que llores.» Conmovido, se conmueve; ardoroso, se enfervoriza; horrorizado, se espanta; lleno de deseos, se comunican. Es necesario un cierto don; pero, aunque estemos mediocremente dotados, una santa pasión hará pasar a nuestra voz, a nuestras actitudes, a nuestros movimientos, a toda nuestra persona, como antes a nuestra composición y a nuestro estilo, todo aquello que puede satisfacer en el prójimo la necesidad de su corazón. San Felipe Neri no hablaba de hombres de genio cuando decía: «Dadme diez sacerdotes celosos y yo os daré el mundo entero convertido». Pongamos doce, el número de los Apóstoles, pero dotados de la elocuencia verdadera, «que se burla de la elocuencia», según la expresión de Pascal. Por el contrario, poned el puro oficio, el deseo de brillar, el amor propio...: todo se enfría y se hiela, aun con la apariencia de calor, porque es calor ficticio. ¡Un fuego helado!: ésa es la extraña impresión que da un calor retórico, sin amor.

Por parte del objeto de la palabra la elocuencia es una evocación; se trata de hacer ver, de hacer vivir ante los ojos las cosas, y esto es efecto de un ardor interior que supone facultades, pero también detrás, su motor. Para que la verdad triunfe es preciso saber dirigirla al auditorio como una realidad viva, aunque pertenezca al mundo de lo abstracto; saber dirigirla apremiante, aun cuando el sentido humano la encuentre fastidiosa; con derechos, ya que el *derecho a la vida* se antepone a todos los demás bienes; poseedora de la felicidad, aunque para nuestras evidencias de terrenos la felicidad habite en regiones más cercanas. ¿Cómo lograr todo esto sin estar uno pene-

trado de antemano por esa verdad y consagrado a su reino?

La elocuencia cristiana es un desbordamiento, una invasión de la verdad que ha penetrado en un corazón y que este corazón lanza a otros con toda la fuerza de sus latidos. Si no hay latidos o verdad, ¿qué podrá circular? Sólo palabras. Físicamente la palabra es una respiración articulada: tengamos a Dios y será El nuestra respiración; Dios mismo articulará nuestra palabra.

«Nuestro Señor, dice San Francisco de Sales, no pregunta a San Pedro si es sabio o elocuente para decirle: «*Pasce oves meas*», sino: *Amas me?* «Basta saber amar para hablar bien» (10). Atrevida expresión, que literalmente no es cierta, pero que sí lo es espiritualmente, y se verificaría cuando el amor tocase en lo sublime. Es verdad que en este caso es él, el amor, el que buscaría todas las armas y no despreciaría aquellas que una sana literatura nos ofrece.

Una vez cumplidas todas las condiciones, tenemos que decir que los límites de nuestros resultados son los mismos que los de nuestro celo y de nuestra caridad apostólica. Por eso, consignamos como última cualidad espiritual del orador cristiano la confianza.

No nos podríamos expresar así hablando de un oyente particular; la libertad individual puede resistir toda influencia, aún la más eficaz; pero ante un grupo de almas con la misma vocación sobrenatural y los mismos auxilios de lo alto podemos decir que nuestra impotencia está proporcionada a nuestra debilidad. Si fuéramos más fuertes, obligaríamos a nuestros queridos adversarios no sólamente a ceder, sino a embarcarse en esta misma conquista, a hacerse ellos mismos apóstoles. ¿No es esto para nosotros el fin del supremo esfuerzo? ¿Ha recibido un alma

---

(10) San Francisco de Sales, carta 218.

el suficiente rocío del cielo si no se convierte en manantial? Cristiano perfecto es sólo el que suscita a otros, como animal perfecto es el que puede engendrar. En lo sobrenatural, el bien se perfecciona sobrepasándose, derramándose.

He ahí una de las razones por las que un predicador no debe despreciar los auditorios pequeños. Quizás se mortifique el amor propio, pero precisamente es éste un nuevo motivo de esperanza. Bien vale nuestro trabajo una sola alma. «Dios pesca las almas a caña; el diablo a red.» Pocas almas en vez de una muchedumbre nos darán ocasión de hacer nuestra palabra más íntima y apremiante por el ambiente de secreto, y a través de estas almas, mejor penetradas, podemos esperar las demás. Jesús pronunció un sublime discurso sólo para la Samaritana; se alejó ella, pero para traerle todo el pueblo, diciendo: «*¿No será éste el Cristo?*» Que puedan decir nuestros oyentes al alejarse del púlpito: ¿no estará ahí Cristo? ¿No estará ahí la salvación? ¿No estará ahí la felicidad? Y, ¿por qué no? La fuente viva no cesa de correr; si nos expresamos en nombre de Cristo, podemos dar el agua que salta hasta la vida eterna.

La confianza es, pues, una exigencia, y «nuestras dudas son traiciones» (11). Si es preciso, no temamos esa especie de locura generosa que es un estimulante de la acción y hace de la ilusión misma una fuerza. Se ha dicho que «en el origen de toda empresa duerme una ingenuidad» (12). Juan de Avila se esforzaba en convencerse, al tomar la palabra, de que podría convertir a todo el auditorio. En el fondo se equivocaba. Pero esta noble ilusión le inflamaba y renovaba su celo.

Esto supone, como decíamos desde el principio, que sea en Dios en quien fundemos nuestras esperanzas. Y

---

(11) SHAKESPEARE: *Mesure pour mesure*, act. I.
(12) B. GRASSET: *Remarques sur l'action*.

nuestras esperanzas apostólicas están fundadas en Dios, cuando contamos para nuestros resultados con el hecho de que Dios está a la espera de las almas, cuando confiamos en el valor infinito de lo que El ofrece y lo que nosotros expresamos; en el hecho de que las almas, sin ellas saberlo, le están esperando y se precipitarían ardientemente a su encuentro si nosotros supiéramos mostrarlo, abrir sus ojos a la luz y despojar de su prestigio a los ídolos con que se le sustituye.

Ante almas de buena voluntad la confianza bajo este aspecto tiene un fundamento muy próximo: tienen hambre y nosotros les llevamos un alimento celestial; el festín será delicioso. Pero, aunque falte la buena voluntad, queda siempre la necesidad; en ausencia del hambre sentida, el hambre esencial; a nosotros toca despertar el hambre en el otro sentido de la palabra, «hacer desear», como dice Pascal. En nuestras manos tenemos todo lo que para esta tarea necesitamos con nuestros tesoros de sugerencias y promesas. Nuestra esperanza recae entonces sobre un doble objeto: esperamos que podremos hacer esperar en la verdad, hacer que la deseen y, después, hacer que la alcancen.

Hay quienes pretenden que en tal o cual ambiente o parroquia «no hay nada que hacer»: que llamen a un Cura de Ars, a un San Carlos Borromeo, a un San Francisco de Sales o a un San Vicente de Paúl y verán si hay algo que hacer. En realidad, muchas veces desplazamos las cuestiones; para no tener que acusarnos, acusamos a las personas y a las cosas. Es muy cierto que hay situaciones difíciles, pero, al fin y al cabo, esta verdad existe y debe hacernos reflexionar: nuestras derrotas colectivas son siempre, siempre, insuficiencias nuestras.

Además, cuando estamos dispuestos con toda nuestra preparación y todo nuestro celo, Dios está también dispuesto con su gracia. Sin El sabemos que no podemos

nada; pero, ¿por qué vamos a estar sin El? ¿No tenemos derechos? «La obligación de dar es un derecho a recibir», dice San Agustín (Carta 266). Después de todo, cuando predicamos, pensamos lo que Dios piensa; queremos lo que El quiere y hacemos lo que hace su providencia; somos su «voz» y su brazo; ¿no nos deberá su ayuda? Dios es la causa primera y nosotros el instrumento. Si el instrumento no se sustrae y rompe el plan previsto para la salvación de los hombres, ¿cómo dudar de la Causa primera? También se puede aplicar en beneficio del predicador el adagio teológico: «*Facienti quod in se est, Deus non denegat gratiam.*»

Sabiendo esto y contando con ello, el predicador se encuentra a la vez multiplicado en sí mismo y aumentado por Dios. Sí, gracias a Dios, ha podido ya realizar conquistas, la confianza se afirma: lo que Dios ya ha hecho, todavía lo podrá hacer; lo que él pudo hacer con la ayuda de Dios, ¿por qué no lo ha de poder hacer de nuevo? Que se lo diga a sí mismo al presentarse en su corazón, mirando a su mundo y en nombre de Jesucristo de quien es representante: «*Veni ut isti vitam habeant, et abundantius habeant*» (13). Enunciará así una esperanza inaudita y audaz; pero el cielo y la tierra le aseguran que no rebasa su derecho.

---

(13) San Francisco de Sales, carta 218.

LIBRO TERCERO

EL EJERCICIO EFECTIVO DE LA PALABRA DE DIOS

CAPITULO PRIMERO

LA ELECCION DE LOS TEMAS Y LOS GENEROS.

VENGAMOS ya a las realizaciones. El orador, preparado ya y armado con todos los recursos, se dispone a la obra y empieza, cuando tiene libertad, por elegir su tema.

No temamos el lugar común, pues no será inútil decir a un religioso: elige temas religiosos. Las personas serias deploran la invasión del púlpito por temas profanos, estudios literarios, filosóficos, políticos, artísticos, sociales, que, sin duda, nos convienen en algún aspecto, pero frecuentemente pasamos los límites. El público se presta a ello de buena gana y se hace cómplice de una desviación que entretiene su sensibilidad y no se preocupa de despertar su conciencia. Pero esto de ninguna manera nos absuelve. En otro tiempo la religión era la política, la ciencia social de aquella época: no nos toca a nosotros transferir a estas disciplinas seculares la religión del tiempo presente, que tanta necesidad tiene de verdadera religión.

No se opone a esto que un especialista aborde los temas humanos e intente relacionarlos convenientemente con los de la fe. Muchas veces hemos dicho que todo nos pertenece. Pero hay sus límites. Es preciso tener en cuenta la competencia, Quienes se lanzan aturdidamente a conferencias sociales, científicas, históricas, sin una for-

mación apropiada y buscan para ello auditorios especiales sin tener una cultura también especial, se exponen a la burla, además del mal que hacen y del bien que impiden hacer. En este caso, escribe Amiel, «los sencillos tendrían razón para decir, y yo lo digo con ellos: *Han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto*» (1).

Son raros los espíritus verdaderamente aptos y preparados para este género de trabajos; admirémoslos y no les imitemos demasiado. Ellos mismos reciben con frecuencia disgustos por ciertas iniciativas y audacias demasiado precoces o poco meditadas; no agravemos sus remordimientos, sufriendo el contagio de su ejemplo. A menos de indicación particular o consejos autorizados, el predicador hará bien en mantenerse dentro del Evangelio, entendido en el sentido amplísimo que comprende todo lo que hemos mencionado al hablar de las *fuentes*.

Sobre todo, no debe limitarse a ese moralismo característico en otras partes y que es el fondo de la predicación protestante. La práctica se apoya naturalmente en el dogma, como el dogma se orienta a la práctica. Este continuo cambio de luces sobrenaturales y de estímulos, de considerandos y de preceptos constituye la «fe» y el «Evangelio». Y todo esto encuentra tan difícil acogida y de tal manera nos encontramos, hombres de Dios, ante las olas ruidosas, como Demóstenes, que no nos conviene de ninguna manera proferir inútiles ruídos.

Es oportuno recordar una vez más la expresión de San Pablo: «*Yo no he creído en medio de vosotros saber otra cosa que Jesús y Jesús crucificado.*» No por eso todos los temas de nuestros sermones se van a referir directamente a la persona de Nuestro Señor; se puede dar de otra manera cumplimiento a la piadosa obsesión del Apóstol. Pero intervenga lo más frecuentemente posible esta sagrada Persona en sí misma, en sus discursos, en su vida

(1) AMIEL: *Diario íntimo*, 27 de mayo de 1860.

y, sobre todo, en su Pasión. Un predicador que se dedicara únicamente a este tema, dice M. Isoard, que encontrara su felicidad en profundizarlo y se hiciera una especialidad en presentarlo bien, que lo llevara de pueblo en pueblo, de parroquia en parroquia, podría estar seguro de haber pasado haciendo bien (2).

Las razones son bien conocidas. En primer lugar, el ejemplo del mismo Jesús que ha presentado su persona con tanta valentía como humildad, haciéndola centro de toda su misión en beneficio de los hombres. El es la Religión, el Evangelio y la Iglesia. La liturgia, vida de la Iglesia, gira alrededor de El. La doctrina y la práctica no son más que sus pensamientos, sus órdenes o sus consejos. Vida santa es vida con El. Los Sacramentos son una derivación de su ser y su acción, y a El nos acercan. En El, pues, todo vive y se revela todo lo que debemos nosotros enseñar o inculcar. El es el principio universal de desenvolvimiento, el medio indispensable para alcanzar el fin, y el nudo de la historia. El es la prueba por excelencia de todo lo que podemos nosotros afirmar, el motivo de todo lo que nosotros podemos exigir, la garantía de todo lo que prometemos. Santo Tomás le llama la ley de vida en estado viviente, «*quasi quaedam lex animata*», y, por eso, El es el ejemplar que arrastra, el ideal que atrae y fascina espiritualmente y al que no se puede resistir.

He ahí el ser representativo del cristianismo, el héroe que encarna y causa las victorias del alma, el rey que representa la patria eterna, el amigo que habla de corazón a corazón, el padre que agrupa la familia de los hijos espirituales dispersos, el hermano por medio del cual Dios es Padre y le conocemos. Que su nombre brille y que su Persona esté siempre presente. Sólo El nos es indispensable, pues es nuestro todo; es preciso prepararle el encuentro.

---

(2) MGR. ISOARD: *De la Prédication.*

En teatro se ha explotado el tema del *encuentro* entre familiares por largo tiempo separados, que de repente una peripecia reúne. A nosotros toca provocar la peripecia que lleve el alma al encuentro de Jesucristo. El tiene sangre nuestra, como nosotros tenemos sangre suya; ha tomado nuestra naturaleza y nos comunica su misma naturaleza: de este doble parentesco debe surgir el amor. Que el predicador lo recuerde; que sepa distinguir nuestras líneas respectivas: la verdadera humanidad en nosotros y la divinidad en Jesús, y entonces pronto caeremos a sus pies y en sus brazos.

Por las mismas razones, atenuadas, pero válidas todavía hemos aconsejado predicar frecuentemente acerca de los santos. Es importante utilizar a costa suya el interés del hombre por el hombre, la atracción instintiva y la simpatía por un ser de nuestra misma raza, que ha tenido nuestros mismos sentimientos, combatido las mismas batallas, y que ha triunfado. Es muy fácil de observar el efecto. Ved el movimiento de atención y viva curiosidad que se despierta en una sala cuando aparece en el estrado un hombre célebre, cuyas obras quizás nunca se tomó el trabajo de leer, pero se está impaciente por oírle y feliz de poderle ver. El hecho sensible, la persona, lleva consigo una eficacia especial, y lo sobrenatural saca gran provecho. No es necesario dedicar todo el discurso al personaje vivo, pero es una gran ventaja aprovechar alguna ocasión.

Cuando se trate de temas generales, tenemos que añadir a lo que decíamos de su carácter puramente religioso que no hay que dudar ni tener miedo a la elección de los temas más tradicionales y más sencillos, porque son al mismo tiempo los más útiles, y piensen lo que quieran algunos, los más ricos.

Se imagina uno muchas veces que los temas «orato-

rios» son temas extraordinarios, inéditos, de títulos sonoros, y corremos peligro al abordarlos de olvidar nuestro deber de catequistas y apóstoles, de doctores y convertidores, dando además prueba de puerilidad y de ridículo. Son mucho más fecundos los temas familiares, porque son los más relacionados con la vida; son también los más brillantes cuando una viva imaginación y una sensibilidad fina saben extraer de ellos su contenido. Basta para ello mirarlos desde lo alto, como nos exige el espíritu sobrenatural, y descubrir sus múltiples relaciones, lo cual constituye el triunfo del arte. Los artistas no encuentran su inspiración en las rarezas, sino en la vida auténtica y en condiciones permanentes. Las verdaderas imágenes de la vida, son siempre jóvenes, y más aún las de la vida sobrenatural, que toca más de cerca la eternidad.

Después de todo, manteniéndonos siempre dentro de nuestro propio ministerio, sólo grandes temas se nos presentarán. Estamos siempre frente a Dios, en confrontación constante con el destino, con la naturaleza y con la humanidad en sus aspectos más elevados, y, ¿no nos bastará esta grandeza? ¿Tendremos que buscar otra? Un público asociado al drama universal y eterno no puede quedar decepcionado cuando le damos una viva impresión del mismo. Sea yo el mediador del cielo y de la tierra y se aceptará mi mensaje.

Además, ¿no son siempre nuevas esas cosas en que los hombres no piensan? Ese es nuestro caso, el de todos, respecto a lo sobrenatural. Lo que de suyo es nuevo para la conciencia que lo profundiza, lo es mucho más para la inconsciencia.

Entre estos temas permanentes y siempre sencillos que deberían sin cesar aparecer en nuestros sermones, quisiéramos citar algunos, no a título de *temas* propiamente dichos—sería necesario subdividirlos, y esto se puede hacer de muy distintos modos—, sino como motivos

fundamentales, inspiradores de temas ellos mismos. Serían, por ejemplo: un justo sentimiento de Dios y de lo que le es debido, de sus beneficios, de sus grandezas, sentimiento casi desaparecido de nuestra sociedad laicaizada y con el que se relacionan muchos temas tradicionales; —el verdadero sentido de la vida, tan embotado, por la misma razón, aun entre cristianos practicantes; —el destino, «los fines últimos», cuya noción parece a muchos pueril cuando se habla del cielo, o extraña cuando se amenaza con el infierno; —la apreciación del bien y mal moral, de la virtud y del pecado, de su gravedad trágica; —la caridad, en el amplio sentido de la palabra, tan raquítico en el vocabulario corriente; —la verdadera naturaleza de la Iglesia, encarnación continuada, gracia social, alma de las naciones, en vez de la organización puramente administrativa y utilitaria que tantos quieren ver en ella; —la persona de Cristo, una vez más, con su verdadero lugar en la vida universal, en la vida individual, en el tiempo y en la eternidad; —el concepto de orden en todos los campos, de jerarquía, de autoridad, de bien común, de subordinación ineludible a una tarea que nos trasciende y que, sin embargo, es nuestra...; esto, dentro de la familia, en la profesión, en la ciudad. en los pueblos, en todas nuestras asociaciones.

Los temas que de estas materias se tomen serán los verdaderamente útiles, inagotables; y será casi indiferente que se elija éste o el otro con la condición de que se tomen en su centro, que coincide siempre con el de los demás, y en su espíritu, porque en todas las cosas hay un solo y mismo espíritu.

Todos los alimentos son buenos con tal de que produzcan sangre. Todos los temas pueden ser buenos cuando el que los trata sabe vivificarlos con una infusión enérgica del espíritu cristiano que le vivifica a él mismo y del que está empapado. Es necesario que el espíritu de nuestros temas brote de nosótros. Su aparición patética tiene

más importancia que las consideraciones particulares que se exponen. Si nosotros no lo tenemos, no son nuestros temas los que nos lo van a dar. «Tu tema eres tú mismo», escribe Eugenio Delacroix (3).

Una consideración útil aún. Es conveniente, en cuanto las circunstancias lo permitan, disponer las materias en series en vez de dejarlas aisladas. Es un elemento de éxito. Lo saben muy bien los editores cuando crean colecciones y los folletinistas, hábiles en atraer al lector por medio de la espera y el recuerdo.

La doctrina cristiana es esencialmente coherente; la armonía interior y la adaptación a la vida son sus características divinas. La ciudad de Dios no tiene rincones aislados; es en todas sus partes un mismo palacio de luz; hagámoslo ver así y, en vez de piezas sueltas que vienen sin que se sepa por qué, ofrezcamos, a ser posible, un catecismo vivo, un catecismo en el sentido de Jouffroy en su famoso ditirambo; es decir, un tema lo suficientemente amplio y bien estudiado que deje en los espíritus la impresión clara, el sentimiento vivo de un crecimiento espiritual, de un enriquecimiento sobre un punto importante de la vida.

A este respecto, el discurso dogmático y la tesis moral no son los únicos en ofrecer posibilidades. También se presta la homilía, que puede agrupar textos elegidos y clasificados según su carácter común y con vistas a una conclusión. Por ejemplo, los diversos anuncios de la Pasión, las Parábolas del Reino de Dios, los perdones o las amistades de Jesús, las santas mujeres del Antiguo o del Nuevo Testamento, etc., etc. Temas como éstos se prestan a todas las aplicaciones, y aun valdrían por sí solos, aunque no se hiciera ninguna aplicación expresa.

---

(3) EUGENIO DELACROIX: *Oeuvres litteraires*, t. I, p. 68.

Puede suceder que otro, a quien se sucede en el púlpito, haya emprendido una serie de predicaciones sobre un tema un poco extenso, como el labrador sucede al labrador en el cultivo de un mismo campo. Es entonces delicado, piadoso y mucho más útil, si es posible, continuar el trabajo empezado con la libertad de orientarlo en un sentido nuevo, en vez de empezar a fechar el reinado desde uno mismo y volver a empezar como si nada se hubiera dicho. Obrar como hermanos y entrar en el surco ya abierto además de las ventajas prácticas de la continuidad, en favor del auditorio, es dar una impresión palpable de nuestra cualidad de representantes, de la unidad de la palabra apostólica dentro de la unidad de la Iglesia y de la unidad de Dios.

Finalmente, en materia apologética nunca se aconsejarán lo bastante los temas de exposición sobre los de refutación o controversia. Lo hemos dicho ya en muchas ocasiones: pero, una vez más, aprovechamos ésta que ahora se presenta, porque estamos vivamente convencidos de la importancia capital de este método. Es el método del Evangelio; el método de la vida en la que las fuerzas se proponen siempre un fin positivo, una construcción, una adquisición en la que las luchas son accidentales.

«Quien quiera ejercer una influencia útil, decía Goethe a Eckermann, jamás insultará nada. No se inquiete por lo absurdo y consagre su actividad a conseguir que nazcan bienes nuevos. No destruir, sino edificar.» Luis Veuillot, en una fórmula digna de las reflexiones de todo apóstol, enuncia una verdad aun más profunda cuando dice: «El gran servicio que debemos hacer a los incrédulos es hacer que los cristianos sean auténticamente cristianos.» Si nos dedicáramos a cristianizar al mundo, nos ocuparíamos muy eficazmente en atraer a la fe a aquéllos cuya incredulidad no es, de ordinario, sino un efecto de la descristianización del ambiente. Por el contrario, abordar

como incrédulos a estos cristianos más o menos desafectos, pero muy cerca aún de nosotros, es exponerse, si no se les convierte, a acentuar la ruptura. Trátalos como adversarios y se creerán tales; trátalos como cristianos y se reconocerán cristianos, quizá a pesar de sus olvidos o de sus dudas.

Los mejores temas apologéticos son, pues, aquéllos que manifiestan positivamente las fuentes de la institución cristiana, su estructura íntima, su sentido y su contenido, de los que puede brotar el sentimiento de su valor. Estas exposiciones, cuya amplitud es indefinida, darán razón de todo y harán tanta luz que no habrá necesidad de batirse en las sombras.

Expón la doctrina de vida: di cosas conformes a la naturaleza y a la vida, al ideal excelso de la naturaleza, a las miras cada vez más ambiciosas de la vida, como te invita o, mejor, te fuerza una exacta interpretación del Evangelio; y todo el mundo reconocerá esas cosas sin que sea necesaria su «demostración» o su «defensa».

Se pierde mucho tiempo en discutir, en descender hasta los incrédulos, cuando se les podría iluminar maravillosamente en compañía de sus hermanos creyentes e invitarles con energía, *sin decirles nada expresamente*, a unirse al rebaño. En vez de esto, muchas veces se les hiere y escandaliza confirmando sus dificultades con respuestas insuficientes, poniendo «puentes demasiado cortos sobre el foso», como decía Jacques Riviére; lo más frecuentemente se les deja en la misma situación, como pasa siempre en las disputas de conversaciones.

San Francisco de Sales, tan experto en controversias cuando quería, no discutía sino raramente, y confiesa que no le resultaba bien. Exponía de manera que destruía las dudas, pero sin mostrar esa pretensión, temiendo poner en defensa al adversario y quizá inducir a tentaciones a

los creyentes. Más vale, decía, prevenir las objeciones que anunciarlas con estrépito.

En esta conquista en que es indispensable la colaboración de los corazones, el que por encima de todo quiere llegar a la victoria es el que resulta vencido.

Ha dicho José de Maistre: «La única refutación eficaz de un mal libro es un buen libro sobre el mismo tema»: aplica esto al discurso y tendrás una excelente regla que Espinosa confirma cuando dice: «La verdad es la piedra de toque de sí misma y del error; *est enim verum index sui et falsi.*» Palabras de oro éstas.

CAPITULO II

EL TRIPLE FIN DEL ORADOR CRISTIANO

I. Enseñar.

A) Necesidad de la enseñanza

Se acostumbra a asignar al orador cristiano un triple objeto. ¿Por qué triple y no cuádruple, quíntuple o único? Pascal se burla de este género de divisiones para confusión de quienes les atribuyen un valor absoluto, en sí, como si efectivamente dividiesen las cosas. Pero no por eso tales distinciones son menos útiles, como medio de clasificación, para el orden del discurso.

Por lo que se refiere a la elocuencia, tres divisiones son principalmente célebres: la de Aristóteles, la de San Agustín y la de Fenelón. Aristóteles señala como misión del orador alabar y vituperar, persuadir y disuadir, acusar y defender: ya se ve que se refiere especialmente a la elocuencia judicial o política. Hablando únicamente de la elocuencia sagrada, San Agustín menciona: *enseñar, conmover* y *agradar;* y Fenelón: *probar, conmover* y *pintar.*

En el fondo, todos coinciden, y esas diferencias revelan el distinto funcionamiento de los espíritus. Aristóteles exige alabar y vituperar, pero cuando se prueba o se

«enseña», se alaba la verdad y se vitupera el error. Exige persuadir y disuadir: se persuade o disuade probando o conmoviendo. Habla de acusar y defender, que igualmente se hace al probar. San Agustín añade: *agradar;* pero es con vistas a lo demás y en ello queda incluído. Fenelón pone, además, *pintar,* pero es igualmente un medio y se refiere al fin expresado en las otras dos notas. Podría resumirse todo en *persuadir,* entendiéndolo en un sentido amplio. Si se nos permite, nos atendremos en lo esencial a la división de San Agustín: *enseñar, conmover, agradar,* añadiéndole accesoriamente el «pintar», de Fenelón, que nos dará ocasión de recordar algunas verdades.

En primer lugar, enseñar. Todos sabemos la necesidad primordial de esta tarea. La luz es el comienzo de todo. Hoy, su difusión es cada vez más indispensable, ya que muchos no saben, tocante a religión, sino las objeciones y las blasfemias. Las personas más cultas piensan enormidades religiosas y faltan a la mayoría los primeros rudimentos. Los pastores tienen en esto una responsabilidad especial. Que nadie ignore por su culpa las verdades salvadoras. He ahí el fondo de la predicación pastoral. Los grandes misterios de la fe y sus consecuencias; las prácticas esenciales; los sacramentos y las disposiciones convenientes para recibirlos con fruto; los fines últimos..., es sobre lo que debe volver siempre quien tiene cura de almas. El predicador de paso tiene un deber menos estricto, pero participa de la obligación del pastor, del que se hace auxiliar, pues no ha podido pedir su ayuda sino con vistas a fines comunes.

B) Cualidades de una buena enseñanza. La prueba oratoria.

Ahora que ya no hablamos de temas a elegir sino de la manera de tratarlos, debemos distinguir tres oficios de

la enseñanza: exponer, probar y refutar, observando que esta última tarea entra en su mayor parte en la segunda, de la que es su forma negativa, porque el error se refuta en favor de la verdad.

En cuanto a la exposición, la enseñanza exige principalmente claridad, cuya importancia ya hemos señalado más arriba. Pero para que esta primera cualidad consiga todos sus efectos, son necesarias algunas otras. Y, en primer lugar, que se insista siempre en lo fundamental; que se lo recuerde oportunamente; que, sin dar la impresión de ello, se acuda, sin embargo, incesantemente a esas cosas *elementales* que todos creen saber y que casi todo el mundo ignora.

Procúrese después una brevedad plena, evitando la sobrecarga doctrinal que fatiga el espíritu y lo aplasta, en vez de iluminarlo. Una buena linterna, y no todo el material de una turbina; una fuente soleada, mejor que un «pozo de ciencia», que anegaría el espíritu en la oscuridad.

Pónganse de relieve los elementos principales, como cuando se muestra un objeto por sus distintas caras. Tenemos para ello formas apropiadas, como la interrogación y la repetición, de las que hablaremos al tratar de los *tropos*.

Debe procederse en su exposición de una manera concreta y personal; dar al oyente la sensación de que se trata de él y no de una tesis; que se trata de su negocio, de su caso, de su salvación, de su felicidad. El ataque debe ser individual e íntimo. La verdad ha de entrar en cada conciencia e invitarla a una adhesión confiada, feliz, inevitable. Incontestable e invencible según el juicio de cada uno y para cada uno: tal es la cualidad de una exposición doctrinal que quiera tener éxito. Al salir del sermón, el oyente debería estar preocupado con el tema más que tú mismo, porque ¿no estaba tu trabajo destinado a despertar el suyo? El verdadero éxito consistiría

en hacer que aparezcan risibles al salir de la iglesia, los prejuicios, las preocupaciones inútiles, las penas que allí se llevaron. Se ha abierto el cielo y ha debido oscurecer la tierra; sin embargo, la ha iluminado para que se puedan emprender los rectos caminos. Enseñar para obsesionar es el fin último de la elocuencia. A esto tienden sus recursos, y, cuando su objeto es en sí mismo obsesionante y transcendente, como es el nuestro, lleva siempre la posibilidad de hacer aparecer así, es decir, de volver en el espíritu del oyente cada cosa a su lugar verdadero y ponerla bajo la denominación de las cosas eternas.



Para obtener tal resultado o, al menos, para acercarse a él en alguna medida, no basta exponer pura y simplemente; es preciso probar, con la libertad de incluir la prueba—como se ha dicho de la refutación—en la exposición misma. La mejor de las pruebas es una exposición bien hecha, porque la coherencia de las cosas y su proximidad a nuestra mente dispensan de otros criterios, y precisamente es esto lo que una buena exposición pone de manifiesto. Probar no es más que poner la verdad en armonía consigo misma y con nosotros; si en la exposición aparece esta armonía, la prueba ya está hecha. ¿No es la mejor manera de resolver un problema impedir que se presente y anularlo anticipadamente con una claridad plena?

En general, se razona demasiado; mejor sería *hacer ver*, pero hacer ver las cosas y sus mismas relaciones como cosas, mejor que como conclusiones. Las inteligencias más profundas y más ricas son las que menos argumentan; persuaden con una simple intuición de su pensamiento; es una acción de presencia. Las estrellas no repican para dar la hora.

Sin embargo, cuando se aporten pruebas—alguna vez es preciso aportarlas—, es preciso *elegirlas, ordenarlas, separarlas* y *presentarlas bien*.

Elegir bien las pruebas no es siempre, para el orador, presentar la prueba *esencial* en el sentido metafísico de la palabra, sino la prueba a la vez más sólida y más impresionante. Las razones sutiles, sobre todo, con relación a lo que es claro para todos, deben ser francamente descartadas. Son tentaciones de lógico profesional que no añaden al discurso sino obstáculos. En materia de palabra lo sutil se pierde y lo abstracto no hace efecto. Una idea se impone a nuestra adhesión efectiva, no ya por su rigor lógico, sino por los ecos que en nosotros despierta y por su correspondencia con las íntimas exigencias de nuestra mente, de nuestro corazón y de nuestra vida.

Con mayor razón se deben rechazar las pruebas discutibles que podrían dar pretexto a las inteligencias para escabullirse. «¡Si son ésas todas vuestras pruebas!...», se dirá cualquier oyente. Evitar también el exceso, observando, sin embargo, que hay un arte que permite multiplicar las pruebas sin que aparezca ningún obstáculo, merced a una forma lo bastante viva para incluir en un sólo período una multitud de argumentos convergentes; «tanto abunda el tema en pruebas». Con frecuencia este recurso produce un gran efecto. Por el contrario, encerrarse en una sola prueba es dar la impresión de debilidad, como de algo muy poco enraizado en la vida. ¿Qué árbol tiene una sola raíz? Sin embargo, el enraizamiento es algo muy sencillo, y es preciso conservar esta sencillez.

Ordenar las pruebas es colocarlas de manera que produzcan el máximo efecto, y es éste un orden psicológico, no abstracto, regulado por las dos observaciones siguientes: el primer encuentro determina casi siempre al espíritu; el último lo fija. Parece, pues, prudente dar al principio una razón sólida que satisfaga al espíritu a título de fundamento, colocar en seguida en bello orden de dependencia las razones secundarias, reservando para el final lo que se cree capaz de fundar la convicción.

Berryer añadía a este arte el de reunir en un momento dado todas las fuerzas, después de haberlas desplegado una por una; oponía entonces una masa irresistible que aplastaba al adversario. Es ése un arte de peroración, pero tiene su empleo en la parte demostrativa del discurso, cualquiera que sea su lugar.

Separar las pruebas y presentarlas bien es revestirlas de formas que acentúen su valor. Depende de las circunstancias, pero la prueba oratoria exige ordinariamente calor y riqueza; sin embargo, a veces gana con abandonar toda figura para dejar hablar a la lógica únicamente, resaltando así las líneas de un argumento decisivo. Esta aridez intentada es frecuentemente muy oportuna; parece decir: «¡Ved!, ¡juzgad por vosotros mismos!; no os arrojo polvo a los ojos; expongo las cosas como son...»

Nada impide que adoptemos otras maneras, una vez conseguido el objeto. Y será algunas veces necesario; porque la prueba oratoria, al dirigirse a todo el hombre, debe utilizar todos los recursos del hombre, del que habla y del que escucha; evoca toda la vida, hace un llamamiento a toda la experiencia, aun a la experiencia inconsciente que ella sabe sacar a luz. No olvidemos que, a diferencia del profesor, exigimos a nuestros oyentes algo más que una adhesión platónica; exigimos hechos, una *conversión,* es decir, un cambio de orientación vital, y esto no se obtiene sin hacer un llamamiento a todo lo que se intenta remover. El orador debe encargarse de contrapesar por sí solo todas las fuerzas de su auditorio; para ello debe recurrir a fuerzas del mismo orden, y la *prueba* es uno de los casos en que lo debe hacer.

Al presentar estas pruebas, el orador cristiano tiene la oportunidad de constituirse a sí mismo en una prueba viviente, en una prueba de la eficacia de sus pruebas, puesto que a él le han convencido antes, y le han conven-

cido hasta el punto de exigirle imperiosamente la convicción de los demás. La vida engendra la vida. El auditorio sólo se nos escapará cuando no pensemos, amemos ni estemos, nosotros los primeros, bajo el imperio de la palabra.

II. Conmover.

A) Necesidad de mover los corazones.

Enseñar así es ya de alguna manera conmover; bien lo sabía San Agustín al declarar al orador su obligación de hacerse oír *intelligenter et obedienter*, es decir, hacerse oír y *seguir*.

Ha de brillar la luz en el corazón; en la inteligencia es únicamente norma; en el corazón, fuerza. Según Platón, el efecto propio de la elocuencia es arrancar al oyente de sí mismo y de su estado precedente. A su vez, escribe el docto Passerini: «Lo propio de la predicación no es precisamente *enseñar*, sino *persuadir* la palabra de Dios.» El *movimiento oratorio* que produce este resultado es, pues, como ya lo había reconocido Quintiliano, la parte esencial del discurso, sin la cual todo queda sin consistencia. Pero no se intenta con esto recomendar «movimientos» estrepitosos; el calor tiene más de una forma; se trata de llegar en el oyente al hogar de la emoción eficaz, a los centros motores.

Esto se impone tanto más cuanto que en muchos casos es la única tarea, pues el oyente está de antemano convencido; su enfermedad, extraña a la inteligencia, está en una voluntad perezosa o en un corazón seducido por falsos objetos; es preciso curarle; es preciso librarle y arrastrarle; será bueno el sermón para este oyente cuando el hombre salga de él consternado por su estado, deci-

dido a modificarlo, invitado y casi forzado a este cambio a través de grandes imágenes motrices. Es evidente que se trata de un fruto de la emoción y no de la convicción sola.

B) Condiciones para conmover.

¿Será verdad, como pretende Fenelón, que el secreto de conmover ha desaparecido del púlpito en el siglo XVI, quedando por una parte, humanistas sin doctrina y sin fe y por otra, escolásticos, hombres de doctrina y de fe, pero sin calor y sin belleza? Es muy discutible un juicio tan general; en todo caso, hubiera dejado de ser cierto en tiempo del mismo Fenelón y más en el de Lacordaire. Pero no es por eso menos seguro el precepto que aquí se sobreentiende; conmover es tan importante al orador como curar al médico, porque «las emociones son medicinas», escribe Novalis (1); y añade: «Es preciso no jugar con ellas». Tiene razón, y esto indica al predicador la necesidad de la moderación. La emoción no tiene ningún valor cuando no corresponde a una convicción refleja, a un estímulo de nuestra voluntad racional. Sin embargo, la doctrina no deja de brillar por pasar del estado puramente cerebral a un estado más cálido e íntimo.

Los pasajes patéticos, si es que se admiten deben ser cortos, pues la emoción se apaga muy pronto. «Nada se seca tan rápidamente como las lágrimas», dice Cicerón. Pero lo que aquí se dice de la emoción no se refiere a un pasaje determinado; debe reinar en todo el discurso una viva impresión del objeto. Aun cuando se expone o se discute, el oyente debe mantenerse en un estado de emotividad en el sentido de que, tratándose de él, puesto como objeto de un debate animado, se da cuenta de que se juega su suerte, de que se le invita a apartarse del mal y con-

---

(1) Novalis: *Fragments inedits.*

quistar el bien, que es la pasión de todos los seres. Para conseguir esto se puede partir de lejos y aun aparentar en ciertos momentos hablar de otra cosa; dogmatizar, describir; pero debe reinar siempre la impresión del fin, enunciarse desde el principio y no disiparse nunca.

Podemos entonces estar seguros de no hablar inútilmente. «Nos gusta que nos avisen», dice Montaigne; nos gusta que nos salven, aunque esté oculto en nosotros ese demonio de inconsciencia que desea la perdición. El orador que recurra a las conciencias y les comunique algo de lo que él lleva en su alma por medio de un contacto ardiente obtendrá, a falta de grandes efectos, que no siempre se pueden esperar, esa turbación bienhechora, ese silencio interior, rico en posibilidades virtuosas. La manera de decir las cosas hace ver la manera de sentirlas, pero también decide el modo de hacerlas sentir y penetrar en las vidas para realizar allí la obra divina.

La señora de Montpensier decía de San Francisco de Sales después que había hablado a la corte: «los demás parecen volar por los aires con sus discursos; pero Monseñor de Ginebra se lanza sobre la presa». No sólo se lanzaba sobre la presa, la llevaba consigo, por lo menos muy frecuentemente, y en sus éxitos apostólicos el corazón tenía seguramente más parte que la inteligencia; «de corazón a corazón», del corazón de Dios y de Cristo al corazón de cada oyente pasando por el propio: tal era el secreto de su palabra.

El piadosísimo Fr. Luis de Granada señala como objetos particulares de la emoción del orador católico los resultados siguientes: «Debe llevar sus oyentes al amor de Dios, a la esperanza en su misericordia, al temor de sus juicios, al odio del pecado, a la tristeza saludable, a la alegría espiritual, a la estima y admiración de las cosas divinas, al desprecio de las de este mundo, a la humildad de corazón y a la sumisión de espíritu». Preciosos obje-

tivos éstos. Pueden añadírseles los mencionados al hablar de la elección de los temas, pues son idénticas las necesidades que determinan la materia a tratar y las que determinan las formas como resortes obligados de la palabra.

III. Agradar.

Nos admiramos de ver a un San Agustín, a un Fenelón y a los demás maestros obligar al orador cristiano a *agradar*, como si se tratase más de sí mismo que de su tarea. Pero no es ése su pensamiento. Fenelón pone a Demóstenes «por encima de toda admiración» por haber sabido perderse en su tema y olvidarse de sí mismo; y San Agustín se explica diciendo: «*Illum qui est delectatione affectus facile quo volueris duces;* fácilmente llevarás a donde quieras a quien hayas colmado de alegría.» *Llevar al oyente a donde se quiere,* ¿no es éste el fin mismo del orador? Lucano habla en el mismo sentido cuando dice: «*haec demum sapit dictio quae feriet*», sólo impresiona la expresión que agrada.

Sin embargo, como no se trata en el fondo más que de probar eficazmente y de actuar sobre los resortes del alma por medio del placer y bajo sus auspicios, hay autores que descuidan este tercer objeto y aun lo rechazan como parásito y fácil al equívoco, cuando se entiende bien, y como enemigo, cuando no se comprende. Sin embargo, La Fontaine podría ofrecer una fórmula aceptable para todos cuando dice, quizás en un sentido un poco distinto del nuestro: «Hay un arte de agradar y de no pensar en él».

Puesto que el agradar no es un objeto decisivo, se consigue casi sin preocuparse de ello; es preciso orientarse hacia el fin del discurso y orientar hacia él la atención del auditorio, lejos de arrastrarla sobre el discurso mismo o sobre su autor.

Un tal objetivo determina ya las reglas. Es preciso agradar esforzándose en manifestar el esplendor de la verdad y el encanto del bien, desplegando los recursos personales de la manera favorable, lisonjeando en el oyente, despierto a sí mismo, el amor innato de la verdad para la cual ha sido hecho y del bien que asegurará su felicidad.

La primera condición se impone. Sin embargo, muchos la olvidan a causa de esa aridez lógica de que antes hablábamos, que quiere imponer la verdad como una medida y el bien como una medicina. No es éste el medio de conquistar los corazones.

San Francisco de Sales pasaba por un seductor de almas; pero era Dios quien por su medio las seducía. Dios es verdad, belleza, bondad, felicidad..., todo junto: ¿cómo podrá la palabra de Dios disociar estos términos? Por el hecho de ser mensajeros y guías somos también encantadores, tan pronto encantadores de pájaros, como el Santo de Asís, como encantadores de fieras, como Orfeo, y aun de serpientes. La religión que nosotros presentamos como verdad, como obligación, como fuerza, presentémosla también como belleza, como una seducción superior, como una alegría, ya que lo es esencial y exclusivamente, mirada en su último término. Agradar es, pues, la flor de nuestro verbo, y ¿para qué vale una planta sin flor, atrayente promesa de fruto?

En el orador mismo hay los suficientes elementos para agradar; al menos, tenemos razón para esperarlo. Es preciso desplegarlos, pero siempre según la misma regla y con vistas al mismo fin. No se invita al sacerdote a hacer ostentación de bellos sentimientos a ser un lisonjeador banal o sutil. Hay otros encantos. No lo hay mayor que el encanto de una convicción ardiente que testifica, de una firme razón que sabe explicarse, de una simpatía superior que se inclina para ayudar, de una caridad que urge. Todo esto, por poco que la forma lo deje traslucir, es eficaz sobre los corazones. Y es preciso hacerlo ver, dese-

chando la timidez, el falso pudor y la pretendida humildad que por ocultarse a sí oculta también a Dios. Un hombre, un hombre de Dios, un hermano, un salvador, es algo hermoso y, por consiguiente seductor. Convence y arrastra. He ahí las redes de Dios.

Y en el oyente existe también una fuente de placer que debemos utilizar según nuestras reglas: es el placer de tomar conciencia de sí mismo, de medir sus posibilidades, de gustar sus aspiraciones profundas y secretas, tan frecuentemente cubiertas por la nada diaria. San Francisco convertía a ladrones con sólo mostrarles lo que hay de precioso en sus almas. Ese despertar es parte principal de nuestra tarea; pero es preciso emprenderla con alegría; a través de la simpatía, de la clarividencia atenta y enteramente fraternal, del interés cordial mostrado a estas almas, que se desconocen y desprecian muchas veces con loca obstinación. Convencer a una conciencia de su propia belleza, de su propia capacidad virtuosa, de su proximidad a la verdad más elevada, de su posibilidad de vuelo, si así se puede hablar, es entusiasmarla, arrancarla de la tierra y llevarla a donde tenemos obligación de llevarla. Cuando se agrada así, ya no hace falta esperar más, porque es el triunfo mismo de la palabra cristiana.

IV. Fin accesorio: pintar.

Podríamos prescindir del arte de pintar aquí, ya que no es propiamente un fin del discurso, sino un medio. Sin embargo, siendo ese medio de uso tan frecuente y, además, no siendo aquí medio y fin sino términos relativos, como en todas partes, será útil decir de él algunas palabras.

Nuestros fines principales son: enseñar, conmover y agradar. Ahora bien: para enseñar, decíamos, y mucho más para conmover y agradar, no basta decir simplemente

y probar; es preciso *hacer ver,* dar cuerpo y movimiento, forma y color a todo lo que se anuncia. De suerte que es imprescindible el arte del profeta, del poeta y del pintor. Muchas de nuestras exposiciones forman cuadros, como los episodios de la vida de Jesús y tantas otras lecciones de cosas. Y los que no son descriptivos por sí mismos, no por eso dejan de llevar consigo escenas variadas, visiones interiores, cuadros de género, de historia, retratos, naturalezas muertas algunas veces, como cuando se quiere precisar una situación para la que pueden concurrir los detalles de las cosas. Por lo menos, los cuadros psicológicos se imponen frecuentemente, son abundantes en todos los maestros; la *Pequeña Cuaresma* de Massillón ofrece un tipo acabado. Es todo lo que Fenelón comprende en esta palabra: pintar.

Un caso que tiene relación con esto es lo que los antiguos llamaban la *sermocinatio,* procedimiento de un gran valor oratorio que consiste en pintar a los personajes dándoles palabras apropiadas, mensajeras de su carácter o situación. Un ejemplo encantador es el del libro de la Sabiduría (5, 6), describiendo la suerte de los réprobos con el recuerdo del justo: «*Se dirán unos a otros llenos de tristeza y gimiendo en su corazón: He ahí el que era objeto de nuestras burlas... ¡Insensatos! Nosotros, pues, fuímos los que erramos*». Otro ejemplo es el del Eclesiástico (5, 4), haciendo decir al pecador: «*He pecado y nada triste me ha sucedido*». Muchas veces la *sermocinatio* no expresa lo que dice la persona, sino lo que debería decir, las cuestiones que se deberían proponer, etc.; las formas varían pero el efecto es siempre el mismo.

Vengamos a las reglas. Hay una indispensable y suficiente si se la comprende bien, y es la de subordinar la pintura al fin del discurso. Para nada vale pintar si no es para *hacer ver,* ni hacer ver si no es para hacer comprender y obrar. Toda pintura hecha por sí misma, por arte o

dilettantismo, para satisfacer la curiosidad de las mentes o satisfacerse a sí mismo, no sólo es un error apostólico, sino también oratorio, ya que detiene el movimiento. Todo lo que retiene es vituperable; todo lo que aparta del fin es, oratoriamente, antiestético.

De la pintura de costumbres en particular decía Longín que señala, cuando detiene demasiado, un declinar del recurso patético. Es lo que pasó a Massillón en la Pequeña Cuaresma, a diferencia del famoso sermón sobre el *Pequeño número de los elegidos*. Con algunas reservas sobre la doctrina, este sermón es un modelo de fuerza descriptiva, aplicada a los fines del discurso.

Como consecuencia de esta ley general, se han de hacer descripciones breves, que son las únicas que no retienen. No por eso han de ser menos vivas, ni menos eficaces, lo serán, precisamente más. El realismo minimista de algunos autores traiciona la realidad profunda que una selección oportuna manifiesta. Molière es realista cuando pinta a Damis o Chrysale con unos pocos trazos; Walter Scott no lo es siempre, al describir hasta el detalle una multitud de circunstancias insignificantes.

Además, cada trazo de la descripción debe ser cuidadosamente elegido en orden al relieve de la idea y de la obsesión del fin. Se trata de hacer hablar a las cosas, de hacer que ellas prueben la tesis, de arrastrar al resultado intentado por medio de la dirección y el movimiento de las cosas; para esto únicamente se producen estas cosas; para ello, pues, solamente se pueden emplear, gracias a la figura que se les da, a los toques de pincel con que se forman. Fuera de esto, para nada sirven. Pero en esta línea todo es útil, salvo los límites de gusto y de la conveniencia oratoria y religiosa.

No temas el trazo enérgico, preciso y familiar en las descripciones y pinturas con la única condición de cumplir la última observación. La Biblia saca gran partido, lo mismo que los artistas y escritores geniales, aun los

más severos. «Observo a quemarropa», decía Moussorgsky, para explicar su música realista y trágica. Lessing sin duda pensaba en esta proximidad del hecho y de la mente en la obra genial cuando decía, dudando de la personalidad de Homero como autor de la *Ilíada:* «No se quien es tu padre; pero sé cual es tu madre, ¡oh naturaleza!»

CAPITULO III

METODOS DEL ORADOR CRISTIANO.

I. Palabra aprendida y palabra improvisada. Inconvenientes y ventajas.

Bajo el título general de este capítulo se podrían estudiar muchas cuestiones, que no planteamos aquí porque las hemos examinado en *La Vida Intelectual* (1). Además, se tratarán bajo títulos especiales, como las que se refieren a la memoria y al empleo o rechazo de las divisiones clásicas. Nos quedamos aquí con la célebre cuestión planteada entre técnicos de la improvisación o del discurso aprendido y lo que con ellas se relaciona.

Esta cuestión, tal como se la plantea frecuentemente, en términos absolutos, como una alternativa rigurosa y sin tener en cuenta las cualidades de la persona, es un poco absurda. Aun hombres de talento no pueden evitar del todo el ridículo en las controversias acerca de recitadores o improvisadores convencidos. No existen métodos absolutos. En elocuencia, como en todo aquello en que interviene la vida y el hombre, el método es el arte de utilizarse a sí mismo, de utilizarse como se es. Todo lo demás es inútil. También se podrán citar grandes ora-

(1) *La Vida Intelectual;* cfr. especialmente los capítulos IV y VII para lo que se refiere al método del trabajo, lectura y notas.

dores en favor de otros métodos; cada uno ha adoptado el que más le convenía y se ha cuidado mucho de copiar a los demás.

Además, ahí está la circunstancia, el tema con sus exigencias particulares las disposiciones del orador en un momento determinado o en una edad determinada, etcétera. Lacordaire ha leído algunas veces, por ejemplo, cuando pronunció el elogio de Drouot. Fenelón, ese teórico de la improvisación, no por eso dejó de escribir y aprenderse de memoria su discurso para la consagración del Elector de Colonia. Massillón, que lo aprendía todo de memoria y decía: «Mi mejor sermón es el que mejor sé», improvisaba cuando llegaba el caso, lo mismo que Bourdaloue; y el P. Monsabré no dejaba de hacerlo, aunque dotado de una memoria sorprendente, capaz, decía él, de recitar una de sus conferencias empezando por el final.

Un orador verdaderamente formado debe ser capaz de aplicar, si fuera necesario, cualquiera de los métodos, y habitualmente el que mejor responda a su carácter y a sus facultades. Hay quien jamás podría improvisar y hay quien jamás podría escribir y aprender. Quien tiene buena memoria no está en las mismas condiciones para elegir que quien no tiene tanta. Quien tiene imaginación lenta, quien es tímido, falto de presencia de espíritu y a quien el auditorio paraliza en vez de enardecer, no elegirá lo mismo que una inteligencia despierta y ágil; quien empieza y quien tiene ya una gran experiencia adquirida se portará también de distinto modo. Finalmente, a quien se haya especializado en cuestiones difíciles no se le puede aconsejar el mismo método del habituado a sermones de retiro o *fervorines*.

La cuestión es, pues, en gran parte teórica, tomada en general. Pero, para que cada uno pueda precisar a su modo, no será menos útil enumerar las ventajas y los diversos métodos, ya que así podrá elegir con conocimiento de causa y podrá evitar en gran parte los inconvenientes

del método elegido, procurándose, en parte también, las ventajas de la solución contraria.

En primer lugar, escribir—y escribirlo todo—ofrece ventajas tan evidentes que sólo un imperdonable aturdimiento puede despreciar. El P. Lacordaire es sin duda poco sospechoso en esto; pues bien, a un grupo de jóvenes eclesiásticos (2), que había ido a Sorèze a pedir «un consejo» al ilustre predicador, éste les respondió: «Me pedís un consejo; voy a daros dos. El primero es que nunca subáis al púlpito sin haber escrito vuestro sermón, si os fué posible. El segundo—para cuando hayáis faltado a esta regla—, es confesaros».

Cuando se examina la dificultad de pensar exactamente, de poner orden en los pensamientos, de encontrarles una expresión adecuada, sin hablar de tantas otras cualidades accesorias, nos invade el terror ante la idea de entregarnos a los azares de una palabra súbita y sin posibles enmiendas. Las condiciones llamadas *naturales* de que nace nuestro pensamiento espontáneo verdaderamente no son más que un azar, y, como dice Paul Valery: «lo que recibimos del azar conserva siempre algún parecido con su origen» (3). La verdadera naturaleza es hija de la reflexión, que llega a las relaciones auténticas de las cosas y a las relaciones auténticas de estas cosas con nuestros conceptos y después, con su expresión. Esto exige tiempo e impone tanteos a las inteligencias más rápidas. Es preciso mucho trabajo para poder utilizar muy poco. El discurso más límpido y sencillo para el oyente es el que ha sido preparado con mayor cuidado. Es lo que Boileau llamaba «hacer difícilmente versos fáciles». Al estudiar los cuadernos de apuntes de Beethoven, se ve que los conceptos más frescos y espontáneos en apariencia son los que más le han costado. Cuando se exa-

(2) Uno de ellos, después párroco en Saint-Paul et Saint-Louis, en París, me contó la anécdota.

(3) PAUL VALERY: *Introducción al método de Leonardo de Vinci.*

minan con lupa los grabados de Rembrandt y sus formas, se ve que va pasando por una serie inimaginable de ensayos, de dudas y correcciones para llegar a fijar cualquier gesto sencillísimo, como el de Jesús en la *Pièce aux cent florins*. Joubert decía que si un trabajo huele a aceite es que no está lo suficientemente elaborado. Todo esto viene a decir lo mismo, a saber, que lo perfecto y lo sencillo no se obtiene sino por eliminaciones, y la eliminación supone elección; que solamente cuando se ha elegido entre múltiples posibilidades, cuya impresión se conserva, es cuando se puede dar a lo que queda, además de su valor propio, el valor de lo que ha sido eliminado.

Si se piensa *solamente* en estas condiciones, se preferirá trabajar con reposo, de modo que se pueda preverlo todo, regular, calcular, corregir, si fuera preciso y evitar así los errores, las desproporciones, las repeticiones, las incorrecciones, las sorpresas; sobre todo con relación a esas partes técnicas, obligatorias en casi todos los discursos y que son lo esencial de algunos, como los apologéticos y las conferencias.

Sí; pero hay un gran inconveniente en este método y es que desaparece la espontaneidad de la palabra; el discurso huele a aceite, como decía Joubert, no por su imperfección, sino por su antigüedad respecto al momento en que se pronuncia. La elocuencia que tiene que recordar está encadenada; la que inventa es libre. «¡Qué símbolo, decía Mallarmé, esta agua negra (la tinta) para fijar la luz del pensamiento!» El improvisador en vez de hacer brotar el pensamiento de la página blanca que va ennegreciendo, lo hace brotar de los ojos y el alma de sus oyentes en donde para él se desarrolla el drama.

Fenelón hace resaltar con gran fuerza esta ventaja, que hace, dice él, el discurso más natural, más vivo y más persuasivo. Los errores que se temen, si no salen de los límites que les impone una prudente preparación, pueden no ser más que un mal menor; pequeñas incorrecciones

aumentan la impresión de naturalidad; las repeticiones, a no ser cuando caen en el machaqueo, favorecen la penetración del pensamiento y la eficacia de los efectos. Además, las circunstancias despiertan en el espíritu formas que no ofrece el trabajo de gabinete y que espontáneamente se adaptan al auditorio, porque él mismo fué el que las inspiró. El auditorio, hemos dicho, entra en la definición del orador; si se prescinde de él, se falsifica el trabajo. Ante una mesa de trabajo el orador no tiene todos sus medios a mano. No es él mismo por así decirlo.

¿Qué concluir pues?

Fijándonos en nuestras primeras observaciones, a las que estas últimas pretenden sustituir, podríamos volvernos contra la improvisación y quedarnos en el punto de partida. Al bajar del púlpito un improvisador, por poco que reflexione y por poca posesión de sí mismo que tenga, no está muy lejos de la humillación. Se somete a la Providencia; pero humanamente está cerca de la desesperación. ¡Cuántas cosas esenciales se le han pasado! ¡Cuántas han sido mal dichas! La obsesión de un pensamiento expulsa a otro; una impresión dominante relega a la sombra lo que debería equilibrarla, completarla y corregirla. No se han presentado cuando han hecho falta expresiones fuertes que se tenían previstas o comparaciones con las que se contaba; se quedaron perlas olvidadas en el joyero y en su lugar se han sacado joyas que hace brillar una emoción ficticia. Se ha exagerado, cuando no se ha sido glacial; se ha perdido más o menos el camino, desperdiciado el tema, hecha inútil la preparación. Y todo esto le persigue como un monótono reproche, mientras se aleja. Hace un momento, su cabeza era una tribuna sonora; ahora es un tribunal. Y la sentencia es irrevocable, porque, a despecho del proverbio, lo que queda aquí son las palabras. «Pon tu obra sobre la mesa veinte veces; añade alguna vez, borra frecuentemente». Y el gran inconveniente de la improvisación es no poder borrar.

¿Qué se debería decir si de la improvisación seria de que acabamos de hablar pasamos a la improvisación que desprecia las reglas, que no se preocupa de las severas prescripciones que vamos a dar; en una palabra, a la improvisación abusiva, fruto del descuido o del orgullo?

Hay quienes suben al púlpito sin saber lo que van a decir y cuando bajan no se sabe en verdad que es lo que han dicho. Frecuentemente no han dicho nada; se han enardecido inútilmente, como el que tira al blanco y la presa se marcha corriendo. Han repetido sin cesar la misma cosa, abundaron en digresiones, han hecho oír una palabrería sin solidez, sin orden... y sin fin. Estos improvisadores nunca saben acabar: el punto de caída depende de la curva del proyectil y ésta, de la puntería, es decir, aquí, de la preparación.

El mayor castigo para estos charlatanes sería hacerles oir en cinta magnetofónica sus informes balbuceos; así podrían comprobar su vacío, los rodeos inútiles, las imperdonables incorrecciones. Pero en vez de comprobarlo, quedan contentos; su imaginación les engaña; creen volar, como el globo, porque se llenan de viento.

Pero, ¡qué falta de respeto y que profanación de la palabra de Dios! Los que así obran impulsados por un falso misticismo no podrían tentar a Dios mejor, ya que le invitan a un milagro; pues un milagro, y bien grande, sería el que no fuesen deplorablemente cortos. Y ¡qué desprecio, además, del auditorio! ¿Se ha reunido una asamblea para escuchar por largo tiempo y aun hasta el fin tus superficialidades y azarosas inspiraciones? Un abogado negligente es tratado por Quintiliano de pérfido y traidor, y así tratan muchos charlatanes los intereses espirituales del prójimo. Pleitean sin informes, sin consulta previa; creen en el «poder del delirio», en «la incoherencia creadora», como dice Paul Valery. ¿No temerán el anatema del profeta: «*Maldito el que descuida la obra del Señor*?» (Jer. 48, 10.) Se trabaja mal precisamente

cuando es necesaria la perfección misma. ¿Sabrán estos estorninos qué es un discurso, cuál es su dificultad, de la que los maestros no hablan ni la abordan sino con una especie de espanto? Los genios se sienten oprimidos y los pedantes corren desbocadamente sin cuidarse de su propia dignidad ni de la de su misión, sin pensar en el bien que Dios espera del mensaje pronunciado en su nombre.

Pero es ya hablar demasiado de una desviación que en vano se adornaría con el nombre de método. Supongamos la improvisación debidamente preparada: todavía tiene muy serios inconvenientes. Fenelón la usaba con bastante brillantez y, al decir de sus contemporáneos, no siempre salía airoso; otros, menos dotados, le deben muchos fracasos. ¿Entonces?

Entonces, repetiremos lo dicho al empezar este análisis: la alternativa no es tan absoluta; existen términos medios, y, si es preciso en cierto modo elegir, se puede corregir, en cierto modo también, los inconvenientes del método que se adopte, conservando sus ventajas. Veamos en primer lugar qué debe hacer para ello el que aprende de memoria.

La primera exigencia en este caso creemos que es aprender a escribir como se habla. El estilo hablado es especial, más cortado, menos redondeado, menos balanceado, menos periódico, lo menos articulado posible y siempre sencillamente. Usa formas más directas y más personales, más concretas en cuanto a los objetos, más vivas en cuanto a la marcha del discurso. Supongamos que queremos evocar las sorpresas de la muerte; podemos *escribir:* «un hombre, que sigue tranquilamente su camino, puede de repente ser arrollado por un automóvil que pasa y morir sin darse cuenta de nada». Expresemos la misma idea en el púlpito y diremos: «Ved a ese hombre caminando. Un automóvil pasa, le atropella y he ahí que muere sin darse cuenta de nada.»

¿Cómo obtener con la pluma esta especie de «estilo oral» de que habla el P. Jousse? El secreto está en escribir al oído, si así se puede hablar, escuchando el propio pensamiento en la expresión, imaginando al auditorio, en vilo si somos apremiantes, distraído si somos flojos, inquieto si somos vacilantes y hostil si fracasamos. Ese auditorio que espera ante nosotros, que piensa con nosotros, impone a nuestro discurso un estilo de acuerdo con el ritmo respiratorio y el movimiento de los pensamientos corrientes, enemigo uno de los períodos demasiado encadenados, otro de las formas alambicadas o obstractas, y los dos, de las «parrafadas».

Quien compone ante las circunstancias, aunque sólo sea imaginariamente, adopta por instinto la lógica propia del lenguaje hablado. De alguna manera piensa con sus músculos laríngeos y sus órganos auditivos, porque ellos son los que ofrecen a la idea una parte de sus fantasmas; la memoria se apoyará después en ellos y será una memoria viva, en vez de ser en expresión de Montaigne, «una memoria de papel».

El ideal sería escribir en medio de un torbellino de imágenes verbales, encuadradas por la vaga imagen visual de un templo, de un auditorio, de un púlpito, de sí mismo bajo las bóvedas, bajo el cielo. Estando en posesión de una preparación completa, el discurso se hará casi por sí solo; ni siquiera se tendrá el sentimiento de ser su autor; se le oirá, en vez de crearlo y tendrá todas las cualidades de la palabra viva, conservando la ventaja de tenerlo todo calculado, de no olvidar nada y de poder corregirse.

Para ello, naturalmente, es necesaria una previa disposición que algunos no tienen, teniendo en su lugar la fobia del papel, la necesidad de la presencia real. Obedezcan éstos a su instinto; los demás deben desarrollar el suyo por el ejercicio, lo que les será más fácil cuando se

trate de un auditorio conocido, de una iglesia familiar. Pero aún hay más.

Quien aprenda de memoria, debe saber de memoria, llevar el discurso «podrido en la memoria», como decía el P. de Ravignán. Es una condición indispensable para la naturalidad, para la libertad, para volver a encontrar la emoción de la escritura, añadiendo la que inspira el auditorio. Quien tiene que correr tras de sus frases, quien tenga miedo de no encontrarlas y hasta pueda ver de repente que se le escapa todo el plan encontrándose así fuera del camino, en pleno embrollo, ése se hallará enteramente embarazado. Es un recitador vacilante y no un hombre que habla. Finalmente, quien aprenda de memoria debe poder, si quiere, desprenderse de su texto, suplir tranquilamente la memoria si le llega a faltar, conservar el beneficio de la creación improvisada en caso de buena inspiración, estar dispuesto a adaptarse a circunstancias imprevistas, a la actitud del auditorio, a un cambio de programa, a las obligaciones que impone una presencia ignorada de antemano, a cualquier caso fortuito. Para ello, procurará ejercitarse en la improvisación en ocasiones que se lo permitan, ante auditorios familiares, al tratar temas fáciles, cuyo contenido sabe ya de antemano y en los que verdaderamente no hay peligro.

He aquí ahora lo que se impone al que no aprende, si quiere, como el primero, corregir su método y asegurarse los complementos necesarios.

En primer lugar, sépalo bien, está obligado a trabajar más que el otro y no menos, como generalmente se cree. Quien da menos tiempo y trabajo al discurso porque improvisa, es un ingenuo o un inconsciente. Beethoven, el improvisador más poderoso que se vió sin duda, preparaba sus improvisaciones en sus apuntes y las rumiaba lentamente. Lacordaire empleaba dos meses. Meditaba, componía, recomponía con un encarnizamiento lleno de noble inquietud sus pretendidas improvisaciones. Por otra

parte, todos los que valen algo han hecho otro tanto. Gambetta no escribía propiamente, es decir, su preparación no tenía carácter verbal; en lo que se refiere a la forma, la mayor parte la dejaba a la inspiración del momento; pero trabajaba mucho su materia: «señalaba con grandes y ostensibles caracteres en amplias hojas de papel blanco las articulaciones y subdivisiones principales del discurso. Muchas veces una fórmula, una expresión venida durante la meditación era consignada como punto de referencia para dar un nuevo vigor al discurso» (4). Se podrían referir muchos ejemplos más.

Ningún hombre serio se figura que la verdad va a brotar de sus labios con toda su eficacia y belleza sin ninguna otra exigencia. La disciplina del pensamiento es un esfuerzo doloroso. Una oscura tendencia a la disipación y al azar nos obliga cuando queremos precisar y ajustar, a poner en orden de batalla y en marcha animada las nociones útiles con un fuerte gasto de energía espiritual. Se tienen en la improvisación los éxitos que se merecen. No atándose jamás a una forma concreta será preciso prever veinte, con la libertad de elegir la veintiuna.

Por tanto es preciso penetrarse profundamente del tema, meditar vigorosamente cada una de sus partes, tener un plan extremadamente claro y casi obligado, para poder estar seguros de no divagar. Se han de evitar para ello parecidos demasiado acentuados entre las diversas partes y, sobre todo, se han de cuidar los encadenamientos, los argumentos, las conclusiones. Juntamente con esto, se han de prever las expresiones fuertes, las imágenes más impresionantes, las comparaciones, apóstrofes, prestos siempre a abandonarlas por otras mejores, si éstas llegan.

En resumen, se debe saber perfectamente lo que hay que decir y, poco más o menos, la forma de decirlo; la

---

(4) Memorias de Augusto Gerard, secretario del gran tribuno.

estructura debe estar totalmente asegurada; sólo se debe dejar a las circunstancias los modos y colores de la vida.

En segundo lugar, el improvisador está obligado más que ningún otro a tener una preparación remota muy amplia y completa, una poderosa cultura, firmes principios, conocimiento de la realidad y rica experiencia, a los que podrá recurrir en caso necesario. Pretende estar preparado sin estar preparado, al menos en algún grado: no hay ningún medio de destruir la paradoja si no es anticipar la preparación; porque la preparación es siempre indispensable. No hay manantial sin depósito y los niveles entre ambos se corresponden.

Sería demasiado fácil obtener gratis y sin dificultad ideas exactas, felices encadenamientos, formas puras, vivas, precisas y todo lo que los otros adquieren a gran precio en su escritorio. Pero no; es preciso pagar; es necesario aprender.

Wistler, habiendo pintado un día en cuatro horas un admirable retrato y viendo que sus amigos se admiraban porque pedía una gran cantidad, les dijo bruscamente: «Sí; lo he hecho en cuatro horas; pero para aprender a hacerlo en cuatro horas necesité cuarenta años». El que creemos inspirado está preparado para hablar hace ya muchos lustros; lee en su memoria lo que creemos que está inventando. En efecto, lo inventa, pero es que extrae de su inteligencia lo que había sembrado como una semilla y había madurado, sin darse cuenta, al sol de la reflexión.

Se sigue de esto que aún el improvisador mismo debe escribir mucho, sobre todo al principio. Escribiendo, se aprende a hablar; hablando solamente, no se aprende sino a charlar, a repetir, y se van cerrando los horizontes, cuando es preciso que se vayan abriendo. La rectitud de pensamiento y de expresión se adquieren a través de un trabajo disciplinado, cuidadosamente revisado e insistente, que no puede ofrecernos la palabra. La posesión

de un vocabulario variado y de un tesoro de formas precisas y plásticas exige el mismo esfuerzo. Y, además, el control de la escritura es indispensable para el fondo mismo del discurso, para la doctrina. Nadie piensa correctamente si no escribe. Siempre es de temer la vaguedad, que se cree infinita por no estar bien definida; la frase escrita la descubre; se llega así a ser más clarividente y más exigente consigo mismo, mientras que el puro improvisador es la víctima de un bluff que le oculta sus deficiencias. Es uno de los grandes secretos del vigor intelectual meditar y practicar está máxima: La escritura devuelve al espíritu las energías que le quita.

Añadamos que las piezas escritas constituyen un fondo siempre presto a ser utilizado, ahora o en los días de penuria; fijan un nivel para las evoluciones del espíritu; acudir a ellas frecuentemente es renovar las fuerzas.

Tales son, si no nos engañamos, las condiciones que deben cumplirse para improvisar sin serios peligros y para aprender y declamar sin parálisis del espíritu y dificultad de palabra.

¿Se cumplen de ordinario? Es preciso decir que no. Los que aprenden de memoria sus discursos, frecuentemente escriben cuando hablan, porque no han sabido hablar al escribir; su memoria no está lo bastante ejercitada o ha sido perezosa y recitan penosamente; esa memoria a la que se han entregado totalmente no sabiendo mantenerse independientes de sus servicios, cuando les viene a faltar, les deja ir a la deriva y debatirse penosamente para ellos y para el auditorio. Con frecuencia también, no exigiéndoseles estar preparados para cualquier circunstancia y no aceptando ellos sino hablar sobre un texto determinado, meditan poco y se contentan con una elocuenncia de papel, muchas veces recogida en diversos lugares, de suerte que su predicación no tiene variedad y libertad de movimientos; es una predicación muerta.

Si se trata de improvisadores, muchos de ellos lo son

porque es más cómodo, porque tienen facilidad, y abusan de ella. Meditan menos todavía, aunque por motivo contrario; siempre están dispuestos a dar de sí. La circunstancia, la pequeña excitación del auditorio, es suficiente para despertar su inspiración. Pero nada aportan a ese auditorio con el que cuentan. Su memoria no es reemplazada por la formación del espíritu, y el espíritu se queda vacío; no se tratan los temas ni se ejerce influencia alguna sobre las almas.

Todo esto es digno de reflexión. Un instinto de pereza, más extendido aún que el vicio de este nombre, nos inclina a elegir bajo color de método cualquier «medio fácil de ir al cielo», como si en toda materia no fuera verdad que el *reino de los cielos padece violencia,* y que sólo los *violentos,* los esforzados, lo *arrebatan.* El método en apariencia más fácil es del que más hay que desconfiar; y si se desconfía de él, si se hace todo lo necesario, viene a ser en realidad el más difícil. Ténganlo en cuenta los improvisadores.

Pero hemos dejado un lugar entre ambos métodos para un método mixto, puesto en los confines de ambos y que apenas es preciso definir, una vez orientadas hacia él las dos partes. La preocupación de huir los inconvenientes de los extremos lleva naturalmente al medio y creemos que, sin retirar nada de lo que hemos dicho de cada uno, se puede recomendar como el más generalmente aplicable y como la mejor garantía contra los peligros de derecha e izquierda el método siguiente.

Escribir lo esencial y aprenderlo perfectamente; pero —sin despreocuparse por eso de una meditación profunda y de múltiples ensayos interiores—abandonar lo accesorio a la elección e inspiración del momento.

¿Qué entendemos aquí por lo esencial? Se debe entender en todos los sentidos de la palabra y respecto a todos los elementos del discurso. Comprenderá, pues, *todas* las

ideas, al menos, provisionalmente, ya que se busca estar seguro y, sin embargo, quedar libre. Se incluirá también lo esencial de la expresión, es decir, los pasajes, las transiciones, los movimientos, las figuras principales, las frases de valor, no dejando, en una palabra, más que el relleno, que se está seguro de realizar correctamente cuando se está acostumbrado por la escritura y la experiencia de la palabra.

Como se ve, este método utiliza la preparación de una manera más dócil a medida en que se aleja del fondo de las cosas y se acerca al detalle. Hay mucha amplitud y, por consiguiente, este método es múltiple; pero siempre alejará los inconvenientes temidos y conservará la mayor parte de las ventajas. El orador no queda absolutamente libre, pero ha aflojado sus lazos y él mismo es quien se ha hecho los nudos. Es un inventor que recuerda y un recitador que inventa. Su memoria, lo mismo que su facultad creadora, es a la vez aliviada y utilizada. Es verdad que debe acostumbrarse a llevar de frente, sin confusión ni embarazo, el doble trabajo de memoria y de creación; pero es una costumbre que se adquiere muy pronto y que libra de todos los obstáculos, conservando las ventajas.

Por consiguiente, la palabra podrá ser a la vez estudiada, sólida precisa y natural; costará menos y, sin embargo, puede ser que valga más. El estado original de las cosas tiene siempre más encanto y contiene más estímulos. El auditorio queda más satisfecho al ver la facilidad y la riqueza; en vez de beber en un pozo, bebe en un manantial.

De este método echan mano naturalmente los pastores, a quienes su rebaño exige una enseñanza precisa, continuada, de lecciones de cosas, lecciones breves en las que no permitiendo la elocuencia solemne, no pueden contar tanto con lo que se llama inspiración.

En el mismo caso se encuentran los predicadores de

retiro, obligados al discurso directo y personal, sin grandilocuencia, pero, en cambio, positivo y fecundo.

Nunca se repetirá bastante que para temas delicados, difíciles de precisar y en los que la precisión es de extrema importancia, es prudente escribirlo todo y aprenderlo, porque entonces las cualidades de vida y de acción pasan a segundo plano y lo importante es decir lo que hay que decir y callar lo demás. ¿Podría improvisarse un discurso-manifiesto, un discurso-programa, que se está seguro de que será analizado hasta en sus mínimos detalles?

Una última cuestión se puede plantear: ¿Se pueden llevar al púlpito escritos? Algunos protestan enérgicamente y extienden la prohibición hasta a la sala de conferencias. Yo me atrevo a decirles que su propaganda no es buena; que tiene el peligro de desanimar a excelentes inteligencias y que la fobia del papel no tiene que ver nada con el celo apostólico o simplemente con el espíritu de verdad. Si un hombre tiene algo que decir y no dice sino con la garantía de unas notas escritas, déjensele sus notas y escuchésele con atención; seguramente producirá más fruto que el fanfarrón que pasea por las calles con las manos en los bolsillos de su bien cuidado traje.

Conviene prescindir en esto de la cuestión prestigio. Ser capaz de improvisar tiene sus ventajas y es una preciosa cualidad; es, sin embargo, una cualidad secundaria; ante todo, lo que vale es lo que se dice y los términos en que se dice. El público no es tan tonto que crea se improvisa lo que se le está diciendo; que se improvise la forma o no, ¿qué le importa? Lo importante es saber si se encuentra ante alguien, y alguien que habla.

Es preciso fijarse en esto para dar una solución al problema. El papel o la ausencia del papel es lo de menos; pero la palabra es una comunicación; en cuanto se corte la corriente y desaparezca la acción, la palabra se convierte en una lectura que el auditorio muy bien podría hacer por sí mismo. Leer en el púlpito, propiamente ha-

blando, es, pues, una gran inconveniencia; ciertamente, nunca hicieron esto ni los Fenelón ni los Lacordaire. Pero declamar con el papel en la mano, ¿por qué no? Es verdad que para quedar del todo bien, conservar el contacto con el auditorio, mantener libres las entonaciones, los movimientos de fisonomía y aun los gestos, es preciso tener una gran experiencia de la palabra y, por consiguiente, ser capaz de hablar sin recurrir a ese medio. Pero ¿por qué rechazar un medio de economizar fuerzas y tiempo no habiendo, por otra parte, peligro?

Piénsese esto, ensáyese y consúltese, suponiendo que haya razones para adoptar este método: éste es nuestro consejo. Las soluciones *a priori* nada valen; las que brotan al impulso de la inspiración inconsciente de las propias disposiciones no valen más que para uno mismo. Ya que el crítico piensa en él, que el interesado piense también en sí y no se deje a merced de cualquier opinión.

CAPITULO IV

LA ELABORACION DEL DISCURSO

I. La invención.

A) La inspiración inicial.

«Dice el cuervo al ruiseñor: ¿Qué haces tú?
Y responde: Abro el pico y hago: tu, tu tu.»

Mucho temo que una misma sonrisa acoja estos versos y las explicaciones que van a seguir. Verdaderamente, sería demasiado fácil exigir recetas al que sabe y puede darlas y, siguiéndolas fielmente, pretender que todo nos salga bien, como a él. El éxito no obedece a recetas, como tampoco la garganta del cuervo a la invitación del ruiseñor. «*Si sois conducidos por el Espíritu*—dice San Pablo—*no estaréis bajo la ley*»; el Espíritu mismo será vuestra ley y no las reglas de los hombres.

Esta ley del espíritu es imperiosa ciertamente y precisa; pero a causa de esa misma precisión es imposible de formular. Se calca en la vida, que es individual e incomunicable; se identifica con cada caso y con cada particularidad de cada caso, que jamás se repite. «La unidad de un cuadro—escribe Novalis—, la construcción de una obra pictórica (evidentemente lo mismo pasa en la elaboración del discurso) se funda en leyes tan fijas como las

de la armonía musical» (1). Perfectamente cierto; pero, por otra parte, escribía Giordano Bruno: «Hay tantas clases de verdaderas reglas como clases de verdaderos poetas» (2), teniendo en cuenta que, hablando con propiedad, los poetas no forman clases, y que es preciso añadir los *casos* concretos, que son aún más individuales y únicos.

Es Nietzsche quien, según creo, se ha expresado en esto con más claridad y fuerza: «El artista—dice él—sabe hasta qué grado en el momento de la inspiración obedece de una manera severa y sutil a leyes múltiples, imposibles de reducir a fórmulas precisamente por su precisión y severidad. Al lado de estas leyes, las reglas más fijas conservan un carácter fluctuante, múltiple y equívoco... El artista no hace más que danzar entre cadenas» (3). Esta última expresión es magnífica y sobremanera instructiva. Pero el conjunto de la cita nos hace ver cuán necesario es, si verdaderamente queremos guiar al espíritu durante la obra creadora, distinguir *leyes* y *reglas*. Las leyes son eternas y jamás se violan impunemente. Las reglas tienen su valor, pero no representan frecuentemente sino conveniencias particulares, locales y temporales; el verdadero creador no puede hacerse esclavo de ellas; es él quien tiene que dominarlas, en contacto con las leyes y bajo su influjo. Muchas veces las tendrá que seguir, y sería tan ridículo desecharlas orgullosamente como sacrificarlas a leyes verdaderas. Obedeciendo a éstas, se encontrarán las reglas, que sólo en favor de las leyes han sido concebidas. Pero sucede también que es preciso «salir de la legalidad para entrar en el derecho», según la fórmula famosa. «La regla de oro es que no hay regla de oro», escribe Bernard Shaw. A un músico falto

(1) NOVALIS: *Fragments inedits.*
(2) GIORDANO BRUNO: *Degl'Eroici furori.*
(3) FREDERIC NIETZSCHE: *Par delà del bien et le mal*, aphorisme 183.

de genio que le reprochaba un acorde «prohibido», Beethoven respondió: «Pero lo permito yo...» De ordinario, observando las reglas recibidas y clasificadas como tales, proporcionaba igual satisfacción a técnicos y a profanos. Pero queda el hecho de la imposibilidad de una formulación decisiva de las leyes de la creación literaria o artística. Cada uno debe hallarlas por su cuenta. Leyes eternas, que no se precisan sino en cada instante del tiempo y en cada particularidad del hecho de la creación, nunca *a priori* y de una vez para siempre.

Sin embargo, no es ésta suficiente razón para no decir nada de ellas ahora. No llegaremos al hecho mismo, pero podemos legiferar de lejos; sobre todo, podemos sugerir, proponiendo nociones que cada uno deberá, si quiere benignamente recordarlas, adaptar a sus necesidades. Quienes no las necesiten quizá aprovechen al examinarse; quienes reconozcan su insuficiencia podrán aprender a discernir sus necesidades y a remediarlas.

El orador se halla ante su tema; tiene ya su género y su método, más o menos impuesto por la elaboración. Pero aún no ha buscado nada. Se trata ahora de saber qué va a decir acerca de ese tema y cómo lo ha de decir. Se trata de *inventar*; después, el problema será *componer*, y más tarde, *realizar*, sin que, por otra parte, ninguna de estas operaciones se encuentre totalmente aislada de las demás. Se inventa al componer y al realizar; se compone y de alguna manera se realiza ya al inventar. Pero hay un orden y según este orden la tarea preliminar, la menos próxima al resultado, es la *invención*.

«Cuando una idea sencilla toma cuerpo en una sociedad—decía Peguy—estalla una revolución; cuando una idea sencilla toma vida y se organiza en nuestra alma, nace una obra de pensamiento, una obra de arte. ¿Qué es esa encarnación de la vida en la cual todo tiene su

origen y sin la cual nada se realiza? No es tan claro como parece. La invención es algo muy misterioso en que los psicólogos modernos han trabajado mucho; pero aún no han acabado.

Es verdad que sus investigaciones no apasionarán a algunos predicadores, para quienes la invención consiste en saquear a un predecesor, lo mismo que la composición consistirá en encontrar un plan ya hecho, y la realización en desarrollar ese plan con textos recortados. No los condenamos; cada uno hace el bien de la manera que puede, pero ciertamente es ése un procedimiento servil, y la cuestión que planteamos no se refiere al que recoge un trabajo ya hecho, sino al que lo busca en su espíritu creador.

En la invención se pueden distinguir tres momentos. Tenemos, en primer lugar, la *inspiración inicial,* fundada en una idea general o en un sentimiento dominante. Está después la búsqueda de pensamientos que se habrán de utilizar en el discurso: es lo que se llama la *concepción,* aunque este término en rigor conviene a los dos primeros momentos unidos. Finalmente, la *elección de pensamientos,* con vistas a su introducción en el cuadro ideológico del discurso y en la corriente oratoria; tarea que se realiza al mismo tiempo que la composición, lo cual prueba que no se pueden poner fronteras fijas.

¿Qué es esta *inspiración inicial?* No se sabe. Se la puede representar por la metáfora de una especie de invasión del yo cotidiano por un yo superior que le acciona. Platón la llama, en un sentido muy particular, *delirio.* «Hay dos clases de delirio—dice Sócrates en el *Fedón*—: el causado por la debilidad humana y el causado por una transposición divina de nuestras costumbres normales.» Es preciso soñar la obra antes de pensarla. Si se la piensa demasiado pronto o demasiado exclusivamente, se en-

coge y se seca; si no se piensa, seguirá siendo un inconsciente e inútil vapor. Se trata, pues, de una síntesis de sueño y de vigilia, de inconsciencia y de conciencia, de proyecto y de realidad, de instinto y de razón. La inspiración es como un sueño despierto, un sueño lúcido y resplandeciente, un sueño ideal. Pero, puesto que se trata de realidad, no hablemos de un estado artificial, parecido a los que provoca el éter o el hachisch, ni de una huída de la imaginación lejos de las realidades tangibles. Por el contrario, sólo al contacto de las realidades y de sus más precisos caracteres se puede producir ese *rapto*. «Estoy persuadido—escribe Novalis—de que se llega antes a verdaderas revelaciones a través de la fría razón, la razón técnica, y de un estado de espíritu tranquilo y moral que a través de la imaginación. Porque ésta nos lleva al mundo de los fantasmas, ese antípoda del verdadero cielo.» Por otra parte, Edgar Poë, que tanto entendía en materia de imaginación, decía de ella: «El hombre verdaderamente imaginativo nunca será más que un analista» (4). Sólo en la intimidad de las cosas se pueden descubrir éstas, pero no solamente con la mirada ordinaria; es necesaria una particular disposición, propiamente inexplicable.

A lo sumo, se pueden distinguir dos aspectos, correspondientes a la doble naturaleza de una creación oratoria: una idea, un conocimiento y un impulso; una concepción general del discurso y un sentimiento inicial de sus movimientos y de sus efectos. Pero el conjunto es todavía como una confusión embrionaria, como una nebulosa: ¡feliz si de ahí logras sacar un universo!

Lo que se tiene delante al empezar es un presentimiento de lo posible. Mas este posible consiste ya, sin duda, en una conmensuración de pensamientos, pero indistintos, «desarticulados» en el sentido de Carlyle, incomuni-

---

(4) EDGAR POE: *Double assassinat dans la rue Morgue.*

cables, por consiguiente: «una especie de murmullo interior—dice Claudel—, del que se destacan, más o menos claros, algunos trazos sueltos del poema (o del discurso), aún sumergido» (5). Esos *trazos sueltos*, ideas, imágenes, formas o expresiones particulares, fragmentos de períodos, son lo que Paul Valery llama en expresión feliz «los fragmentos del futuro». Expresión feliz, porque el futuro es una continuidad indivisa, pura tensión, «intuición pura», diría Bergson, y lo que se destaca ya visible es tan sólo un fragmento. Servirá o no; pero es un testimonio anticipado del fin perseguido; fin actualmente inalcanzable, plan secreto que no se plasma, presencia invisible como de un suceso que se presiente, como de una palabra que se busca.

Además, decíamos, la inspiración inicial, sobre todo la oratoria, es un impulso, un sentimiento de la marcha del discurso, de su contenido espiritual, de su influjo sobre las almas, del misterio que debe comunicar, en cuanto que es *para nosotros* un misterio, un mensaje. Respecto a esto, la inspiración no es una conmensuración de pensamientos indistintos; es una onda de impresiones, una especie de carga eléctrica que no es todavía ni luz ni ruido ni relámpago ni trueno, sino que, animando al orador, le sugiere los comienzos de rutas espirituales, de esbozos de movimientos.

Se ve delante una llanura inmensa y oscura, y nos lanzamos ya a ella sin discernir aún ningún camino. El movimiento oratorio indicará ese camino y lo recorrerá; la composición señalará su dirección precisa y sus etapas; la elocución es la que adelanta; en la espera, se siente el impulso secreto que permitirá avanzar felizmente.

«Yo no sé lo que voy a cantar—dice un poeta ruso—;

---

(5) PAUL CLAUDEL, carta a J. Rivière, 25 de agosto 1910.

pero mi canción está madurando.» Lo mismo pasa en el discurso: establece su ritmo, su marcha, su impulso conquistador. Al apoderarse de nosotros, la inspiración trata, sin que se pueda ver la forma exacta, un arabesco de obra, un zigzag de relámpago o, para volver a la comparación de la nebulosa, una espiral que insinúa indecisos giros.

Es extraño, pero así es. Estamos ante el misterio del subconsciente, ese laboratorio secreto de la naturaleza donde se forman pensamientos que no existen, deseos que aún no son queridos, sentimientos que no se sienten, potencial en una palabra. Es un hecho común a toda invención, estética o práctica. Oratoriamente, estar inspirado es, pues, emprender el vuelo dentro de sí mismo, doble vuelo del pensamiento y de la emoción comunicativa; cuanto más poderoso es este impulso—sabiendo después dirigirlo y llevarlo a su término—, tanto más rico será el resultado.

Por otra parte, ese resultado consistirá en suscitar en los oyentes un estado de alma semejante, añadiéndole, claro está, pensamientos claros y resoluciones efectivas, pero apoyadas en esa impresión de fondo, confusa ideológicamente, pero muy clara a su manera, que constituirá su principal valor.

Es un hecho que el discurso que ha conmovido una vez continúa largo tiempo haciendo bien, aun después de haberse olvidado los términos y hasta el mismo tema. Así era el «dardo» que Pericles dejaba clavado en el alma de los atenienses. Al acordarse de él, el oyente se pondrá en el mismo estado del orador en el momento en que recibió la primera inspiración de su obra.

¿Se podrá provocar la inspiración así entendida? Sería muy importante, puesto que de ella depende todo lo demás, puesto que su profundidad y energía vital determinan la eficacia y conveniencia de la composición, de la

elocución y de la acción. Sería muy importante; pero es preciso confesar que directamente no se puede gran cosa; no se pueden crear unas disposiciones cuya naturaleza se ignora. «Nada saldrá bien sino lo que viene por sí mismo», escribe Keiserling. «No te empeñes sino en lo que se hace en ti», aconsejaba madame Adam a Pierre Loti.

Sin embargo, si no podemos provocarla directamente, podemos predisponernos. Se puede poner el arpa eólica al viento; meditar, orar, cultivar el espíritu de silencio, conservar la soledad interior, disponer el alma con deseos y esfuerzos para que sea posible la visita del dios interior y pueda obrar libremente sin que se turbe su acción.

Podemos también ponernos en contacto con los grandes pensamientos, las grandes obras, los grandes héroes, los grandes espectáculos. Todo esto no sólo en realidad, sino también, y quizá más, en imaginación, influye en nuestra facultad creadora. «La grandeza, la necesidad de un ritmo amplio, es casi la medida de la inspiración», escribe Nietzsche (6). Todo esto obra automáticamente; pero también obra de parte de Dios. El Espíritu Santo y sus dones vienen en ayuda del genio natural y de todo lo que le fomenta. Algo de esto hemos sugerido al hablar de las *fuentes* y *apoyos interiores* de la palabra de Dios.

Se hará la inspiración más favorable, un poco más de lejos, utilizándola con fidelidad cuando se presenta. Hay una reacción mutua entre las facultades y su uso. Para esto sirve el trabajo. Cuando es emprendido apasionadamente, «como cuando se juega una carta que significa una suma considerable», decía Goethe, el trabajo fecunda el espíritu, que va concibiendo proyectos a medida en que los realiza. La reflexión consciente y el instinto inconsciente se mezclan naturalmente, «como la cadena y los eslabones». Goethe decía a Jumboldt tener una especial

---

(6) FREDERIC NIETZSCHE: *Ecce Homo*.

predilección por esta comparación, y en realidad es esclarecedora.

Por fin, la condición previa a toda inspiración un poco continuada es una sólida y rica cultura. *«Al que tiene, se le dará más...»* Se atraen las ideas como se atraen las abejas, preparándoles una colmena. Hacer del espíritu una colmena bien organizada, con miel ya elaborada, será el medio de obtener nuevas concepciones. En todo, como en la guerra de Napoleón, «la inspiración es la solución espontánea de un problema largamente meditado». Y tal es, sin duda, el sentido auténtico de esta fórmula tan discutida de Buffón: «El genio es una larga paciencia.» Es una larga paciencia en la ejecución, después de la concepción genial; pero esta concepción misma no ha surgido en la casi totalidad de los casos sino después de una precedente y larga paciencia. ¿No es esto mismo lo que hacía decir a Baudelaire: «Inspiración es trabajar todo el día»?

B) La búsqueda de pensamientos.

Henos aquí con nuestro tema, ya vital en nosotros, pero todavía en estado de mera posibilidad, al menos en cuanto a la principal; como pensamiento todavía indistinto, como movimiento sin dirección fija. Se trata ahora de buscar la materia del discurso, atendiendo a su forma. A esta segunda fase es a lo que llamamos el estadio de la *concepción,* que sigue a la inspiración inicial.

En esto los procedimientos difieren. Algunos aplican en seguida su reflexión a buscar un plan. Cuando lo han encontrado, vuelven a tomar cada una de sus partes y reflexionan de nuevo, ayudándose de lecturas para rellenarlo. Es un buen método. No tiene ningún inconveniente que impida su éxito, sobre todo en el caso de una mente muy inventiva. A cada uno toca saber si le conviene o no, después de hacer la experiencia.

Pero hay otro que yo personalmente prefiero, y me ha sorprendido saber, demasiado tarde, que es el mismo de Bourdaloue. Se ha creído fácilmente lo contrario: ¡tienen una apariencia tan de *a priori* y son tan lógicos sus planes!... Podríamos creer que los realizaba con gran cuidado y los rellenaba después. Sin embargo, no. Trabajaba primero al azar, daba vueltas al tema en todos los sentidos, como Rodin a sus modelos, para que su busto o su estatua fuera como «un manojo de perfiles» (7). El, Bourdaloue, el hombre del pensamiento lógico y aplastante, escribía sus pensamientos sin orden, al menos definitivo (porque las ideas de orden que se presenten deben ser cuidadosamente recogidas, como se ve en Pascal). Después y solamente después, Bourdaloue buscaba su plan. De esta «pasta» (8) formaba su pan, y de lo que quedaba se han sacado en parte los *Pensamientos*. Consoladora indicación para sus imitadores; compensación eventual de numerosos sacrificios que se imponen durante la composición si se quiere evitar el sobreexceso.

Componer así, por medio de islotes que se fusionan para formar el futuro continente, hacer preceder el trabajo de organización por una libre inspiración esporádica o, si se quiere, fijar puntos para la curva y multiplicarlos para trazar la línea de un golpe en el momento oportuno, es librarse de la fatiga de una composición obligatoria y de la ansiedad que provoca la página blanca; es asegurarse trabajo creador.

Cualquiera que sea el método elegido, las condiciones de la búsqueda son siempre las mismas; sólo varían los matices de aplicación. Supongamos para mayor comodidad que se ha elegido el segundo método. Desde luego,

---

(7) He encontrado este detalle en Bourdelle, alumna de Rodin, escribiendo a su propia alumna Jeanne Bergson.

(8) La expresión es de Renán, devoto del mismo método. Barrés, que lo practicaba también, llamaba a su paquete de notas el *monstruo*.

se imponen dos cosas: primeramente preparar el propio trabajo, recurriendo—si es preciso—al trabajo de otro, y siempre a las fuentes comunes: la Escritura, ayudándose de las *Concordancias;* la liturgia, indispensable en algunos casos, por ejemplo, cuando se trata de una fiesta particular, y siempre muy útil; la teología, para precisar la doctrina y obtener buenas definiciones; la filosofía, quizá, o alguna técnica relacionada con el tema, por ejemplo, la ciencia social; por fin, los maestros que han tratado el mismo tema u otro parecido, si es necesario este auxilio.

Una costumbre laudable consiste en buscar en la Concordancia las palabras que próxima o remotamente se relacionan con el tema; muy raro sería no encontrar preciosas sugerencias: citas, alusiones, imágenes, fórmulas precisas, ideas de desarrollos, etc. En dogma, el *Index tertius* de Santo Tomás puede ofrecer parecidos servicios. Otros consultan sus diccionarios, en los que pueden recoger, junto a los textos tomados de los maestros, múltiples pensamientos, y, lo que vale mucho más todavía, invitaciones a pensar.

Hemos tratado en *La Vida Intelectual* de la actitud del lector en esos casos y del papel de la inteligencia, que debe ser el del imán en presencia de lo que le puede servir, dejando todo lo demás; y esto gracias a la obsesión del fin y al acaparamiento de la atención por la inspiración inicial.

Es claro que para poder aprovechar las sugerencias así obtenidas, es necesario saber crear, lo mismo que para utilizar las figuras adivinadas en las nubes es necesario saber dibujar. Pero no intentamos enseñar el arte de saquear a los demás sin servirse de las propias fuerzas. Por el contrario, es el momento de utilizar, si se tienen, las notas personales y el resultado de anteriores lecturas. Después, se reflexionará durante el tiempo necesario, yendo y viniendo al escritorio; acechando cualquier aporta-

ción que nos pueda ofrecer la fortuna, haciendo que trabaje la noche, como se ha debido aprender a hacer (9). Parecerse a Delacroix, que fijaba de una pincelada el tono «magnífico» de un faquín de piel broncínea, o a Beethoven que apuntaba la línea melódica de un cuerno de carretero o el ritmo del traqueo sobre las losas (10). Pues el que busca encuentra y, recíprocamente, nada se hallará cuando no se tiene el espíritu en guardia. Todo puede servir a todo cuando se sabe llegar a sus relaciones íntimas.

El objeto de las reflexiones, como el de las lecturas, no debe limitarse al tema en sí mismo, sino extenderse a la manera de presentarlo, a los medios que se pueden emplear para hacerlo más claro al público, para arrastrarle y ayudarle a fijar los resultados que se intentan. Se ha de poner todo por escrito sin ir más allá de lo que se nos ofrece, pero guardándose de desechar cualquier desarrollo que se presente ya hecho. Esos desarrollos son los mejores porque proceden de las leyes del espíritu en vez de obedecer a impulsos artificiales. Si se presentan ocasionalmente ideas para un futuro discurso, tampoco deben ser despreciadas; es preciso conservar las semillas, y el labrador prudente llena así muy pronto los graneros.

La actitud del espíritu lo mismo en la reflexión que en las lecturas—mirada siempre en relación al tema que nos ocupa—debe ser una actitud de espía; por consiguiente, activa o, sobre todo, pasiva, como en la oración. En la oración se escucha a Dios; aquí también se escucha a Dios y se escuchan las cosas que en su nombre dicen la verdad a quien sabe oírla, a quien no hace ruido o falsos gestos dentro de sí, a quien se abandona y se deja impregnar, a quien permite a la emoción encontrar su forma

(9) Cfr. *La Vida Intelectual*, c. IV, I y II.

(10) Para él, dice su amigo Czeruy, todo ruido, todo movimiento se convertía en música y en ritmo.

propia, contempla cómo nacen las ideas según su propio impulso, hace desaparecer su yo en ese ambiente espiritual que explora y viene a hacerse de alguna manera su propio tema.

«Es preciso dejarse llevar», dice a su vez Sainte-Beuve. Huir del apresuramiento, de la agitación y, sobre todo, del orgullo es, sin duda alguna, una condición negativa; pero la inteligencia hará lo demás; sus energías subconscientes tienen más valor que nuestras intervenciones. Lo que en realidad vale más del discurso es lo que nada cuesta, lo que viene sólo y se impone o se anuncia en la alegría del espíritu.

Es esencial, además, durante esta fase de investigación, como más tarde al componer o al escribir, mantenerse en contacto con las almas a las que nos dirigimos. El intendente piensa en las provisiones de sus tropas, no en hacer colección de legumbres o frutas. El escritorio es a la vez el amigo y el enemigo del orador. Le ofrece soledad, pero le amenaza con el aislamiento, y la elocuencia es un coloquio. Así, pues, el orador ha de imaginarse a su auditorio, hablarle interiormente, escuchar sus respuestas, darse cuenta de si comprenderá, si apreciará tal o tal cosa, si se conmoverá. Rechace toda superficialidad y recurra al misterio, fondo de toda noble predicación. Nuestros temas son siempre misteriosos; tocan el infinito, y esto es lo que importa. La marcha a través de los temas no es para nosotros sino la ocasión de llegar al infinito, de provocar una caída en Dios. ¡Qué éxito si al salir del sermón vuestro oyente no pensara ya en el tema, pero llevase una gran impresión religiosa que transfigure los «temas» en él mismo! Por eso nosotros, los primeros, debemos buscar nuestra materia predicable en un ambiente de profundo sentimiento religioso.

C) La elección de pensamientos.

Una vez hallados y anotados, los pensamientos han de ser sometidos a una selección y ordenación. La ordenación constituye la composición y, sin duda alguna, la elección depende de ella. Sin embargo, la dependencia es aquí recíproca, porque puede invitarnos a adoptar un plan determinado el deseo de introducir algunas ideas; tal es el caso general en el método hace un momento descrito, y es una necesidad evidente cuando se trata de ideas constitutivas del plan mismo. Podemos, por lo tanto, hablar de selección de ideas, abstrayendo de su ordenación, sin olvidar por eso que ambas cosas mantienen estrechas relaciones.

Lo principal, ya que la composición no es más que la realización de la inspiración, es elegir entre las ideas por ella sugeridas las que mejor representen esa inspiración inicial, las que, por lo mismo, serán capaces de evocarla a su vez en los oyentes. Esos fragmentos han de subordinar a los demás, que serán una preparación, un enriquecimiento o una ampliación de ellos. De una manera general, es preciso elegir entre las ideas que se ocurren o se recogen, no las que tienen mayor valor absoluto o mayor interés, o que son más agradables, curiosas, originales, etcétera, sino las que mejor sirven al fin propuesto. Si una idea no sirve para lo que se propone, su interés es nulo; por el contrario, cuanto más interesante sea, tanto más perjudicará, porque acapara la atención y perturba así la marcha. Leconte de Lisle decía a Barrés que un poema no debe expresar nada que no sea útil a su tema, y que debe poder terminarse con la fórmula: «que es lo que quería demostrar». Con cuanta mayor razón el discurso.

Por consiguiente, el sacrificio se impone desde los primeros momentos como se impondrá a todo lo largo del trabajo. Una vez bien determinado y presente el fin, se

recogerá todo lo que le pueda ser útil y se rechazará despiadadamente todo lo demás. Con ello se consigue no sobrecargar el discurso y mantenerlo en su unidad plena y austera, en su lógica.

Pero es preciso añadir que el sobreexceso es todavía peligroso respecto a las ideas útiles o que se creen tales. «Quien no sabe limitarse, jamás sabrá escribir.» Cuantas más ideas sobren tantas hay de menos para el oyente, porque se obstaculizan unas a otras, se impiden y cansan al recibirlas: así, nunca podrán ser recibidas o, en todo caso, asimiladas, puesto que en el estado en que es preciso lanzarlas no son asimilables. Demasiadas ideas significan demasiado poco desarrollo, falta de relieve y ausencia de esas preparaciones que abren las almas. Además, esto no es oratorio ni bello; es un desfile de esqueletos. Entonces, nunca se acaba y es un inconveniente más. «Los sermones cortos son mucho mejor recibidos, dice Santo Tomás de Aquino: si son buenos, se oyen con mayor agrado, si son malos, no cansan tanto» (11). Cada inteligencia tiene su capacidad; cada oyente viene con su propia copa; una vez llena, lo que desborda es más que inútil, puede hacer salir a lo demás.

Nos podemos tener por satisfechos si cada uno recoge una idea, un impulso, una resolución; una tan sólo. Y, sin duda, para que una idea sea retenida en su valor total es preciso ofrecer más de una; pero cuidado con el exceso; mantenerse en una modesta amplitud que invite a la atención y no desconcierte. Dar una visión atrayente de las cosas vale más que ocultarlas con consideraciones, y eso exige una determinada brevedad en que únicamente se evoca la rica multiplicidad, como en esos cuadros de Rembrandt que dan una impresión de colorido intenso y son casi monocromos; como en esas pers-

---

(11) *In Epist. ad Hebraeos*, c. 13, lect. III ad finem.

pectivas de Ruysdaël en que se consigue un pueblo con unos pocos trazos.

El discurso ha de poder abarcarse de un solo vistazo, como un cuadro. ¿No es un cuadro sucesivo? Eugenio Delacroix, pintor y escritor, ha visto muy bien esta correspondencia. Cuenta en su Diario (12) que un visitante le felicitaba por sus cuadros, diciéndole: «En ellos se ve todo a la vez.» «Esta expresión me ha impresionado», escribe, y él mismo la aplica a la producción literaria: «¿Cuál es el objetivo supremo en literatura? Producir al final de la obra esa unidad de impresión que da el cuadro» (13). Pero, ¿cómo obtener esta unidad si se sale de lo que la explicita? Riqueza, sencillez, unidad: tal debe ser la preocupación de la investigación.

Por consiguiente, no se deben prever demasiadas divisiones y todavía menos subdivisiones, que dispersan la luz. Corrège y Rembrandt trabajan con grandes haces de claridad y grandes planos de sombra, lo que constituye una gran parte de su eficacia. Pero es preciso tenerlo en cuenta desde el principio, porque, si el sobreexceso está en la base misma, ya no hay remedio. Es lo que pasa a jóvenes predicadores y artistas. Un predicador novel meterá en un solo punto un discurso entero, cuando no una Cuaresma. He ahí una simple señal de inexperiencia; más tarde sería señal de impotencia. Se multiplican las ideas cuando no se sabe explotar ninguna.

Pero esto se debe entender más o menos explícitamente según el carácter del discurso. Nos podemos proponer presentar un conjunto completo, agotar la materia de alguna forma, para mostrar todas las articulaciones y aspectos de un determinado tema. Pero, entonces, la ley del sacrificio se refiere a los detalles. Y es preciso saber que un discurso así quizá sea interesante, instructivo y muy oportuno, pero nunca será elocuente, sino por instantes.

---

(12) E. Delacroix: *Oeuvres litteraires*, t. II, p. 304.
(13) *Ibíd.*, t. I, p. 74.

No hay tiempo. Un movimiento oratorio exige una preparación y una continuación. Es una ola y no se juega con las leyes del equilibrio y expansión de las olas.

Sobre todo, nada de concesiones a los aspectos que no interesan. Elegir es excluir. En esto hay que ser intransigentes; sólo a este precio se obtendrá la claridad del trabajo y, por consiguiente, su efecto. El plan general no quedará por eso perjudicado, porque no se mide por su extensión, sino por su altura y profundidad; no depende en absoluto del número de objetos, sino de sus relaciones, es decir, de su unidad. Me gusta el discurso en que se ha sabido introducir el cielo y la tierra; y sólo ése me gusta, tendría que añadir, porque sólo él responde a lo que es cada uno de nuestros temas. ¿No se encuentran el cielo y la tierra en un único *Padre Nuestro?* Pero no es esto razón para hacer un curso de astronomía y geografía física. La amplitud de la concepción se opone precisamente a los detalles, lejos de exigirlos. Conviene, además, advertir al joven predicador que el afán de amplitud es al principio una peligrosa tentación. He ahí un castigo. Faltos de conocimientos adquiridos y de experiencia en el manejo de las ideas, se corre el peligro de caer en la ampulosidad al querer abrirse horizontes. Trabájese, sobre todo, en profundidad y poco a poco, al ir conociendo más cosas interiormente y adquiriendo así el sentido de su conexión íntima, se llegará sin peligros a una progresiva ampliación.

II. La composición.

A) Cualidades de una buena composición.

Bajo el soplo de la inspiración las ideas han germinado; dispersas o reunidas, están prontas a entrar en combinaciones diversas. Es preciso ahora organizarlas. Es ne-

cesario pasar de la percepción aún oscura del tema a su percepción clara (Leibniz). Se pasa del mero *sentimiento* de la obra, a su *expresión*, o, según nuestra anterior comparación, de la nebulosa se quiere hacer un universo. Hay que abandonar la pasividad y la inmovilidad ante la inspiración del dios; uno mismo es ahora el dios, el demiurgo. En vez de la paloma al oído, tenemos el cordón en la mano; el *genio* deja paso al talento, y «esto es más difícil», decía Heredia. Es más difícil, es decir, cuesta más, sin que por ello tenga más valor. Pero es indispensable. No significa nada tener una idea, si no se realiza, si no se la hace pasar por todos los estados sucesivos que la han de fijar en el alma del oyente. Ahora bien: el esfuerzo para poner las ideas en orden, el esfuerzo de la composición, es el más apto para hacer penetrar lo que se ha concebido en la conciencia de los oyentes y hacérselo concebir a su vez.

Podemos añadir que este trabajo de composición, menos familiar a algunas razas es particularmente exigido por el espíritu meridional por razón de su formación grecolatina. «Componer es obedecer al orden latino», decía Puvis de Chavannes. Y se puede añadir que es una preocupación actual, si es fundada la exigencia que expresa uno de nuestros arquitectos: «Un nuevo espíritu debe animar todas las formas de la actividad humana: espíritu de construcción, de síntesis, de orden y de voluntad» (14).

Ha llegado, pues, el momento de reflexionar, de aplicar intensamente el espíritu en vez de dejarle ir por los caminos del azar. Es preciso conseguir una obra de sabiduría, puesto que el orden es la obra del sabio, según Aristóteles. «Comienza como un viejo y acaba como un joven», decía Gros a sus alumnos. La ejecución exige ardor; la invención, sueño; la composición, una sagaz circunspección, ya que a la acción de la idea sobre el ar-

---

(14) LE CARBUSIER: *Vers une architecture.*

tista sucede la acción del artista sobre la idea, el dominio. ¡Quiera Dios que no estropee al tocarlo lo que felizmente ha concebido o piadosamente recogido en su período de libre investigación! He ahí un peligro del trabajo reposado. A veces se hace de la bella visión inicial «un claro de luna empañado», como jocosamente ha dicho alguien.

Pero la composición no debe hacerse tampoco en frío. Se está en una fase de cálculo, pero de cálculo apasionado. ¿Colocaré yo esto en tal lugar o lo colocaré en tal otro? Esto significa: ¿trazaré un buen camino a mi inspiración o le trazaré uno malo; llegaré a mis oyentes o no les llegaré? He ahí todo el drama de la palabra. Es preciso persuadirse de que todo en la formación del discurso es de importancia capital bajo diversos aspectos y de que jamás se verificó mejor el adagio escolástico: *bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*.

Así, pues, ardor creador también en la composición, a pesar del método de cálculo; cabeza fría y corazón ardiente; un poco del sonambulismo feliz de la inspiración con la circunspección del hombre en vela; matemática y vida, porque el ensamblaje orgánico de las partes, condición de la vida oratoria, es también un efecto de ella; un esqueleto es una carne rígida.

¿De qué se trata aquí? Se trata de articular nuestra idea inicial, de procurarle lo que Horacio llama *series, juncturaque* (15). Solamente en ella deben buscarse las articulaciones deseadas, el encadenamiento (series) y el sólido ensamblaje (junctura). Es decir, que la composición debe partir de dentro. Una vez penetrado a fondo el pensamiento y el tema, tal como se ha concebido, después de haberle dado vueltas, no habiendo cerrado los ojos a nada y teniendo su comprensión total, estamos en estado

(15) Horacio: *Ars poëtica*.

de componer; el orden obedecerá a la inteligencia, que lo necesita para hacer ver y sentir lo que ella antes ha visto y sentido.

Concluímos, pues, que la composición es el desarrollo natural de la idea primera, enriquecida con elementos esenciales que le ha suministrado el trabajo de investigación por ella misma inspirado. Nuestro objetivo es procurar a la idea fundamental su estructura, la suya y no otra. Es lo que negativamente se llama mantenerse en el tema, «habitar el tema», como dice Claudel, pero a la manera del arquitecto propietario, que construye, como la tortuga, su propia habitación.

He ahí una ley de verdad. Lo mismo que hay una verdad de la concepción cuando se modela sobre las cosas, también la hay en la composición si se modela sobre la concepción. La estructura de un discurso tiene las mismas condiciones que cualquier formación natural: molécula, cristales, plantas, animales, paisajes o universo. Si hay más amplitud es porque el espíritu es más rico que la materia; pero no por eso la composición ha de obedecer menos a las leyes orgánicas; procede por *intususcepción* —si se nos permite la palabra—como la naturaleza viva, no como se compone un árbol de Navidad.

La facultad a desplegar aquí no es, pues, principalmente la imaginación ni la sensibilidad, por importantes que sean, sino el juicio concentrado, el sentido común. Toda combinación estética o práctica debe responder a evidencias, proceder por etapas sencillas, obedecer al principio de adaptación y de economía, realizar y desenvolver una unidad perfecta hasta sus últimas consecuencias. Es lo que ha hecho decir que el más bello acierto arquitectónico del hombre es la gavilla de trigo.

B) El orden estático.

La unidad: tal es, pues, la cualidad esencial de un plan desde el punto de vista estático. Pocos discursos la tienen en toda su perfección; falta muchas veces hasta en los maestros. «Componer es asociar con fuerza», escribe Eugenio Delacroix (16). Un gran discurso es como una catedral; uno pequeño, como una capilla; el ideal en uno y otro es que sea de una sola pieza, por complejo que sea, y, por eso, una joya de arte tanto como de humanidad, y un digno altar del Verbo.

La mayor parte de las obras de arte en todos los géneros tienen varios centros de gravedad, y no es necesario más que uno, alrededor del cual se equilibre toda la obra. Es la doctrina de Sócrates en el *Fedro*, donde se puede ver el arte de la composición resumido en este doble precepto: concentrar todos los elementos del trabajo en un único punto de vista que haya suministrado la inspiración inicial y desarrollar ese único concepto según sus articulaciones naturales.

Esta palabra *articulación*, tan querida de Carlyle, evoca la idea de un organismo vivo, y Sócrates se cuida bien de no despreciar una comparación tan esclarecedora. «Pienso, dice, que al menos me concederás que todo discurso debe estar constituído como un ser vivo, con un cuerpo que le sea propio (es decir, que proceda de su alma, de su idea vital), de suerte que no le falte ni cabeza ni pies, sino que tenga un cuerpo y unas extremidades en proporción con las demás partes y reguladas por el conjunto» (17).

Por el conjunto, dice el sabio platónico: se trata de la unidad espiritual de la obra, de su alma, de su curso (hemos de volver sobre este último punto) y, con vistas a esa

(16) E. Delacroix: *Oeuvres litteraires*, t. I. p. 68.
(17) Obras de Platón: *El Fedro*.

unidad espiritual, de la unidad orgánica. «Todas las partes del cuerpo están ligadas, escribe Couvier; querer separar una del todo es ponerla en el orden de las sustancias muertas»: lo mismo pasa con el miembro de un discurso que no forma cuerpo con el conjunto. Sólo así se obtendrá la unidad de impresión y, por consiguiente, la fuerza y la belleza, porque «la unidad es la forma de lo bello», dice San Agustín (18). Bellas cosas dispersas no son más que una juxtaposición de bellas piezas anatómicas; lo que se pide es un ser vivo. Componer es engendrar.

Por consiguiente, no hay que componer por pequeños toques sucesivos e independientes, sino por conjuntos orgánicos, cuidando mucho del equibrio de las partes, de eso que los griegos llamaban *simetría,* palabra hoy equívoca, pero que entre ellos significaba euritmia, disposición armónica, exacto equilibrio de los miembros de un discurso vivo. Es lo que Barrés llamaba «abordar el tema en pleno». Y es claro que no se trata de un equilibrio material, medido a cuerda o balanza. Hay equivalentes de peso, de volumen y de extensión que sólo el gusto puede descubrir. En pintura, la tierra y el cielo de un paisaje deben equilibrarse; sin embargo, algún cielo de Ruysdaël ocupa todo el cuadro—en apariencia—. Pero mira bien; el campo está en él en un exactísimo equilibrio, sólo que está en perspectiva, y constituye una belleza más. De igual modo, una parte del discurso puede ser mucho más amplia que otra, porque desarrolla lo que conviene desarrollar y la otra concreta lo que es conveniente resumir, por ejemplo, una conclusión doctrinal. Es asunto de proporción al servicio de los fines.

Por eso, el trabajador que compone debe mantenerse firmemente ante el conjunto al cual se subordina todo. La

(18) San Agustín, carta 18.

visión del conjunto ayudará a determinar la exacta proporción de las partes. Esta regla de los pintores: «pensar en el trozo que no se está pintando» será muy útil para la elocución, pero también vale para la composición. «Según mi método de componer, escribe Beethoven, aún para la música instrumental, tengo siempre el conjunto ante los ojos»: por eso es él, con Bach, Händel y Mozart uno de los cuatro más grandes maestros en arquitectura sonora. Dice *aún para la música instrumental* porque cree que las palabras del canto imponen ya lo suficiente esta visión del conjunto; precisamente es éste nuestro caso.

Pero si el conjunto debe ser la preocupación constante, las partes de ese conjunto requieren particular atención. Ingres alaba a Rafael porque para trazar un cuadro de cien figuras no se preocupaba más que de cuatro o cinco, dejando a las demás colocarse bajo su dependencia. Corot veía siempre sus conjuntos como se ve un paisaje por la noche, en el que solamente se destacan algunas figuras. Se cuenta que cuando iba muy de mañana a pintar al campo solía decir: «No se ve nada; todo está ahí»; y un poco más tarde: «Se ve todo; vámonos.»

Esta política de las dominantes tiene gran importancia en composición. Las piezas maestras deben resaltar en cualquier parte y es preciso no tener miedo de darles la vuelta para que se vean por todas sus caras y se juzgue de su contenido. Si es verdad, como explica Fenelón, que «el discurso es la proposición desarrollada y la proposición, el discurso resumido» (19), también lo es que cada sección particular en el discurso es o debe ser una idea principal desarrollada y esta idea, toda la sección en resumen.

Esto obliga, en primer lugar, a suprimir todas las superfluidades, ya que el discurso quedaría entorpecido; las

(19) FENELÓN: *Lettre a la Academie.*

materias no asimilables a la idea la embarazan y paralizan, como la grasa en los músculos y en las proximidades de las articulaciones. Tejidos ricos, pero libres, ligaduras secas: he ahí la ley de un cuerpo a la vez elegante y robusto. Téngase, pues, la valentía de sacrificar las ideas adventicias, los tanteos, las preparaciones, o guárdense en reserva.

Con frecuencia se obtiene la unidad orgánica mediante una buena y completa definición en la que todo habrá de apoyarse y tomar consistencia. Construir orgánicamente es resolver una ecuación. Para que la ecuación del discurso sea exacta, para que sea evidente o resuelva el caso propuesto, es preciso, en primer lugar, que ese caso esté bien planteado; y para eso sirve una definición precisa. Por eso, al hablar de la cultura hemos aconsejado constituirse un buen arsenal de definiciones.

Ahora tendríamos que añadir que los principios en que nos apoyamos, sean definiciones o no, deben colocarse en el plan cerca de las conclusiones y no en el extremo contrario del discurso. Se ve a jóvenes predicadores dedicarse en la primera parte a establecer premisas para sacar las conclusiones en la segunda: es un grave error. Los principios aislados y puestos en montón se perjudican y hacen sombra mútuamente en vez de iluminar sus respectivas conclusiones, quedando éstas en el otro extremo en completa oscuridad. O bien, cuando llega el momento de concluir, será necesario repetir, lo cual es demasiado machacar.

Finalmente, una consecuencia del espíritu orgánico en la composición es buscar, además de las dominantes, los contrastes. No se oponen. Todo tiene su contrario, que sirve para esclarecerlo, lejos de hacerle sombra, «*Contrariorum eadem est scientia*», dicen los escolásticos. Las ideas en contraste se hacen valer unas a otras, se forti-

fican por sus choques y solicitan el espíritu del oyente al espectáculo de su conflicto. ¿No son quizá los contrafuertes del arco de ojiva, la lucha de los arbotantes y agujas una de las bellezas de la arquitectura gótica? En el organismo humano hay músculos extensores y flexores, una sístole y una diástole, una inspiración y una espiración, etc. «Lo maravilloso, decía Bourdaloue a sus alumnos, es un desequilibrio equilibrado por medio de los ritmos contrarios.» «En todo objeto, dice a su vez Eugenio Delacroix, lo primero que se debe captar y fijar en el dibujo es el contraste de líneas principales; antes de apoyar el lápiz sobre el papel darse perfecta cuenta de este contraste» (20). ¿No es esto, acaso lo que quería significar el P. Lacordaire al decir que el sermón consiste en abrir un hoyo y en llenarlo, imagen del movimiento de contraste, del que tanto se sirvió él?

C) El orden dinámico.

He aquí que sin querer hemos empleado la palabra *movimiento* cuando se trataba todavía de un orden estático. Es que el orden estático en el discurso, a decir verdad, no es más que una abstracción. El discurso debe caminar, correr siempre hacia el fin. Pero el movimiento mismo es un orden. ¿No se ve en el universo, donde el movimiento es el resultado de cambios, sin los cuales no habría más que elementos dispersos? Lo mismo pasa en el ser vivo y por el mismo motivo. Los cambios orgánicos son el principio de nuestra unidad bajo el gobierno de la idea-alma. También se encuentra este mismo efecto, aunque aquí sea menos evidente, en arquitectura y en todas las demás artes. La unidad de la columna resulta de la base que la sostiene, del fuste que le transmite la carga vertical, del capitel que recibe esta carga y se en-

(20) E. Delacroix: *Oeuvres littéraires*, t. I, p. 69.

sancha para mostrarlo. La belleza no consistirá aquí sino en una buena repartición de los efectos de la gravedad; la fealdad, en una desproporción de las fuerzas. Se sabe que en estatuaria y en artes plásticas el movimiento tiene aún más importancia que la forma. Una actitud no es bella sino cuando expresa un movimiento realizado o pronto a realizarse, una inminencia o facilidad de gestos a la que la imaginación del espectador presta su acto. Según Rodín, el arte de la antigüedad y el de Miguel Angel sólo difieren en la naturaleza del movimiento, armónico sobre todo en los antiguos, contrastado principalmente en el Florentino.

No es preciso decir que la música vive de movimientos, que su unidad es una síntesis de *momentos* y una organización en el tiempo de fases totalmente transitorias. Es el arte que más se parece a la oratoria y la sinfonía, especialmente la sinfonía beethoviana, de un dinamismo tan poderoso, tiene el carácter de un verdadero discurso musical. Acaso por eso al final de la famosa *Novena* aparece tan naturalmente la palabra. Por tanto, el plan del discurso cristiano debe ser dinámico, por lo mismo que debe ser unitario y se presenta como *composición*. La composición de que aquí se trata es una composición de fuerzas, de *gestos* en todo el sentido de la palabra, de movimientos ideológicos, imaginativos, sensitivos, verbales, vocales, mímicos. Es el caminar desde un principio a una conclusión, de un estado a otro distinto, y el gastador abre el camino.

No nos basta clasificar las ideas, es preciso hacerlas converger, maniobrar como un ejército con vistas al ataque victorioso. Una especie de impulso heroico da al discurso más unidad y peso que una lógica inmóvil. La homogeneidad, cualidad tan preciosa para la armonía espiritual y estética, es aquí el resultado de una marcha hacia adelante, dirigida a un término. El fin ha de determinarlo todo; hay que llevarlo en alto, como un lábaro;

nos dirigimos a él; él mismo nos acompaña y determina la dirección y los medios. Por esta combinación de estática y dinámica se verifica en el discurso rápido y como torrencial la célebre definición de Pascal: «Los ríos son caminos que marchan y conducen a donde se quiere ir».

Para que se realice esta condición es evidentemente esencial fijarse un fin bien claro, adoptar un partido, un gran partido, en cuanto sea posible, que te impida, una vez emprendida la marcha, cualquier vuelta atrás. No siempre es conveniente declararlo, ya que un poco de misterio en nuestras intenciones puede excitar la atención y la colaboración del auditorio. Se prefiere un fin a la vez desconocido y presentido, que se deje adivinar y en el que el alma se halle con un delicioso hecho de previsión confirmada y de sorpresa. Pero aunque no se manifieste ha de ser muy claro para el orador; perder de vista o apartarse de él, por poco que sea, es un error irremediable. Todo lo que digáis al margen de ese fin, no será sino materia muerta, oscurecimiento, obstáculo. En arte, como en la vida, el gran error es no saber elegir un camino y seguirlo. «El mayor error es errar», dice Carlos Péguy.

Observemos, sin embargo, que si tal es la ley estricta de un verdadero discurso, de un discurso propiamente dicho, no lo es para una simple meditación oral, como la que se hace en las mañanas o noches de retiro. Entonces no se trata de explotar oratoriamente las ideas, se las propone; es el oyente el encargado de utilizarlas. Además, hay géneros intermedios.

Pero volvamos al discurso propiamente dicho, cuyo dinamismo impone condiciones que es preciso recordar todavía. En primer lugar, la corriente ha de ser tanto más clara y rápida cuanto más amplio es el plan. No hay otro medio de evitar la impresión de cuadro sinóptico, plaga del discurso. Un político, que quiera mantener de acuerdo a mucha gente, la lanza a una aventura sin la cual necesariamente lucharían entre sí. Cuando nosotros tengamos

que manejar muchos elementos, lancémoslos atrevidamente hacia un término; que ninguno se desborde o estorbe. La rapidez será una garantía de unidad estética, allí precisamente donde tan fácilmente reinaría la dispersión.

Después, recordemos, para aplicarlo aquí, lo que hemos dicho de la necesidad de los contrastes. Se trataba entonces—al menos así se podría creer—de un contraste de líneas; pero son necesarios también contrastes de movimientos, carreras y paradas calculadas, descansos que sean como silencios de acción. Es evidente, tanto para la palabra articulada como para la sinfonía, el valor del silencio. El mismo papel pueden desempeñar hábiles titubeos, como el del hombre que busca su camino y de repente se lanza a él. Después de un razonamiento cerrado y como jadeante es preciso un descanso; después de un gran «movimiento», un vaivén familiar. No significará esto perder de vista el fin, sino recoger las fuerzas para alcanzarlo. Habrá que tener altos y bajos; movimientos en la tercera dimensión, que permitirán pasar de lo «sublime» al tono cotidiano. Intentar distracciones para operar un brusco retorno. Ha de haber en tu aventura escaladas y marchas por llano; momentos de trepar con cuerda y hábiles caídas en las que el hombre que buscó el peligro heroico no se hace daño alguno. Son también necesarios, como en música, los «movimientos contrarios». Se puede sacar gran partido de ellos. Es verdad que en nuestro caso esos movimientos no podrán ser simultáneos. Es igual. Hay una simultaneidad en sentido amplio. Todo un desarrollo puede ser hecho sobre un principio de vaivén en sentidos contrarios y producir un resultado impresionante. Por ejemplo sería muy oportuno hablando de la suerte del pecador y del justo en este y en el otro mundo. Los fracasos aparentes de la virtud desgraciada que verdaderamente son ascensiones y que después de un aparente cataclismo se convierten en apoteosis; exactamente lo

contrario para el pecador en sus falsas prosperidades: he ahí casos de movimientos contrarios, de realidades con dos fases.

Parece que a este respecto se puede comparar el discurso a un torrente con remolinos espumosos alrededor de un obstáculo o, mejor, a una llama de dirección fija, pero cuyas lenguas vibran y oscilan, se retuercen frecuentemente sobre sí mismas para elevarse después y subir. Estos juegos que encantaban a San Francisco, esta fiereza y esta nobleza del hermano Fuego son un bello símbolo. El discurso cristiano es una hoguera: démosle sus maneras; no lo hagamos como un fuego artificial que arde aparentemente por diversas partes, sin estar realmente encendido por ninguna.

D) El orden de la caridad.

Se podría preguntar inocentemente o con un poco de malicia si todo esto que decimos de la composición estática, dinámica, etc. tiene mucho de apostólico. Es arte, sí; pero, ¿es conforme al Espíritu de Dios, al espíritu que *sopla donde quiere,* que es nuestra ley interior y quiere ser también la de los oyentes? Hay aquí elementos que es preciso examinar y retener.

Pascal distingue dos órdenes en el discurso; orden de la inteligencia y orden del corazón, del amor, de la caridad. Con su realismo siempre tan impresionante escribe: «No se prueba que deberíamos amarnos exponiendo ordenadamente las causas del amor; esto sería ridículo». ¿Por qué ridículo? Porque esa marcha imperturbable es la prueba de que no se está impresionado, de que se ignora el amor al exigirlo. Contraste cómico. Ridículo.

Pero, ¿es que no hacemos nosotros algo parecido al exponer sabiamente, «con orden», los motivos de amar a Dios, de huir el pecado o de detener al pecador en su pendiente hacia el abismo, de buscar los bienes prodigiosos,

inconmensurables e interminables que nos esperan en el más allá? Sí, por desgracia; al menos en parte. Por eso nuestro Señor no ha procedido así, ni San Pablo, como explica Pascal en un célebre pasaje. «Jesucristo y San Pablo tienen el orden de la caridad, no el de la inteligencia, porque buscaban enfervorizar, no instruir». ¡Atención!, querían instruir, pero no con una enseñanza que se detuviese en sí misma; querían despertar el amor y las obras. ¿Y nosotros...?

Y nosotros tenemos que humillarnos y no adoptar un método sin humildad. Si fuéramos Nuestro Señor o San Pablo o solamente San Agustín, San Vicente Ferrer o el Cura de Ars, podríamos despreocuparnos de las leyes de la composición, porque un Espíritu superior compondría en nosotros. Diríamos como San Vicente Ferrer, después de una doble experiencia, fracasada una por demasiada preparación, con éxito la otra porque se había abandonado al Verbo: «Yo no me admiro; ayer predicó Vicente, hoy Jesucristo.» Pero nosotros que no somos santos ni disponemos de los recursos de los santos, ¿podemos privarnos también de los nuestros?

Pasa con la caridad lo mismo que con las conveniencias sociales. No serían estas necesarias si reinase una perfecta caridad; cada uno las inventaría por su cuenta y en vez de conveniencias artificiales tendríamos vida. Por eso San Agustín decía de San Pablo que, sin haberse preocupado y sin sospechar siquiera el nombre, había inventado los tropos. Pero ya que no tenemos esa perfecta caridad, conservemos lo que la reemplaza y la sirve, ejercitándonos en ella e impregnando de ella cada vez más todas las cosas.

Esta impregnación tendrá sus efectos. Al introducir la caridad en el discurso—y no solamente en su fin—necesariamente se introduce el orden de la caridad. ¿En qué consiste este orden? Consiste esencialmente, lo mismo que el orden de la inteligencia, en la disposición de las

ideas con vistas al fin perseguido; pero es el mismo fin el que cambia o, mejor—puesto que siempre es el mismo, a no ser que haya desviaciones—, el que adopta un imperio más tiránico y más inmediato. ¿Qué tendremos que hacer, por consiguiente? Según Pascal, el orden adoptado entonces «consiste principalmente en la digresión sobre cada punto que tenga relación con el fin, para mostrarlo siempre». Dice *principalmente* porque el orden del amor afecta a toda circunstancia que interesa al amor; pero siendo el principal la circunstancia *fin*, por relación a él se caracterizará principalmente el orden extralógico así impuesto.

En San Pablo el hecho es sorprendente. Desde el encabezamiento de sus Cartas su idea dominante de tal manera es tiránica y tan impulsivo el ardor apostólico que le arrastra que se le ve acumular esas «digresiones» tendenciosas de que nos habla Pascal. Literariamente el comienzo de la Epístola a los Romanos, con su cascada de genitivos, tocaría en el ridículo. Y sin embargo, se trata de muy buena literatura. Es tan intenso el pensamiento apostólico que explota y revienta la granada antes de lanzarla de la mano. De ahí el esfuerzo que se necesita para reconstruir el pensamiento a través de sus diversos trozos. Pero, en cambio, ¡qué fuego y qué efectos de vida!

En el curso de la exposición, la lógica será atropellada a cada paso; lógica verbal y lógica conceptual dejarán lugar a una lógica secreta que es la lógica del corazón, lógica comunicativa, que es lo único que se pide.

El apóstol no es un lógico: la lógica es su esclava; no es un técnico del discurso: la técnica le obedece; cuando sea necesario la flexiona; hablará a «tiempo y contratiempo», arrojará a través de todo el discurso salvador el *delenda Carthago* que le oprime. Pero cuando pueda servirle, volverá a la lógica constructiva: también hay en San Pablo capítulos compuestos con un arte dialéctico se-

vero; pero cuando le impida la marcha la lanzará muy lejos.

Para el modesto predicador que no sea San Pablo, que, no teniendo el mismo ímpetu de espíritu, deba respetar los modos ordinarios de la palabra humana, hay algo digno de retener de este orden que sobrepasa el orden, de este orden que parece desorden en los medios para mejor salvar los fines. «La utilidad de los hijos de Dios es la ley suprema del púlpito», escribe Bossuet. «Temer no gustar a la posteridad» o, más modestamente, a los dilettantes del auditorio sólo para el vanidoso es un peligro; la inquietud del apóstol es muy otra y, además, el buen juez se pondrá de su parte como puede verse en Pascal. La razón de esto es que el tema y sus exigencias lógicas no tienen en elocuencia valor decisivo, sino en relación del objetivo que provoca y justifica la palabra, ¿Qué intentamos en elocuancia sagrada? Introducir a Jesucristo en los corazones. Es, pues, necesario hablar sin cesar de El. Hay medios para llegar a El y los hay para llegar a encontrarle cuando se le pierde. Tendremos siempre a mano esas sagradas panaceas que son la oración, los sacramentos, la meditación de las cosas eternas, Esto vendrá muy bien como último toque de la composición. Es necesario mucho tacto; se ha de buscar la ocasión más propicia, pero, si fuera preciso, se la provocaría: ¿no procede así la pasión temporal?

A este respecto, el P. Surin da una regla piadosa y muy exacta (21). Exige que si en la oración, que debe siempre, según él, preceder a la predicación, se presenta algún pensamiento capaz de conmover al auditorio, no se debe dudar en acogerlo, aunque esté fuera del plan ya organizado y de su natural realización. El mismo Espíritu que ha inspirado este pensamiento ayudará a utilizarlo sin que vaya contra ninguna legítima susceptibili-

(21) Surin: *Cathechisme spirituel*, p. III, ch. I.

dad. El arte es criatura de Dios, como el amor: sabrán arreglárselas como hermanos.

Esto mismo se puede aplicar a las inspiraciones que vengan durante el sermón. Si las suscita el celo, no han de chocar; ya encontrarán su lugar. Sabrán conciliarse al auditorio si le anima el mismo Espíritu y, si no le anima, verá muy natural que nos anime a nosotros. El gusto y la buena voluntad se pondrán de nuestra parte.

Sólo una cosa más. El orden de la caridad, precisamente porque viene impuesto por muy altos fines, no puede en ningún modo servir de pretexto a nuestra pereza. Tenemos que poner nuestro esfuerzo hasta el agotamiento; después y solamente después, el Espíritu, al que nada puede atar, tomará la iniciativa de sustituir nuestra sabiduría por su «locura».

III. Las diversas partes del discurso.

A) El exordio.

Los antiguos tratados de retórica insistían mucho en lo que aquí llamamos las diversas partes del discurso; dividían y subdividían no sin sutileza muchas veces, pero conforme a usos muy respetables. Hoy, nosotros podemos preguntarnos si todo esto tiene siquiera una mínima importancia. Por eso, no nos detendremos. Nos fijaremos en la naturaleza de las cosas que es eterna y puesto que la naturaleza tiene siempre un comienzo, un medio y un fin, nos invita a considerar en el discurso su *exordio*, su masa principal o *cuerpo del discurso* y su *peroración*, que está pidiendo unas breves observaciones.

El principio en todo tiene una gran importancia. «El comienzo es más que la mitad del todo», escribe Aristóteles. El P. Lacordaire decía que a la segunda frase estaba

ya seguro de poseer a su auditorio, y Faure añade: «En cuanto abras la boca debes ya saber con quién te las has de haber.» La primera impresión del auditorio puede ser con facilidad definitiva; importa mucho que sea buena. ¿Cuándo lo será? Cuando el orador y el tema ofrezcan su ventaja. Se trata de establecer una comunicación, de captar la atención, de realizar lo más pronto posible algo prodigioso: que esa muchedumbre de gentes venidas de diversas partes, desconocidas de nosotros y entre sí mismas, animadas por pensamientos y sentimientos divergentes, formen un alma común, entren en la misma corriente y se dirijan a una misma meta. Tendrá éxito el discurso cuando se llegue a esa meta; ahora, es preciso embarcar a esta gente y mostrarles la corriente; nosotros nos ofrecemos como pilotos, y es una verdadera aventura la que emprendemos, a no ser que el prestigio adquirido o cualquier otra poderosa circunstancia nos ayude.

Hablemos en primer lugar del orador. De todas las cualidades intelectuales y morales que hemos exigido al predicador ninguna debe ser ofuscada en este primer contacto y todas deben ser presupuestas. El exordio estará impregnado de modestia y de autoridad, de espíritu sobrenatural, de caridad, y quisiera añadir de distinción y de encanto si el sólo pensar en ello no fuese ya echarlo a perder. Nada de ostentación de la persona; cosas, temas de pensamiento que se proponen sencillamente; un bello horizonte que se mira y se invita al oyente a contemplar; todo esto como en esbozo todavía y seductor como la esperanza.

Desde el punto de vista intelectual, dar muestra sobre todo de sentido común para inspirar confianza; y para ello, no empezar adelantando paradojas. Los mismos atrevimientos legítimos deben reservarse; no tenemos derecho ni podríamos imponerlos sino después de haber dado pruebas de competencia. No empezar planteando

algo dudoso; evidencias en cuanto sea posible, porque así nos verán apoyados en ellas aun en los momentos de mayores vaivenes.

En cuanto al tema y a pesar de la sencillez, siempre necesaria, el exordio será bueno cuando dé la impresión de una cosa grande, importante, nueva en algún aspecto y relacionada con el oyente; bien porque se trate de su misma persona, o al menos de sus opiniones y aficiones favoritas. Nuestros temas son todos grandes; su interés es siempre nuevo; siempre llevan consigo un carácter personal; a nosotros toca el que se les reconozca y que sin falso artificio resplandezca desde su primera exposición su cualidad dramática.

Escuchemos este comienzo de Bossuet para un sermón sobre Pentecostés: «*Esta alegría pública y universal que se extiende por toda la tierra en esta augusta solemnidad, invita a los cristianos a recordar que en este día ha nacido la Iglesia y que con ella hemos nacido nosotros por la gracia de la nueva alianza...*» ¡Atención! La sinfonía ha comenzado, y ¡qué grandiosa sencillez! Ahí están el universo y los siglos, la Iglesia entera; y el oyente, sin ser claramente invitado, toma parte en la fiesta.

Por lo que se refiere a su extensión y a su tono, el exordio debe ser sobrio, a pesar de las varias exigencias que pueda tener. Ir derechos a lo esencial. Si de antemano cansamos la atención, ya no podremos disponer de ella para el tema. «Abogado, al grano.» Nada de preliminares inútiles, de anticipaciones o digresiones tomadas de las notas preparatorias. He ahí una tentación a la cual sucumbe más de un predicador. La peroración la repite. Se llega a hacer un sermón antes del sermón, un sermón después del sermón: el oyente lo aguanta, pero mañana no volverá a oírnos.

En el siglo XVII se podía muy bien hacer eso: tratar un tema preliminar en espera del otro. Hoy esto no se tolera. La gente tiene prisa y ni siquiera se sienta en la

iglesia; nos prestan una atención muy breve: aprovechémosla y no la malgastemos ya de antemano.

Lo mismo sucede con el tono. El oyente sólo nos concede una determinada dosis de sentimiento disponible; no se puede gastar prematuramente. Es preciso permitirle despertarse, sin ninguna brusquedad; calentar el hierro poco a poco para modelarlo en la forma que convenga. Un tono oratorio del todo natural, al fin puede ser ridículo al principio. Nada de elocuencia todavía: una sencillez elevada, una noble gravedad; nada de agitación, de pasión desencadenada, a lo sumo, fuego contenido que espera el soplo del espíritu para lanzar sus llamaradas.

Por otra parte, se puede dejar a un lado esta regla cuando las circunstancias lo requieren. Al día siguiente de las inundaciones del Loira, del incendio del Bazar de la Caridad, del bombardeo de la catedral de Reims, ¿quién se puede imaginar a un predicador sino estremecido o trágico? Pero es el auditorio el que entonces comunica el fuego; clama el acontecimiento y no permite la calma de un tranquilo comienzo. Desde el momento en que el tema es apasionante y conocido de antemano, conocido como tal y *reconocido,* es indispensable un exordio animado. Es preciso, sin embargo, medir las propias fuerzas y mantener las proporciones. A no ser, —puesto que toda regla es relativa—que el exordio sea en realidad lo principal. Puede darse el caso. Estamos predicando una serie de reposados sermones; un día se produce un acontecimiento extraordinario; todo el mundo espera que el púlpito exprese la emoción común: desencadenémonos; tanto peor para el resto del discurso si lo defrauda el comienzo.

La regla esencial de un exordio normal es la claridad de la proposición que enuncia. «De qué se trata», como decía Foch. Sepa el auditorio a dónde se le quiere llevar y sea la perspectiva de tal modo atrayente que se lance delante. De ahí, la necesidad de un exordio *ad rem* y no *ad omnia.* De ahí también el consejo de no escribirlo sino

en último lugar o, al menos, después de haber fijado claramente todo lo demás en el pensamiento. Así lo exigía Cicerón y la reflexión más elemental justifica su exigencia.

B) LAS DIVISIONES DEL DISCURSO.

Pudiera parecer extraño que se hable de las divisiones del discurso después de haber tratado ampliamente de su composición. Pero esa extrañeza sólo puede nacer de un equívoco. Hay división y división, como hay leyes y reglas. Precisamente nos hallamos en un caso particular de esa última distinción. Lo que hemos dicho de la composición resuelve el caso de divisiones que obedecen a leyes; pero no resuelve el problema de las reglas, tales como están recibidas en virtud de tradiciones discutibles.

Por consiguiente, disputemos y preguntémosnos qué valen las divisiones clásicas en tres puntos, en dos, rara vez en cuatro, y si es necesario a una buena composición que un predicador pueda decir: «Mi primera parte, mi segunda parte...»

Notemos en primer lugar que nuestros primeros modelos, los Padres de la Iglesia, no conocieron las divisiones así entendidas. Son de origen escolástico y no es esto una recomendación absoluta; porque si la escolástica tiene muchas cosas buenas, aun para la oratoria, existe el peligro de la confusión de géneros y de la usurpación de lo abstracto. Por eso, Fenelón se levantaba contra las divisiones clásicas en el momento mismo en que obtenían sus más bellos triunfos. Seguramente esta última particularidad no favorece su tesis, porque prueba que en la forma recriminada se pueden plasmar inmortales obras maestras. Pero lo cierto es que esta forma no tiene nada de necesario. Tiene sus ventajas y sus inconvenientes; se pueden comparar y quizás no concluir nada o concluir en una distinción permanente, que nos parece lo aceptable.

Quintiliano compara la utilidad de las divisiones a la de las piedras miliarias que alientan al caminante, asegurándole el camino recorrido y animándole a proseguir. Renuevan la atención; hacen acomodarse (después de haberse movido un poco, lo cual es una buena señal). Favorecen la memoria en el orador y en el oyente. Se puede ver en ellas un principio de claridad, de solidez constructiva bien visible. Se supone que están bien hechas: sólo así se comparan.

¿Cuáles son, en cambio, los inconvenientes? Se corre el peligro de cortar con barreras artificiales, intentadas, impuestas de antemano, el orden natural del discurso. Hemos comparado el discurso a un edificio: ¿acaso está todo edificio formado por tres alas, dos o cuatro? Mejor aún, el discurso debe parecerse al ser vivo: ¿son a priori las divisiones orgánicas? ¿No dependen de la especie?

Si nos fijamos en el aspecto dinámico del plan, podemos preguntarnos si de un torrente o de un río se va a hacer un canal con esclusas. Esto sería casi siempre una desventaja. Habría demasiado artificio allí donde el impulso de la naturaleza conseguiría mejor su objeto y haría más eficaces los procedimientos. En ambos casos, trátese del orden estático o del orden dinámico, existe un peligro, según parece, para la unidad vital del discurso.

No se quiere decir, notémoslo bien, que no se pueda hacer entrar dos o más partes en una unidad verdadera y vital. Si esto fuera imposible, significaría la condenación absoluta del sistema, puesto que ninguna pretendida *regla* puede contravenir una *ley*. Se puede; los grandes maestros lo han hecho magníficamente y, cuando no se hace, se sustituye el verdadero empleo por el abuso de las reglas clásicas. Pero queda el peligro de que esta unidad por etapas no sea en algunas ocasiones más que una unidad relativa. Entonces, se harán tres discursos encadenados, como se hace un triduo sobre un determinado tema. ¿Será esto en realidad un discurso?

Se dice: esto ayuda a la memoria. Pero la mejor ayuda para la memoria es un verdadero orden, un orden necesario, como notábamos antes. El orden de las dependencias reales arrastra al espíritu y desenvuelve la cadena de los recuerdos. Por el contrario, sucede que con divisiones *obligadas* la memoria, más lógica que el orador, hace saltar de la primera parte a la mitad de la segunda y hasta la tercera, porque ése hubiera sido el verdadero orden.

¿Qué concluir? A cada uno toca la elección. Pero, ¿lo mejor? Lo mejor, casi siempre, consiste en la distinción. Y notemos que somos libres para distinguir y para elegir conscientemente. Hubo un tiempo en el que la ausencia de divisiones—como la ausencia de texto—, hubiera extrañado o mal dispuesto al auditorio. No es nuestro caso. Las obligaciones arbitrarias han desaparecido juntamente con la disciplina. A las antiguas divisiones sabias, pedantes muchas veces, se prefiere de buena gana una organización del discurso totalmente interna, sin cortes visibles, con un centro de atracción que no se anuncia. En una palabra, se ha introducido una gran libertad y se puede sin ninguna afectación utilizar esta libertad para buscar lo mejor.

Hemos dicho que lo mejor es distinguir, considerando para ello las circunstancias, el tema, la longitud del discurso, y aun el orador. No sin razón escribe Paul Valery: «Hay dos peligros que no cesan de amenazar al mundo; el orden y el desorden». Esto es cierto no sólo en política y sociología, sino en también en arte.

Hay casos en los que una división a la manera clásica es evidentemente contraindicada, como cuando se trata de una elocución, una homilía, una exhortación o una exposición con un orden propio, imposible de excluir. Hay otros en los que la división podría intervenir, pero en los que el orden natural de los pensamientos la hacen inútil: entonces no haría más que embarazar y perjudicar a la unidad de composición y movimiento, como decía-

mos. Finalmente, hay casos en los que las divisiones se imponen, a saber, cuando el objeto del discurso es claramente múltiple, conservando siempre, puesto que es *un* objeto, su unidad fundamental. Si se predica sobre la caridad, es preciso distinguir el amor de Dios y el amor del prójimo; si se habla sobre la esperanza, la esperanza en el bien divino y la confianza en la ayuda de Dios, etc. Son múltiples estos casos últimos, como también los primeros; no hay porqué discutir, y el ejemplo de los mejores oradores confirma nuestro parecer. Pero el problema se refiere a los casos intermedios en los que la división clásica es más o menos favorable o perjudicial, embarazosa o cómoda. Aquí no se pueden imponer reglas al orador contemporáneo; elija inteligentemente sin fetichismo conservador o estúpida valentía.

Cuando el discurso es largo y exige reposo, esto sólo basta para decidirse por la división clásica, si el tema se presta. Sin embargo, esta elección de ningún modo se impone. Una cosa es una pausa y otra una división. Un discurso de un sólo golpe respecto a su composición se presta muy bien a las pausas con tal de que sepan prepararse. Al final de un gran desarrollo o de un gran movimiento, todo el mundo exige tomar aliento y nosotros mismos por reacción veremos que es preciso señalar un tiempo. Pero esto no es un corte, como no lo es en el torrente un pequeño descanso en el que el agua parece dormir. Se podría decir: no es necesario tener un *plan* en el sentido clásico del término; pero es esencial tener un *orden*, es decir, tomar al auditorio y llevarle de donde está a donde se quiere que esté a través de un determinado camino que se cree el mejor.

Admitidas las divisiones, queda como tarea hacerlas bien. Deben ser sencillas, fáciles de retener, pues son indicadores y harían el papel contrario si diesen la impresión de rebuscadas y sutiles. Deben ser presentadas de manera que favorezcan al tema y convenga de antemano

por su evidencia provisional: el desarrollo no hará más que reforzar el efecto de estas claras proposiciones. Es decir, han de ser formuladas en términos claros, límpidos, sin desarrollos prematuros, que es el escollo de los improvisadores.

Deben ser poco numerosas, tres a lo sumo, y mejor dos que tres en estos tiempos de apresuramiento. Pero, sobre todo, deben obedecer a las leyes generales de la composición de las que nada puede dispensar; leyes de lógica orgánica y leyes dinámicas de acción.

La lógica de la composición exige que las *partes* dividan verdaderamente la idea del discurso y la adecúen en su conjunto. Estas palabras han de ser, por lo tanto, independientes una de otra, pero en dependencia del todo. Nada de mezcla, de superposición. Cosa rara. Bajo pretexto de la unidad del todo, se embrolla, se mezcla, olvidando que dos ramas dependientes en el árbol por medio del tronco, son independientes entre sí, sin ningún punto de coincidencia fuera de la bifurcación. Reflexionen los jóvenes sobre esta condición casi desconocida y fundamental.

La dinámica de la composición exige, en segundo lugar, que las *partes* estén ordenadas entre sí de manera que hagan avanzar el tema, descender como por una pendiente de los principios a las conclusiones, de los puntos de vista generales a las aplicaciones particulares, a no ser que alguna razón especial imponga un orden inverso, pero dinámicos siempre y representando un crecimiento. Si decimos, por ejemplo, que el pecado ofende a *Dios, al hombre y al universo,* está bien, porque Dios es el principio de lo que le conviene al hombre y el hombre de lo que le conviene, a este respecto, al universo. Pero invirtamos el orden, pongamos al hombre o al universo en cabeza; se podrá aún hacer un bello plan parcial desde un determinado punto de vista, pero como doctrina de conjunto no vale, porque los principios se presentan demasiado tarde

y nos vemos obligados a anticipar, y luego a volver atrás, para concluir. En cualquier sentido en que se dirija, aunque sea de abajo arriba, (porque todas las comparaciones cojean), el discurso es un río y, como un río, debe seguir su pendiente y crecer a medida en que recibe sus afluentes.

Si se rechazan las divisiones clásicas, hemos dicho que es más estricta la obligación de seguir las leyes naturales de la composición; porque sólo en su nombre se pueden legítimamente rechazar estas reglas. Lo esencial aquí es saber bien lo que se va a hacer, el fin que se persigue, y buscar los medios. Ya lo hemos dicho, pero no se insistirá nunca demasiado en el momento de la composición sobre la necesidad de una meditación intensa que revele la interdependencia de los pensamientos, de las pruebas y aun de las emociones, de manera que se encuentren sus relaciones naturales, las *transiciones*, como decía Boileau, término tan mal comprendido por el P. Gatry en las *Sources*. Este arte del que el legislador del Parnaso hacía una gran parte del arte de escribir, no es en realidad sino el arte de pensar y de expresar útilmente lo que se piensa. A través de la fidelidad a la idea se llega a las conexiones que encadenan las ideas entre sí, como siguiendo la rama se llega a sus bifurcaciones.

C) La peroración.

El final del discurso lleva siempre consigo, bajo una forma u otra, una peroración. No es natural acabar *ex abrupto*, dejando la palabra en suspenso. Cuando un predicador termina de esta forma, o solamente lo aparenta, todos los oyentes se miran. Conocí a uno que pasó por enfermo y se le siguió con ansiedad hasta la sacristía.

En el transcurso de una sinfonía los silencios expresivos se preparan; el silencio final se prepara también. Lo mismo sucede con la palabra. Es preciso cerrar el ciclo,

dar pábulo a la meditación del oyente y para que se conserven las impresiones sucesivas, fijar los recuerdos.

Muy frecuentemente la peroración es el momento decisivo del sermón, que recoge todos los recursos, los que ya antes se habían empleado y los que se conservaban en reserva. Se resume entonces oratoriamente, no necesariamente mediante un recuento explícito de ideas, sino mediante una concentración de los resultados adquiridos, sean de la naturaleza que sean, añadiéndoles un supremo impulso hacia el fin que se busca. Nada debe haber aquí que detenga, que languidezca; nada de puramente explicativo. ¡Al fin, a la victoria!

Además, no queremos decir que toda peroración deba consistir en un fuego continuo de gruesa artillería oratoria; de ningún modo. Si el conjunto ha sido bien ejecutado, no hay necesidad de este *tam-tam*, porque se han repartido los efectos y no hay por qué precipitarse hacia el término. Sin embargo, una especie de resumen, de concentración, no puede faltar, aunque sólo sea con vistas a concluir.

La reaparición sintética de lo que ha sido alineado a través del discurso produce siempre un gran efecto si se le sabe organizar en falange rápida, sacar partido rápidamente y conquistar así, con un gran esfuerzo el objetivo deseado, es decir, la cosa que hay que hacer, pensar, sentir o amar en consecuencia con las consideraciones precedentes. He ahí lo que debe quedar en la mente del oyente: ¿qué actitud de espíritu o de corazón ha de adoptar? ¿qué vida nueva emprender? Es la cuestión final, que debe quedar muy clara y permanecer.

Para ello, la peroración debe ser de un solo golpe, rápida, más dinámica aun que el conjunto. Es la cascada al final del torrente. Las repeticiones y complementos doctrinales quedan ahora prohibidos. Desde el punto de vista del ardor, cuando el ardor es oportuno —y de alguna manera lo es siempre—, Fr. Luis de Granada compara la

peroración a la mecha, que interviene cuando el cañón ha sido progresivamente cargado de pólvora. Es decir que la peroración debe concentrar las impresiones del discurso mismo, Pero debe, además, tener los sentimientos del predicador; bondad, celo, caridad, en que se reconocen el amor y la llamada de Dios, cuyo lugar ocupa el sacerdote. Aún cuando haya habido que reprender algo al auditorio es preciso acabar dulcemente, concluirlo todo en el amor y en la esperanza. En literatura mismo, Mauricio Barrés decía: «Una obra de arte debe acabar en tranquilidad, en serenidad» (22). Con mayor razón una palabra sagrada, que aunque vehemente y llena de necesarios reproches, es una *obra de misericordia.* Dejemos a nuestros oyentes al lado de Cristo, de Aquél que es *dulce y humilde de corazón* y que *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.*

Por lo que se refiere a la alusión a la vida eterna que es tradicional, consérvese si se cree oportuno; pero, entonces, revístasela de un poco de arte. No queremos recomendar esas falsas habilidades o hilvanados que preparan un fin pueril. Es preciso conseguir que un recuerdo piadoso, ciertamente útil, no aparezca como un rito obligado e insignificante, como una pura cláusula de estilo.

Bien presentado, este recuerdo debe traerse casi siempre. Es una visión saludable de nuestro destino, que lo ordena todo y es el motivo supremo de todo. Y si es cierto que se presupone sin expresarlo, es cierto también que está mejor decirlo. Es un atractivo para las almas de fe; para todas, un motivo explícito para entregarse a los deberes de la vida cristiana, de los cuales, algunos predicadores siguiendo a San Pablo, se ingenian para ofrecer entonces un pequeño resumen en pocas palabras. No queremos decir que se impongan absolutamente ni, sobre todo, universalmente estas prácticas tradicionales; pero se pue-

---

(22) JERÓME et J. THARAUDE: *Mes annés chez Barrés*, p. 123.

den retener con fruto en sermones de retiro o de misión.

De todos modos, la peroración debe dejar en buena situación el espíritu del oyente; debe fijar el clavo y fijarlo con suficiente fuerza para que no caiga demasiado pronto.

IV. El desarrollo oratorio.

A) Formas y tendencias del desarrollo.

Después de la composición viene el desarrollo, intermedio entre la colocación de las ideas principales, que es la composición propiamente dicha y la *elocución*, que se podría llamar composición verbal y que corresponde al estilo de la obras escritas.

Existen prejuicios contra el desarrollo oratorio, acusándole de palabrería, «espuma sin consistencia», «sistema de repetición», etc. Ciertamente es todo eso cuando se abusa de él; pero, ¿acaso se juzga una cosa por el abuso que de ella se puede hacer?

Esencialmente el desarrollo consiste, según Aristóteles, en extraer de las ideas todos los elementos de convicción, es decir, toda la luz, todo el calor, toda la fuerza de estímulo que encierran. Seguramente esto no es algo inútil. No se trata de extender, sino de explicitar, de *explicar* en el sentido etimológico de la palabra. Juan Giraudoux propone la palabra *desplegar*, para evitar el equívoco. No se trata de diluir en un líquido extraño un pensamiento o un sentimiento; se trata de asociarles otros que dependen de él. El buen desarrollo es, por tanto, una concentración.

En una palabra, desarrollar es procurar a las ideas su crecimiento natural. El pensamiento es una semilla; la planta debe crecer hasta florecer. O, si se prefiere una comparación del dominio del arte, desarrollar es encon-

trar los armónicos de un sonido principal, las ideas secundarias consonantes, en las cuales se expanden naturalmente la idea fundamental. Son ideas secundarias, si se quiere, pero no por eso son menos importantes, y pueden todavía serlo más.

Al desarrollar se compara una idea con lo que con ella se relaciona, con lo que se le opone, y se aclaran así los contornos. Se la profundiza y se la da vueltas, para hacerla conocer mejor. Se la divide en todas sus partes. Se relaciona su objeto con todas las circunstancias que puedan interesar al fin buscado. Para eso sirven los *lugares comunes* de que pronto hablaremos. Hacer pasar las ideas por estos variados tratamientos es darles vida, es quitar al esquema su aspecto de esqueleto.

Las mejores ideas, emitidas con demasiada concisión, sin este desarrollo, no pueden influir sobre el oyente; quizás son lingotes de oro pero no están en curso: es preciso acuñar las piezas sin olvidar los céntimos, pensando en los humildes.

Lanza a un auditorio esta frase desnuda: «La buena conciencia es la ley suprema del universo.» ¿Le crees capaz de descubrir en ella las inmensidades que encierra? Dile aún: «La oración es una rueda del mundo.» Aunque se añadiese: «por sí misma y por Dios», ¿qué puede sacar de ahí el oyente común, y aun el culto, pero que no frecuenta estos dominios? Pues bien, por medio del desarrollo podemos nosotros hacer magníficas conclusiones. Quien no sabe desarrollar no sabe nada en materia de discurso o de estilo. Saber hacer este trabajo, que consiste en hacer germinar una idea como germina un árbol y extenderla en el cielo, o a la inversa, en reducirlo a su semilla a través de un íntimo repliegue es la condición de la palabra pública y del arte de escribir.


Lo que decimos del desarrollo en cuanto a su razón de ser, prueba ya que hay muchas especies, si es que se puede aplicar esta palabra a conceptos eminentemente

plásticos en que sólo las dominantes se pueden distinguir.

Existe un desarrollo de superficie, por anexión de todo lo que puede iluminar la idea o completarla, y un desarrollo de profundidad, que penetra y busca lo íntimo de una cuestión, de una definición, de un hecho, de un elemento oratorio cualquiera. Este último caso se realiza en grado sumo cuando hablamos de nuestros misterios: se les da vueltas, se les mira desde diversos puntos, se aleja uno de ellos para obtener un mejor punto de vista, se procede a ensayos de interpretación, de explicación o de glorificación, y todo esto aporta su luz.

Muchas veces el desarrollo consiste en reducir una multiplicidad a la unidad, buscándole tendencias y parecidos entre objetos de aspecto distinto y que acaban por formar una unidad en la que su diversidad va a ser el secreto de su riqueza.

Desde otro punto de vista se puede distinguir el desarrollo destinado a agrandar el objeto, y el destinado a acortarlo. Dice Jesús: «*Los habitantes de Nínive han hecho penitencia por la predicación de Jonás, y he aquí uno mayor que Jonás. La reina de Saba vino del extremo de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y he aquí uno mayor que Salomón*». Manera de engrandecer la acción de Cristo para introducir su reino. A la inversa, el abogado de un desertor dirá: «Si hubiera traicionado..., si hubiera huído en plena batalla..., si incluso hubiera abandonado en sector tranquilo, pero importante y expuesto, yo le entregaría a vuestra justicia. Pero no...»

Estas comparaciones son muy frecuentes y eficaces cuando se trata de virtudes, de su comparación, de su receta. Puede usarse entonces la ficción y afectar atenuar algunos casos de evidente importancia para mejor elevar a otros al máximo por comparación. «Haber traicionado no sería nada si hubiera sido por pasión, por orgullo, por cólera, por venganza; pero ha traicionado para enriquecerse.»

Otras veces el desarrollo consiste en comparar una cosa consigo misma, no encontrando nada con que se pueda comparar: de tal modo se la ve única en el bien o en el mal. Ejemplo famoso de Cicerón: «Tú has matado a tu madre. ¿Qué más diría yo...? Has matado a tu madre.» Se podría muy bien decir de un mártir: «Ha dado su vida por Dios. ¿Qué más se puede decir? Ha dado su vida.» En esta materia son los ejemplos los que instruyen; es preciso buscarlos en su ambiente; aquí no podemos hacer más que sencillas advertencias.

El desarrollo comprende lo que se llaman las *preparaciones*, las *anticipaciones* y las *precauciones oratorias*, por las cuales dulcemente se lleva al oyente a aquello que se le quiere hacer oír o admitir, se previenen sus objeciones, se ofrecen excusas por lo que pueda ofenderle en lo que se va a decir, se reconoce, para explicarlo u ocultarlo, lo que podría estar tentado a oponer, o se vuelve a lo mismo para precisar o ampliar lo que antes se ha enunciado, adelantando ejemplos, hechos, ideas capaces de aclarar, de fortificar y hacer creíbles otros hechos u otras ideas, cuya sorpresa se tema, etc., etc. Para esto también se requieren ejemplos, pero, una vez despierta la atención, aparecen por doquier.

B) Las leyes del desarrollo.

La ley esencial es que el desarrollo proceda de dentro, como la vida. No se quiere decir que no se pueda partir de fuera, como en las anticipaciones o preparaciones, sino que, aún entonces, lo interior es lo que gobierna; se desarrolla con vistas a ello y bajo su influencia. Si del interior se sale al exterior la causa es el interior siempre. En una palabra, el crecimiento del discurso en el desarrollo como en la composición misma se hace por intususcepción. «No se hace la rosa abriendo el capullo, dice un sa-

bio; es preciso pasar por las raíces y suministrar la savia.»

Entonces es cuando el discurso da una impresión de movimiento unitario y natural. El discurso avanza y crece al avanzar, *crescit eundo,* porque se presentan vistas sucesivas, cada vez más amplias, de una misma cosa que se abre, como las plantas que se desarrollan en abanico. «Yo pienso toda una obra a la vez, explica Paul Claudel, y jamás se desarrolla una parte sin que sienta sobre sí el consentimiento o el disgusto de las demás» (23). Lo primero es el todo, pero en estado de término; el desarrollo no hace más que ponerlo en acto de vida.

Desarrollando así, desde dentro, no podemos faltar a esta ley común al desarrollo y a la prueba; proceder *ex porpriis et inmmediatis. Ex porpriis,* es decir, que todo el desarrollo debe hacerse por medio de elementos que se relacionen estrictamente con el tema. *Ex inmediatis,* porque estos elementos propios del tema deben relacionarse sin ningún intermediario extraño. Los predicadores jóvenes violan con frecuencia esta regla, desarrollando, por ejemplo, un caso de virtud o de vicio muy particular mediante una descripción del pecado original o de la Redención. Todo se remonta hasta ahí ciertamente, pero a través de intermediarios, y si siempre es oportuno aludir a ello, referirse a ello de lejos como a la última y común raíz de las cosas, no es esto lo que debe ocupar el desarrollo, sino los motivos y los caracteres propios, *hic et nunc,* lo que se estudia ahora.

Otra ley menos esencial, pero todavía importante: no anegar la idea en sus desarrollos, y para ello, mirar por estas dos condiciones correlativas: poner en la base de los desarrollos ideas sencillas y claras, no añadirles desarrollos demasiado densos. Si la idea es límpida, fácil de comprender y de retener, puede enriquecerse sin embrollar-

---

(23) PAUL CLAUDEL, carta a J. Rivière, 25 de agosto de 1910.

se; el sol no se pierde tan fácilmente en las nubes que le acompañan. Pero, si esas nubes se multiplican y apiñan, si, sobre todo, el astro no es el sol, la oscuridad es inminente.

Los maestros en todas las artes atienden mucho a este peligro. Según los pintores, las líneas fundamentales de un cuadro o de una figura deben ser sencillísimas, y sus adornos a la vez ricos y discretos. En la música de Beethoven la melodía y la armonía se apoyan en combinaciones elementales; la gama diatónica y el acorde perfecto forman su principal sostén, y él mismo explica a Schindler que para él, el discurso consiste en una vuelta constante al motivo principal o en una carrera para alcanzarlo. Así pues, en todas las materias el genio creador se desenvuelve con toda la mayor libertad, seguridad y amplitud.

El desarrollo tiene por misión evitar la aridez del lenguaje, su inconsistencia, su esterilidad; exagerado, corre el peligro de la profusión hueca, de la hinchazón y del vacío, aun en la abundancia. Los dialécticos puros y las personas poco habituadas a la palabra están expuestos al primer defecto; no saben fecundar una idea, hacerla viva y engendradora de vida. Pero, por otra parte, abundan los charlatanes y las inteligencias embrolladoras. Que la copa esté llena y no se desborde.

Una cualidad del desarrollo que no es una ley, pero que, en el estilo oratorio sobre todo, es de gran valor, es el arte de pasar de un elemento del desarrollo a otro con cierta espontaneidad, como por saltos, atravesando las ideas intermedias sin obligar a la mente a pesados rodeos. No es necesario decirlo todo; hay cosas evidentes y evitables que puede suplir la inteligencia. Un alpinista que salta de roca en roca tiene más elegancia y adelanta más que el peatón que sigue todas las pendientes.

Es delicado; es preciso calcular bien el salto; es esencial que la inteligencia del oyente no se pierda; pero dejarle el cuidado de pasajes fáciles y mostrarle la idea en

sus diversos estudios, como a través de rápidas apariciones, es un estimulante para su capacidad receptiva y una gran belleza. Los profetas, y muy particularmente Isaías, son en esto sublimes modelos.

Por fin, queda una cualidad del desarrollo que llamaríamos moral y apostólica, en relación con lo que hemos llamado, con Pascal, el orden de la caridad. El desarrollo debe ser tendencioso, es decir, ser concebido totalmente y en detalle en función del fin que nos proponemos en definitiva y que es la salvación de los oyentes.

No hablamos del fin propio del discurso; ése lo regula todo, ya está indicado y es una ley del género. Lo que ahora le añadimos referente al fin supremo no es una ley del género, sino una ley del ministerio, una ley del hombre de Dios, cuyo fin en última instancia no es hacer un buen discurso, sino salvar las almas.

Cuando se quiere salvar, se aprovechan todas las ocasiones, se utilizan todos los gestos. Al exponer una idea, en vez de considerarla únicamente en sí misma, lo que bastaría para un desarrollo excelente como tal, el apóstol piensa que debe ordenarse a la salvación de su mundo, a despertar a los dormidos espirituales, a la salvación de los pecadores y al progreso de los justos; la desarrolla en consecuencia, introduciendo en su desarrollo, aun sin pensarlo, por la sola obsesión del amor, conclusiones prácticas, sugerencias, estímulos, alusiones, recursos de todo género, que no permiten olvidar el fin efectivo del discurso, el cambio de vida que con él se espera, y sin lo cual, por bien hecho que esté, es inútil.

Algo parecido decíamos antes; pero entonces se trataba de los elementos del desarrollo; ahora se trata de su forma o, al menos, de su contextura, muy próxima a la forma. No es todavía la elocución, el estilo, pero se relaciona con ellos; lo recordaremos más tarde. Porque es siempre, y no sólo en el momento de las conclusiones, cuando el orador cristiano debe pensar en su tarea esen-

cial. Después es demasiado tarde; se han perdido multitud de ocasiones que no volverán. Es preciso que las conclusiones sean previstas y amadas ya en el momento en que se justifican, y hasta apenas se anuncian.

Si una idea abre perspectivas felices hacia uno de los grandes objetos del pensamiento y de la práctica cristiana, dirige a ella tus miradas. Tenga el oyente constantemente ante los ojos nuestros grandes temas cristianos, sus deberes, sus defectos, sus enfermedades morales con sus remedios.

No somos discurseadores; somos médicos. ¿No se exige, para estar contentos de sus servicios, que el médico tenga la obsesión de la cura más que de su ciencia? Que se ponga a perorar, aún acerca del caso concreto, con una especie de indiferencia al enfermo; la familia no le escuchará, se morderá de impaciencia.

De ningún modo se trata de detenerse, de lanzarse a digresiones; hablamos de una orientación del pensamiento que por sí misma encontrará sus formas. Esto es de gran eficacia. Los oyentes se van así poco a poco enfervorizando. Al llegar al final no hay más que reforzar y hacer decisiva la emoción despertada. Pero reservarse para ese momento es preparar la impotencia.

En resumen, es buen desarrollo el que hace ver bien, el que razona bien acerca de eso que se ve, en dependencia de principios verdaderos, principios propios e inmediatos de las cosas, y que enfervoriza al alma y la arrastra hacia eso que se le desea; su bien y su salvación.

C) Los lugares comunes.

Uno de los medios del desarrollo oratorio y también de la elocución, como antes de la composición, —porque ya hemos dicho que no hay entre estas diversas consideraciones divisiones totales—es el que se llama *lugares comunes,* a saber, las nociones generales, los aspectos prin-

cipales de las cosas, que se pueden invocar y utilizar en cualquier caso, por diverso que sea, en que el orador se encuentre.

No tratamos aquí de esos cuadros abstractos para invitar a la mecanización del discurso; sería absurdo atarse a ellos como a puntos fijos. Es un medio mnemotécnico y nada más. Nos podemos servir de él como nos servimos de la serie alfabética para recordar un nombre. Sin embargo, volver a ellos de tiempo en tiempo es un recurso útil, un estimulante para el espíritu de invención, como decíamos en general de la retórica.

Hay lugares comunes generales y particulares.

En general, en cualquier cosa se puede considerar el *género* y la *especie*, la *causa* y los *efectos*, las *partes* y los *atributos* permanentes u ocasionales, las *relaciones* y las *semejanzas*, los *apuestos* y los *contrarios*.

En particular, además de lo que precede, que se aplica siempre, se tendrán en cuenta las *circunstancias*, que son muy importantes. Según Longín, la elección de circunstancias para hacerlas intervenir en un discurso, su agrupación y utilización con vistas al efecto deseado, es uno de impone es que estén sacadas de la realidad, de la vida, de los grandes secretos de la elocuencia. La condición que se lo íntimo del tema y no sean circunstancias vagas, que se saben de memoria o que pueden ser invocadas para cualquier fin.

Las circunstancias principales a considerar son las de *persona, hecho, lugar, tiempo, motivo, modo, medio,* etc. Y cada uno de estos términos se presta naturalmente a subdivisión, especialmente la persona. Se hará resaltar, sobre todo, el *nombre, nacimiento, familia, herencias, fortuna, situación, costumbres, talento, inclinaciones, afectos*. Se puede ver la utilidad de todo esto con motivo de un panegírico, de una acusación, y en todo caso se

pueden añadir las consideraciones de los *ejemplos* y *testimonios.*

Supongamos que se quiere establecer una serie de sermones sobre la oración. Se reunirá en seguida la materia recordando que la oración pertenece a la virtud de religión *(género),* que es una elevación del alma a Dios *(especie);* que es sobrenaturalmente un efecto de la gracia y humanamente un efecto de nuestros deseos, de nuestras necesidades, de nuestros peligros, de nuestras miserias constantes y de nuestra confianza en las divinas promesas *(causas);* que sus efectos son un crecimiento de gracia y de gloria, la reparación de nuestras faltas, la realización de nuestros deseos conformes a la Providencia *(efectos);* que es mental o vocal, privada o pública; libre o litúrgica *(partes);* que sus atributos naturales son el espíritu de fe, la confianza, la atención de la inteligencia y la aplicación del corazón *(atributos permanentes);* que puede ayudarse en algunas personas de medios particulares y revestir diversas formas *(atributos ocasionales);* que se relaciona con la vida santa, con el deseo de las cosas del cielo y el desprecio de las cosas transitorias, con el amor de Dios y el amor del prójimo, y que tiene estrechas relaciones también con la lectura espiritual y la meditación *(relaciones);* que se opone al olvido de Dios y de las cosas de Dios, a la tibieza y a la indiferencia *(oposiciones).* Esto en general.

Si se trata de la oración en relación a un estado particular, a una persona determinada, como un sacerdote, un religioso o un personaje santo del pasado, es preciso tener en cuenta las particularidades de la oración que le son propias, apoyándolo todo en *ejemplos* y *autoridades,* sacados de la Escritura, de la liturgia, de las máximas de los santos.

Se puede notar que uno de los mejores recursos de la elocuencia está en la acoplación armónica de lo *particular* a lo *universal,* que se hacen venir al encuentro el

uno del otro para concurrir al fin. Así procede Bossuet en las Oraciones fúnebres, llenas de tan grandes pensamientos al mismo tiempo que de precisiones biográficas y psicológicas de sus héroes. Así también se puede pintar un paisaje, una situación, una colectividad, una época, con líneas tan pronto particulares como generales, que se apoyan mutuamente y amplían la pintura al mismo tiempo que la precisan.

Evidentemente, la utilización de los lugares comunes, sea sistemática o instintiva, supone un conocimiento perfecto del tema, sin el cual los cuadros quedarán vacíos o llenos de despropósitos.

Añadimos una observación complementaria: teniendo la palabra cristiana por fin arrastrar al oyente al bien y apartarle del mal, es útil tener presentes los lugares comunes que se refieren a uno y a otro. El bien es *deseable en sí mismo, útil*, o *deleitable*. El primero es simplemente *apetecible, laudable* o *glorioso;* el segundo, *útil* propiamente hablando, *necesario* o *indispensable;* el tercero, *agradable, seductor, lisonjero, fácil*, etc. Por el contrario, el mal será simplemente *malo, vergonzoso* o *infame;* será *dañoso, perjudicial, vano, pueril...;* será *triste, aflictivo, opresor, difícil, odioso...* Y desde el punto de vista de la duración, se distinguirán todavía bienes y males *duraderos* o *pasajeros, seguros* o *fugaces*, etc.

Todo esto evidentemente es muy conocido de todos; no se trata de ningún misterio; pero no siempre se piensa en ello, y un recuerdo de tiempo en tiempo es una verdadera ayuda.

D) Tropos y figuras oratorias.

Otro tanto decimos de los tropos y de las figuras oratorias, que sirven al desarrollo y servirán más aún a la elocución. Es muy útil repasar de cuando en cuando las formas: ganará con ello su uso espontáneo al ver las ri-

quezas de que se dispone y que la inteligencia podría despreciar para acantonarse en un reducido campo.

Se llaman figuras en retórica determinadas formas de lenguaje que dan a la expresión del pensamiento más fuerza, color, brillo o gracia, y que, por eso, contribuyen a su efecto, acentuando su carácter. Propiamente hablando, no son adornos; emplearlas así sería viciar el estilo: son formas de la idea oratoria cuando es viva y concreta y se refiere a lo vivo y concreto en sus resultados.

Hay figuras de pensamiento y figuras de palabras, que tomadas así, en general, se definen por sí misma. Entre las figuras de palabras se llaman tropos en particular a las figuras que consisten en extender el sentido de una palabra, en darle un giro nuevo. Los célebres versos del *Cid:*

Esta oscura claridad que cae de las estrellas,
nos hace ver finalmente en las olas treinta velas,

forman un tropo y más concretamente una sinécdoque, que toma la parte por el todo.

La prueba de que las figuras no son artificios arbitrarios está en que el vulgo y, sobre todo, los que frecuentan más de cerca la Naturaleza, como los campesinos y marineros, las emplean más que los letrados. Además, los idiomas que se forman en las plazas públicas, en los mercados, como decía Malherbe, están por ellas formados, y tanto más cuanto son más primitivos. El filósofo lo explica diciendo que el pensamiento nace de los fantasmas y en ellos sin cesar se apoya; y que, por consiguiente, el empleo de imágenes, de sus combinaciones y de sus figuras es un efecto de la constitución misma de la inteligencia.

Por la misma razón se puede decir, en contra de un prejuicio corriente, que una metáfora puede ser un argumento, no por sí misma, sino por la evocación de una causa; puede ofrecer una generalización aclaratoria, abrir camino a una solución. En la imagen de la verdad hay verdad también. No olvidemos que para Aristóteles, buen

conocedor de la demostración, la retórica y la poética son partes de la lógica, y Claudio Bernard, inteligencia poderosa, decía: «Estoy persuadido de que llegará un día en que el filósofo, el psicólogo y el poeta hablarán la misma lengua» (24). Estas palabras encierran una buena enseñanza.

Pero si las figuras nos son naturales, no es esto razón suficiente para no vigilar su uso; al contrario, puesto que esta constitución de nuestra inteligencia que nos empuja a ellas es una señal de nuestra inferioridad en el orden de los espíritus. Un espíritu puro no emplea imágenes; tiene la intuición pura de los objetos y de las verdades sin necesidad alguna de «figurárselas». Sólo nosotros tenemos necesidad de ellas; pero en servicio de la idea y, por consiguiente, bajo la ley de la idea, teniendo gran cuidado de que no se oculte ésta en lo que la debe hacer vivir, impidiendo que se altere o desvíe, arrastrada por la imaginación y los sentidos.

Cuando la figura sustituye al pensamiento, el oyente se da cuenta en seguida; seducido quizá un instante, se irrita de que le hayas querido engañar y hacer caer en el lazo de las palabras. Montesquieu decía de la Academia: «Este cuerpo de cuarenta cabezas, llenas de figuras, de metáforas, de antítesis...» Era una irónica lección.

Por lo demás, esta lección debe aplicarse según las ocasiones. Un auditorio de profesores o de técnicos exige pocas figuras; un auditorio popular exige más. Un tema doctrinal requiere menos; un tema sentimental o descriptivo, más.

En cualquier hipótesis, estando hechas las figuras para el servicio de la idea, se las debe preparar y explotar unidas a ella, en conformidad con el carácter general del discurso que debe regularlo todo. Y constituyendo la figura

(24) Claude Bernard: *Introduction a l'étude de la médicine experimentale.*

en sí misma una idea imaginativa, si así se puede hablar, debe conservar su coherencia, no ir de forma en forma ni ofrecer formas heterogéneas al objeto. Los antiguos han hecho burla de Platón tan sólo por haber dicho en sus *Leyes:* «No se debe permitir a la riqueza poner su pie en la república.» En nuestros días el tipo de esta falta sería: «El carro de la república que boga sobre un volcán.»

Se puede aceptar como buena regla—no sin excepción, por otra parte—que las figuras son felices cuando se las puede representar, cuando se las puede «realizar». Y si deben continuarse, no es necesario que la continuación vaya demasiado lejos; se llegaría a la afectación. Pero el remedio, entonces, es poner límites a la facundia, no caer en la incoherencia.

Dicho esto en general, ya apenas tenemos que insistir sobre las figuras de palabras que vendrán espontáneamente a la inteligencia cultivada, nutrida de lecturas, de arte y de sabias observaciones. Las figuras de pensamiento son menos inmediatas, por lo menos algunas de ellas, y por eso daremos más ejemplos. Se pueden mencionar:

La *definición oratoria,* distinta, por su carácter, de la definición lógica, pero que pueden—aun refiriéndose al efecto oratorio—confundirse, como cuando se quiere acentuar la exactitud. Puede ser breve o desarrollada, rica, y entonces englobará una multitud de figuras secundarias, de pensamientos o de palabras.

La *división oratoria,* que consiste en distinguir y organizar oratoriamente series de cosas, de ideas o de hechos, o bien en proponer alternativas con vistas a una elección o para justificar la propia elección.

La *pregunta oratoria,* a la que responde el mismo orador o hace responder a un personaje del discurso o invita a los hechos a responder.

La *distribución,* que hace oratoriamente la división de personas y de cosas para sacar un efecto: «*La cabeza*

de todo varón es Cristo; la cabeza de la mujer, el varón, y la cabeza de Cristo, Dios. Por eso...» (I Cor., 11, 3).

El *razonamiento figurado,* que plantea una especie de combate en el que triunfa la verdad (mediante nuestros esfuerzos).

La *recapitulación,* que acumula oratoriamente los resultados de los desarrollos o de las pruebas con vistas a la conclusión. Hemos dicho que es especialmente el arte de las peroraciones.

La *interrogación,* que provoca de algún modo a la verdad para hacerla aparecer, o a la persona para obligarla a declararse, o al oyente para forzar su opinión y darle a entender que creemos por él o con él lo que estamos diciendo: forma muy viva y oratoria.

La *omisión,* que afecta pasar en silencio una cosa o un hecho, que se intenta, por el contrario, afirmar o mostrar con más fuerza: «Yo no os voy a decir... Y, sin embargo...»

La *atenuación,* parecida a la omisión, que se aplica para disminuir en las palabras lo que las conveniencias oratorias o la habilidad desaconsejan expresar con toda su fuerza, pero de tal modo que conserve todo su vigor: «Queríais darme una ligera lección: era por mi bien; pero el abismo en que estoy...»

La *interrupción,* que corta la frase para subrayar con el silencio mismo lo que no se quiere expresar. «El pecador se encuentra delante de Dios; ve su alma con toda claridad; lee en ella su sentencia... Preguntadle ahora en los abismos en que sufre...»

La *suspensión,* otra manera de hacer hablar al silencio. Se tiene al oyente en vilo, en espera de una revelación o una solución, y por fin se le propone un efecto sorprendente o un aborto ridículo. «El miedo le cerró los ojos; le pareció..., creyó oír... Al fin, no resistiendo más, entreabrió los párpados como en un mundo de enemigos. Estaba solo» (Edgar Poë).

La *duda*, parecida a la atenuación también, que afecta embarazo ante una cosa que se va a decir, un partido que se va a tomar o una preferencia que se va a mostrar. Este tanteo feliz hace trabajar al espíritu y le prepara a la solución que se tiene prevista.

El *énfasis*, que emplea redundancias e insistencias para ensalzar una materia o rebajarla, para despertar la inteligencia ante ella y llevarla a la conclusión.

La *confesión*, que concede, pero para volver a la misma cosa vista bajo otra luz, o a otra cosa distinta que no se puede rechazar. El discurso de Antonio sobre el asesinato de César es todo de esta clase.

La *ironía oratoria*, que presenta un desarollo en apariencia hostil a las conclusiones deseadas, pero que las favorece por el ridículo en que quedan las objeciones contrarias. Por ejemplo, en el discurso *pro Corona* de Demóstenes, la descripción de los orígenes de Esquino.

El *ejemplo*, la *comparación*, el *paralelo*, la *antítesis*, figuras muy importantes en el discurso por las que se asocian u oponen elementos capaces de iluminarse mutuamente por semejanzas o contrastes.

La *sinonimia*, que insiste por medio de la unión de formas similares y palabras de matices complementarios. «Demóstenes es hábil, apremiante, vehemente; sigue a su adversario a todos los terrenos y le combate paso a paso».

La *repetición*, capital en elocuencia, que clava y fija el pensamiento mediante la repetición de su expresión, hundiendo el dardo una y otra vez, bien en puntos próximos para ensanchar la herida, bien en el mismo punto exactamente para profundizarla.

La *gradación*, que forma un plano inclinado para subir o bajar, con vistas a la ampliación del tema y al movimiento del pensamiento.

Entre las figuras de palabras mencionemos la que consiste en hablar de muchas cosas en singular, o en plu-

ral de una sola, para concentrar o ampliar la impresión, para acrecentarla en ambos casos. «Aquél... a quien solo *pertenecen* la gloria, la majestad y la independencia» (Bossuet). «Mirad esos ladrones», hablando de uno solo.

Mencionemos también la *consonancia,* empleada frecuentemente para reforzar la idea mediante la insistencia de un mismo sonido, muchas veces repetido: «Aristocracia, democracia, autocracia, plutocracia, todas esas *cracias* equivalen.» (G. Clemenceau). También se puede buscar con eso un modo de argumentar, como si, queriendo resumir la infinita variedad de errores humanos, se alineasen gran cantidad de palabras en *ismo,* imprimiéndoles una especie de ridículo por la sola gracia del sonido. A lo largo, puede crear una obsesión que al orador toca volvérsela favorable, o una poesía que el pensamiento dirige a sus fines, como se ve en el latín de la *Imitación.*

Todas esas figuras y otras parecidas se pueden poner al servicio de un pensamiento, de una emoción o de una voluntad. Pero hay algunas especialmente emotivas y que por eso tienen una gran importancia oratoria. Estas son: la *exclamación,* sola o en serie y como en cascada:

«¡Oh rabia! ¡Oh desesperación..., oh vejez enemiga...!»

El *apóstrofe,* que provoca y excita la vida del discurso; la *hipérbole;* la *interrogación,* insistente y apremiante; la *súplica,* llamada dirigida al auditorio para su bien; el *conjuro,* que junta a esa llamada un recurso superior: «os conjuro por Dios vivo...»; el *deseo,* sea exclamativo: «quiéralo Dios»; sea común: «quisiera de todo corazón...»; la *imprecación,* unida frecuentemente al apóstrofe: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!»; la *admiración* o *estupor* oratorios, es decir, apasionados, en presencia de algunos casos o espectáculos: «¿Comprendéis?» «¿Qué es lo que veo?»... etc., etc.

Una fuente preciosa de desarollo figurado está en el

análisis etimológico o lógico de palabras corrientes, de términos populares o bíblicos, tan llenos de imágenes y de filosofía humana. El uso las ha *gastado;* es preciso volver a su origen, frecuentemente genial. El análisis del verbo en su estado primero renueva la vitalidad, le restituye su ambiente natural y todas sus relaciones. He ahí un gran recurso. En este sentido, en el orden de la exposición o de la expresión el valor de las cosas depende del valor de las palabras, como en sí mismo el valor de las palabras, depende del valor de las cosas.

CAPITULO V

LA ELOCUCION O ESTILO ORATORIO.

I. El recurso a las fuentes de la elocuencia sagrada.

BAJO ciertos aspectos se podría decir que todo lo que precede, por importante, por esencial y primordial que sea desde diversos puntos de vista, no es, sin embargo, sino una preparación. La concepción es una esperanza; la composición es un proyecto; el desarrollo precisa el proyecto; pero sólo la elocución lo realiza. Después—o al mismo tiempo por una parte, cuando se improvisa—, la acción entregará el trabajo realizado.

Si se compara el esfuerzo oratorio a una navegación, —y es algo parecido: escollos, naufragios...—, se diría: ahí están los planes del viaje y las mercancías: echad las velas. Se trata de dar al pensamiento su ímpetu definitivo, de procurarle todo su despliegue, «porque no conviene honrar con la palabra un pensamiento imperfecto» (1). Pero, si lo merece, una forma adecuada le es también indispensable: «Decid maravillas, dice San Francisco de Sales, pero decidlas mal y no haréis nada. Decid poco y bien y será mucho.» Pero también, ¡qué dificultad! Muchos tienen ideas y les encuentran un orden; pero expresarse, sa-

(1) SHAKESPEARE: *Troïlas et Cressida*, act. I.

car a plena luz y con toda su fuerza de comunicación lo que se ha concebido, he ahí lo difícil.

Esta dificultad de la realización es común, por una parte, al orador y al escritor, pero por otra es especial; la palabra no es el *estilo* y, si no exige más talento, exige más don, aunque también sea fruto del trabajo *(fiunt oratores)*. Es preciso aquí no sólo expresar, sino lanzar la expresión a otro, hacer que penetre y arrastre la adhesión por su propio poder. El escritor espera a que se acuda a él; el orador va y fuerza, por así decirlo, la puerta de las almas. Una vez fijada y precisada la idea, el primero ha concluído su misión; al segundo incumbe además el resultado. Y los medios para ello son también diversos. Es preciso más calor vital, más humanidad, más nervio, más sangre. Y lo entendemos de la elocución en sí misma, independientemente de la pronunciación oratoria, que la pone en obra. Con pensamientos fuertes y bien encadenados se puede obtener una realización débil, si la marcha de la elocución no tiene el suficiente fuego. Además, la elocución, aun con la pluma en la mano, pertenece como algo propio al orador, como lo testimonia esta palabra: la elocuencia.

He aquí, pues, que el orador, puesto a realizar la obra, se ve invitado a echar mano de todos los recursos. Más que nunca es ahora el momento de recurrir a lo que hemos llamado *apoyos interiores de la palabra de Dios:* la oración, la meditación de los autores favoritos, las impresiones del arte, la ayuda de la naturaleza, el esfuerzo del trabajo mediante el cual el instrumento intelectual se caliente y rebasa de alguna manera los linderos de su poder.

Si no tuviera éxito esta feliz puesta en marcha, más vale diferir—suponiendo que esto sea posible—, que hacer un trabajo *fatigado* y fatigador. Un autor propone una buena sugerencia. ¿Te sientes impotente para sacar algo de tí mismo? Imagina que de repente te encuentras fren-

te al auditorio, en la obligación irrenunciable de hablar: es una pesadilla que puede despertar tu vena.

Pero el medio más generalmente eficaz es todavía mirar, leer, escuchar o cantar alguna cosa bella; el valor te entrará entonces por los sentidos; el contacto con la belleza estimula. «Jamás me siento tan excitado a emprender el trabajo, decía Nicolás Poussin, como cuando he visto algún objeto bello.»

Longín aconsejaba preguntarse antes de escribir: ¿cómo diría esto Homero o cualquier otro gran hombre? Es una variante. Es cierto que elevamos entonces nuestro espíritu al nivel de la idea que nos hacemos de estos hombres y su presencia en nuestra imaginación nos sirve como de antorcha.

Un consejo práctico tocante al trabajo ya emprendido es no fijar demasiado pronto la forma definitiva. Lo que ya está *terminado* podría no servir y sería trabajo perdido; o te verías tentado a conservarlo y el daño sería peor todavía. Pero, sobre todo, al proceder así, por piezas acabadas aisladamente, una tras otra, se corre el peligro de no obtener el justo equilibrio del conjunto ni la unidad de tono.

Delacroix pintaba siempre todo su cuadro a la vez, primero en boceto, después ya en una etapa avanzada, después más cerca del fin, y, finalmente, en su forma acabada y perfecta. A su lado, otros artistas, discípulos de David, trazaban su conjunto y terminaban después parte por parte. Pero, decía Delacroix, esto no da una obra, sino un mosaico de *trozos* (2).

No se ve que la naturaleza realice sus planes de otro modo que por conjuntos. La semilla brota entera. Se muestran las líneas generales antes de alcanzar la perfección.

Esto no es decir que si te viene un trozo todo de un golpe, no haya que escribirlo: ningún don gratuito debe

(2) E. DELACROIX: *Diario*, II, 479.

ser rechazado; pero sabe que es provisional, que el plan más perfecto se modifica en el curso de la ejecución por el descubrimiento de nuevos y más felices aspectos y que, finalmente, un conjunto homogéneo exige la refundición, al menos parcial, de los trozos de que se compone.

En favor de esa homogeneidad y para ayudar aun a la realización del trabajo, aconsejaríamos lo siguiente: ¿Tienes un trozo del que estás contento, que haya venido felizmente y que te parezca al nivel de la inspiración inicial? Tómalo como punto de partida y obliga a su tonalidad a repartirse delante y detrás. Es un precioso secreto. Una vez en el tono, se marcha bien; el plan se anima, las redacciones demasiado débiles se corrigen y el punto culminante de tu melodía es el que determina todo el nivel.

Por fin, al realizar, no olvides ponerte en ese estado de espíritu a la vez complejo y único que regula al mismo tiempo los fundamentos geométricos del plan, su dinamismo, el fondo de la idea que realizas en este instante, la explosión natural de su desarrollo, en fin, su forma estética. Lo mismo que el pintor piensa al mismo tiempo en su composición general, en el boceto del trozo, en el color, en el valor, en el toque. En este momento se recogen los frutos de todas las preparaciones, pero a condición de tenerlas todas presentes, de que se las reavive a todas a la vez para hacerlas cumplir su fin en el momento en que van definitivamente a desaparecer. Porque ninguna deberá subsistir. Nada de preparativos, de piezas provisionales, de maquinaria rechinante: la vida. Pero la vida es un impulso unitario y todo debe concurrir a este impulso.

II. Cualidades del estilo oratorio.

A) La verdad de la palabra.

¿Cuáles son ahora las cualidades de que se debe revestir la palabra para responder a su destino y poseer una garantía de eficacia? Creemos que son las siguientes.

Ante todo, la palabra debe ser verdadera. Por verdadera entendemos, no ya la verdad doctrinal o práctica, fuera de cuestión aquí, sino la verdad de la palabra como palabra, es decir, como expresión del pensamiento, como manifestación de los sentimientos, como actos de la vida oratoria; por oposición a un estilo artificial y convenido, formado de clichés o de baratijas, sin adherencia profunda al objeto que se trata de manifestar.

Pero no es verdadero el que quiere. Los «pedantes» de que hablaba San Francisco de Sales cuando recomendaba a Monseñor de Grenoble huir su *quamquam,* no son los únicos que ignoran esta cualidad madre. Ahí están los tímidos, las inteligencias poco activas, los inexpertos, que adoptan «el estilo de la predicación», como adoptarán después en el púlpito el «tono de la predicación», ese ronroneo, que nada tiene que ver con una palabra viva, que ignora al oyente, pareciéndose dirigir a las bóvedas, que se sirve de un vocabulario en desuso, hablando de flechas en tiempo de torpedos y gases lacrimógenos, usando locuciones ya gastadas, de adornos como los de las damas del tiempo de Enrique II.

Ese estilo es deplorable porque es inútil; el auditorio no hallará vida asimilable, ni se interesará. Se halla ante un hombre que apasionadamente le quiere decir algo; desea saber qué es y le presta toda la atención de su alma; pero él «deja caer» una pura ceremonia verbal.

¿Qué es una palabra que no brota de un pensamiento y un pensamiento que no brota de las cosas? La verdad

del pensamiento es una adecuación entre las cosas y la inteligencia; la verdad de la palabra es una adecuación entre el verbo y la concepción. Concebir las cosas tal como son y decirlas tal como se piensan, he ahí el estilo. Sobre todo, el estilo oratorio, puesto que la elocuencia es una comunicación. ¿Cómo comunicar si no se es auténtico, si no se es uno mismo?

Se lee en el Libro de Job: «Mis palabras caían sobre ellos como *gotas de rocío*» (29, 22). Para que la palabra tenga esa eficacia, ese frescor de vida, ¿no será necesario que proceda de fuentes, de las fuentes del alma, que a su vez brotan de las fuentes de la Naturaleza y de la gracia?

La mayor parte de los discursos que se oyen son composiciones ficticias y retóricas, piadosas frecuentemente, en las que se ve buena voluntad, pero que no por eso entran menos en eso que se ha llamado «predicación irreal». Pensador, no se ha tenido el valor de entrar en las cosas mismas, se crean fantasmas; orador, no se tiene la energía de salir de sí, de mirar al público a los ojos, de decirle las cosas para él, aunque procedan de uno mismo. Es un discurso anónimo por ambas partes, y no emitiendo ningún sonido auténtico, es imposible que encuentre eco.

El remedio lo hemos indicado muchas veces por lo que se refiere al fondo; hablando ahora de la forma verbal, no podemos más que repetir, si es verdad que la forma y el fondo son una misma cosa. Vamos a ofrecer, sin embargo, algunas someras indicaciones. El estilo oratorio debe ser concreto, realista en el sentido preciso de la palabra, como la Biblia y como el arte de las catedrales. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros: que nuestro verbo se encarne también y habite entre los hombres, entre las cosas, en la tierra de los vivientes.

Empleemos siempre términos sencillos en sí, grandes por la grandeza de las cosas que expresan. La grandilocuencia es siempre pequeña. «Un gigante—decía Mirabeau—no necesita alzarse sobre los pies para parecer

grande.» No somos gigantes, pero lo son nuestros temas.

Además, la peste de la elocuencia, sobre todo de la elocuencia religiosa, es la vida propia del estilo, su pretensión de afirmarse aparte, en vez de servir al pensamiento y desaparecer ella misma. He ahí una forma de la *voluntad propia,* y ni para el estilo ni para el alma es una virtud. La fuerza intelectual se demuestra expresando sencillamente las más grandes cosas, como la santidad en ser heroica sencillamente, como la fuerza atlética en levantar fácilmente los objetos más pesados.

B) La palabra directa.

Una forma de esa *verdad* de la palabra es el empleo del discurso directo, *ad hominem,* por oposición a una escritura libresca, aunque sea sencilla y verdadera a su modo. Puesto que la palabra es una comunicación, la palabra verdadera debe ser una especie de diálogo, una acción dramática entre el auditorio mudo y el orador que lo excita. Solos en el púlpito, no estamos solos en el discurso; las almas nos responden interiormente, sin que hablemos en vano; a nosotros toca mantener el diálogo, no dejarlo languidecer. Para eso sirven el interrogante, el apóstrofe, las llamadas a la adhesión, los *nosotros* y *vosotros,* que son como una moneda de cambio. Importa mucho para esto la sustitución del auditorio mismo por un sujeto teórico o ausente que le reemplace: «Está tan pálido que *le* creerías muerto» (en vez de «cualquiera le creería muerto»). Algunos tropos indicados antes al hablar del desarrollo pueden servir aquí. Sea cual sea el medio, el fin es crear una comunicación, establecer una forma que se parezca a la forma humana, que realiza el cambio entre la vida interior y el medio que la debe nutrir.

C) La palabra viva.

Una forma viva dará a la palabra *verdadera* y *directa* una mayor fuerza de penetración. Importa mucho para el resultado del discurso. Para Newman, un discurso es una «realización apasionada». Es preciso ardor, aunque se deba disimular para dar más alimento aún a su llama secreta. Se ha dicho de Shakespeare que «lleva la expresión hasta el punto de explosión»; casi todos nuestros autores sagrados le aventajan, sin excluir al mismo Jesucristo. Las parábolas, a pesar de su sencillez esquemática, dan testimonio de un poderoso sentido dramático; se destacan todos los detalles e imponen el tema moral con energía.

¿Por qué Claude Bernard nos tiene en vilo al explicar las leyes de la inducción? Ciertamente, no emplea ningún artificio; es la sencillez misma y no utiliza ninguna palabra redundante. Pero se ve que es un ser vivo que habla a seres vivos y para quien el tema vive también; la ciencia se encarna en el *hombre*. Aun en las cosas más positivas y abstractas se puede sentir el punto de una llama. El calor hace de una piedra un astro.

Necesitamos mucho de esto en lo que a nosotros se refiere. Estamos encargados de hacer que lo lejano aparezca presente, que lo misterioso se haga evidente, que lo oscuro sea claro, lo complicado sencillo y lo olvidado renovado: no es demasiado valerse de todos los recursos de una palabra viva. A propósito del discurso cristiano, escribe Novalis: «En un verdadero discurso se desempeñan todos los papeles; se pasa por todos los caracteres, por todos los estados, para contemplar el tema desde todas sus vertientes a la vez, sorprender al oyente y persuadirle... Tan pronto el orador pregunta como responde, dialoga, narra; parece olvidar el tema para volver a él bruscamente; se le ve convencido, y vuelve astutamente por detrás para atacar su misma convicción; habla a to-

dos, aun a los objetos inanimados. En una palabra, un discurso es un drama monologado» (3).

En cuanto a detalles, se evitará el discurso demasiado desparramado, demasiado afectado y pulido, que se puede comparar a una fotografía retocada, en la que desaparecen los acentos de la vida. Más vale una sonrisa, y aún una verruga, que una superficie de pastilla de jabón, donde nada vibra. No se defiende la incorrección, pero es preferible a la nada armoniosa, y entre las dos está el trazo puro, un poco cortante, que destaca el relieve del pensamiento y hace sentir su fuerza. Nada de rigidez geométrica, de la que no hay ejemplo entre los seres vivos; una línea clara y volúmenes bien acusados entre los que se imponen relaciones.

Por consiguiente, emplear con preferencia las partes más firmes de la oración: el sustantivo y el verbo. No temer repetir la palabra, cuando se repite la idea, en vez de andar corriendo tras de insípidos sinónimos. Evitar los epítetos multiplicados y flojos; no aceptar más que los que ayudan y añaden algo a la idea, favoreciendo la marcha del discurso; desechar los que sutilizan y detienen. El uso habitual del *presente* da más vivacidad a la palabra, lo mismo que la supresión de los enlaces verbales no indispensables (secreto de Montesquieu y de Longin). Las ligazones lógicas, sobre todo los *en efecto, pues, porque, es decir,* deben ser eliminados en cuanto sea posible, sobre todo en los momentos de pasión. Haz *soldadura autógena,* por fusión de conceptos, sin interposición de cuerpo extraño.

Los cambios de sujeto mencionados a propósito del discurso directo tienen aquí una aplicación más general; son muy eficaces, sobre todo si se trata de Dios mismo, pareciendo así surgir de repente: «Estamos solos en el mundo, y el misterio de las cosas nos oprime; pero Tú nos lo

---

(3) NOVALIS: *Fragments inedits.*

has dicho, Señor...» Estos cambios bruscos dan mucha agilidad a la frase y combaten el sueño, principal enemigo del orador sagrado.

D) La forma del estilo oratorio. El lirismo.

Cuando pedimos sencillez y verdad para el estilo oratorio, no olvidamos que también le es indispensable una forma elevada. Nuestros temas son sublimes: su expresión exige dignidad, un aire de nobleza y hasta una cierta solemnidad matizada según los casos y las personas. Hay una «naturalidad» de la que debemos desconfiar, y es la naturalidad banal, a ras de tierra, que huele a taberna o a reunión pública. Hablamos una lengua sagrada; el sermón es una prolongación de la misa. Es una liturgia; pero no se sigue que deba ser un canto. Puesto que de alguna manera es una palabra profética, no le viene mal una exaltación lírica, con la condición de que esté adaptada al sentido de las realidades y de las almas.

Por otra parte, las realidades, las almas y el lirismo tienen razones para adaptarse. La realidad misma es lírica, ya que el ser y lo bello se identifica. Un verdadero pensador, atento a la esencia profunda de las cosas es siempre poeta; un verdadero poeta es siempre pensador. El pensador y el poeta admiran, y el lirismo, como observa Paul Valery, no es más que «el desarrollo de una exclamación». A él concurren todas las artes, cada una según sus medios, y como el medio es aquí secundario, como, sin embargo, cada medio específico expresa el fondo de una manera particular, se comprende que haya en cada arte como una exigencia de las demás. Todo arte construye, esculpe, pinta, poetiza; en todo arte hay música y canto. La elocuencia, lejos de ser una excepción, las abarca a todas. Una cierta emoción poética y lírica, cierta musicalidad, es siempre exigida: crea un ambiente noble alrededor de nuestros pensamientos, realza nuestros objetos divinos y

concurre a la persuasión por el encantamiento, por la feliz fascinación de las almas.

Bien entendido que no se trata de un ron-ron. El gusto, la justa apreciación de todos los elementos de la palabra y de los diversos géneros en que ésta se puede ejercitar deberán determinar los límites. En el grado más elevado sería una transposición en prosa de lo que hallan en sus terrenos los Verlaine, los Peguy, los Claudel, los F. Jammes; a saber: una poesía que va más allá de la vida, sin dejar de enraizarse en lo más profundo de ella, sacando de ahí sus mejores efectos, realizando una sublime familiaridad, muy realista a pesar de su elevación. Pero, además, ¿por qué ir tan lejos? Tenemos el modelo en el Evangelio, en el que de los discursos más sencillos brota la sagrada sinfonía de que forma parte la palabra apostólica.

E) El ritmo.

Tratándose en particular del ritmo, importa ante todo eliminar lo que podría llamarse una armonía preestablecida, o sea, esas frases balanceadas de que tanto gustan muchos predicadores y que provocan el sueño, ya que, por otra parte, de él proceden. Sólo cuando el alma duerme se balancea así. Pero no se sigue que se deba evitar toda métrica en la prosa oratoria; al contrario. Lo que puede corregir un ritmo falso no es la ausencia de ritmo, sino un ritmo auténtico, que proceda del pensamiento mismo y de sus resonancias interiores.

Una frase oratoria, un período, es la expansión de una inspiración y el desarrollo de un pensamiento; ambos obedecen a la ley del ritmo.

Ya se ve que no se trata de imponer el ritmo desde fuera, por un artificio de escritura o de palabra; debe empezar a imponerse desde el principio, en la conjunción del alma y del cuerpo, de la inteligencia y de la inspiración. Afecta al pensamiento como su expresión y lo arras-

tra, también a él, a una misteriosa cadencia. ¿No se ha hablado de «adagios sublimes» en Bossuet y de «prestìssimos» en Voltaire? No se trata únicamente de sus frases. En ellos la idea, la imagen y la armonía no forman más que una sola cosa. Es la «franja divina» de Hugo. Cuando la música está única y principalmente en la frase, el estilo se bastardea y se hace artificial. Es lo que pasa a Chateaubriand y a Pierre Loti cuando escriben frases «encantadoras», como reclamos de cazador, pero que no disimulan el lazo.

Negativamente, se puede intervenir en favor de la armonía por la eliminación de las asperezas, de penosas consonancias, de hiatus, etc. Pero positivamente, la música de una buena prosa debe brotar de su movimiento mismo, es decir, de la vida del espíritu y de sus gestos felices, mientras se esfuerza en la búsqueda de su objeto y lo alcanza con todas las formas de una llama vibrante que arde y no hace zalamerías.

Síguese que el ritmo ha de ser distinto según el alma de cada uno y que se deberá cuidar mucho de no copiar el ritmo de otro. Imitar el canto de Bossuet, de Massillon o de Lacordaire sería mucho más estúpido que plagiar sus pensamientos, mucho menos individuales. Además, el ritmo variará también según los temas y pasajes. No se hablará «de Aquel que reina en los cielos y de quien proceden todos los imperios» con el ritmo de Perrete y de su bote de leche. Los períodos largos son más majestuosos, pero si lo son demasiado languidecen y retardan; los cortos son más ágiles, pero pueden caer en el picado y en una ligereza de forma poco conveniente al espíritu religioso. A cada uno toca descubrir su alma y el alma de lo que él expresa.

Una palabra ardiente tiene naturalmente más ritmo; en el polo opuesto está una palabra abandonada y como indiferente, a la manera de una respiración en calma. Entre ambas, en el curso de una discusión o de una explica-

ción ideológica, el alma cede a las exigencias racionales que acaparan la atención. Pero esto es tan sólo cuestión de grados.

En la pasión extrema, puesto que se puede admitir un cierto desorden que vemos en la Naturaleza misma, el ritmo acusará su efecto. Será entonces cortado, caótico de alguna manera. No hay que olvidar que el *discurso apasionado* no es más que una convención superior, un efecto del arte: la pasión extrema no discurre. Sería, pues, un error exagerar la convención mediante un balanceo ficticio.

Nos queda por saber qué hay que pensar de los versos que se introducen en la frase oratoria y aun en la otra. Evidentemente, sería puerilidad buscarlos; pero ¿será lícito acogerlos cuando se presentan al espíritu espontáneamente?

La ley será no conservar del verso sino lo que importa a la prosa, a la bella prosa, que es una mezcla de contención realista e ímpetu inspirado. Nietzsche observa bellamente que el encanto de la prosa consiste en escapar constantemente de la poesía, persiguiéndola sin embargo. Dionisio d'Halicarnasso dice a su vez que la prosa bien medida es una especie de canto insensible *(cantus obscurior)*. Es preciso proteger esa insensibilidad; si se ponen los versos, no deben percibirse, imponerse como tales ni destacarse de la corriente. Se les debe forzar a disolverse de alguna manera en la corriente del discurso, de suerte que éste no obedezca sino a los movimientos espontáneos y dóciles del alma, sin ningún artificio interpuesto.

Pero, además, puesto que el alma misma es poética y puesto que en la unidad humana el ritmo de la materia armoniosa tiene sus derechos, habrá siempre en toda prosa bien medida una cantidad de versos discernibles por el análisis, versos de todos los metros, sin exceptuar los solemnes alejandrinos cuando se trata de una prosa noble,

y siempre esos fáciles versos de ocho sílabas que abundan.

He ahí una cuestión de gusto; no se puede dar ninguna regla fija. La razón es que los elementos musicales de la palabra suministran un coeficiente que multiplica todo lo demás, y que la elocución, lejos de ser únicamente la expresión del pensamiento, es esencialmente y por la misma razón un testimonio de la imaginación y de la sensibilidad que la impregnan, de la pasión que suscita, de la vibración nerviosa y muscular que transmite, de la inspiración que la regula; en una palabra: del ser múltiple y único, espíritu y materia, que la ha concebido.

F) Las sentencias y las citas.

Con esta cuestión del ritmo y la poesía del estilo oratorio se relaciona la de las sentencias e indirectamente la de las citas.

Es preciso no abusar de las sentencias o refranes; perjudicarían la naturalidad, que es una ley intangible. Pero es muy natural, después de haber explicado algo, encerrar las explicaciones en una fórmula decisiva, impresionante, apta para la memoria y estimulante para la reflexión. Traída a propósito, una sentencia es como una gota de licor concentrado que se disuelve en agua pura; la plenitud de sentido que encierra desborda y corrobora el todo. «Es verdad», se dirá el oyente.

La forma elíptica de la sentencia le permite hacer de cuña: penetrar y quedarse allí. Si creemos a Vauvenargues, podíamos decir que ella sola constituye una prueba representando al máximum ese «esplendor de expresión que lleva consigo la prueba de los grandes pensamientos».

Con frecuencia las sentencias que se deslizan en los discursos son citas. Se explica. Porque, al hacer una cita, se prefiere la más rica posible y en menos palabras. Los

buenos ladrones no roban muebles embarazosos o el carbón de la trastera.

Citar es un arte muy particular. Es perfecto cuando coincide con el arte de pensar y expresar por cuenta propia. La cita debe encajarse en el texto de manera que forme cuerpo con él y no presente más que una línea de pensamiento que rija la misma estética. Es, pues, necesario que la cita esté exigida y sea como inevitable; que sea continuada pronto, a no ser que tenga por misión la conclusión final.

Por eso, un orador no hará buenas citas si no puede pasar sin ellas, es decir, si no está a un nivel capaz de producir una expresión tan adecuada, aunque no tan brillante. Si la cita nos sobrepasa demasiado, servirá mal; comparada con el texto hará una mancha, una mancha de luz al lado de la cual todo palidecerá. Es preciso, por el contrario, que todo se ilumine. Para ello, escoge bien, sin demasiada ambición y, sobre todo, trata de mantenerte a ese nivel antes y después, traza tu curva de pensamiento de manera que pase por ese punto, no dando un salto quebrado, sino en dulce pendiente y forma armónica.

Entonces, la cita no solamente te habrá servido, sino que te habrá elevado y ya no será cita, puesto que no ha hecho más que expresar tu misma alma.

G) La propiedad del estilo.

Otra cualidad esencial de la elocución es la *propiedad,* es decir, una adaptación exacta del estilo oratorio a la naturaleza, a las conveniencias del discurso.

Hay una propiedad gramatical de la que ahora no tratamos, que consiste en el uso de un lenguaje correcto y preciso; pero también hay una propiedad oratoria que adapta la palabra, no solamente en lo que se refiere a su sentido ideológico, sino en lo que se refiere a su carácter estético y moral, su tonalidad, alternativamente noble,

familiar, modesta, sublime, triste, alegre, tímida, entusiasta, tierna, firme, dura algunas veces, etc.

Recordábamos al hablar de la composición que la vida de una planta o de un animal tiene una arquitectura que le es propia; tienen contextura superficial, tejidos y color que corresponden a su especie: así también hay palabras y giros para todos los movimientos del alma, para todas las ocasiones de la vida, para todas las circunstancias de personas, para todos los caracteres de las cosas. Hay frases de majestad, de duelo, de humildad, de elegancia; hay estilo marmóreo, de acero, de bronce, de granito o de carne. Una exacta apropiación es una fuerza y un medio de envolver al discurso como en su verdad total.

La verdad de las cosas debe reflejarse no solamente en la lógica de nuestras palabras, es decir, en proposiciones verdaderas, sino también en la forma propia del estilo, en la tonalidad del discurso. Si se habla de cosas dolorosas con palabras graciosas y banales, se podrá ser verdadero en cuanto a las proposiciones, pero no se es estéticamente, moralmente, y no se cumple del todo la definición de la verdad: *adaequatio rei et intellectus.*

Sainte-Beuve decía: «Yo he pensado siempre que es preciso tomar del escritorio de cada autor la tinta con que se le quiere pintar.» Esto es verdad también de las cosas, de los personajes, de los temas, y Sainte-Beuve lo indicaba al añadir: «Por eso observo las costumbres de mi sujeto» (4). A su vez, escribe Amiel: «El único estilo que me agrada es el estilo de las cosas» (5). Cada cosa tiene su *estilo,* como una columna, como una catedral, como un paisaje, como un rostro expresivo.

He dicho expresivo porque hay rostros que no dicen nada, como hay paisajes sin demasiado carácter y monumentos sin estilo bien definido. También hay temas poco

(4) SAINTE-BEUVE: *Cahiers.*
(5) AMIEL: *Diario,* 21 de abril de 1879.

interesantes, poco caracterizados estéticamente; pero no son ciertamente éstos nuestros temas. Todos nuestros temas tienen un gran carácter. Sólo que cada uno tiene su carácter propio y hay que adaptar a él la elocución.

Esto debería tenerse en cuenta desde el principio; porque hemos visto que lo primero a concebir cuando se medita un discurso es la impresión general del tema, la emoción que está destinado a producir, su tonalidad moral. Una vez adquirida esta concepción primera no se debe abandonar en la ejecución. Es preciso conservar la tonalidad a todo lo largo. La unidad tonal, ley de la música clásica, ha podido ser abandonada sin demasiado daño por muchos contemporáneos; pero le han tenido que buscar un sustitutivo. Nada puede pasar los límites de la unidad; equivaldría a salirse del ser.

Además, no se trata de uniformidad; la misma unidad tonal en música no se opone a la variedad; la regula y la contiene; luego la supone. Igualmente el discurso es uno, pero no uniforme. La monotonía es uno de los grandes escollos del estilo oratorio, y la *propiedad* de que estamos hablando es precisamente su remedio. ¿Cómo se va a ser monótono si se siguen todos los movimientos del pensamiento y del sentimiento y todas las diferencias de las cosas? Se ha conseguido entonces la variedad, pues es la compañera inseparable de la verdad.

La variedad buscada artificialmente no sería más que un disfraz; se vería en ella una monotonía que se disimula y la colección de falsos gestos estaría muy lejos de la inagotable variedad de la naturaleza.

Desde el momento en que un discurso no vacile, se dirán siempre cosas nuevas, otras cosas, y si se las dice con propiedad y con verdad, necesariamente será variado.

Se es, además, original, porque, lo mismo que no hay dos cuerpos idénticos, no puede haber dos vestidos parecidos si están cortados como la túnica de Neso. Propiedad y exclusividad son casi exactamente sinónimos; en el dis-

curso se corresponden, por común que sea el pensamiento en sí mismo. «Repetir las cosas ya dichas, escribe Remy de Gourmont, y hacer creer que se las oye por primera vez, he ahí todo el arte de la escritura, lo mismo que el arte de vivir es revivir, y el de amar, amar siempre» (6).

H) La moderación.

Es preciso ser, además, mesurados. La moderación es una cualidad nueva de la elocución, aunque ya la hemos exigido en la composición y el desarrollo y aunque la volvamos a exigir al hablar de la acción. «Es preciso poner juicio siempre», decía Poussin.

Un hombre de celo como San Francisco de Sales hubiera podido dejarse llevar, pudiera parecer, a algunos extremos verbales; pues bien, él decía: «Es preciso que nuestra palabra esté inflamada, no por gritos y acciones desmesuradas, sino por el afecto interior; es preciso que brote del corazón más que de la boca. Se puede tener una bella dicción, pero sólo el corazón habla al corazón; la lengua no habla más que a los oídos» (7).

Volvemos a encontrar aquí lo que se nos enseña en teología. La caridad no tiene límites; pero todas las virtudes que ella inspira tienen uno; todas tiene «su justo medio». Igualmente, el celo con que hablamos no tiene límites, pero en la elocución sucede otra cosa. En vez de querer hacerlo todo brillar, es preciso dejar sombras; en vez de querer dar relieve a todo, es preciso ofrecer superficies planas. El exceso sin esto vendría pronto y, bajo pretexto de ofrecerlo todo como valor, se echaría todo a perder.

Además, la moderación del estilo oratorio debe ser obtenida no tanto atenuando sus efectos (lo cual quizá se imponga muchas veces), como equilibrándolos, de suerte

---

(6) Remy de Gourmont: *Estetique de la langue française.*
(7) San Francisco de Sales, carta a Mons. de Grenoble.

que se conserve siempre una forma viva, amplia, cuyo efecto último sea una síntesis producida en el alma del oyente. Te has dejado llevar un momento: repliégate y entra en un movimiento lento, demasiado lento y adormecedor si estuviera aislado, pero que, yuxtapuesto, reposa y hace equilibrio.

Beethoven utiliza constantemente este recurso. Jamás está soñoliento; es siempre todo ardor; pero tan pronto su ardor se levanta para recorrer heroicas aventuras, como se le ve agazapado, ebrio de inmovilidad y de silencio, como en el andante de la *Appassionata,* su obra maestra de piano. Esos movimientos de alma son de un gran efecto; ofrecen toda la diversidad de la vida y nada evocan de la muerte, como evocaría una atenuación pura y sencilla o un *amortiguamiento,* palabra fatal que hace prever la somnolencia y el disgusto.

I) La sobriedad.

La moderación, la sobriedad: parecen la misma cosa, pero no es lo mismo lo que queremos decir. Por *moderación* entendemos la justa ponderación de los efectos; por *sobriedad* entendemos la reducción a su justa cantidad de los elementos destinados a producir esos efectos y, en general, a expresarse.

La sobriedad es un gran resorte del estilo oratorio, una condición de energía, de apremio, de fuerza. Hemos aprendido a desembarazar la composición, no admitiendo más que lo que vale, lo que prueba, lo que arrastra; en materia de elocución es necesaria la misma economía. Cuando se estudia el tema, se procede por detalles, no se sabe todavía dónde se va a encontrar lo esencial, temiendo falte el *quid;* pero cuando se trata de expresar, un espíritu de síntesis debe reabsorber los detalles, «esa plaga», como decía Voltaire.

Goethe cuenta que Schiller reducía a siete estrofas

una pieza que primero tenía veintidós, sin que perdiese nada; al contrario. Boileau en su disertación sobre *Joconde* observa que todo el artificio de la narración consiste en no señalar sino las circunstancias absolutamente necesarias. Se comprende; porque se provoca así la concentración del espíritu sobre el objeto y, por consiguiente, el interés. Cuando se busca un efecto poderoso se obtendrá lo más seguramente por el resumen, por el uso de términos a la vez mesurados y comprensivos, parecidos a los alimentos comprimidos que no ocupan lugar ni molestan. La impresión misma de riqueza no es el resultado de una acumulación de elementos, aunque pudiera ser justificada—aparentemente—por la comprensión, por combinaciones para hacer entrar muchos elementos en una frase corta; antes bien, proceden de juiciosas eliminaciones, por un juego cerrado que va directo a la esencia de las cosas.

Observa las frases de Pascal: «¡Incrédulos, los más crédulos!» «Nadie es tan feliz, razonable, virtuoso, ni amable, como un verdadero cristiano.» «No es extraño que uno se conserve plegándose; esto no es propiamente mantenerse. Pero que esa religión se haya mantenido siempre inflexible, eso es algo divino.» «Hay mucha diferencia entre un libro que hace un particular y arroja al pueblo y un libro que crea, él mismo, un pueblo.» «Nos gozamos en la compañía de nuestros semejantes. Miserables como nosotros, impotentes como nosotros, no nos ayudarán, moriremos solos. Es preciso, pues, obrar como si estuviésemos solos. Entonces, ¿para qué construir soberbios palacios...?» He ahí una palabra animada, viva. El único camino para llegar a ella es el sacrificio. Y el resultado es hacer pensar indefinidamente, como ante la expresión más rica.

Sully Prudhomme decía haber aprendido en la escuela de Leconte de Lisle «que la riqueza y la sobriedad se dan

las dos a la vez mediante la exactitud». No se puede decir mejor.

Además, los medios de la sobriedad no deben ser sistemáticos; es preciso distinguir los casos. Muchas veces el efecto buscado requiere sobrecarga aparente, maleza verbal, o bien repetición, como en este ejemplo: «entre nosotros y el infierno o el cielo no existe de por medio sino la vida, que es la cosa más frágil y quebradiza del mundo». Pascal quiere que el espíritu se fije en ese frágil *entre los dos* y lo repite. Pero lo más frecuentemente es que la energía consista en las eliminaciones: «Añadid alguna vez, suprimid continuamente.»

Por consiguiente, hay que evitar esas acumulaciones de sinónimos en los que el espíritu muestra su incapacidad de elegir y de ir recto a la palabra propia. Evitar los incidentes y los paréntesis cuando no son más que huídas laterales, efectos y causa de distracción, de dispersión: evitar la multiplicación de imágenes, de comparaciones, de calificativos que nada añaden y producen un mariposeo perjudicial. El pensamiento se pierde entonces en una especie de deslumbramiento y sería inútil creer que hacemos así ostentación de una poderosa imaginación. «Pocos llegan a comprender, dice Paul Valery, cuánta imaginación se requiere para privarse de imágenes.» Sí; porque es preciso entonces encontrar la realidad, mucho más oculta que su velo deslumbrante.

Por fin, evitar los términos pomposos y sabiondos, los términos técnicos, de que los mayores sabios, como Pascal, Cuvier, Claude Bernard o J. H. Fabre se han desprendido lo más posible, lejos de hacer alarde como hacen los ignorantes o semiletrados.

Se podría creer todo esto sencillo, pero su dificultad es extrema; se requiere un trabajo encarnizado, un tesón de hierro y una abnegación muy próxima a la virtud moral. El escritor probo castiga su estilo lo mismo que el asceta castiga su carne; renuncia a un desarrollo débil

como se renuncia a los bienes de este mundo en favor de los bienes eternos.

En una palabra: una elocución plena, firme, casta, expansiva y contenida; tal es el ideal.

J) El movimiento oratorio. La vehemencia y el entusiasmo exagerado.

El dinamismo de la composición nos ha parecido una característica esencial de la obra oratoria; la ejecución introduce esta característica con el nombre de *movimiento,* que en plural significa algunos períodos particularmente activos, y en singular una forma general que debe tener siempre algo de avalancha o de corriente de agua.

La regla en todos los casos es que el movimiento parta del fondo y sea como una consecuencia natural de la idea o su explosión, según los casos. Todo movimiento artificial o intentado es una falta contra el arte, una fatiga para el auditorio y un obstáculo para el efecto. Desde el momento en que el discurso marche siguiendo las líneas del pensamiento y del sentimiento, sometidos éstos a las cosas, cualquier pendiente o repentina depresión arrastra o precipita la palabra; un rellano la retarda, un repliegue del terreno la detiene.

Si el tema es del todo unido, como una exposición sencilla, se debe dejar así; contentémonos en lo que se refiere a movimiento con los efectos que produzcan los pequeños accidentes del camino. Si se entra en discusión, el movimiento ha de ser como la «danza» del boxeador alrededor de su contrario, como la carrera del ágil atleta o como el esfuerzo de vez en cuando balanceado o agitado del luchador. Pero siempre, sean cuales fueren las variaciones, aun extremas algunas veces, el discurso debe mantenerse homogéneo, como exige la unidad de la concepción primera y de la composición que se ha sacado de ella.

En cualquier momento en que se produzca un movimiento oratorio ha de estar preparado por todo lo que le precede y utilizado por todo lo que le sigue, de suerte que en realidad no haya de uno a otro extremo sino un único movimiento, como en el flujo de la ola.

Si se ha conseguido provocar la emoción, hacer brillar una claridad, no se pare en corto: es el momento de prolongar el efecto, aunque sea por un contraste. Cualquier otro efecto que sucediera, sin conexión con el anterior, no haría más que destruirlo, esperando él la misma suerte. Hay transiciones entre los movimientos del pensamiento, como entre los pensamientos y su índole ideológica. La diferencia está en que no se pueden determinar abstractamente, porque dependen de las ideas en el orador, más que de las ideas en sí mismas. Es el instinto oratorio el que los encuentra, ayudado del juicio, y ese juicio se forma al contacto con los maestros, al contacto más fecundo aun con los temas íntimamente vividos, al contacto con las almas.

Cuando el movimiento oratorio llega a su punto culminante se habla de *vehemencia*. Y es una buena cualidad con la condición de que esté justificada por el objeto y de que conserve la justa medida. La vehemencia sin motivo es ridícula; es glacial, por reacción de la inteligencia ofendida. El fuego oratorio debe manifestar, si así se puede hablar, la temperatura natural del tema, no sólo la del predicador.

Cuando está justicada, es preciso además que la vehemencia no pase los límites de su justificación, sea en grado, sea en duración. Ningún tema se presta a una vehemencia continua. «Pegaso camina con más frecuencia que galopa», decía Flaubert. Aún en el caso de que el conjunto sea vehemente por definición, los descansos deben servir de preparación a las marchas; habrá también retrasos

aparentes, como los de la ola en la playa; el discurso será así más enérgico.

La continuidad cansa; se cae por fatiga desde el punto a que nos había elevado el orador. Además, la naturaleza protesta; no siempre el trueno retumba; existe la «calma terrible» de la tempestad. En el transcurso del desarrollo más vivo es preciso insertar trozos descriptivos, definiciones, observaciones psicológicas, etc.: ¿se les quiere hacer galopar y falsear así su carácter?

Cuando se pone vehemencia y no pasa los límites, tiene efectos que parecen opuestos a la lógica de la palabra, a su moderación y a su perfección. La pasión tiene también sus límites; lo esencial es que los respete y no rompa jamás el equilibrio entre las reglas corrientes de la palabra y su olvido. Hemos citado varias veces a San Pablo como el más admirable despreciador de las lógicas abstractas, de los órdenes convenidos y de las componendas verbales: esto no le impide ser un estricto lógico y obrar como tal. La pasión en alguna manera es lógica, como la razón; y en alguna manera lo es más, ya que está ligada más estrechamente que la mayor parte de nuestros conceptos al determinismo de la naturaleza. Además, el discurso apasionado de San Pablo está en un plano sobrenatural, tiene una impregnación divina que no permite al autor una marcha regular. Salta de impaciencia sublime; no deja a la palabra el tiempo suficiente para formarse, pero coge la expresión en su palabra sobresaliente, como se sube a un árbol por la rama que cuelga en vez de pasar por el tronco.

Esto crea un estilo especial del que es preciso no abusar, pero que a su vez puede salir bien a cualquiera. Por ejemplo: se lanzarán calificativos en cascada antes de decir a qué o a quiénes se refieren; verbos, antes de conocer el objeto de la acción. «Hablad, cantad, gritad, aullad, rugid, no me importa.» «¡Oh insensato, perverso, odioso y desgraciado a la vez, pecador!» Frases como és-

tas, en frío, serían ridículas; en marcha vehemente hacen bien; lo mismo pasa con todos los atrevimientos, con todas esas llamadas «felices negligencias». Una voluntad de atrevimiento o de negligencia siempre es una falta; pero no hay sabiduría fecunda sino cuando se frena un ardor legítimo, lo mismo que la sobriedad más preciosa es la que disciplina una opulencia de espíritu.

K) Los tres grados del estilo oratorio según San Agustín.

Podemos apreciar ahora la división clásica de San Agustín tocante al estilo oratorio. El Santo Doctor distingue lo que él llama estilo *común*, estilo *moderado* y estilo *sublime*. Estos tres grados están tomados de Cicerón, que menciona la *elocutio parva, modica et magna,* las cuales dan lugar a expresarse *sumisse, temperate, granditer.* Pero, sobre todo, están tomados de la naturaleza misma de las cosas. Extremos y medios se hallan en todo.

Algunos asuntos de nuestra palabra son ordinarios, corrientes, tomados de la trama ordinaria de nuestra vida; otros son de un orden más elevado, pero todavía mediano; finalmente, otros son «sublimes», es decir, presentan los más altos aspectos de la vida, los más importantes, los más decisivos, respecto a lo que nosotros buscamos con lo mejor de nosotros mismos. La palabra debe plegarse a estas diferencias si quiere realizar lo que Quintiliano llama *apte loqui.* He ahí unas de las formas de la *adaptación,* cuyo elogio hemos hecho antes.

Y eso prueba al mismo tiempo que la distribución de los tres modos no debe ser arbitraria. Se trata de pensar exactamente, de tener un exacto sentimiento de las cosas y de pensar después exactamente la expresión. Como, sin embargo, la naturaleza de las cosas es en parte obra nuestra, puesto que nosotros escogemos, cuando no las creamos, las cosas de que queremos hablar y el orden

en que las vamos a presentar, todavía queda margen para aconsejar variedad, de suerte que se evite la fatiga del auditorio, utilizando todos sus recursos de atención y de ardor. No siempre en el llano; no siempre en las alturas: menos frecuentemente aún entre ambos, teniendo en cuenta lo que hemos dicho del equilibrio por los contrarios.

Del estilo *simple* o *común* nada especial hay que decir. Nada tampoco del estilo *medio* o *temperado,* que toma algo de ambos extremos y por ellos se caracteriza. Pero será útil señalar qué se entiende por estilo *sublime* o *grandioso,* para evitar falsas nociones y salvaguardar la verdad de la palabra, nuestra regla suprema.

Longin, que ha hecho un tratado de lo sublime, y Boileau que lo ha traducido y comentado, están de acuerdo con todos acerca de su definición. Se trata de una forma de expresión lo bastante viva y concentrada para poner la verdad en toda su claridad, para darle una especie de evidencia espléndida que arrastre a la inteligencia del oyente aun a pesar suyo. Esta inteligencia se ve arrojada a una especie de contemplación que le impone por autoridad la admiración y el entusiasmo, prepara su adhesión eventual, provoca en ella una generosa estima de todo lo que de mejor tiene y le ayuda a volver a encontrar, si los ha perdido, sus títulos de nobleza.

El discurso ordinario puede persuadir, pero es necesario el tácito consentimiento del oyente, su libre reflexión. El sublime, por el contrario, le arrastra. Grita: «¡que muera!», ante un antimilitarista; le vencerás, aunque sólo sea momentáneamente. Sin embargo, hay razones para suponer que explicaciones racionales sobre la entrega al servicio de la patria no obtendrían más resultados que su resistencia y negativa.

Este mismo ejemplo da a entender que lo sublime no exige expresiones extraordinarias, raras o grandilocuen-

tes; las excluye si se alejan de la verdad. Las «sutiles malicias» que Sainte-Beuve decía descubrir en Víctor Hugo nada tienen de sublime si no es su pretensión. Por el contrario, el «Caín que no duerme» de la *Leyenda de los Siglos,* como el «¡muera!», es bien sencillo. Legoubé observa que Corneille no ha usado siquiera puntos de exclamación.

La condición de lo sublime en el orador es la intensidad de su meditación, el calor de su imaginación y de su corazón. He ahí todo el secreto. Ni siquiera se requieren grandes facultades. El Cura de Ars no era un genio y ha dicha palabras sublimes. «Sufrir pasa, haber sufrido no pasará jamás.» «Si se llegase a saber qué es la misa, nos moriríamos.» He ahí grandiosas visiones, y el visionario no es ciertamente el de Patmos.

Si se está dotado superiormente, *a fortiori* se harán tales hallazgos; pero no es necesario. Lo que no está en nosotros está en nuestros objetos: no hay más que ir a cogerlo. Manejamos rayos, truenos, lanzas de arcángel: si no somos sublimes de tiempo en tiempo, somos unos desgraciados. Digamos mejor: no somos verdaderos apóstoles, verdaderos hombres de Dios. Pero lo seríamos menos si intentásemos lo sublime por artificio, sin profundidad de convicción y de estudio. No se vería entonces en nosotros sino aquellos «comediantes de grandes cosas», de que hablaba Nietzsche.

Añadamos que lo sublime, para producir su efecto, necesita una preparación y una continuación, como decíamos antes de los *movimientos.* El caso es muchas veces el mismo; al menos, semejante. Para tener el sentimiento de una altura, es preciso subir a ella y volver a bajar. La nota fulgurante de lo sublime debe iluminarlo todo, lo anterior y lo siguiente, es decir, justificar y consagrar lo que precede y arrastrar lo que sigue. Son siempre las mismas ideas, pero es que las leyes generales se repiten siempre.

L) El cultivo del estilo y su perfección.

Si, para acabar, hablamos del cultivo del estilo y su perfección, corremos el peligro de ser interrumpidos por el improvisador. Pero además de que el improvisador tiene también un estilo y de que lo debe «cultivar» de alguna manera, hemos observado que la improvisación, si ha de ser seria se aprende y se aprende escribiendo. Hay aquí, pues, materia de reflexión para todos. La buena elocución, escrita o verbal, exige que se esté acostumbrado al manejo del vocabulario, de los giros, de la colocación de las frases, de la sucesión de los períodos, y todo esto supone el «cultivo», en el sentido especial en que aquí lo tomamos. ¿No hace bocetos el pintor durante toda su vida, como el músico gamas, o como vocaliza el cantor? Toda técnica profundizada exige una obstinación que jamás se desmienta, que siempre empiece a reconquistar aquello que ayer creía conquistado ya. «Es necesaria una voluntad sobrehumana para escribir, gemía Flaubert, y yo no soy más que un hombre.»

Se puede observar que se facilitaría grandemente esta conquista si en nuestras conversaciones atendiéramos más a la corrección y a la sencilla elegancia del lenguaje. Pero sucede lo contrario; menos obligados por el ambiente, nos relajamos, y nuestro carácter religioso no llega a convencernos siempre de que por él estamos emparentados con un mundo superior.

En todo caso, tengamos el celo de lo perfecto, habituémonos a lo serio y difícil, aunque sea a fuerza de trabajo. ¡Nos acostumbramos tan rápidamente a la facilidad...! Y eso llega a ser irremediable, como el dominio de ciertos vicios. El juicio mismo sucumbe; se halla uno «bien», cuando sería preciso recorrer una larga etapa para llegar al término del camino. «Muchos escriben libros, dice Máximo Gorki; pero muy pocos se avergüenzan después.»

Esta vergüenza sagrada es una gran señal, sin embargo, de vocación literaria y el aliciente del progreso.

Para animarse a sí mismo en el esfuerzo, Goethe acostumbraba, cuando podía, detener su sesión de trabajo en un lugar interesante, cuando estaba en buena forma y no en uno de esos nudos que parecen a nuestra impaciencia imposibles de desatar. No se puede usar de mucha astucia con la pereza esencial que tenemos. Sin embargo, ¿no ha sido fijado por nosotros mismos el término de nuestro trabajo? Esta forma perfecta que hemos entrevisto en el momento de nuestra inspiración primera es la que nos empujó a la obra; existía de antemano en nuestra intuición: que se despliegue; que renuncie a todo lo que no sea ella, «castigándolo»; sin eso, habremos renunciado a nosotros mismos. Hay un deseo de perfección en todas las cosas, dice Santo Tomás de Aquino: si el arte responde a la naturaleza, también debe tender a lo perfecto. Por eso nos gusta este propósito de un joven escritor a quien se preguntaba después de un trabajo realizado todo de una vez: «Ahora, ¿qué vas a hacer?» Y respondía: «Empezar.»

Se empieza verdaderamente cuando se acaba y cuando se ha acabado de comenzar se recomienza. Es preciso emprender muchas veces, con intervalos. «Siete años entre las dos repeticiones», decía un autor quizá con un poco de ironía. Algunos copian sin cansarse lo que han escrito, para mejor juzgarlo todo al repasarlo. Se dice que De Bonald copió catorce veces su respuesta a Madame de Staël. ¡Qué importa que esto lleve tiempo! Es tiempo bien empleado el que nos lleva a lo perfecto. Cuando trabajamos, no pensemos jamás en el fin. El fin es todo el tiempo. Lo que es concebido y ejecutado en un tiempo mínimo es obra efímera.

En lo que concierne a la elocuencia, es preciso distinguir, sin embargo, entre discursos que se publican y discursos simplemente destinados a ser pronunciados. No es

el mismo el trabajo en ambos casos. Para la pronunciación se procurará conservar los caracteres del estilo hablado, necesarios a la vida oratoria y que tanto se buscan hoy en el teatro. Para la publicación se atenderá más al estilo escrito y a la corrección, la exquisita precisión del lenguaje, alcanzarán un valor que la simple audición no exige.

En ambos casos es preciso saber mantenerse en lo justo y no confundir el cuidado de la perfección con la búsqueda excesivamente minuciosa de los perfeccionamientos. A veces, «perfeccionar se opone a obrar con perfección» (8). El juicio que corrige, siendo tan inestable como el que crea, llega a tantear y dar vueltas; en este caso es el azar el que decide del progreso o del atraso de la forma. «Yo quiero detenerme, escribe Jorge Desvallières, antes del momento en que el saber, dejando de ser un medio al servicio del sentimiento, comienza a contar por sí mismo.» Válida para la pintura, esta resolución lo es más para el orador cristiano, para el apóstol, pues es verdaderamente aquí donde la forma, la frase, es reducida por oficio al papel de instrumento.

Trabaja sin interrupción hasta que la obra esté a punto, a tu nivel, ya que no al suyo. Querer ir más allá es quitar al discurso su frescura. Se obtendría un trabajo «fatigado», en el sentido de los pintores, sin nada de ese estado naciente que constituye el encanto del esbozo, que no es extraño a un resultado perfecto. Tu ambición, si es que tienes alguna, no ha de ser sólo la de no ser corregido por una falta; es, si es posible, la de obtener algo grandioso.

En fin, sea cual sea la dosis de retoques, es muy importante hacerlos a su tiempo, no demasiado pronto, de suerte que se obtaculice y paralice el trabajo creador. La realización literaria, sea cual sea el objeto, lleva con-

---

(8) PAUL VALERY: *Discours de réception a l'Academie Française.*

sigo una colaboración del inconsciente: hemos reconocido en la inspiración, que es requerida hasta el final del trabajo, una parte de sonambulismo: importa respetar este estado y, antes de criticarse a sí mismo en los detalles, darse ardientemente en beneficio del conjunto.

Decimos ardientemente y no apresuradamente. Una prisa febril no lleva más que al embrollo. «Apresuraos lentamente.» «Escribiendo rápidamente, observa muy bien Quintiliano, jamás se aprende a escribir bien; pero escribiendo bien, se aprende a escribir rápidamente.»

CAPITULO VI

LA MEMORIA

A) Modo de desarrollar la memoria.

Hemos hablado ya de la memoria a propósito de los métodos del orador; pero es preciso volver otro poco, sin insistir demasiado por otra parte, ya que hemos dicho lo esencial, que es lo mismo para todos los trabajos de la inteligencia, en *La Vida Intelectual* (1).

No todos gozan de una feliz memoria. Es preciso acomodarse a la que se tiene, pero cuanto menos sirve en sí misma tanto más necesario es aprender a servirse de ella. Se podría creer que cuando se improvisa la memoria se hace más o menos inútil; la verdad es que su necesidad es menos evidente y menos inmediata. Cuando se aprende de memoria, es preciso saberlo perfectamente bien; pero, apréndase o no, escríbase o no, es preciso siempre retener muchas cosas y retenerlas perfectamente, sobre todo si se ha adoptado el método mixto antes expuesto; la improvisación no es jamás sino relativa.

Además, y esto es mucho más importante, si no se escribe, es tanto más necesario constituirse un repertorio interior de ideas, de imágenes, de hechos, de definiciones, de citas a utilizar en cualquier circunstancia. Cuanto

---

(1) *La Vida Intelectual*, c. VII B.

más se improvisa tanta mayor abundancia de disponibilidades se necesita. El obrero que va a la ciudad sin saber qué se le pedirá lleva consigo todos los instrumentos.

Es preciso, pues, desarrollar la memoria, pero no a la manera de los papagayos, sino inteligentemente, es decir, obteniendo el recuerdo por reflexión.

El carácter esencial de una memoria útil es la organización, es decir, que contenga elementos ligados entre sí por una lógica interna, como fichas bien clasificadas. Si todo está confuso, no se encontrará nada, lo mismo que en un cajón sin orden. Es, pues, la costumbre de un trabajo profundo, atento a las relaciones de las cosas, el medio mnemotécnico por excelencia, por lo menos en lo que se refiere a lo principal.

B) Modo de utilizar la memoria.

Supuesta la memoria desarrollada, o bien tomándola como está, podemos preguntarnos cómo utilizarla mejor en cada circunstancia. Hay métodos que se pueden llamar materiales porque consisten en asociar el recuerdo de las distintas partes o elementos del discurso a objetos sensibles elegidos absurdamente con frecuencia, como los dedos, las columnas de la iglesia, las ventanas o los muebles. Se invita así al espíritu a alejarse del pensamiento en el momento mismo en que éste se concentra.

Algunos se representan su manuscrito y en él leen de algún modo lo que van declamando. A un visual le será fácil esto, y en este caso un manuscrito accidentado valdrá más que una limpia copia, sobre todo a máquina. Pero esto no es inteligente. El mejor recurso de la memoria en materia intelectual, ¿no será la inteligencia?

Decíamos hace un instante que nuestra memoria habitual debe estar organizada: lo mismo es necesario para la memoria actual. Es preciso guiarse, para retener por la lógica de las cosas, por asociaciones reflejas, de suerte que

la inteligencia se vea forzada, por así decir, a acordarse por la necesidad que de ello tiene. La idea de un auténtico antecedente lleva por sí misma a la del consiguiente, y lo mismo se podría decir de todas las relaciones.

La ventaja de este método no está únicamente en la facilidad que da para acordarse; aleja además el peligro en el caso de que no se recuerde. Olvida esto o lo otro; es otro tanto que falta; pero si tus recuerdos están organizados, no se trata sino de un vacío a llenar; encontrarás un poco más allá su continuación. En el caso contrario, un vacío cualquiera puede lanzarte al desconcierto y dejarte cortado.

Además, aun cuando recuerde tu memoria, si se apoya en un plan, permitirá intercalar ideas nuevas, reemplazar aquellas otras que ante el público te parecen menos buenas, y todo esto sin introducir el desorden en tus recuerdos, lo que sucede cuando se aprende materialmente. Entonces, se es esclavo; no se puede abandonar la rampa sin caer.

Apréndase, pues, no atándose a las palabras y a su sucesión, a las frases y a sus relaciones accidentales, a las páginas y a su aspecto grafológico, al ritmo y a la figura de los períodos, etc., sino manteniendo seguro el plan. Esté siempre presente este plan al espíritu, vagamente percibido en su conjunto e iluminándose parte por parte a medida en que se avanza. Si el pensamiento va siempre delante, formando como una pasarela entre lo que se acaba de decir y lo que lógicamente debe seguir, la expresión entre ambos es libre de modificarse, de utilizar una buena inspiración, sin que se comprometa la seguridad de la palabra. El discurso será, pues, espontáneo, aunque se pronuncie de memoria, en la medida en que ésta haya sido así ligada al espíritu creador.

La dicción sentirá el efecto también; la emisión es monótona cuando la memoria es puramente verbal. Lo que se recita, se canta; lo que se crea o recrea se habla.

Busca el plan *necesario,* decíamos; una vez encontrado, habrás encontrado también la memoria necesaria; estas cosas están hechas para ir juntas como el raíl y la rueda, como el canal y el agua que pasa. Aprende el sermón como ha sido hecho, por el fondo, y lo pronunciarás también así. Verás tu semilla florecer ante tus ojos. Eso no se olvida.

C) Algunos consejos prácticos.

He aquí, a título de complemento, algunas indicaciones útiles tocantes a la memoria.

1. Si aprendemos un sermón poco antes de pronunciarlo, no caigamos en la tentación de declamarlo, sea en alta, sea en voz baja, sobre todo, quizá, en voz baja. Esto estropea la voz, congestiona la laringe y te lleva al púlpito cansadísimo. Hazlo todo imaginariamente, aún el sonido, cuyas imágenes—sobre todo, para el tipo auditivo—ayudan a la memoria, como el ritmo y la rima de los versos.

2. Utiliza para fijar el recuerdo el trabajo inconsciente de la noche. Aprende por la noche y reléelo por la mañana. Esto vale para el pensamiento y vale también para la memoria. Se produce una filtración; las relaciones se establecen por sí mismas y queda uno sorprendido de la facilidad con que se anda en lo que el día anterior parecía una selva.

3. En el último minuto, antes de subir al púlpito, repasa el discurso, no en detalle, sino con una mirada, de conjunto, como el corredor mira la pista antes de lanzarse a ella, para no dar mal las vueltas. Ese momento es especialmente favorable para una última fijación, puesto que está en estado vibrante con la inteligencia despierta por el peligro. ¡La palabra es una aventura! Al acercarse nos oprime, aunque en apariencia tengamos una calma perfecta. Entonces todas las facultades están sobre el

puente, y la memoria como todas las demás; es el momento de pedir a ésta última el esfuerzo decisivo.

Pero, una vez más, no te pierdas en el detalle; no te embrolles; lo que necesitas ahora es una visión de conjunto en que no figuren sino las grandes direcciones y las masas. Si tu plan está bien construído, eso se hace en algunos segundos, y entonces te sentirás seguro de ti mismo.

4. Por fin, si a pesar de todo, al recitar, tu memoria duda, tú no dudes, no vayas a turbarte e inquietar así al auditorio; llena como puedas el vacío que se produce, mirando hacia adelante, interiormente, para volver a encontrar el camino. Eckermann cuenta que Goethe, pronunciando un discurso muy notable, perdió de repente el hilo de sus ideas. Durante más de diez minutos (tiempo increíblemente largo para una tal pausa) miró tranquilamente a sus oyentes, clavados en sus sitios por su fuerte personalidad, y continuó de pronto, como si nada hubiera pasado. No todos gozan de tal poder de recobrarse; pero la calma es para todos el medio de salvación; la turbación completa la ruina.

CAPITULO VII

LA ACCION

I. Importancia extrema de la acción.

Los antiguos llamaban a la acción discurso del cuerpo: *sermo corporis*. En efecto, es una realización, por medio de la persona física, del verbo interior destinado a la comunicación. Hemos concebido un discurso, lo hemos compuesto y elaborado en silencio; es preciso aplicarlo ahora a su materia viva, procurarle su efecto, y para ello, no solamente *decirlo*, sino volver a vivirlo tan plenamente como podamos para hacer participar al público de las impresiones, de las emociones y de los impulsos que el tema oratorio nos sugiere.

La acción es el discurso vivo, del que el manuscrito no es sino la maqueta preparatoria, parecida a aquella de que se sirve Dios en la Biblia para crear al primer hombre. La acción creadora, propiamente hablando, no es el amasar el barro, sino la infusión del soplo de vida: como la actividad oratoria propiamente dicha no es la fabricación del discurso, sino la acción que le hace vivir.

De ahí la importancia capital de la acción que proclaman todos los maestros. Fr. Luis de Granada coloca la acción inmediatamente después del espíritu apostólico, antes que todas las demás cualidades—numerosas, sin

embargo—que exige del orador cristiano. Los teóricos de la antigüedad tampoco se cansan de exaltar el valor. «Sin ella, dice Quintiliano, el mayor orador es nulo, y con ella el orador mediocre se eleva por encima de los más hábiles.» En una forma paradójica, destinada a señalar mejor su convicción, Démóstenes decía: «La parte principal de la elocuencia es la acción. ¿Y la segunda? La acción. ¿Y la tercera? La acción.»

En efecto, observa Fr. Luis de Granada, la acción absolutamente y no bajo una relación accidental tiene mayor importancia que la elocución, como la elocución la tiene mayor que el fondo mismo, porque el fondo, dice, no es más que una materia; la elocución le da su primera forma y la acción, la forma última que es la que asegura el efecto. Lo que la elocución es al fondo, la acción lo es al todo; le da la vida efectiva y el valor integral del discurso se concentra en ella.

No es necesario lamentarse demasiado de esta dependencia del discurso pensado y del discurso escrito en relación al discurso en acto de vida mediante la acción oratoria. Un pensador profesional o un puro escritor podrían gemir al adoptar esta forma si están mal dotados para poner en obra sus escritos. Pero este caso no es frecuente. No tienen más que publicar sus obras. En cambio, el discurso no es apreciado, ni siquiera soportado como género sino por la dicción, por razón de esa simpatía que sentimos hacia un hombre vivo ante nosotros que nos habla. He ahí uno de los casos más impresionantes de sociabilidad; por eso, los pueblos más aficionados a hablar son los más sociables.

Los discursos impresos en espera de lectores son muy raros; por el contrario, es preciso estar muy desprovisto para no hacerse oír con algún fruto. El público juzga, pero escucha. Además, el juicio de un discurso en cuanto a su fondo, y aun en cuanto a su forma, está al alcance de

muy pocos; es obra de inteligencia y la masa no rebasa el nivel de los sentidos

La acción habla a los sentidos; de ahí su eficacia universal. Mediante la acción, la idea es como llevada por el cuerpo, proyectada hacia adelante con la voz, ritmada por la respiración, dibujada como el gesto, comentada por la expresión y por la actitud, hecha concreta y viva como el orador y el oyente mismo. He ahí, en conjunto, un caso de humanidad integral y un caso de vida común. El flúido que pasa del espíritu del orador a su sensibilidad se comunica por el arte a las sensibilidades ambientes y se remonta a los espíritus para establecer entre ellos una sinergia espiritual.

Somos una interioridad relacionada más de lo que pensamos. Una impresión en un punto cualquiera de nuestra unidad interior se comunica a todos los demás; lo mismo pasa en la unidad colectiva. Los pensamientos de Jesucristo escapados de nuestro espíritu brillan en nuestros ojos, animan nuestros gestos y pronto irradian sobre los demás; si el corazón de Cristo late en nuestro corazón, pronto irá a latir en esos pechos que le odian o que le miran como a un extraño.

Cosa más misteriosa todavía: la dicción, una vez impregnada de pensamiento, puede adquirir una importancia tal que el pensamiento mismo se halle por ella absorbido. El auditorio, momentáneamente, no tiene necesidad, por así decir, de ponerse en guardia por lo que decimos; no se para en ello, no está en realidad bajo su influencia, sino bajo el encanto de nuestra persona total y de lo que ella ha conseguido reflejar; bajo el encanto de nuestra vida interior que se transparenta llevando consigo un tema conmovedor.

Se ve la importancia soberana de este último punto: la acción oratoria. Por eso nos detendremos en seña-

lar, en primer lugar, las leyes generales de la acción en lo que se refiere a la palabra cristiana; después señalaremos las exigencias esenciales de sus diversos elementos.

II. Leyes generales de la acción.

A) La naturalidad y sus complejas condiciones.

Una ley de la acción, que de alguna manera las contiene a todas, es la naturalidad.

Lo natural aquí no se opone a lo sobrenatural, lo engloba; porque sería muy poco natural que el hombre de Dios se encerrase en la pura Naturaleza, como cualquier orador profano. Esto no respondería a la naturaleza de las cosas, que exige que cada uno sea lo que es, trate sus temas tales como son y se dirija a sus oyentes teniendo en cuenta las relaciones que mantienen con él. Si se trata de lo sobrenatural, es lo sobrenatural mismo quien debe ser lo natural; y ser profundamente sobrenatural será, en nombre de la Naturaleza misma, la ley del orador.

Para que la acción sea natural en ese sentido es preciso que parta, como todo lo demás, enteramente de dentro, del alma y, a través del alma, del tema religioso destinado a ser comunicado por el apóstol. Esto no es nada nuevo; pero ¿cómo evitar repetir lo que rigiendo todo el conjunto vuelve necesariamente a cada momento?

Nada es más raro, convengamos en ello, que esta naturalidad cristiana. Si queremos observarnos, todos o casi todos debemos reconocer que en el púlpito no somos nosotros mismos. Somos sinceros, pero con una sinceridad lejana, que no toca nuestra palabra, que no la penetra. Desempeñamos un papel; estamos desdoblados, lejos de nosotros mismos y de nuestros grandes temas, cuyo reino afecta a una parte dormida de nuestra alma. Cantamos un

aire aprendido, pero no hablamos. El que verdaderamente habla evita naturalmente la mayor parte de los defectos de la acción oratoria, sobre todo los más graves, que son la falsa solemnidad, la falsa emoción, la falsa autoridad, la monotonía somnolienta o los gritos, la agitación sin objeto, las cantilenas y los tics, prueba evidente de un automatismo extraño a la persona.

Porque nuestra alma no está allí para iluminarlo todo, para dirigirlo, precisarlo y distribuirlo todo, los determinismos parásitos se establecen y se apoderan de nuestra palabra. Un molino que gira en ausencia del molinero. Puede pasar en el molino; pero es más delicada de guiar la palabra que el grano de moler; es necesaria el alma y el alma en tensión vital.

Además, este alma que está ahí plenamente presente, debe estar técnicamente formada; porque la naturaleza, abandonada a sí misma, jamás es natural; las condiciones del bien obrar son demasiado complejas; la naturaleza necesita buscarse y encontrarse a través de un esfuerzo de reflexión y de experiencia. Hay excepciones, como hemos dicho en particular para el empleo de la voz; pero las excepciones son raras; de ordinario, una acción oratoria acabada es el fruto de un largo trabajo.

¿Iremos, pues, a pedir lecciones al profesional, al actor, que por oficio estudia de cerca todo lo que se refiere a las condiciones técnicas de la palabra? No seré yo quien aconseje esto. Yo sé que se puede sacar gran provecho de la experiencia de personas autorizadas y sagaces. Negativamente, quitando los defectos, señalando las contraindicaciones que sugiere la experiencia, se puede llegar a transformar felizmente nuestra acción. Guardémonos, pues, de despreciar una tal ayuda; antes bien: busquémosla para nosotros o para aquellos que estén a nuestro cargo. Pero lecciones propiamente dichas dadas al sacerdote por el profesional del teatro me parecen un gran pe-

ligro. No siendo el fin el mismo y siendo, sobre todo, el espíritu del trabajo esencialmente diferente, es fatal que un equívoco permanente se introduzca aquí entre maestro y alumno; nada podrá la mejor voluntad; con los principios generales de la técnica, válidos en toda hipótesis, se infiltrarán en el joven orador procedimientos de técnica teatral, absolutamente fuera de lugar en la iglesia, un espíritu, unas maneras y un no sé qué aire verdaderamente desastroso. Más vale conservar los defectos que perderlos a este precio; y es preferible privarse de recursos positivos antes que llegar a ser un *histrión* religioso, si me es lícito hablar así, o tan sólo aparentarlo aunque sea muy de lejos.

Desde el momento en que la predicación aparezca como un asunto artístico queda falseada en su esencia misma, y con mucha más razón si este arte se pide de préstamo a la «vanidad». Si a todo orador serio se recomienda «evitar la marioneta», como suele decirse, ¿qué será en el enviado de Cristo? Goethe estaba convencido de esto cuando establecía entre Fausto y Wagner este diálogo: «Yo he oído frecuentemente decir que un comediante podría ser un excelente predicador.» «Sí, cuando el predicador es un comediante.»

El arte oratorio cristiano no debe ser intencional en su ejercicio; lo que se ha adquirido por el estudio, por el consejo o por la experiencia debe incorporarse al esfuerzo apostólico de tal modo que no se distinga de él, que no haga pensar en ello, y eso es lo difícil cuando se refiere a lecciones de comediante, que intentan reproducir entonaciones, expresiones de fisonomía, actitudes o gestos. Se dará a entender que se vigilan los propios efectos, que se busca la aprobación de las miradas, de los oídos, y ¿hay algo más detestable bajo el hábito o la sobrepelliz?

¿Cómo formarse entonces? Con la lectura de autores competentes, con la reflexión personal, por medio de la ob-

servación de los que lo hacen bien y también de los que lo hacen mal, por el ejercicio, por los consejos limitados, sobre todo negativos, y el control amistoso, cuya utilidad en todo momento hemos destacado en su lugar. Se han podido encontrar más arriba algunas indicaciones útiles; vamos a añadir algunas otras. Entre tanto, notemos que a esta preparación remota de la acción es preciso añadirle una garantía inmediata mediante una preparación muy completa, teniendo presentes nuestros obstáculos habituales y defectos naturales para tratar de corregirlos, y, finalmente, mediante una posesión de sí mismo, que nos permitirá ser naturales en el sentido pleno de la palabra.

Hay oradores que para conservar la posesión de sí mismos necesitan excitantes; otros necesitan freno. Berryer se paseaba a grandes pasos, «pasea sus discursos —decía Sainte-Beuve— antes de pronunciarlos». Sé de otros que se agotarían anticipadamente por este procedimiento. El P. Monsabré rezaba su rosario y después se ponía a contar chascarrillos. De seguro que el primer medio es mejor que el segundo, pero se sabe por San Felipe Neri que el uno no excluye al otro. ¿No se preparaba este buen santo para la misa jugando con los pájaros, haciéndose decir o diciéndose él mismo ridiculeces a veces bastante extrañas? Para él se trataba de evitar el éxtasis, para el P. Monsabré de orientar una tensión nerviosa. Nada más sencillo que esos medios.

Pero no se puede decir otro tanto de excitantes artificiales: vino, alcohol, café, etc. No se pueden prohibir a los que los usan moderadamente para vencer la pereza orgánica y la somnolencia; pero se debe advertir el peligro. Se pasan rápidamente los límites de la moderación y una excitación ficticia no es ninguna garantía de verdadero éxito. Se trata de ser uno mismo; pero se podría salir así de uno mismo por alguna insidiosa puerta. Los excitantes espirituales mencionados a propósito de la inspiración y de la elocución son más recomendables. A cada

uno toca conocerse a sí mismo y saber qué necesita para estar en buena forma en el momento de la acción.

B) La comunicación con el auditorio.

La naturalidad de la acción exige, pues, que nazca del alma y esto a través de intermediarios bien dispuestos. Pero si se recurre al alma es aquí con vistas a la comunicación. La palabra es una comunicación; no será, pues, natural como palabra si no hay comunicación, si no se está en contacto con el auditorio. Lo hemos dicho muchas veces: el orador y el oyente no deben formar sino una sola cosa, para que el alma del primero se entregue y al mismo tiempo entregue a Dios de quien está llena. Hay oradores que no saben establecer este contacto, coger el hilo. Se diría que tienen miedo a su auditorio. Hacen pequeñas tentativas y rápidamente se vuelven atrás, como el gato que adelanta su pata y la retira. Es preciso vencer esta timidez como sea. Además de que paraliza enteramente, muchos defectos de la acción: tono cantante, falsos gestos, etc., no tienen frecuentemente otro origen. Se habla ante el auditorio y no a él: el espíritu se mantiene en una especie de niebla y se le escapa el sentido de lo real.

La mirada debe preceder al alma para ayudar a la comunicación. Si se encuentran miradas expresivas, sirvámonos de ellas como de índices para guiarnos o como apoyos para sostenernos. Pero evítese mirar a nadie; una individualidad no es aquí más que un símbolo desde el cual la mirada debe irradiar a todo el auditorio; porque, además de que tiene derecho a ello, una masa tiene más flúido que una sola mirada e irradia hacia el orador con mayor energía.

C) La acción viva.

Si pones alma en tu obra y la comunicas, si tu obra es lo que debe ser y lo es actualmente gracias a una buena preparación, podrás tener una acción viva, penetrante, poderosa y, por consiguiente, eficaz. He ahí el secreto. Escribe Jorge Clemenceau a propósito de Demóstenes: «Para mover tantas vidas indiferentes o rebeldes la palabra exige una efusión de profundidades. Si el hombre se entrega, se le recibe; si se lanza, se le sigue.»

Por otra parte, no hay que confundir una acción viva con una acción trepidante, precipitada, nerviosa. La vida tiene más de una forma; desde el momento en que se obedece a sus exigencias precisas, se permanece dentro de la moderación, de la que aparta una febril agitación. Sea sumisa el alma a lo que dice; sométase la dicción al alma, y todo irá bien.

Si junto con esto, por nuestra parte, esta «efusión de profundidades» llevase consigo a Cristo porque le habíamos recibido como huésped, estaría asegurada la eficacia sobrenatural, y la naturalidad de la palabra, en el sentido en que a nosotros nos conviene, sería perfecta.

Para ello, los santos nos aconsejan rectificar nuestra intención antes de abrir la boca, acordarnos en el momento de ejercitarla de nuestra misión divina. El cantor adopta una postura apropiada; nosotros espiritualmente también debemos adoptarla. Intermediarios entre Dios y las almas, es preciso que establezcamos este doble contacto, y si nosotros evocamos a Cristo predicando en el monte, prestándole esta palabra ideal que sólo muy lejanamente nos pudieran sugerir tales o cuales predicadores preferidos, quizá tengamos la suerte de engrandecernos y de vivificar lo que tenemos de nosotros mismos. En suma: el ideal de la acción oratoria cristiana es Catalina de Sena transformándose, al hablar a Raimundo de Capua, en el rostro de Cristo.

D) El carácter personal de la acción y su adaptación a las circunstancias.

Una consecuencia todavía de esta naturalidad de la acción, que es su ley fundamental, es su carácter personal. Se explica; la naturaleza no es una cosa abstracta; es individual. Pero no es inútil hacerlo observar, porque el celo del bien lleva a algunos a adoptar métodos que no cuadran con su temperamento, y esto constituye un gran error.

Los temperamentos oratorios son muy diversos. El P. Lacordaire tenía una elocuencia muy amplia, muy exterior; Santo Tomás, según Juan Blasio, juez de Nápoles, que le había oído durante toda una Cuaresma, predicaba con los ojos casi cerrados, en actitud contemplativa, con la frente elevada al cielo; y Newman, cuya palabra producía tan profunda impresión, se acercaba en esto más a Santo Tomás que a Lacordaire.

Pero ¿y la comunicación?, se dirá. También se puede establecer así. Hay equivalentes, decíamos, y el momento en que una sinfonía impresiona más no siempre es cuando los instrumentos hacen más ruido. Un orador no debe violentarse; debe tan sólo emplearse, y para eso, juzgar bien de sus recursos. «Un hombre se da a conocer por su manera de hablar, como una moneda por el sonido que produce», dice Quintiliano: no trae ninguna utilidad operar una sustitución de monedas; además, no saldría bien y se tendría como resultado una pieza falsa. Una pieza de plata no es falsa por no ser de oro. Pero una pieza de plata dorada se convierte en una pieza falsa que engaña a todos.

Lo que debe animarnos a ser nosotros mismos es que todo carácter oratorio, aun el más modesto, es susceptible de belleza y, por tanto, de utilidad. En toda alma que se da reside una incomparable grandeza; y cuando al darse

da a Dios, ¿qué importa la forma del don respecto a una falaz estética?

No se imite, pues, la acción de los demás, como tampoco su estilo o su género, como decíamos a propósito de la utilización de los maestros. Un modelo es siempre precioso, pero bajo el beneficio de una adaptación, de una transposición. Entonces, el otro es desechado y le sucedemos nosotros; lo que nos viene de otro se hace nuestro.

E) LA PUREZA DE LA ACCIÓN. LOS «TICS». SUS REMEDIOS.

Cuando se habla de pureza de la acción, se puede entender en dos sentidos diversos y se podrían incluir muchas cosas; se entiende aquí como la ausencia de elementos parásitos, de *tics,* que resultan de defectos naturales o de falsas costumbres, que se contraen solos y que si no se vigilan se van agravando. Hay viejos predicadores de los que se ríe como de viejos cómicos a quienes se imita, como estilistas que se plagian. Debería ser imposible plagiar a un buen escritor o imitar a un buen orador. Toda imitación que divierte se apoya en *tics.*

Para corregirse es sin duda recomendable una atención particular al caso; muchas veces es imprescindible; pero con más frecuencia se desembarazaría uno de todo junto si se vigilase para dar a cada efecto lo que le conviene según su propia naturaleza. La naturalidad nunca deja lugar a *tics;* el movimiento bien determinado expulsa el automatismo. Sacándolo todo del fondo de sí, de la naturaleza de las cosas, actualmente y hasta el último detalle, no se está expuesto a andar torcido, como invitan esos mecanismos cerebrales que un azar ha creado y que la costumbre fija.

Yo invoco aquí el azar; pero es preciso decir que muchas veces es el ardor mismo y el deseo de hacerlo bien el que provoca los *tics.* Se quiere insistir, apoyar, y quizá

esté bien; pero, porque la insistencia es desordenada, demasiado general y sin preocuparse de cada uno de los casos que se deben beneficiar de ella, el apoyo lleva a la falsedad y se crean los *tics*, para agravarse después.

Obsérvese cada uno con cuidado, porque el mejor orador puede quedar inutilizado por ellos hasta caer en el ridículo. Obsérvese y hágase advertir si un hermano benévolo y atento os quiere hacer este servicio. Somos tan poco amigos los unos de los otros que raramente se dan estos casos; pero si esto es raro, yo creo que la razón principal es que el interesado no se preocupa. Se duda mucho si se tienen defectos, pero se preferiría creer que no se tienen; entonces no se quieren ver y, ocultándolos a sí mismo, se cree que los demás no los verán. Pero los ven; frecuentemente los toman a risa, y nuestra acción pierde mucho de su eficacia.

Una vez advertido, ejerce la vigilancia de que hablábamos antes. Ponte en guardia al principio del discurso; conserva al hablar esa atención subconsciente del jinete que, aun soñando o conversando, maneja sus riendas. Al cabo de poco tiempo, si sólo es un falso pliegue, el *tic* debe desaparecer.

F) La variedad y la monotonía.

Otra consecuencia de la naturalidad de la acción es que debe ser variada y no monótona. La acción debe modelarse sobre la elocución, como ésta sobre el pensamiento y el pensamiento sobre el tema en sus diversos aspectos y en sus diversas fases. Deben intervenir aquí los tres estilos de San Agustín con matices tanto más numerosos cuanto más de cerca se siga a la Naturaleza.

Las ideas llevan consigo imágenes mentales correspondientes y estas imágenes son generadoras de movimientos corporales apropiados: inflexión de voz, actitudes, expresiones, gestos. Lo mismo pasa con los senti-

mientos, que el *sermo corporis* debe traducir. El cuerpo trata el tema lo mismo que el espíritu y en concordancia con él: que lo trate, pues, en todas su partes, procurando todos sus efectos. Demasiados predicadores van de un extremo a otro con la misma marcha, usando de los mismos efectos, como si dijesen siempre la misma cosa. Se quiere creer que están tratando el tema y que su idea se desarrolla, pero viéndolos no se diría eso.

G) La homogeneidad en la variedad.

Como, sin embargo, el discurso es uno, las diversas formas por las que pasa desde el punto de vista de la acción deben estar ligadas, formar una trama continua a pesar de la diversidad de figuras. Una sinfonía tiene su *adagio,* su *presto,* su *scherzo* o su *andante;* y no por eso deja de ser una sola sinfonía, supuesto que esté bien hecha.

Se pasará, pues, de una fase a otra por todas las transiciones de la Naturaleza, sin choques, salvo si son justificados. Se puede buscar un efecto repentino, y si hay lugar para señalar un contraste, es el contraste de la dicción el que constituye entonces la verdad. Pero es esa una transición como otra cualquiera. Lo que es preciso evitar a toda costa es la dislocación de la acción, su desarmonía, que desorienta al oyente y hace que te abandone, no sabiendo dónde estás o adónde quieres ir. El oyente debe estar encadenado, sin escapatoria posible; no es oportuno prepararle la huída; y para ello sirve, además de un buen plan y una elocución apremiante, una acción continua y envolvente, como una gran red.

H) La acción variada y la acción amplia.

Una observación, sin embargo, debe hacerse aquí. Cuando se habla en una pequeña sala, ante un pequeño auditorio, la dicción y la acción corporal pueden ser mu-

cho más variadas, delicadas, moldeables y sutiles; cada palabra puede tomar una inflexión y cada movimiento del alma traducirse en una actitud, en una expresión del rostro o en un gesto. Es la vida vista de cerca, en su intimidad. Por el contrario, en un gran templo, y con mayor razón al aire libre, estamos obligados a adoptar una acción mucho más amplia, más sobria, que proceda por grandes masas, como esos adornos que se pintan a brocha gorda. He ahí una estética especial que la naturaleza de las cosas debe dirigir también; porque el orador que fuerza la voz no puede matizarla al mismo tiempo y el oyente al aire libre o perdido en una masa no aporta la misma atención. Se mantienen más las distancias, se sienten más extraños: la óptica es diferente y debe influir en la acción. La ampliación de los efectos que entonces se impone lleva consigo su simplificación. En pintura esto se llama estilizar, tratar «por decoración», «por masas». Pero el resultado debe ser el mismo, Si disminuyes el número de tus efectos, los refuerzas: esto debe corresponderse exactamente, si calculas bien. Es cuestión de gusto y de experiencia.

I) El progreso de la acción.

La variedad de que hablábamos, debiendo modelarse sobre el dinamismo del discurso, debe ser progresiva; es una variedad atrayente que el orador debe calcular de manera que produzca en el momento oportuno su efecto máximo. Este no siempre es al final; pero nunca está muy lejos de él, porque es preciso para ello que se hayan empleado todas tus fuerzas.

Un discurso bien hecho tiene siempre su punto culminante, que es el centro de unión de sus efectos, de sus pruebas, de sus estímulos, de sus emociones, según el género de la obra. La acción debe satisfacer por su parte a esta condición. En vez de partir a toda vela, sin prever

nada, es preciso saber utilizarse y graduar los medios de acción teniendo en cuenta no sólo las exigencias del tema, sino también nuestras propias energías. Un Caruso o un Tamagno tenían siempre fuerzas en reserva después del mayor esfuerzo; pero no todos tienen la misma garganta.

El P. Lacordaire reprochaba al P. Minjard—del que solamente se consideraba precursor—entregarse así, desde el principio, poniéndose en la imposibilidad de crecer tanto como hubiera necesitado para mantener las proporciones de su arenga. El, Lacordaire, empezaba sencillamente, casi embarazado por sus alas, como el águila que anda; y después, poco a poco, emprendía el vuelo.

J) La moderación.

En fin, que la moderación lo presida todo. «Comportaos en todo con moderación—dice Hamlet a los cómicos que él había invitado—; aun en medio del torrente, de la tempestad y, si se me permite, del torbellino de vuestra pasión debéis guardar y observar una moderación que tempere la tormenta.»

He ahí una exigencia razonable. Lo desbocado jamás será razonable, ni puede, en el verdadero sentido, ser eficaz. Ni es arte ni medio de conquista. Se podría justificar bajo pretexto de naturalidad diciendo: yo lo siento así. Pero sabemos que no todo lo que se siente expresa la verdadera naturaleza, ni siquiera la del mismo hombre que siente.

III. Reglas particulares de la acción. La actitud.

En el púlpito la compostura es una colaboradora de la voz y concurre con ella a caracterizar la palabra. No habrá nada, pues, de atrevido, de provocante, de orgu-

lloso, de falsamente solemne, sino dignidad, con un aspecto de autoridad sencilla que brote del ministerio, no de la persona. Si esta última distinción es experimentada, se hará sentir sin esfuerzo.

Mirada directa, sin aspereza, sin ninguna tendencia a fijarse en la gente, pero tampoco a huirla y como a perderse en la arquitectura. Una mirada posada con afabilidad invita al oyente; si se hace un poco circular, da la impresión a cada uno de que se habla para él y no sólo para las paredes. En el curso de la predicación no se podrá volver mucho a derecha y a izquierda para ser oído de todas partes: es, pues, muy oportuno tomar contacto antes o en los descansos del discurso. Pero, además, si tienes el sentimiento de todo tu auditorio, sin que tú te preocupes, él se dará cuenta de ello por poca agilidad y experiencia que tengas.

Se recurre a veces para atraer la atención a pequeñas recetas pueriles y cómicas: esperas, tos diplomática, sacar ostensiblemente el pañuelo... ¿Qué necesidad tenemos de esas artimañas nosotros que disponemos de la señal de la cruz? Pero existen recetas prácticas que se pueden utilizar porque se derivan de la naturaleza de las cosas: mantener recto el cuerpo, evitando esa tentación de inclinarse sobre el púlpito que amenaza al hombre al verse encaramado tan alto; presentarse con una ligera desviación, que se obtiene naturalmente adelantando un poco el pie derecho. La utilidad de esta actitud consiste en permitir plena libertad de movimientos el brazo encargado de la gesticulación principal. Si más tarde el brazo izquierdo sustituye al derecho para los gestos, se cambiará espontáneamente el apoyo del cuerpo y constituirá un reposo. Lo importante es establecerse bien para tener la seguridad de la marcha y la libertad del movimiento; para ello, el peso del cuerpo debe descansar sobre el pie que queda atrás.

Además, evitar tener el cuerpo, el cuello o los pies apretados, con peligro de congestión de la garganta o del cerebro; no estirar el cuello al hablar como para buscar al auditorio, gesto frecuente, muy feo y que corta la voz; liberar el tórax para respirar bien, de modo que se ensanche la caja torácica; en fin, si es preciso en un gran templo y si se te aconseja, buscar algún distribuidor del sonido, una columna, una pared favorable, y evitar, por otra parte, esos agujeros acústicos, esos pasadizos que absorben el sonido y lo disipan.

No creas que porque el púlpito te oculte hasta la cintura y dispongas de un parapeto favorable para apoyarte se puede impunemente descuidar la actitud general. En primer lugar, es una mala costumbre para el caso en que se tenga que hablar sin apoyo. Además, la actitud general aparece por sus efectos sobre la actitud del busto y la gesticulación. Cuando Lonardo de Vinci estudia los personajes de la Cena en los que sólo se verá la parte superior del cuerpo o en todo caso sólo eso será objeto de atención, no por eso diseña con menos cuidado las figuras enteras, teniendo en cuenta la solidaridad entre lo visible y lo invisible en materia viva.

A veces el predicador se sienta. Esto sólo se debe hacer en charlas familiares, porque cambia totalmente el carácter de la palabra. No estando en la actitud de la acción no te podrás permitir una escapada un poco vehemente. Cuando la reina Luisa de Prusia ruega patéticamente en Tilsit a Napoleón, éste, para defenderse, la invita a sentarse, y se explica diciendo: «Nada interrumpe mejor una escena trágica. Cuando se está sentado, lo trágico se hace cómico.»

Sentado en el púlpito, es esencial tener el cuerpo bien recto para no desaparecer totalmente y conservar alguna libertad de gesto. En el coro, en una sala, y visible totalmente, se tendrá el cuerpo recto siempre, ligeramente separadas las rodillas, los pies en tierra a poca distancia,

uno un poco más adelantado que el otro (normalmente el derecho), la mano que no acciona descansando un poco más alta que la rodilla.

Los grandes actores aconsejan a sus alumnos las visitas frecuentes a los museos de escultura, sobre todo a los antiguos, a fin de impregnar la imaginación de sus actitudes. No se ha de dar un consejo parecido al predicador. Sin embargo, es un hecho que nuestras imágenes mentales nos gobiernan; y no almacenar nunca sino las de la calle, las de gentes superficiales y las de personajes poco estéticos es prepararse mal—nos parece—a un oficio que exige nobleza de formas y, con la mayor sencillez y humildad, por otra parte, una configuración con Cristo.

IV. La fisonomía.

La actitud es una condición de la palabra y, en realidad, forma parte ya de ella por lo que encierra de expresión. En esto, sin embargo, se subordina a la fisonomía, cuyos medios de expresión son más ricos.

El rostro «habla» por sí solo; sería raro que no sostuviera y reforzara el lenguaje articulado, la expresión verbal. El filósofo italiano Antonio Labriola pretendía tener un criterio infalible para juzgar de un orador; en vez de escuchar sus palabras, concentraba su atención sobre el hombre, sobre la expresión de su rostro, y la seriedad más o menos profunda que en él descubría le era una garantía de la seriedad del pensamiento y del valor del verbo. *In facie legitur homo.*

¿Vamos a concluir que el orador cristiano debe componer su rostro como compone su discurso; crearse una expresión, como el actor se fabrica una cabeza artificial? ¡Dios nos libre! Estaría cerca el ridículo y se adquiriría la falsedad en contra de esa verdad de la acción que hemos tomado por norma.

Esto no se soluciona *a priori*. Se podrá muy bien concebir una composición del rostro tan legítima como la composición literaria. El pantomimo la ensaya; a veces resulta genial; pero las cosas son tales que a cada momento corre el peligro de aparecer el artificio, y, como amenaza siempre, al fin aparece. Los juegos de fisonomía tienen demasiada complejidad, son inasibles a fuerza de sutiles. Querer organizarlos desde fuera, por decreto y por táctica, no lleva sino a deplorables efectos.

El trabajo no consiste, pues, en observar, según las artes plásticas y los datos de la fisonomía, la manera de disponer las líneas en cada clase de emoción del alma. Se adquiere así ciencia y se satisface una inteligente curiosidad, pero se gana muy poco en la práctica; hasta llega a perjudicar, si no se vigila. En el hombre prudente, sin embargo, las sugerencias que por este medio pueda recibir, como decíamos al tratar de la actitud, no son totalmente inútiles. Todo sirve cuando se trata de someter al «autómata» a las funciones del pensamiento.

Pero hay una gran diferencia, a este respecto, entre el orador y el actor, sobre todo si se trata del orador cristiano. El actor imagina sus personajes y los *representa*, pero no se identifica con ellos; el orador es su personaje mismo, y el orador cristiano lo es, de alguna manera, doblemente, porque por una parte dice su propio pensamiento, manifiesta sus propios sentimientos, pero, además revela a Alguien que es él más que él mismo. Por eso, conviene que el modelaje expresivo de las líneas no tome nada de una acción exterior; todo debe surgir de dentro. Si brilla una luz en el corazón, el rostro resplandece; si os oprime un sentimiento, una contracción armoniosa, imposible de imitar, pero que imita ella a su manera la causa que la produce, da testimonio de él.

Dagnan-Bouveret decía después de haber visto a Su Santidad Pío XI: «Tiene los ojos formados por el interior.» El lo entendía de una expresión permanente; pero

esto se realiza con mayor razón en uno de los numerosos casos que han creado este estado, de los que es expresión. ¿No se ha dicho de Esteban Mallarmé, evocando las famosas conversaciones en las que, en la intimidad, comunicaba todos sus sueños: «Parecía aureolado de un pensamiento infinito»? ¡Qué ideal para un hombre de Dios!

Pero ¿qué hay que hacer para ello? Que el pensamiento infinito nos habite; que esté activo en nosotros en el momento de la palabra; que tengamos por naturaleza o hayamos adquirido por reflexión y por observación y mucho por ejercicio una suficiente plasticidad de líneas; en fin—y aquí la advertencia es de gran importancia—, que la expresión no sea combatida, anulada o contrariada por *tics* o muecas.

De diez oradores, nueve al menos hacen muecas al hablar. Tan pronto es cerrar los ojos, arquearlos; tan pronto es arrugar la frente, fruncir las cejas, contraer los labios; movimientos espasmódicos cruzan el rostro, como las ondas que se entrechocan en un agua agitada. Todo esto rebaja al hombre, hace la expresión vulgar y penosa en el momento en que su concurso sería más necesario para reforzar lo que se dice bien, lo que quizá se sienta mejor aún.

Lo más frecuentemente, cosa extraña, la causa de esta lamentable desfiguración está en querer hacerlo demasiado bien. Se pone esfuerzo cuando sería necesario abandonarse con una feliz confianza; queriendo pronunciar bien se martillea; queriendo forzar la atención se fuerzan todos los músculos faciales, como queriendo empujar la rueda y hacer desencallar las almas. El trabajo de la memoria acentúa frecuentemente este error; costumbres de profesión o de conversación que mejor hubiera sido no contraer y de las que es preciso desprenderse, actúan por su parte. Todo esto disminuye grandemente la palabra.

El rostro debe estar siempre sin tensión; está así en disponibilidad para expresiones diversas, apropiadas al

pensamiento y no arbitrarias. Hemos dicho ya al hablar de la pronunciación que ésta no gana nada con los grandes gestos bucales que pretenden favorecerla; por el contrario, se ve turbada; una boca que se retuerce, desfigura el sonido tanto como el rostro. Cuando se martillea, la pronunciación lejos de ser más clara es cortada y sorda; todo son desventajas; sólo la deformidad gana.

Es importante velar sobre este mal casi universal. Que sea universal o casi universal es una circunstancia atenuante, si se quiere, pero no un remedio, ni siquiera una excusa; cada uno cae en él por su cuenta, y Pascal diría de aquellos que se creen por eso absueltos: «Se ocultan en el gentío y llaman a la muchedumbre en su ayuda.»

V. La pronunciación oratoria.

Henos aquí, sin contradicción, en la parte esencial de la acción oratoria, ya que se trata propiamente de la palabra. El público es extremadamente sensible a la manera de *pronunciar* el discurso, y es muy natural. Importa mucho tenerle satisfecho desde el principio, por lo que aconsejamos al joven orador, antes que cualquier regla, vigilar mucho sus primeras palabras. Es preciso que lleguen a todos y sean entendidas por todos, como decíamos a propósito de la voz y hemos subrayado desde otro punto de vista al hablar del exordio.

Los comienzos de las piezas musicales son siempre muy estudiados, y el director tiene como primera preocupación la del *ataque;* impone así la atención y señala el carácter del tema. En el caso del orador es el momento de recordar todo lo que se ha dicho de las condiciones materiales de la palabra: buena respiración, impostación de la voz, ataque sobre la dominante, moderación del sonido, alcance de la voz a la distancia conveniente, exactitud de las vocales, buena articulación de las consonantes, sostenido

de la voz en las mudas y en las terminaciones. Esas condiciones para estar reguladas exigen que nos hayamos dado perfecta cuenta de la naturaleza del templo y de la distribución del auditorio: es lo primero que se debe hacer, como en el *golf* se juzga del terreno antes de tocar la pelota.

He aquí ahora la ley general, que no es nueva, pero que se impone por títulos particulares a la pronunciación oratoria: la *verdad*, es decir, aquí, la adaptación de la palabra a las cosas que pronuncia, por oposición a una dicción artificial tomada de no sé qué canto interior, de costumbres o absurdos prejuicios.

El P. Monsabré gustaba repetir que después de su primer sermón de seminario el profesor que hacía la crítica le dijo: «Bien; pero no tendrás nunca el tono de la predicación.» ¿Qué es el tono de la predicación? Si se entiende de la unción sacerdotal, de una dignidad propia de la palabra de Dios, se puede hablar del tono de la predicación; pero no era esto lo que se quería decir; se pensaba en ese ronrón que distribuye los sonidos sobre un perfil de montañas rusas, en una cantilena que extiende su curva monótona a través de todo, descuidando las particularidades del sentido, los matices de carácter y de valor.

El *tono de la predicación* no significa: «Yo digo *esto*», sino: «Yo predico.» Que es tanto como decir: «Yo canto», sin mirar a la partitura, o «yo danzo», sin preocuparme de la música. ¿No es la voz el eco del verbo interior, y no es éste el que debe regular la emisión y la forma?

¡Todavía si la cantilena fuera bella...! Sería como esa música que descuida las palabras, pero para reemplazarlas por el efecto de otro arte. Pero ahora no se oye sino un gemido de lamento, bajo el cual es preciso desenterrar el sentido oculto. ¿No se dará pie, con ello, para sospechar que el pensamiento mismo en la creación del discurso no ha sido muy activo, que la sinceridad *actual* de este pen-

samiento no es muy profunda? Se cumple el deber; se ejecuta piadosamente; pero igual que recita el niño su lección con la cabeza inclinada, cantando también, cuando poco antes se le veía lleno de naturalidad y de vigor explicándose sobre una partida de pelota.

Es extraño ver a buenos eclesiásticos modular perfectamente un anuncio, dar un aviso a sus ovejas antes del sermón, con un arte lleno de finura y de calor; pero desde el momento en que han hecho la señal de la cruz, hélos ahí totalmente afectados; su emisión es amanerada, nada de relaciones íntimas entre las modulaciones de la voz y las ideas, que, a pesar de ser excelentes muchas veces, no harán otra cosa que excitar el sueño.

Necesariamente esta cosa rara ha de ser algo natural, ya que es tan frecuente. Está en la naturaleza, pero no en la buena. Va unida a un falso sentimiento del arte, que se manifiesta cuando nos cantamos a nosotros mismos con un tono ampuloso versos preferidos o una melodía apasionante. ¡Quién sabe si no hay en eso una persuasión inconfesada, un sentimiento secreto de que la palabra pública, aún la sagrada, es algo extraño a la vida real, una representación verbal, una música con la que nada tenemos que ver una vez bajados de allá arriba! Sería preciso entonces vigorizarse en el sentimiento de esta sublime vocación y de la trágica necesidad de nuestro ministerio. Pero de ordinario no se trata de esto; la inexperiencia, la insuficiencia de reflexión son las únicas causas. Que se medite, pues; repite frecuentemente e intenta comprender que el tono de voz empleado para pronunciar una palabra es como un epíteto que se le añade, que este epíteto le debe convenir en virtud de una propiedad tan necesaria como la del estilo, y convenirle, no sólo según el diccionario y la gramática, sino según nuestro propio pensamiento, según su matiz, su peso relativo en la frase y en el conjunto del discurso.

Una vez comprendido, algunos predicadores se apre-

suran a reaccionar y caen en el extremo contrario, en la naturalidad superficial; el tono de la conversación corriente sustituye «al tono de la predicación». Esto también es falso. La naturalidad del púlpito y su *verdad* tienen su modelo en la conversación, pero estilizándola, elevándola al nivel del arte. El gran actor Samson decía de Rachel que «su originalidad consistía en ser a la vez natural y grandiosa»: he ahí un elemento que puede instruir al predicador encargado de interpretar, no una débil, sino grandiosa verdad.

No por eso dejará de guardar un estrecho contacto con la naturaleza corriente. Y ni siquiera bastará adoptar un tono llamado natural, pero que se aplicaría sin distinción a todas las cosas. Sea cual sea el tono adoptado, no salir de él puede no ser natural. La naturaleza es variada; acéptese esa variedad. En un caso determinado el énfasis puede ser más natural que el tono normal. Se hace verdadera la dicción adaptándola exactamente al movimiento del pensamiento, que jamás tiene dos fases iguales.

Evítese finalmente una diversidad sin motivo, una variedad intentada y creada artificialmente, e incluso la diversidad cíclica, cuya gama, variada en sí misma, da vueltas sin cesar. Todo esto es peor que la monotonía si no es monotonía. Si eres monótono, harás dormir; si variado, pero caprichosamente, pasas los límites; llevando la falsedad por los mismos caminos sólo en apariencia se ha salido del ronrón, de la «montaña rusa» y la atención del oyente tendrá tanta dificultad en mantenerse como el tema en imponerse.

Además, un tono variado en el verdadero sentido, a través de una adaptación continua a la palabra, fatiga mucho menos al predicador, le da más ocasiones de descanso y reserva sus fuerzas para útiles efectos.

Dicho esto en general, debemos precisar un poco las condiciones de esta verdad de la pronunciación oratoria. En primer lugar, la exactitud del *fraseado* que diseña de

alguna manera el discurso por medio de la voz; después, las *modulaciones* le darán su color y la *acentuación* el valor y como su claroscuro.

Todo esto no se puede definir con palabras; serían precisos ejemplos acompañados de críticas. Si se está dotado, se encontrará por reflexión lo que conviene. Se sabrá preparar la disposición de las palabras en la trama sonora, el corte de los períodos y el lugar de sus elementos con vistas a esta unidad variada, exactamente apropiada, que hemos reclamado ya del hombre que compone y que formula. Se pasará sin choques de inflexiones casi insensibles a los contrastes de tonalidad que exigen los «movimientos». Todos los grados de la escala cromática están a disposición del orador; a él toca regular su música y ésta no será la misma en una exposición sencilla que en un recitado oratorio, o que en un trozo apasionado.

No se ha de abusar de los matices, que, demasiado multiplicados, dividen la dicción en parcelas. Un toque amplio no se aconseja solamente a los pintores; todas las artes exigen amplitud, y, por consiguiente, sacrificio de detalles. Hay, además, algo de pretencioso en el refinamiento en materia de matices; el orador pierde con ello autoridad. La reserva se impondrá tanto más cuanto el movimiento del pensamiento pida una emisión más rápida, lo cual retarda y divide, debiendo entonces ser especialmente evitado. Lo mismo sucederá cuando el discurso es pronunciado en voz alta, ante un gran auditorio, lo que impone, como hemos dicho, planos más amplios.

En lo que se refiere a la acentuación se sabrá también equilibrar la consideración de su importancia con la de sus posibles abusos. Los términos esenciales deben ser acentuados, lo mismo que los incidentes característicos, las suspensiones de sentido destinadas a producir un efecto, etc. El empleo de una expresión aguda servirá para resaltar un efecto pintoresco, para operar una rectifica-

ción, señalar una sorpresa, hacer saltar un término esperado, insistir en una repetición, señalar una oposición y, a veces, para determinar el sentido.

La expresión aguda se destaca por medio de una ligera pausa anterior, de un apoyo de la voz sobre ella o sobre una sílaba de la palabra o también de una modulación. Evítese, sin embargo, dar un especial colorido a toda expresión que se ofrezca a ello, presentar como un bello hallazgo una cosa sencilla y fatigar así la atención por constantes llamadas. Tanto más preciosa es la palabra culminante, cuanto absurdo el *sistema* de palabras cumbres.

Deberá establecerse la dicción en un ritmo conveniente al propio temperamento, sin lentitud calculada ni prisa fatigable con relación a la propia manera de sentir. Sería un error creer que se pronuncia mejor pronunciando más lentamente: se tropieza menos llevando el propio paso. Y es otro error pensar que yendo de prisa se da más impresión de vida. La pronunciación óptima exige, cuando se está en otras condiciones, una tranquila adaptación a la persona. Un orador que se apresura parece mucho más largo que otro; el que se detiene, enerva. Siguiendo el movimiento natural del propio pensamiento, de la imaginación y de la sensibilidad, se da una impresión de seguridad, estando uno mismo más seguro de su idea y más dueño de la expresión que le da.

Además, bajo el nombre de ritmo no se entiende sólo la lentitud o rapidez. Comprende también la cadencia. ¡Cuidado con las cadencias artificiales, con los determinismos poco a poco instalados, con los tics! He oído a un orador muy notable que empezaba así una segunda parte: «Decía—al principio—de este discurso...», y continuaba así, por saltos. Basta esto para rebajar a un hombre, y al cabo de poco tiempo para relajar la atención.

Una buena dicción, si atiende al ritmo, a las modulaciones y a los encadenamientos, no se preocupa menos de

los silencios. Además de que de ellos depende el ritmo y, sobre todo, el sentido, por razón de la puntuación, el silencio es para el orador un precioso recurso. Es «una confirmación de la palabra», decía Cicerón, ya que, permitiendo al oyente seguir el efecto del discurso, le provoca por una especie de invitación y de espera.

Su uso requiere una perfecta posesión de sí mismo. El débil o el intimidado corre el camino y no se detiene sino cuando le falta aliento; aquél cuya memoria es indecisa, por temor a un accidente enfila los períodos en vez de distribuirlos con arte. Es imposible que haya autoridad en esas condiciones; el oyente asiste a un desfile, pero no siente el ataque.

Los silencios son particularmente oportunos antes de un principio solemne, de un trozo importante, de una precisión delicada, y después de la expresión de un gran pensamiento, la evocación de una visión, una declaración capaz de admirar o de hacer reflexionar. Cuando se ha puesto una fuerte suma, se espera a que se juegue la partida y a que el alma del oyente se decida. He ahí uno de los secretos de la elocuencia a condición de que se deseche el artificio y de que no se tenga la apariencia de utilizar un secreto.

Es evidente que la dicción se *compone*, como el plan, como los desarrollos y como la elocución. Es también evidente que se debe adaptar al género del discurso. Una meditación sobre la muerte no tiene el ritmo, el movimiento ni las modulaciones de una arenga para una cruzada. Después de la ejecución de *Mors et vita* en el Trocadero, Gounod decía de Faure: «Ha cantado con letras mayúsculas.» Era la perfección; pero ¿lo sería cantar o pronunciar con mayúsculas una confidencia o un secreto místico?

Internamente la dicción debe tener sus *planos*, sus dominantes, sus valores escalonados, sus luces y sus sombras; por falta de esto se echará a perder el trabajo mejor

construído, no habiendo sabido mantener en la pronunciación las relaciones que constituían su cohesión armoniosa.

Por eso, hablando, como escribiendo, se conservará la visión del conjunto. El jinete, a cualquier marcha que vaya, mira siempre el camino. Hay, sobre todo en los momentos de pasión oratoria y de entusiasmo, un peligro de anestesia de espíritu, de deslumbramiento, que podría perjudicar el tenor del discurso y su unidad.

VI. El gesto.

Un último elemento concurre a la eficacia de la palabra, la refuerza, la perfecciona en su íntima significación, porque descubre, de acuerdo con la fisonomía, el estado interior del que habla: es el gesto. No será preciso demostrarlo ahora, pero si fuera necesaria la demostración, nos la daría el «cine mudo». No se conocía antes del cine todo el poder del gesto; pero el valor expresivo de este discurso figurado no está menos apoyado en la naturaleza de las cosas.

Una mímica secreta va unida a la palabra desde el momento de su nacimiento en nosotros; mejor aún, la precede, porque forma cuerpo con el pensamiento, bajo la forma de lo que se llaman imágenes motrices, es decir, no sólo símbolos de acción, sino acciones ya, impulsos incipientes, ritmos cuya transmisión aumentada expresará esquemáticamente la actitud del alma, ayudará a seguir sus conceptos y a *verlos* al mismo tiempo que la palabra nos los hace oír.

La palabra también es una mímica; si tiene por misión agitar el aire y afectar a un sentido diferente, no por eso cambia de naturaleza. Se juzga del espíritu a través de sus gestos: sean vocales, fisonómicos o manuales, la

diferencia es grande sin duda, pero la unidad permanece y al verdadero orador toca no romperla.

Los sordomudos no educados gesticulan y llegan a comprenderse entre sí sin ninguna convención: ¿sería admisible que cuando adquieran un lenguaje convencional no fuese reforzado por el primero? Se sabe que en algunos pueblos el lenguaje convencional mismo lleva consigo esencialmente, además de su parte articulada, una parte de *representación;* el sentido de una palabra o su valor cambian según el gesto de las manos o la posición de los labios. Y así, los bosquimanos, los esquimales, y otros muchos todavía, cuando quieren hablar de noche, encienden hogueras para verse.

Entre nosotros, aunque la articulación baste para señalar lo esencial del pensamiento, la mímica conserva un gran valor. Sería un gran inconveniente hablar en la oscuridad. Se comprende mucho mejor cuando se ve; se asiste al nacimiento del pensamiento, se da uno cuenta de sus matices, de sus repercusiones, de sus recursos activos. Hasta el punto de que muchas veces la expresión es inútil; al menos es ella, la expresión oral, la que ayuda entonces, y se limita a añadir un comentario. Las proporciones se cambian, y como el gesto precede, en el momento en que interviene la palabra el efecto que busca ya está producido (1). Imagínate que te plantean una cuestión delicada y que quisieras mostrar la respuesta llena de precaución y de misterio, ¿no harás mejor en explicarte, en vez de con inútiles palabras, con una actitud suspensiva, que pone en guardia todos tus miembros, todos tus gestos? La menor exclamación, pareciendo salir del gesto mismo, será entonces todo el complemento deseado.

---

(1) Ténganse en cuenta estas observaciones cuando se habla por radio, que equivale enteramente a hablar a oscuras para el que escucha. Es preciso, en estos casos, suplir con la transparencia y brillantez de las imágenes y con la fuerza de la elocución oratoria la falta de ayuda de la mímica y la expresión. La televisión volverá a hacer inútil esta advertencia. *(N. del T.)*

Añadamos que la mímica es esencialmente contagiosa y, por tanto, útil para la comunicación de los estados anímicos lo mismo que para su expresión. Todo gesto, sobre todo si tiene un carácter rítmico, tiende a repetirse en el espectador y produce en él una dinamogenia excitadora de sentimientos e ideas en consonancia con el impulso original. Es preciso no despreciar una fuerza como ésta.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la mímica oratoria adopta formas diversas y no deja siempre el mismo lugar al gesto propiamente dicho. Hay oradores que hacen muy pocos gestos y no por eso son inferiores a otros; lo serían únicamente si los gestos normales de que se dispensan no tuvieran su equivalente. Puesto que la mímica brota de las imágenes interiores, habrá, siguiendo la naturaleza y la dosis de estos fantasmas—los cuales varían para una misma idea y un mismo sentimiento con la psicología de cada uno—, un predominio de gestos en unos, de expresión facial en otros, de la actitud, del ritmo expresivo de la palabra misma, de esa «danza vocal», de que habla un fonético, en otros. Cada uno debe juzgarse según él mismo y no según otros. Procura únicamente no llegar al vacío total, bajo pretexto de recurrir a facultades que reemplazan. La ausencia de gestos ordinariamente nace de la timidez, de la inexperiencia, de una falta de ejercicio a la que hay que poner remedio. En el joven orador, el gesto tiene su excitante interior, se le adivina por pequeñas sacudidas, pero no sale.

Las cualidades del gesto se deducen de su misión o, mejor, de su naturaleza. Puesto que es un acompañante de la idea y se deriva de sus fantasmas, el gesto debe formar parte de la idea misma y modelarse únicamente sobre ella. Haces gestos porque antes has pensado con gestos. Pero es ya decir demasiado que los haces; si son auténticos, ellos mismos se harán en ti; su explosión es es-

pontánea, como el brillo de los ojos, como el pliegue de los labios, y son menos un indicio de tu voluntad que una ayuda para ella.

Queda, pues, excluída esa gesticulación sin objeto que hace de muchos oradores verdaderos marionetas. Se ha oído que la predicación supone gestos. Se hacen, pero se parecen a esas modulaciones convenidas, automáticas o periódicas, que forman el «tono de la predicación». «Es preciso mover los brazos porque se está animado—dice Fenelón—; pero no lo sería para parecer estarlo.» Un gesto no es bueno si no es *obligado* en el sentido en que se dice en música flauta obligada, violón obligado, es decir, que forma parte de la idea musical misma. Si un gesto te es necesario para expresar tu pensamiento como lo has pensado y sentido, con su forma y matiz, haz el gesto; de lo contrario, quédate tranquilo. Más vale la inmovilidad que un gesto vago, exagerado, embarazoso o falso. En cuanto a la agitación perpetua, aunque esté bien calculada en los detalles, es un mal cálculo, porque fatiga y es obstáculo para la animación cuando se requiere animación. Cuando no se distingue, se falta por ambos extremos.

Del hecho de que el gesto nace o debe nacer al mismo tiempo que el pensamiento, si no antes que él, y del hecho de que en algunos casos puede ser el gesto lo principal, se sigue que debe aparecer antes que la voz, la cual no se puede formar tan rápidamnte. Y será tanto mayor el intervalo cuanto más obstáculos tenga o parezca tener la voz, como en el caso de una gran emoción. Te dicen una cosa enorme; instintivamente levantas los brazos al cielo, y un instante después, como por efecto de una espera, sale el «¡oh, no!»

Siendo el gesto un complemento del pensamiento, una perfección de su expresión, fundada en su riqueza interior, debe acompañar especialmente a las palabras importantes, a los miembros principales de la frase. Lo complementario no los necesita. En esta frase: «Los que lloráis

venid a este Dios que también llora», el gesto de brazos abiertos, suponiendo que se crea útil, viene exigido por la palabra *venid*, a la que debe ligeramente preceder.

Por la misma razón, siendo el gesto oratorio un complemento de la palabra y de la expresión, no de la idea misma, sino del medio fantástico en que nace, es una falta querer pintar exactamente el pensamiento con el gesto. No hace falta; para eso están las palabras. Los sordomudos, de quienes decíamos que saben comunicarse antes de aprender la palabra, no hacen después los mismos gestos; hacen otros. Lo que las palabras no dicen, es decir, los estados interiores relacionados con la idea, los impulsos espontáneos de donde ella procede o que ella provoca es lo que el gesto y la persona toda deben manifestar.

Pero se llega pronto al ridículo o al inconveniente al querer dibujar con el gesto. ¿Dibujas al decir: «*El que come mi carne y bebe mi sangre...*»? ¿O dices: «*Venid, benditos de mi Padre*», haciendo un gesto con el dedo? Se puede erigir en regla que cuanto más elevado sea el objeto tanto más general y poco preciso ha de ser el gesto. Por eso, al hacer hablar a Dios, se mantendrá una inmovilidad casi completa: lo que entonces conviene es una actitud bien escogida, porque no se *ven* los gestos de Dios; no pensamos en Dios sino con estupor y sin imágenes. Si citas, por ejemplo: «*Aunque una madre olvidase al hijo de sus entrañas, yo no os olvidaría*», no vayas a llevar la mano al pecho al decir *yo*, como he visto hacer a un principiante.

La cualidad de la persona que habla ha de tenerse en cuenta aquí. El gesto del sacerdote ha de ser sacerdotal, no teatral, de tribuna o de rufián. El pintoresco divierte a la galería del auditorio, pero no es ninguna recomendación. Procúrese, sobre todo, evitar el poner las manos sobre las caderas, en la cintura o tras de la espalda. ¡No

digamos nada de los bolsillos! Tampoco se ha de hacer ruido con palmadas, golpeando el púlpito o dando patadas.

Si tenemos en cuenta las reglas que preceden habremos adquirido ya tres cualidades del gesto: la *naturalidad,* la *expresión* y la *conveniencia.* Añadamos, si es posible, la belleza. No en forma de esa falsa elegancia, excluída con todo derecho por la *verdad* y por la *espontaneidad* que hemos exigido, sino por una armonía que se resuelve en verdad, en facilidad de movimientos, en exactitud y en adaptación.

Además, la principal belleza del gesto oratorio no es su belleza gráfica o plástica, sino su belleza espiritual, su belleza expresiva. El gesto vulgar de un campesino tendiendo los brazos a su hijito puede ser admirable, y donde Rafael hace armonía a la italiana, Rembrand halla otra armonía y Velázquez una tercera que no decepciona.

Hay, sin embargo, a este respecto, algunas indicaciones útiles. En un cuadro ha de buscarse ante todo la concordancia de las líneas; también en el conjunto de una gesticulación deben ser evitados los tropiezos, los pasajes angulosos, las paradas demasiado bruscas, que testifican la desobediencia al movimiento interior. Dentro de nosotros la naturaleza tiene sus ritmos y sus transmisiones de corrientes; si se tradujesen al exterior constituirían la perfección misma; sucedería lo mismo que en las olas, en las que las leyes del equilibrio aseguran, aun dentro de la violencia, una larga continuidad.

Para ello, ha de tenerse en cuenta que si el brazo se mueve es para desplazar la mano, verdadero órgano de la acción, y que él es tan sólo una palanca. El movimiento deberá, pues, partir del hombro y utilizar la flexibilidad del brazo para procurar a la mano su posición más expresiva. El movimiento es más armonioso puesto que la rotación tiene lejos su centro, no en la muñeca ni en el

codo. En el extremo de una caña agitada se dibujan las más bellas curvas.

La armonía exige además que al gesto del brazo no venga a contradecir el del otro brazo o el de la posición de la cabeza, el rostro o la actitud general del cuerpo. No significa esto que la dirección general del movimiento sea siempre la misma; hay armonías por semejanza y armonías por contraste. Para figurar la profundidad de un abismo será más elocuente levantar los brazos y hundir el rostro, que bajar los brazos también; porque dando un punto de partida más elevado a la medida descendente, aumenta la separación y se refuerza la expresión buscada. Así pasa en multitud de casos; pero la ley general permanece. Se trata de una correspondencia de elementos sin distorsión ni desorden.

Observa que entre los elementos que pueden concurrir está también la voz. Grandes exclamaciones o un susurro no exigen los mismos gestos; una voz estentórea y una voz débil tendrán un acompañamiento de manos distinto. Faure decía: «No hay que prometer más con el gesto que lo que la voz pueda sostener» (2).

Los expertos añaden a estas consideraciones generales otras más particulares que son consecuencia de ellas. Evitar la contracción de los dedos al gesticular con la mano, pues da una apariencia de avaro o de enfermo. Evitar levantar los hombros sin significado o con él, porque es siempre vulgar. Evitar los movimientos repentinos de levantarse y bajarse, como los de un *yo-yo*. Beethoven parece que tenía este derecho como director. Brillaba por otros títulos. No adelantar los dos brazos simétricamente, sobre todo en cruz; no mover el cuerpo gesticulando de través, prueba de que no se ha utilizado el brazo que convenía. Evitar tender el gesto hacia adelante o al

(1) J.-B. FAURE: *Une année d'études.*

lado con exageración, pues rompe el equilibrio de la actitud.

Quintiliano no permite que el gesto pase jamás la altura de la cabeza; en esto nadie le sigue, pero debe excluirse el gesto que parte de la cabeza, pues da la impresión de extravío. El gesto no debe ocultar la figura, aunque se haga el gesto de ocultarla, que es algo muy distinto de ocultarla realmente. El arte no es la realidad; es un simbolismo. El orador cuya figura no se ve no la puede ocultar oratoriamente, pues no existe.

Finalmente, en caso de duda sobre la oportunidad de un gesto o de un conjunto de gestos, deberá tenerse en cuenta que lo menos aquí es preferible al exceso. Demasiados gestos apartan la atención de la palabra, como demasiadas imágenes alejan de la idea y demasiadas ideas particulares desvían del tema esencial. Los gestos que se evitan gracias a una prudente reserva aprovechan a los que se hacen. Los actores han observado después de largo tiempo que entre los que hacen menos gestos están los que los hacen más exactos.

Cuanto más solemne es el discurso o de más elevado estilo es el trozo, menos es preciso gesticular; lo mismo pasa cuando se quiere dar dignidad, porque en todas estas ocasiones el menor indicio de agitación no hace más que perjudicar. En algunos casos la inmovilidad es el gesto más bello, como el silencio la más elocuente palabra.

Añadamos que un orador poco atrevido que siente la mano pesada y a quien paraliza más o menos la timidez, la torpeza natural al principiante, hará bien en moderarse mucho, en entrenarse poco a poco, con seguridad, no admitiendo al principio sino lo evidente e indispensable.

Podríamos ahora ofrecer un catálogo de gestos oratorios, por géneros, especies y variedades. Podría ser interesante; pero desde el punto de vista práctico, después de haber dicho que hay gestos indicativos, explicativos,

descriptivos, efectivos y mixtos; gestos de exposición y de demostración, de afirmación y de negación, de configuración, de expansión, de descubrimiento próximo o lejano, de llamada, de atracción y de rechazo, etc., etc., no habríamos adelantado mucho. Hay evidencias; pero expresadas teóricamente se prestan siempre a una multitud de excepciones. Los casos son muy diversos; los matices, huidizos. El gesto, nacido de imágenes mentales subyacentes al pensamiento, es decir, conceptuales o extraconceptuales, participa de su indeterminación; él también, como el individuo, es «inefable». No hay gestos sinónimos, se ha dicho, y esto significa que no hay medida común entre una idea o un sentimiento definidos y el gesto encargado de expresarlos, ya que precisamente el gesto debe expresar lo que tienen de indefinibles, es decir, el estado del alma, el impulso interior, el *quid proprium* que varía de un individuo a otro y que jamás se repite.

Por eso, pueden ser inútiles y aun perjudiciales las lecciones de gestos, fundadas en «principios» y en clasificaciones falsamente metódicas. Se han dado, sin embargo; hasta se han publicado dibujos para apoyarlos; pero hay, sin embargo, una cosa bien notable y es que todos estos gestos ofrecidos como ejemplos son falsos. Se defienden con la razón abstracta; representan quizá una fórmula exacta en sí, pero, además de que no pueden convenir ni a todos ni a cada caso particular, producen un efecto deplorable, porque se ve al «comediante» declamando a Bossuet o a Lacordaire. Es espantoso.

Es mil veces preferible el pobre cura de aldea, que no sabe dónde poner sus manos, pero cuyo corazón acciona y da una impresión de conmovedora sencillez, más convincente que un gesto de relumbrón.

Ninguna ignorancia o impericia es comparable por lo que se refiere a sus efectos perjudiciales a las maneras teatrales de un sacerdote, o a su «arte» desde el momento en que se deja ver.

Todos los gestos así inventados y teóricamente organizados son malos por estudiados, hábiles, elegantes y exactos que sean, porque no son naturales. En el púlpito sobre todo, todo lo que tiene apariencia de rebuscado debe rechazarse. Pero no hablo contra el ejercicio. Podemos y debemos ejercitarnos en gesticular como nos ejercitamos en pronunciar, componer o escribir. La intervención de la razón es siempre necesaria. Pero ejercicios y, si es posible, ejercicios vigilados, criticados por una persona competente no es lo mismo que un estudio apriorístico y un adiestramiento técnico.

Ensayando, buscando expresarte a ti mismo en este aspecto como en cualquier otro, controlándote y haciéndote controlar, corrigiendo falsos movimientos por la reflexión, la propia o la de un juez; esforzándote, sobre todo, en descubrir el gesto en su fuente, en esos estímulos que se sufren inconscientemente, pero cuya conciencia se despierta en el ser atento, llegarás a resultados efectivos sin temor a desviaciones. No tendrás más que fijar después tus adquisiciones mediante el ejercicio y la costumbre. No se trata de un gesto determinado que se intenta aprender de memoria: sería la misma aberración anterior. Lo que se trata de adquirir es el hábito de las disposiciones interiores que crean el gesto y la obediencia pronta y fácil de los órganos de ejecución.

Es muy útil—sin salirse de este ejercicio—gesticular algo al aprender el discurso, sin perjuicio de sesiones especiales que se le podrán consagrar; se desentumecen así los miembros, se ejercitan, se encuentran algunos movimientos que se fijan en la memoria al mismo tiempo que todo lo demás y que, sin pensarlo después—porque no será necesario—, volverán en el momento oportuno. Sin embargo, no es el último momento el más apropiado para esta agitación; lo hemos dicho ya; la proximidad del combate exige que se recojan las fuerzas y el alma.

Ultima observación. Sabemos que el hábito tiene un doble efecto: crea un tesoro de adquisiciones e instala *tics*. Hemos previsto la desventaja de esta mecanización al decir que lo que se debe adquirir no son gestos habituales, sino el hábito de crear los gestos, de crearlos siempre adaptados y, por consiguiente, siempre nuevos, ya que ninguno de ellos lleva consigo un sinónimo. Es preciso vigilar con gran cuidado; las falsas costumbres se adquieren rápidamente, y una vez adquiridas permanecen, a menos de que no las rectifiquemos o las hagamos rectificar por otros. El *tic* es el contrasentido y el ridículo, casi tan enemigo de la palabra como la teatralidad y el falso arte.

EL EPILOGO DEL DISCURSO

Héos aquí al final de vuestros esfuerzos e invitados a mirar hacia atrás, no para maldecir una derrota o aplaudiros un éxito, sino para sacar de una u otro una enseñanza útil.

Mientras se habla, se tiene el espíritu extrañamente despierto; se juzga uno, en presencia del público, como a través de los ojos del público mismo; se adivina lo que piensa o lo que debe pensar, y si al descender del púlpito se saben recoger las vagas o muy claras impresiones sentidas, se está en situación de realizar un progreso, que debe ser el ideal perpetuo del hombre inteligente, *a fortiori* del apóstol.

Paul Valery escribe: «Una cosa llevada a feliz término es una transformación de una cosa imperfecta. Así, pues, una cosa imperfecta no lo es sino por abandono» (1). ¿Has salido mal en el discurso? No, espero, si lo consideras superficialmente; pero a la vista de un alto ideal un discurso es siempre imperfecto. Siempre se esperaba hacerlo mejor; se espera, en todo caso, para otro día. Desde luego no abandones tu obra imperfecta. Improvisador, tu discurso tal como está no te servirá otra vez, pero servirá su plan: revísalo. Debes haberlo comprobado al hablar, ver su fuerte y su débil. El punto fuer-

(1) Paul Valery: *Notes sur la poésie «Nouvelles littéraires»*, 28 de septiembre de 1929.

te es aquello que ponía a plena luz el pensamiento inicial y te facilitaba a ti mismo su manifestación; el débil, aquello que te embarazaba, que te lanzaba a la maleza o a la niebla, según se tratase de práctica o de pensamiento. En consecuencia, pon otra vez al yunque el plan, mientras tu impresión es todavía viva. Mañana todo puede haber desaparecido; el juez estará lejos: te encontrarás frente a ti mismo, arrepentido, tal vez, de la falsas evidencias que habían causado el error.

Si el discurso está escrito debes perfeccionarlo, quizá rehacerlo totalmente, y no es verdad que más tarde, una vez todo frío, lo harás con más eficacia y menor esfuerzo. Ahora, no te costará nada. Todo está presente; tus facultades en tensión funcionan con todo el rendimiento: aprovéchate. Ahorra tiempo y trabajo haciendo trabajar estos felices momentos que desprecia la pereza.

Probablemente habrás tenido tus alegrías; el control del hecho real ha favorecido tal desarrollo o tal período que tan manifiestamente ha gustado e impresionado: ten la sabiduría de explotar este éxito, bien para perfeccionar la obra, haciendo desbordarse sobre el conjunto un éxito parcial, bien para inspirar otra obra nueva. Un buen período puede crear un discurso. Un buen discurso puede ser el origen de otros cuatro.

Si has aprendido de memoria, procura observar cómo se ha portado tu memoria: si ha flaqueado, si se ha perdido, de seguro que una falta de composición ha sido su causa. Falta de ligazón lógica, mala distribución de las materias, repeticiones desafortunadas, sobreexceso: seguramente descubrirás algo de esto.

Después, si tienes un amigo, un hombre de sentido a quien hayas concedido el derecho de hablarte libremente, sin adulación, pero con cariño, si está presente, apresúrate a sacarle sus impresiones inmediatas. Recorre con él todo el discurso ante el auditorio, presente en los dos, porque él también, tu *alter ego*, se ha dado cuenta de lo que

se pensaba o de lo que se debía pensar y por ello ha gozado o sufrido en silencio. Que hable ahora, pero que no te desanime. Tampoco tú desanimes a nadie. «Los relojes se paran solos, dicen bellamente los Tharaud, cuando nadie mira la hora.» Pero se pararán más fácilmente si se manejan con mano brutal.

Decía el P. Ollivier, citando a un antiguo predicador según creemos: cuando bajo contento del púlpito rezo un *Miserere;* cuando bajo triste, un *Te Deum.* Hermosa lección de humildad y de fe en la Providencia; pero contienen también estas palabras una indicación técnica. El contento debe estar seguro de que olvida o descuida algo: hágaselo advertir y que se corrija: es su *Miserere.* El descontento, si sabe por qué, se ha corregido de antemano y, si no lo sabe, que consulte: sólo después de esto se puede justificar el *Te Deum.*

La experiencia se hace pagar. Nadie se puede formular a sí mismo preceptos sino después de haberlos vivido. Pero se los puede vivir de dos modos: a través de su feliz aplicación y a través del efecto desastroso de su ausencia. No es verdad que «lo mejor de la victoria es que quita al vencedor el temor de la derrota» (2). Produce mejores frutos. Además, una derrota momentánea y parcial no es tan terrible. ¡Quien sabe si el fracaso enseñará mejor los caminos de la victoria! El éxito, sobre todo el éxito fácil, instruye poco y no invita al empleo total de las facultades. No afecta más que a la superficie del alma. El fracaso hace sufrir, y ninguna experiencia profundiza tanto como el dolor.

¿Será preciso añadir que, habiendo apoyado la propia oración en otra *oración,* en un llamamiento o a Aquel que nos ha enviado, en la misa de la mañana, en la primera invocación de todas las horas, el *Domine labia mea aperies,* conviene ahora volverse y decir: *Deo gratias* o *Parce*

(2) F. Nietzsche: *Le Gai savoir,* aphor. 163.

mihi, Domine, o las dos cosas, pero mirando en ambos casos con esperanza el porvenir?

Toda experiencia lleva consigo un fruto. Si es feliz, empujará hacia adelante; si desgraciada, «hará entrar el oficio», abatirá la soberbia, impondrá el sentimiento de los obstáculos; y, si es difícil decir cuál de estos dos beneficios es mejor, de nosotros depende, con Dios, el hacerlos igualmente provechosos. Por eso, se impone siempre una acción de gracias confiada. Si tengo éxito, adelanto; si fracaso, adelanto también por reacción. ¿Qué importa la forma del movimiento y su trayectoria, si en cualquier caso nos hallamos más altos?

INDICE

Págs.

ACABÓSE DE IMPRIMIR EN MADRID, EN LOS TALLERES
GRÁFICOS HALAR, EL DÍA 27 DE ENERO DE 1955,
FESTIVIDAD DE SAN JUAN CRISÓSTOMO,
PATRONO DE LOS ORADORES SAGRADOS.



Colección SCIENTIA

A) LUMBRERAS, O. P.: PRAELECTIONES SCHOLASTICAE IN SECUNDAM PARTEM D. THOMAE:

I.—DE FINE ULTIMO HOMINIS.
II.—DE ACTIBUS HUMANIS.
III.—DE HABITIBUS ET VIRTUTIBUS IN COMMUNI.
IV.—DE VITIIS ET PECCATIS.
V.—DE LEGE.
VI.—DE GRATIA.
VII.—DE FIDE.
VIII.—DE SPE ET CARITATE.
IX.—DE PRUDENTIA.
X.—DE IUSTITIA.
XI.—DE FORTITUDINE ET TEMPERANTIA.
XII.—DE STATIBUS HOMINUM.

1. LÁRRAGA-LUMBRERAS: PRONTUARIO DE TEOLOGIA MORAL (2 vols.).
2. LÁRRAGA-LUMBRERAS: EPITOME DE TEOLOGIA MORAL.
3. GONZÁLEZ: INSTITUCIONES DE FILOSOFIA NEOESCOLASTICA:

I.—LOGICA.
II.—CRITICA.

4. DAUTAIS: BREVE TRATADO DE MORAL SOCIAL.
5. MÁRQUEZ, S. J.: FILOSOFIA DEL DERECHO.
6. MÁRQUEZ, S. J.: LOS JURISTAS ALEMANES AL ALCANCE DE LOS ESTUDIANTES.
7. MÁRQUEZ, S. J.: DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE EL DERECHO DE ENSEÑAR.
8. LUMBRERAS, O. P.: CASOS Y LECCIONES DEL «QUIJOTE».
9. NAZARIO DE SANTA TERESA, C. D.: FILOSOFIA DE LA MISTICA.
10. CASAS, O. P.: INSTRUCCION SOBRE LOS VOTOS RELIGIOSOS Y EL OFICIO DIVINO (2.ª edición).
11. GALLEGO, O. P.: BUDA Y EL BUDISMO.
12. SERTILLANGES, O. P.: EL ORADOR CRISTIANO.
13. ALONSO LOBO, O. P.: LAICOLOGIA Y ACCION CATOLICA.